

desde adentro

Ma. Tila Uribe

Francisco J. Trujillo

Bogotá, 1984

RECONOCIMIENTO:

*Al COMITÉ CATÓLICO CONTRA LA
HAMBRE Y POR EL DESARROLLO
(CCFD), de Francia, y a su delegado para
América Latina, Agostinho Jardim, gracias
a cuya colaboración económica y a su
estímulo directo fue posible escribir este
Testimonio.*

'Cuando vosotros juzgais a un acusado por robo, señores magistrados, no le preguntais cuánto tiempo lleva sin trabajo, cuántos hijos tiene, qué días de la semana comió. No os preocupais en absoluto por las condiciones sociales del medio donde vive; lo enviáis a la cárcel sin contemplaciones. Allí no van los ricos que queman almacenes y tiendas para cobrar las pólizas de seguro, aunque se quemen también algunos seres humanos, porque tienen dinero de sobra para pagar abogados y sobornar magistrados. Enviáis a la cárcel al infeliz que roba por hambre, pero ninguno de los cientos de ladrones que han robado millones al Estado durmió nunca una noche tras las rejas; cenais con ellos a fin de año en algún lugar aristocrático y tienen nuestro respeto''.

(Fidel Castro, La Historia me absolverá)

"Es el escarnio humano; es la homosexualidad; es la amenaza permanente a la vida; son los vicios más abyectos; es el imperio de la traición, de la humillante sumisión y de la pérdida del orgullo humano.

Y allí se busca "domar" al preso político. Es la prueba más dura, más amarga, más tremenda que emplea el sistema para reprimir a quienes han proclamado la lucha contra el mismo".

(Eduardo Umaña Luna, La violencia y la paz)

* * *

"Una vez que un hombre ha estado en la cárcel, jamás vuelve a verse a sí mismo y a otras personas del mismo modo. El 'honrado' que ha navegado siempre sin problemas mira por encima del hombro al ex-presidario; pero éste puede mantener la frente alta cuando el 'honrado' se hunde".

(Malcom X., Autobiografía)

* * *

"Demasiado hermoso: encontrar aquí, en esta casa sombría, unas semanas después de tu detención, a un amigo que, con el mismo uniforme de aquellos que no tienen más que gritos y golpes, te da la mano para que no perezcas sin dejar huellas, para que puedas dejar un mensaje a los hombres del futuro, para que puedas hablar, al menos por un instante, con los que sobrevivirán y alcanzarán la liberación".

(Julius Fucik, Reportaje al pie del patíbulo)

* * *

"Contra la mueca obscena de la pobreza existía una sola medicina: irse! Quien se entregaba a pensamientos oscuros estaba perdido. Nunca hubo tanta risa como cuando las cosas andaban peor para nosotros".

(Carta de Wilhelm Liebknecht refiriendo horas duras en su vida y la de Carlos Marx).



Prólogo

Un doble testimonio estremecedor

Eduardo Umaña Luna

"Tila": nombre que no figura en ningún santoral. Sencillamente sucedió que la niña, hija de Tomás Uribe Márquez, el gran precursor de las tareas socialistas en Colombia y de su luchadora compañera Enriqueta Jiménez, recibió este extraño nombre, hacia 1931, resultado del culto a la botánica que el líder le rendía en sus escasos ratos de ocio.

Tila: flor del tilo, el noble árbol, de madera blanca y blanda. Color de la flor, el mismo del de los ojos de la recién llegada.

Tila, coautora de estas apasionantes memorias-testimonios que, junto con su esposo, Francisco Trujillo, expresan en su mensaje actual. Francisco que, desde su infancia, estará bajo la influencia nobilísima de la maestra Matilde Trujillo, ejemplo de abnegación, de trabajo y de ternura con el hijo bien-amado; más tarde, él será el magnífico luchador de extraordinaria capacidad intelectual y no desmentida hombría de bien.

Desde los siete años de edad, Tila es niña-pionera del partido comunista. El afecto temprano de Francisco hacia ella culminaría con el matrimonio celebrado en mayo de 1949, al año apenas del holocausto colectivo del 9 de abril.

Ella: una dinámica educadora formada en el Liceo Nacional Femenino. Él, curtido trabajador y líder sindical, testigo-actor de sucesos tan decisivos, como la extensión de la partida de defunción a la poderosa "Fedenal" que hizo el gobierno de entonces en acto de poder que sería el preámbulo de calamitosas épocas para la izquierda debilitada y desconcertada. . .

¡Cómo se entrecruzan, unen y oponen los destinos humanos en el proceloso escenario de las luchas políticas de este país tan grande y tan mi-

serable, tan heroico y tan pusilánimic, tan prometedor y tan menospreciado!

Sufrida e intensa la existencia emocional de Tila y de Francisco. Los hijos que afianzan su personalidad en el afecto viril de Francisco y en la ternura valiente de Tila: Mauricio (personaje vital en estas páginas); Esperanza, Pilar y Francisco, todos inteligentes y sensibles, que acompañaron con devoción filial indesmayable a sus padres durante el largo y dramático desfilar de éstos por las cárceles, cuarteles y celdas, en desarrollo del proceso político que se les siguió por su rebeldía abierta, franca y límpida.

Hay que leer y meditar -con toda objetividad- estas páginas escritas con el sudor de luchadores sin descanso, para poder penetrar en un universo, no por mentado bien conocido: la etapa prerrevolucionaria, las guerrillas, los triunfos, los errores, los procesos políticos en la complicidad judicial castrense.

Todo ello - y mucho más - en las sendas versiones de Tila y de Francisco, independientes en sus elaboraciones formales, pero unidas por el mismo culto a la verdad, por la misma fe en un destino colectivo mejor, por el sacrificio permanente en defensa de sus ideales y... por el mutuo amor.

Ambos, Tila y Francisco, exponentes de pensamiento sin esquínicos cobardes y, también, dueños de prosas ágiles, nerviosas, inquietantes.

El Francisco, más "homo-politicus" como lo quería Aristóteles. Ella, Tila, más humana, más tierna, mujer al fin y al cabo.

Pero, ambos, altaneros en su credo político, fieles en su itinerario de abnegación y de sacrificio.

Por ello, Tila y Francisco (también Mauricio) hubieron de expiar en largos y tremendos cautiverios sus fidelidades a su causa. Demostraron - en esta etapa - como nunca su fortaleza espiritual y su finura intelectual, al asomarse a la vorágine envidada de las cárceles y allí reunir los más duros recuerdos para ahora proceder a arrojarlos, con desprecio, a la cara de la casta dominante.

Es la rectoría bipartidista que defiende su preeminencia con las obligadas imposiciones de instituciones y de normatividades de un sistema policlasista y pseudo-capitalista, anclado a los destinos imperiales del todopoderoso que, si alguna vez, brilló con un Lincoln, también su umbió moral y estratégicamente en el infierno de Vietnam...

Tras las acciones clandestinas, los procesos políticos. Casos melodramáticos, conducidos con sadismo ejemplar para buscar quebrar la resistencia

de los adversarios. Y esto fue imposible, en los casos de Tila, de Francisco y de Mauricio, ante el recio temple de sus almas.

Para ellos, primero estaba su Colombia que la inútil crueldad de sus verdugos. La Colombia de los "de abajo", de los marginados, de los analfabetas, de los humildes proletarios, de los niños-trabajadores, de los ancianos desprotegidos, de las sufridas clases medias. En fin, la Colombia de las mayores escarnecidas, violadas y pisoteadas por unas castas rectoras, "extranjeras en su propio país", ajenas al dolor, la desesperanza y la necesidad colectivas y, por lo general, en oscuro contubernio con los rapaces intereses de las multinacionales escolladas por todas las "manos negras" que en el mundo han sido. . .

No se requiere ser realista-mágico para captar el mundo luciferino de nuestras cárceles. No hay que inventar nada. Ni usar de ninguna simbología. No hay que ser imaginativo. Basta observar, y tener bueno el corazón. Y cuando se mira con las inteligencias lúcidas, agudas y penetrantes de Tila y de Francisco, se obtiene documento tan veraz, tan hondo, tan amargo, como el que usted, desconfiado lector --cualquiera que sea el meridiano político que atraviese-- habrá de devorar con no poco espanto y, en algunas ocasiones, con lágrimas ajenas a cualquier enfermiza sensibilidad.

Créame, amigo o amiga, que no estoy exagerando. Sumérjase en estas formidables líneas de Tila y de Francisco y verá cuanta grandeza es capaz de lograr una literatura, todo nervio, todo dolor, toda verdad.

Pero quien --como en los ejemplos admirables de Tila, de Francisco y de Mauricio-- supera los diarios horrores de los cuarteles, de las cárceles y de las celdas, cuánta sabia experiencia adquiere, cuán enjundioso se torna --qué de profundidad en la introspección, qué de horizontes al futuro y, en paradoja dialéctica, cuánta íntima libertad se logra. . .!

José Umaña Bernal, con su minipoema "Libertad" hubiera prologado mejor que nadie este libro-testimonio, al repetir en su estremecimiento poético.

"Cuartel, Celda, Carcel,
Dámelos, Señor,
"para libertarme".

Bogotá, Navidad de 1983

10

11

12

13

14

15

16

*Por qué escribo
este testimonio*

1

2

3

4

5

6

Transmitir los pensamientos a través de la escritura no es tan fácil y yo no soy escritora. Me impuse la disciplina de escribir estas vivencias para contar algo sobre las cárceles colombianas y la vida de las prisioneras políticas (P.P.), mi propia experiencia, debido a que muchas personas a quienes les relatara la vida en un lugar así me animaron a hacerlo, desde cuando me encontraba prisionera.

El tema les interesaba sinceramente, no había en ellos (compañeros, amigos, familiares y hasta desconocidos solidarios) curiosidad superficial por conocer de cerca lo que muchas veces se intuye o se adivina, sino un verdadero interés por asimilar tales experiencias.

Confío en que los hechos que voy a relatar, antes que para acumular anécdotas o sentimientos, puedan ser útiles en la configuración de nuevas y diferentes formas de mirarnos y mirar a los otros, aporten algo en la lucha por la transformación de las relaciones sociales y permitan establecer lazos más reales y positivos entre los grupos humanos para encontrar el verdadero sentido de la solidaridad frente a todas las formas de injusticia.

Al transcribir estas vivencias me esfuero por interpretar una realidad de la que muchas gentes participaron y participan ya sea como actores, observadores o principales testigos. Desde luego, otros deben continuar y reforzar esta labor por lo menos para que en el futuro se conozca este otro aspecto de la vida de nuestro pueblo, contado por nosotros mismos.

Hay mucho que contar y es lo que trato de hacer aquí valiéndome de los apuntes que elaboré en las distintas cárceles donde estuve detenida. Esos apuntes los escribí en cualquier lugar y a cualquier hora, pero principalmente en las celdas. De noche, muchas veces, sentía los pasos de los vigilantes y suspendía cambiando el lápiz por las agujas de tejer.

Para sacar poco a poco lo escrito, personas amigas ayudaron con sorprendente originalidad. Sin embargo, perdí muchos apuntes de las últimas etapas de cautiverio, incluso yo misma

quemé o destruí varias veces lo escrito porque era preferible, ante los riesgos de las requisas, por eso se observará que la extensión de la última parte es menor.

Al recopilar y ordenar lo que quedó he aumentado escasas notas aclaratorias y desechado episodios interesantes, espinosos de plantear por diversas circunstancias. He revivido cuatro años de penurias, día a día, mes a mes, y por eso quiero hacer un especial reconocimiento a mi hija Esperanza quien llevó el principal peso de todo ese horrible itinerario de cárcel, así como a dos de mis hermanos; Sofía y Juancho. También me han venido a la mente todas aquellas personas y entidades que nos brindaron solidaridad sincera, con quienes los P.P. estaremos reconocidos siempre. Gracias a ellos y su solidaridad - que es amor al pueblo en la mejor de sus expresiones- recuerdo que en la soledad de la celda me parecía oír voces cariñosas, fraternales y en vez de arrugas en el ceño me asomaba a las rejas a buscar mi derecho a sonreír.

Sonreír y cantar, porque al margen de la detención, tortura y convalecencia de muchas compañeras P.P. - a quienes me referiré a lo largo del escrito- siempre nos persiguió la risa, posiblemente por estar construidas de optimismo y esperanzas, a pesar de estar rodeadas de tristezas y de tragarnos tantas veces las lágrimas. Nosotras, recuerdo, los grupos de prisioneras políticas, como alguien lo ha dicho, nunca nos parecimos a un cortejo fúnebre.

Espero que a estos relatos no se les dé un valor distinto del que tienen; el deseo de una Colombia justa y digna ajena a policlasismos y absurdos privilegios y la condena franca a la barbarie, cualquiera que sea la lucha que enfrenten los contendientes.

*En manos
de la
"justicia militar"*



Quedé semiparalizada. Pensaba con afán en lo que podría sucedernos, en los hijos, en guardar la calma, en mil cosas al tiempo. A las seis de la mañana me había levantado a preparar café negro; más tarde Francisco, mi esposo (quien antes había estado por mucho tiempo al frente del Instituto de Capacitación Técnica como Director), salió a traer pan. Cuando golpearon la puerta como para echarla abajo aún no me había vestido formalmente, me asomé a la ventana y vi el enorme despliegue militar, toda la cuadra llena de tropa y camiones del ejército. El, entre las ametralladoras estaba trémulo, le vi el rostro claramente por los tenues rayitos de sol que iniciaban la mañana, como vi las expresiones prepotentes de los militares que lo asían por los brazos y las gentes en las ventanas de en frente, asustadas, presenciando el espectáculo.

Muchos colombianos sabrían lo que se siente en un allanamiento (y millares más irían a saberlo en el gobierno que siguió, del señor Turbay Ayala), pero quienes lo han preguntado me han hecho recordar que mi primera intención fue huir, no de miedo, que en muchos casos suele perderse en el momento justo del peligro y aparece después. Huir porque cualquiera sabe que la cárcel causa destrucción, amargura, confusión, deshace logros y esperanzas como las que yo tenía, entre otras, pensando en los grupos de campesinos que ya habían construido con sus manos sitios donde estudiar.

Subí corriendo a la azotea, ingenuamente, porque alrededor vi las bocas de fuego de los fusiles desde las azoteas vecinas. Bajé muy rápido al teléfono mientras que los golpes en la puerta se acentuaban, lo que nunca he podido entender es cómo hice para marcar los números precisos para avisar. Después abrí la puerta.

Nos detuvieron. . . fué todo lo que me dijo Francisco, aparentando calma. En ese momento lo empujaron. . . directo a la salita y cerraron la puerta. A mi me miraban como si fuera la intrusa. Entraron dos, tres, cuatro; uno de ellos me hizo un gesto como los de los cow-boy de las películas del Oeste cuando levantan la quijada para ordenar un isiga! mientras que subía las

escaleras, muchos otros en tropel me pasaban por los lados, adelantándose. Cuando llegué arriba los vi revolcando ya todo lo que encontraban a su paso.

Luego me ordenaron seguir a la pieza en donde quedaba un pedazo de biblioteca que Francisco había logrado conservar; ahí reposaban manuscritos de mi padre, Tomás Uribe Marquez*, documentos valiosísimos para la historia de la lucha de clases en nuestro país, como interioridades de la Huelga de las Bananeras en 1928 y de su posterior genocidio, correspondencia con María Cano**, su prima hermana; cartas con datos políticos de mi madre y muchas otras cosas importantes de estos tiempos.

Uno de los militares comenzó calmadamente su trabajo de revisión bajando del estante libros y documentos, medio hojeaba o leía títulos, iba tirando algunos al suelo y el resto. . . por la ventana, que daba a un patio ciego. Parecía un irracional. Se escuchaban los golpes de los libros al estrellarse contra el piso de ese patio - cuatro metros más abajo- y se descuadernaban; caían como basura las hojas de documentos cuidadosamente guardados por años. Por esos cambios bruscos de tiempo que tiene Bogotá, había empezado a llover.

Allí mismo comenzó el interrogatorio. Creían que tenía algún arma y rompieron mi bolso; me pidieron "todas sus cédulas" pero sólo cargaba la mía. Del allanamiento nada quedó, se llevaron "todas las pruebas" y algunos objetos que les gustaron —hasta lo inverosímil— como el portaretrato de la abuela, un antiguo baulito con mis cartas íntimas, el diario político de mi padre y la obra escrita por él sobre cuestiones agrarias, las cositas que fueron de mis hijos cuando niños, escritos inéditos de Francisco, libros, recortes de periódicos, discos, casset, un reverbero y los colchones. Dejaron nuestra vivienda destrozada pero no la unidad de la familia que, dispersa, siempre siguió intacta.

Cuatro horas más tarde me trasladaron a un campero para la BIM de Puente Aranda; me angustiaba la suerte de Francisco que se quedó en el apartamento entre los militares. Cuando nos despedimos lo volví a ver transido, posiblemente pensando en mi suerte. Nos cruzamos miradas interrogantes. . . pero cada uno tenía absoluta seguridad en el comportamiento del otro.

* Tomás Uribe Marquez: uno de los fundadores del Partido Socialista Revolucionario en 1926.

**María Cano: mujer sobresaliente por su participación en las luchas populares. La llamaron "La flor del trabajo".

Ya en el yip durante el recorrido reflexionaba: la ciudad es una trampa, los seguimientos pudieron ser muchos pero no evidentes o alguien "negoció" nuestra captura y ahora iban a hacer méritos los militares con ella. Pero. . . , me decía a mí misma, en esa falsa sensación de seguridad tan peligrosa para quienes osamos pensar y actuar en contra de los poderosos: ocho días y aclararé mi situación, ya pasará este mal momento. ¡Qué ilusa! Aún no había medido lo que es estar en manos de la "justicia" militar.

Todo esto sucedió al día siguiente de mi llegada a Bogotá. Era el 24 de marzo de 1977.

ALGUNOS ANTECEDENTES

En febrero de 1977 detuvieron a diez personas en diversas circunstancias y en distintas fechas del mismo mes. Los llevaron a la Brigada Militar de Puente Aranda en Bogotá y fueron acusados por agentes del servicio de inteligencia del Batallón Charry Solano de hacer parte de la red urbana del Ejército de Liberación Nacional *(ELN) de Colombia.

De esas detenciones me enteré por la radio. Conocía a uno de ellos por ser compañero de la universidad de mi hijo Mauricio, a quien llegué a admirar por su preparación y buen juicio, él sabía de mi actividad alfabetizadora. Era preocupante, mucho más, por el momento político, pues con la iniciación de ese año se intensificó otra etapa de represión para el pueblo colombiano. Cada reclamo o protesta popular era reprimido por la fuerza y esos amplios sectores que habían votado por López para presidente, creyendo cuando menos que iría a hacer un gobierno democrático, se frustraron. De ahí que la frase acuñada por el mandatario para mostrar su estilo: "El mandato claro", fue convertida por el pueblo en otra bien significativa "el mandato caro".

Para esa fecha yo estaba en Antioquia* desde hacía poco más de un año en una paciente labor (iniciada mucho antes) con

* ELN: Organización político-militar que opera en el territorio colombiano.

* ANTIOQUIA: Departamento de Colombia en donde existen "zonas de guerra", o sea, zonas rurales militarizadas por donde hay que transitar con salvoconducto. Colombia vive hace 32 años en ESTADO DE SITIO, levantado por algunos meses en varias oportunidades. Varias de las zonas de guerra han sido bombardeadas (Magdalena medio) y evacuadas.

otras personas: elaborábamos métodos alfabetizadores y unas cartillas de primeras letras para la gente de ésa y otras regiones vecinas que tienen características similares en cuanto a cultura, modo de vida y pobreza, es decir, que los destinatarios de esas cartillas serían campesinos, gentes que no tienen trabajo todo el año, trabajadores figueros, mineros, pescadores, etc. : dichas cartillas alfabetizadoras estaban destinadas a ser utilizadas por las columnas guerrilleras del ELN.

Si me detengo a contar algo sobre este trabajo es porque en los interrogatorios que vinieron después de mi detención, aquellos hombres insistieron con todo tipo de formas policivas para que les dijera quienes, en dónde, por qué se habían hecho esas cartillas **con métodos y contenidos diferentes a lo oficial-tradicional**, de lo que me queda la satisfacción de no haber delatado a ninguna de aquellas personas. La labor alfabetizadora, entonces, fue un motivo para mi encarcelamiento, como lo fueron mis ideas, las actividades políticas de mi hijo mayor y mi esposo y la intención de escarmentar a otros.

Quienes tomamos parte en ese trabajo sabíamos que significaba un riesgo: el de ser apresados, torturados y posiblemente llevados a Consejo de Guerra por rebelión pero el trabajo había tomado cuerpo y su esfuerzo así como la conciencia de la necesidad nos decidió a continuar con entusiasmo. Desde luego, en tal actividad desarrollada con y para campesinos que por siglos han sido los oprimidos, confluyen gentes humildes, iletrados, pero así mismo de gran talento, protagonistas o colaboradores en las guerrillas que desde hace años existen en nuestras montañas.

El trabajo estaba terminado pero debía buscarse su publicación. razón por la cual viajé a Bogotá, un miércoles de marzo de 1977 para alistar la edición en una editorial amiga.

Durante mi ausencia la comunicación con mi familia había sido escasa. Mis hijos, comprensivos y cariñosos, ya no eran niños, por eso la decisión de ausentarme fue compartida por todos, que discutíamos siempre nuestros problemas en la mesa familiar. Para ese momento el hijo menor, Francisco, vivía y trabajaba en una granja cerca de Bogotá. Las dos hijas trabajaban como maestras y ya casadas vivían aparte. En cuanto a Mauricio, el mayor de los cuatro, poco antes de terminar Física en la U.N. tomó una determinación que nos sorprendió a todos: abandonaba los estudios. En verdad yo no podía comprender lo que me parecía un absurdo; él me habló largamente del por qué, más o menos diciéndome que sus conocimientos los quería poner al

servicio de su pueblo, poco a poco se alejó físicamente de la casa pero no dejamos de sentir su presencia y su preocupación por todo lo que tuviera que ver con nuestro hogar.

Mi familia también la constituían mis hermanos, sus esposas y sus hijos porque siempre hemos mantenido una excepcional unidad, respeto y apoyo mutuos. Mis dos hermanas, por ejemplo, han sido las mejores amigas que he tenido en la vida. A todos ellos me proponía saludar a mi llegada, en ese mes de marzo de 1977.

EN LA BRIGADA

Después de los trámites de rigor, las miradas o comentarios humillantes o de amenaza de varios individuos, me encerraron en un cuarto. Calculé las dos de la tarde porque mi reloj también lo "decomisaron". En ese cuarto se inició el interrogatorio, entraban por turno, encapuchados, sin descanso para mí por 3 ó 4 horas según ellos mismos anotaban.

Así pasó el día, la noche, el día siguiente y . . . perdí la noción del tiempo. Sólo después establecí que esos interrogatorios duraron hasta el lunes siguiente. Nunca he podido saber cuánto fue el tiempo de vigilia, pero sí recuerdo que en algún momento vi la luz alejarse o me desvanecí vencida por el sueño —me traían agua fría para tirarme a la cara— y recuerdo también que una voz me despertaba: ¡levántese, va a venir el capitán! Pregunté cuanto tiempo había dormido y el hombre me dijo: dos horas, ya ha dormido bastante.

Sin comida ni bebida alguna, el hambre que se siente el primer día no es lo peor, ni el estragamiento que sigue o el vómito final. Lo más preocupante es el control de la tensión nerviosa ante las amenazas y actitudes de provocación. Más aún, delante del veneno máximo: "los buenos". Esos interrogadores quizá la más útil misión: la de dar confianza, mostrarse "amigos", comprensivos, inclusive afines con los ideales de justicia. Un gran porcentaje de delaciones y montajes, acusaciones y autoacusaciones son producto de ese trabajo hecho por "los buenos". Ellos vienen a "salvar" al detenido de las garras de los malos, son expertos en adular, alimentar el ego del prepotente, muchos en "conceder la razón" abriendo las orejas y diestros en el manejo de las entrevistas combinando mentiras con verdades. En mi caso, así obraron dos de los interrogadores.

Al primero lo vi entrar con la mano al cinto en la penumbra de la habitación, corpulento; llevaba una chaqueta de cuero negro encima. Hizo traer una caja de cartón no muy grande que el soldado puso encima de la mesita, retirándose enseguida; entrecerró la puerta y se acercó con pasos lentos, pesados, al único asiento que había, de manera que quedamos frente a frente, yo sentada en la cama y, por medio, la mesa.

Ya antes habían entrado otros, siempre encapuchados y siempre anotando mis respuestas en sus cuadernos.

Por entre los huecos de la capucha se asomaba una mirada que me inspiraba miedo y el hueco para la boca dejaba ver unos dientes grandes, reforzados con oro en la parte superior por dentro, que yo fui descubriendo más en la medida que más me gritó.

La dirección de los interrogatorios había venido en dos sentidos básicamente: en dónde estaba mi hijo Mauricio y quiénes eran las personas que participaron en el trabajo alfabetizador.

Empezó tirando encima de la mesita el contenido de la caja, unos 50 retráticos de mi hijo, todos iguales.

---¿Dónde está este hijueputa? Usted puede mandarle a decir que se entregue pacíficamente, vamos a ir por él, ya sabemos por qué lado anda. Se lo vamos a traer cadáver aquí mismo, ¡AQUI MISMO! (señalaba el piso de la puerta).

Siguió en esa tónica insultando, preguntando, amenazando. Se me iba subiendo la sangre y agotando la paciencia por lo que estuve haciendo un esfuerzo grande sin responder nada más. Se paraba, se sentaba; entonces quité mi mirada de sus ojos para empezar a contemplar los retratos. Tomé uno, pensé en conservarlo, lo tenía entre mis manos sudorosas y al mismo tiempo sentía miedo de lo que me decía, horror de pensar en mi hijo "cadáver". Me parecía ver esa misma foto en los periódicos como los retratos de los muertos y, aunque trataba de ahuyentar esos pensamientos, no podía dejar de imaginar a mi muchacho así.

--¿Y de quién es hijo ese hijueputa, ahhh?, siguió hablándome; disparando preguntas como una ametralladora, ahora denigrándome, humillándome como sólo lo hacen los que se valen de su falsa condición de "hombres superiores". Si de algo hace gala el sádico de turno con la mujer y más con la prisionera política es de rebajarla a su modo: ¡vagabunda!, ¡perra!, ¡basura! La

escena subía en gritos, actitudes agresivas, ofensas, hasta que de un manotón tiró al suelo todos los retratos repitiéndome:

—Vamos a ir por él, ya lo verá, bien pronto lo verá!

Yo no sé si lo que buscaba era hacerme reaccionar violentamente pero me sucedió por esa sola vez: salté gritándole, volteando la mesa:

— Vaya, vaya miserable; pero vaya solo, no mande a la tropa, COBARDE!

Loca —gritó entonces el hombre—; esta mujer está loca. Ya estaba cerca a la puerta y vinieron los demás a ver que pasaba, miraron el desorden y me vieron alterada. Luego salieron todos y me dejaron encerrada, cansada como si hubiera venido de un maratón, asustada por las amenazas, desesperada por la situación. Me agarraba la cabeza, asesaba y decía en voz alta: miserables, ¿a qué más me quieren someter? Pero casi de inmediato recapacité en que si me había podido controlar antes, de seguir así, exaltándome, daría más motivo para que me acabaran, porque en verdad en varios momentos creí que llegaba el fin.

Ahora bien, lo que deseo destacar no es cómo proceder en una situación así (estas cosas están sujetas a muchas circunstancias que cada cual sortea de acuerdo a las propias particularidades del caso), sino mostrar de aquella pesadilla lo que vino después: la actitud de la “hada madrina”.

El segundo interrogador abrió la puerta suavemente —minutos más tarde— y con voz más suave empezó a decirme mientras se acercaba:

—Qué ha pasado aquí, por Dios. . . —miraba el desorden—; por qué está tan angustiada. . . quién la puso así? Seré señora por favor, vamos a dialogar, ¿quiere un café? —fué la primera vez que tomé algo—

—No, no quiero veneno, por favor déjeme sola.

—No se preocupe —entró el soldado dejando elegante bandeja de café; el interrogador sirvió y tomó—.

—Ahora tome usted; si quiere descansar un poco recuéstese.

Así comenzó la otra técnica. Seis horas hablando. . . seis horas midiendo mis palabras, sin interrupción, como en un juego de ajedrez dramático. Y se extendía en “contarme” de su vida: que antes estaba en Cartagena. . . que sólo ahora y accidentalmente estaba de interrogador aquí en Bogotá. . . que preguntara con confianza lo que quisiera. Y en efecto, le pregunté si en su

trabajo en esa ciudad había conocido a una excepcional prisionera, la Madre Herlinda Moisés*: . . .Sii, claro, yo estuve hablando con ella --me dijo--. Y fue verdad, volví a preguntarle, qué le deslizaron una peligrosa culebra a su celda? Ummm. . . bueno contestó como si fuera lo más natural, siihhh. . . pero era una culebra chiquita, nada que pueda asustar. Cuando me negué a informarle sobre mi hijo pidiéndole comprendiera que era un imposible para cualquier madre, además, porque ignoraba de lo que me estaba hablando, cambió un poco el tono. Comprendí que quería decirme algo así como acabemos de una vez el juego y fue entonces cuando sacó de su folder varias hojas que relacionaban lo dicho por el compañero de Universidad de Mauricio, a quien el interrogador ahora también admiraba, como yo, por su preparación intelectual y buen juicio.

-- Buen juicio --me dijo-- este hombre que domina varios idiomas sí que tiene buen juicio! Lea usted misma, convéncese de que negar ahora ya no le sirve de nada. El es un hombre de primera línea, un responsable.

Leí. En el primer momento creí que era una trampa porque cualquier cosa podrían poner ante mis ojos. Releí. . . constaté entonces una detallada aceptación de cuanto a él le constaba acerca de sus actividades revolucionarias, una delación involucrendo a un sinnúmero de personas.

Incluso en algún momento fue más allá de las preguntas del interrogador diciendo: . . . y para más detalles le relato lo siguiente. . . etc., etc.

No sólo aquello quedó en el papel de los interrogadores, también en el expediente quedaron sus palabras y con el tiempo las repercusiones. Si anoto el hecho no es para juzgarlo puesto que también soy humana.

No tengo suficientes elementos de juicio para analizar ese POR QUE inmenso que no puedo explicarme. Hablo de esta situación porque fue para mí **demasiado dolorosa**, porque fue una tortura admitirlo y porque "el bueno" no necesitó de más palabras para verme llorar en silencio apretando los dientes. Eso sólo, aunque no fuera mi derrota, fue su triunfo.

* Moisés Herlinda: religiosa austriaca que durante muchísimos años desarrolló intensa labor en los sectores populares más necesitados de la región Caribe de Colombia. Fue perseguida y capturada por su labor en favor de los humildes.

Terminó el interrogatorio ofreciéndome llevar razones y papeles a los míos, interceder por mi salud, quitarme el bombillo de 200 bujías de encima, darme de comer, de beber. . . pero, ni yo le creí, ni él me cumplió.

Por trágica que sea una situación, en algún momento no deja de presentarse algún ribete de humor.

Un interrogador me dijo que era estudiante de la Universidad Nacional, conocedor y experto de todo ese ambiente estudiantil. En algún momento —porque estuvo más de tres horas— se dio el siguiente diálogo:

—¿Quién inspiró esa alfabetización? —me dijo—.

· La necesidad.

Digo, qué personas de carne y hueso contribuyeron para hacerla funcionar. Si colabora todo va a cambiar para usted. Mi mayor dice que aquí la tropa también necesita aprender a leer y escribir y como eso le gusta a usted. . . fíjese que puede ser un trabajo para ponerse los honorarios que quiera, piénselo y colabore. ¿Qué personas hicieron funcionar esas cartillas?

· Bueno. . . en mucho Paulo Freire; también aprendimos de otros.

· ¿Quién más?

· Aníbal Ponce.

· ¿Quién es?

· Un argentino.

· ¿Lo conoce?

· Personalmente no.

· ¿Puede describirlo?

· No.

· ¿Entonces, cómo le aprendió?

· Por su mensaje, sabe? . . . El escribió. . . (me cortó bruscamente la palabra).

· ¿A quién?

· A muchísima gente (seguía apuntando en su folder).

— ¿Es comunista?

— Creo que sí.

— Y todavía niegan que tienen ideologías foráneas y los dirigen desde aguera. ¿Dónde está?

— Finalmente en México.

Debo anotar que mi intención no fue inicialmente tomarle el pelo. Yo no tenía ánimo para eso, pero el equívoco me lo proporcionó y decidí continuarlo, por eso le comenté lacónicamente rasgos de su vida y obra.

Desde luego, yo estaba cansada y tampoco quería que la confusión durara mucho; entonces le pedí por favor que lo dejara para otro día. Un poco atronado se paró, recogió sus papeles y dijo que volvería, de ahí en adelante me asusté con lo que había dicho, pero ya no podía reparar nada. Naturalmente el desenlace llegó. Cada quien puede suponer lo más desagradable sobre las situaciones de reclamo, amenazas por el engaño y deseos de venganza que ese y otro interrogador me hicieron, pero no pude dejar de reirme nerviosamente cuando quedé sola, porque entre todo, deduje que a Aníbal Ponce se fueron a buscarlo a la Universidad Nacional de Bogotá.

Cuando me sacaron del sitio donde estaba encerrada, caminé unos cincuenta metros por entre los prados de la Brigada donde se apreciaban muchas y bonitas edificaciones. Aquella era sólo de oficinas. Era mediodía y las máquinas de escribir estaban quietas, sólo unos tres o cuatro hombres estaban allí. Me hicieron seguir a un cuarto más bien pequeño, forrado en tela negra gruesa, con fuertes reflectores en los ángulos del techo a los que me ordenaron mirar, naturalmente no pude hacerlo porque la luz me hería los ojos. Las órdenes me las daban por entre un micrófono incrustado, creo, en el techo. Claro está que en un cuarto tan pequeño no puede pasar desapercibido de dónde sale la voz, lo que sucede es que mi estado era muy lamentable y sentía, además, mucho miedo. Encerrada, traté de mirar todo el tiempo la manija de la puerta para ver en que momento se abría, era de eso que sentía miedo.

Esperaba asustada que entrarán a maltratarme mientras la voz me ordenaba: de frente al espejo (que estaba pegado a una pared), voltéese hacía la puerta! ¡Mire al reflector derecho! Luego salía otra voz interrogándome, amenazándome con lo que le podría pasar a mis hijos si no colaboraba.

El calor producido por los reflectores y el cuarto hermético me hacían sudar todo el cuerpo y sólo tenía un pañuelito diminuto. A los silencios prolongados seguían más instrucciones, preguntas y amenazas. Yo accedía a lo primero; entrecortadamente respondía a las preguntas con un no... sí lo... ¡g... no... ro... y me silenciaba ante las amenazas. Para darme fuerza a mí misma, hice de cuenta que muchos ojos o rostros de compañeros y amigos me acompañaban para protegerme, era casi como autoconvenciéndome mientras pasaba el tiempo. El último silencio empezó a durar mucho. Debieron irse, no lo sé, hasta que se abrió la puerta y vi a un hombre, entonces grité un ¡NO! ¡No me atormente más! y pensé en mis hijos. El hombre me ordenó: ¡salga! Ya afuera, en la oficina contigua, otro con una grabadora en la mano me dijo: vamos a tomarle una prueba de voz, lea esto y me entregó el texto que debía leer; era sobre mantenimiento y modo de usar armas. En el reloj inmenso que el hombre tenía en el pulso vi la hora: diez para las dos. Comprendí que en ese cuarto negro había estado menos de dos horas y me alegré de tener razonamiento, quizá eso me dio valor para no obrar como una autómatas leyendo algo que hubiera podido afectarme después. Ahí encima del escritorio había un periódico, lo tomé y rápidamente empecé a leer. ¡No! —me dijo el de la grabadora— ¡lea el texto! Pero tuve alientos de negarme: si lo que necesita es una prueba de mi voz cualquier texto sirve —le dije— y seguí leyendo hasta que el mismo hombre me cortó: ya está bueno... y volviéndose al otro le ordenó: llévesela.

Por el mismo camino regresé otra vez al cuarto de los interrogatorios, la sombra de mi cuerpo en el piso ya estaba algo inclinada en contraste con la primera vez en que los rayos de sol me habían caído perpendicularmente.

INDAGATORIA

El señor Juez, civil de apariencia y militar de espíritu, estaba en su oficina que queda en otro de los edificios de la BIM para hacerme la indagatoria. Lo aprecié bajito, con tendencia a la gordura, blanco y zalamero. Me incomodó que no me miraba a los ojos cuando me dirigía la palabra, pero en cambio, en otros momentos sin importancia en que estuve distraída, me observaba.

Cuando me leyó el auto de detención por "asociación para delinquir", nombró siete delitos dando por sentado que exis-

tían, o eso me pareció. Me asombré tanto que no pude dejarlo continuar y le interrumpí: ¿cómo es posible? ¿Qué me está diciendo? Con voz azucarada me respondió: no se afane tanto señora, usted va probando que no existen y se le van borrando; están puestos colectiva y no individualmente. En mi ignorancia de lo jurídico no pude contestar nada, no recordé que hay un principio jurídico universal que dice, nadie es culpable hasta que no se demuestre lo contrario y, por otra parte, que un Juez en el auto de detención puede llegar a decir lo que quiera — en este caso para amedrantarme, confundirme o enredar el proceso— lo cierto es que **sólo son válidas las acusaciones hasta que puedan probarse**. Lo más cierto era que para este Juez las leyes se las habían comido los ratones.

La diligencia duró poco. No tuve tropiezos que lamentar excepto uno: la constancia de **buen trato** que me alargó para que firmara. Titubeé, no sabía qué hacer, creí que después de la indagatoria seguirían más interrogatorios, por la misma ignorancia en esos asuntos, y pensando que podría cobrarme peor el no firmar, decidí hacerlo.

Esa constancia es utilizada por ellos como precaución, por si en el futuro el sindicato cuenta que bajo tortura dijo tal o cual cosa; no era mi caso, pero en cambio, a los Organismos Internacionales irían a mostrar esas constancias.

Con esa diligencia terminó la primera etapa en la BIM. No volví a ver a los interrogadores.

Con Francisco —también conducido allí— coincidía nuestra hora de sol y por eso nos vimos algunas veces. Caminábamos para uno y otro lado de un espacio asfaltado y aunque vigilados, podíamos hablar, inmensamente preocupados, meditábamos en el qué hacer del presente y el futuro. La comida se regularizó. Mi hijo menor, hijas y hermanos se turnaban los cupos para visitas cortas permitidas los miércoles; casi todos se dieron cuenta que al salir los seguían. Fueron más de 40 días así, llenos de sobresaltos, amarguras incertidumbre y coraje por situaciones como las noches en que oí terribles gritos de auxilio, de mujer, y nunca supe de quien eran o las diligencias practicadas a Francisco, bien preocupantes por sus torcidas intenciones. Tampoco podré olvidar el castigo que vi hacer a un soldado en los prados por un oficial burlón y miserable que, fuese en mano, lo obligaba con palabronas a portarse como un perro; ni las humillaciones recibidas por mi familia para poder entrar, ni las lágrimas de muchos de ellos viéndonos allí.

De los soldados recuerdo esas caras atemorizadas con miradas de simpatía y actitudes bien dicientes: ofrecerme agua, apagar la luz por las noches (estaba prohibido), tirar un periódico al descuido, cuando entraban con los platos, dejarme un dulce sacado de un bolsillo; del señor Juez su indiferencia a mis peticiones de careo, porque debían suponer que me favorecían; del oficial encargado de los P.P., su poder.

Esperábamos ser llevados a las cárceles respectivas porque veíamos en ellas una relativa seguridad y un descanso —también relativo— a tanta tensión.

Vinieron por mí un día cualquiera, no pude despedirme de Francisco —no me lo permitieron— por lo que sentí inmensa tristeza. Cuando subí al camión con destino a la cárcel de mujeres iba desesperanzada, pensando en qué me esperaba de ahí en adelante. Me preguntaba: ¿hasta cuándo?

10

11

12

13

14

15

16

*El primer encuentro
con la cárcel*

1

2

3

4

5

6

TRASLADO AL BUEN PASTOR

Llegué en un camión blindado —detrás otro servía de escolta— debían ser unos doce hombres en total, armados, en actitud de alerta. Yo venía en el puesto de adelante del primer camión, traía un bolsito en las manos con mi patrimonio: un lápiz labial, cigarrillos, un bolígrafo, unos pocos pesos; en el maletín dos mudas de ropa y elementos de aseo que mis hijas me habían llevado a la Brigada.

El viaje —de la Brigada a la cárcel— duró unos 20 minutos. Al bajarme, los hombres del carro escolta estaban ya en el suelo apuntándome con sus armas. El teniente me ordenó: ¡bájese y tome el maletín! Me bajé y seguí hacia la puerta como si no lo hubiera oído. Me sentía hastiada por toda la humillación anterior. El teniente me cerró el paso a tiempo que me gritaba fuerte: ¡tome el maletín! Estábamos frente a frente mirándonos con odio. NO —le contesté— quédese con él y si quiere ordene a sus sirvientes que lo entren. Me miró como incrédulo, sorprendido tal vez por esa actitud que yo no medité. Me cedió el paso y ordenó que entraran el pequeño equipaje. Pasamos a la Dirección donde una mujer con acento pastuso nos recibió, era la Directora de ese antro.

El militar tenía mucho que decir de la detenida y la Directora atendía con servilismo, hablaban de mí como si no estuviera presente. El hacía recomendaciones por la "alta peligrosidad" de la mujer que le entregaba y a petición de ella o por rutina, no lo sé, leyeron el auto de detención por "asociación para delinquir" y esta serie de delitos: homicidio, secuestro, robo, atentado, porte ilegal de armas, documentos falsos e incitación a la rebelión. Se oía algo así como si estuvieran leyendo el código penal.

Permanecí de pie todo el tiempo pero una vez que salieron los militares, ella cambió el tono de su voz y me dijo: —cuénteme mijita, cuéntemelo todo, siéntese, desahóguese, debe tener confianza conmigo. Esto es como un colegio ya verá, nada de rebeldías y nada le pasa.

Se interrumpía contestando al teléfono, tomando café o dando alguna orden. Luego continuaba: y si quiere ayudar al penal mejore su conducta, usted se ve decente y las personas así deben ayudar cuando vean indecencias. Me lo comunica todo. . . y comenzó a alabarse seguramente para impresionar a dos personas que estuvieron ahí todo el tiempo a quienes se dirigía más que a mí, no volvió a insistir en mi caso, llamó al guardia y le ordenó que me pasara a la reseña. Al salir le dije, con permiso señora, pero no me oyó, continuaba hablando a sus visitantes sin parar.

No es difícil entender por qué el primer encuentro con la cárcel marca el alma de la detenida como en un viacrucis de horror. De la Dirección se pasa a las oficinas de los empleados administrativos, que ignoran o no les importa la angustia de la recién llegada y hacen cada cual lo suyo en forma mecánica, conaturalizados con el llanto, la evidente vergüenza de muchas mujeres que ni siquiera aciertan a balbucear su nombre, la angustia por el abandono en que quedaron los hijos y todas las desgracias del momento. Así, se va pasando a la detenida de oficina en oficina; en la última le dicen: "salga allá afuera y espere a que la recojan".

Allá afuera, es un patio desierto donde tiene que esperar de pie, por el tiempo que sea, hasta que aparezca una guardiana haciendo una seña para que la sigan. Nadie le ha dicho, ni nadie le va a decir a la prisionera qué tiene que hacer, para dónde va, cuál es la disciplina ni qué derechos tiene. A nadie le explican nada.

La reseña es un profuso entintar de dedos que en vano uno trata de limpiarse con papeles sucios dispersos por el suelo, luego viene la identidad y los nombres de los seres amados, que pronunciados en esas circunstancias se sienten mancillados; los retratos de frente y de perfil para terminar con la requisa: una revocada de las cosas que se llevan, lo que constituye todo el haber así sea muy pobre, ahí es tratado como basura.

Cuando aparece la guardiana se lleva a la detenida hasta la puerta del pabellón asignado, deposita la "cosa" ahí mientras que las mujeres pasan despreocupadas o mirando a la nueva desgraciada con curiosidad hasta la hora de recibir la celda, que puede ser un suspenso entre una y siete horas, es decir, sólo hasta las seis de la tarde sabrá en donde puede dormir. Mientras

tanto estorba en cualquier sitio donde se haga, soporta miradas de desprecio, burla y lástima.

Entre el instante de la llegada y el comienzo de la primera noche se ha operado un debilitamiento psicológico que lleva a la mayoría a permanecer en estado prolongado de crisis nerviosa.

El primer choque con la cárcel es demasiado deprimente, se siente uno como un animal de una especie rara y hay tanto odio y tanto rencor en los corazones que el aire que se respira parece venenoso.

En la cárcel está nuestro pueblo y un pedazo de nuestro país. En ningún otro sitio puede reflejarse tan bien su miseria, su tragedia, su impotencia y toda la corrupción y la evidencia de lo que es nuestra sociedad. Millones de colombianos ignoran la tremenda tragedia que significa vivir encarcelado y las proyecciones para familiares y allegados.

El Buen Pastor tiene capacidad para 500 detenidas, hoy, abril de 1977 vivimos 403 mujeres distribuidas en cinco pabellones y uno más —relativamente aislado— para menores de 16 años.

Los pabellones —de cuatro pisos— confluyen en el corredor central y cada uno tiene su gran patio donde se pasean o sientan las detenidas durante el día. Hay talleres —de lo que hablaré más adelante— y pequeños sitios adaptados para cafeterías (casetes) que son negocios particulares. Transitar por la cárcel no es nada fácil, está sujeto a normas, horarios y cambios caprichosos. Algo que impresiona son las clásicas puertas de hierro dividiendo los espacios, pasar de un lado a otro como ir a la enfermería, Dirección, etc., se convierte en una odisea de horas.

Una celda es un espacio semioscuro (1.30 x 2.50), con piso helado, la cama tiene un colchón endurecido con promontorios que tallan el cuerpo y cada quien se tapa con lo que puede. En las paredes descascaradas y sucias hay palabras y nombres escritos: "Jorge, te amo"... "me traicionaste"... "el hombre es esclavo de lo que habla"; las puertas son de hierro con rejas en la parte superior para permitir la entrada del viento y el frío. A las cinco y media de la mañana las abren todas al tiempo por

medio de una manivela que está al extremo del corredor, vuelven a cerrarlas a las siete a.m. con esa manivela que produce un chirrido en cada vuelta. En ese lapso 180 mujeres (del pabellón quinto) deben estar listas para ser contadas y nadie puede que- darse adentro ni aún por enfermedad; todas reniegan afanosamente por no disponer sino de doce duchas heladas en total y tres sanitarios por piso, los demás (el triple) están dañados.

Miradas en hilera, las celdas tienen el aspecto de las tumbas de un cementerio pero con lápidas de hierro. Durante el día quedan solas, a las cinco y media de la tarde vuelven a abrirlas para que cada quien entre en la suya y una hora después las cierran nuevamente, es entonces cuando se llenan de rezos, sollozos, llantos, de cien radios al tiempo, risas dislocadas o gritos histéricos. . . y los pensamientos evocando recuerdos, planeando venganzas, inventando chismes, deseando un cigarrillo. Hay angustias, pasados, celos, miserias, delirios de grandeza, ostentación de delitos. A veces se confunde la cárcel con un manicomio y a veces esta vida parece una pesadilla.

Una noche me cubrí la cabeza con todo lo que pude para ahuyentar ese ruido infernal y evadir la angustia colectiva, pero ese remedio me dejó una sensación de cobardía, sin poderme abstraer pensé que era mejor aceptar la realidad.

En las paredes de algunas celdas se ven colgados espejos pequeños, prendas de seda íntimas, collares o algún cosmético; los cuadros obscenos y las vulgaridades se ven menos, otras veces el extremo del fanatismo, con hileras de santos como espectros y las mujeres arrodilladas por horas rezando y llorando en voz alta, purgando sus culpas, pidiendo milagros a gritos y al mismo tiempo maldiciendo.

Las palabras más repetidas son: delito, condena, olvido, esperanza, Juez, guardiana, hasta cuando, dios mío, vida, muerte y muerte en vida.

Se vive sorbiendo los minutos, las horas y los días, aplazando los años y perdiendo la vida. Qué preciso lo que canta Daniel Santos en aquella canción que dice:

“Que lentas pasan las horas
en esta cautividad
aquí, se sufre y se llora
que amarga es la realidad.

Las horas parecen años

los años parecen más
cada minuto un peldaño
que escala la libertad. . .”.

En este ambiente de superficialidad y vulgaridad el más insignificante detalle puede volverse una tragedia, la rutina enloquece, hay gentes desesperadas sin ninguna ilusión o ideal, siempre en conflicto, planeando trampas; el corazón se contrae pero no se puede hacer nada y nos familiarizamos con situaciones que afuera son hábitos de pordioseros: siempre hay una voz que pide para un pan. . . para un cigarrillo. . . para un jabón. Y aquí, en medio de esta realidad vivimos las prisioneras políticas.

Pero hay que “adaptarse”, cumplir la disciplina o mejor obedecer órdenes: ¡salgan! ¡Acuéstense! ¡Coman! Todas al tiempo como si fuésemos autómatas. No se puede pensar. . . otros piensan por uno; no se puede escoger, otros escogen. Otros mandan, gritan, insultan, humillan, ordenan, amenazan y castigan! Es como si ya no nos perteneciera la vida, como si sólo nos perteneciera la muerte.

Y unido a esto, la miseria. La mayoría de la gente se viste con harapos; pero no sólo hay miseria económica sino moral, intelectual y física en sus más agudos extremos. Por ejemplo, en este último aspecto —el de la salud— dos enfermedades se apoderan de muchas desdichadas: la tuberculosis (aumentada por el castigo del calabozo y el estado natural de desnutrición) y las venéreas. Pensar en atención médica es una utopía: **once pesos anuales** (siete centavos de dólar) destina el Estado colombiano en medicinas. . . para cada preso.

Si afuera, en los hospitales de caridad la gente se muere a sus puertas ¿qué puede esperarse aquí donde no hay dotación, condiciones ni medicinas? En cuanto a los médicos asignados se aprecia tanto el profesional capaz y humanitario como el indiferente, grosero y de piedra con el preso.

Van pasando los días. . . observando cómo se comportan las guardianas, cómo las detenidas, qué costumbres existen, qué se hace, qué se omite. Pensando en la forma como voy a emplear el tiempo, preguntando muy poco y respondiendo más. Alguien me pidió por favor que le escribiera una carta; otra me cuenta cómo sucedió su detención; alguien más me busca para continuar la charla del día anterior. Con la convivencia for-

zarda y oyendo hablar de angustias, observo otro aspecto en toda su trágica dimensión: la falta de afecto. Escucho frases: "a nadie le hago falta", "no tuve amor cuando niña", "me abandonaron, no soy nadie"; o preguntas: "¿quién me engendró?", "¿no ve mi desgracia de ser mujer?", "¿qué me importa la sociedad si estoy llena de odio?"; o confesiones: "quiero estudiar, me enseña?", "quién pudiera vivir de otra manera", "ya entiendo, creí que no entendía"; son expresiones con las que tal vez uno nunca pueda llegar a connaturalizarse. . . Hacen pensar en lo que ellas hubieran podido ser y la garganta se anuda de tal modo que no se puede pasar ni un trago de agua. ¿Cómo ayudarles? ¿Cómo hacer que la vida de cada cual cobre sentido?

Entre el querer y el no poder hay que buscar actividades permanentes, de tal forma que se puedan copar TODOS los minutos del día. Es la única solución en una cárcel.

En las visitas dominicales mis hijas, pendientes de cada detalle de mi vida, me preguntan preocupadas si ya me he encontrado con las P.P. e integrado a ellas. En verdad, poco a poco las he ido ubicando, las veo pasar junto a mí y conozco de sus actividades. Es doloroso en esta situación aceptar su indiferencia. La mayoría de ellas están sindicadas de pertenecer a una Organización de la que tengo pocas referencias y entre ellas está quien comparte con nosotros, en el mismo expediente, los mismos cargos contra todos: la compañera a quien yo tanto deseaba conocer.

En los días en que me hallaba en la BIM me enteré de su caso, se le provocó un aborto debido a las muy duras circunstancias que rodearon su captura. El hecho me horrorizó por lo dramático, por la tortura que significó para ella. Anhelaba encontrarla, compartirlo todo e integrarme al grupo de P.P., pero al llegar, creyendo que el grupo me esperaba —nuestro caso y mi nombre han sido ya bien conocidos— no hubo ni el más mínimo detalle en tal sentido. Fue grande mi sorpresa y no podía explicarme ese silencio.

Opté con prudencia por hacerme a esa otra realidad y excepto una nota de felicitación que envié a una de ellas cuando le otorgaron su libertad, no intenté ningún acercamiento.

Ha pasado el tiempo, un mes es demasiado cuando se está recién llegada a una cárcel; hace unos días amanecieron sonrientes

y alguien vino a decirme: por favor, es necesario que hablemos, hemos estado equivocadas. Todo fue reflejo de absurdas calumnias contra Francisco, tejidas desde antes por gentes deshonestas, que han cobijado a toda la familia con su sombra siniestra. Esta muchacha con quien yo deseaba reunirme para expresarle mi solidaridad por sus sufrimientos cuando fue capturada, aceptó y difundió esos rumores sin aclarar, saber, ni constatar nada, creando así un clima de desconfianza.

Nada trascendental, si se tiene en cuenta que el episodio no duró más de un mes y las compañeras me han devuelto con creces su equivocación.

Aleccionador sí, para no idealizar a los P.P. porque no siempre estamos exentos de superficialidades, baja formación o hasta falta de calidad humana.

Lamentablemente los métodos de inventar calumnias se dan entre gentes que se llaman revolucionarias —muchas veces para dirimir diferencias— y se transmiten en forma irresponsable consiguiendo el objetivo propuesto por los enemigos de las causas más justas: destruirlas.

UN DIA DE CARCEL

A veces, un poco aturrida en el momento de despertar me pregunto: ¿dónde estoy? El chirrido de la manivela me da la respuesta: encarcelada.

Con sobresalto miro la puerta que se va corriendo poco a poco sobre el riel y por todo horizonte veo la maldita pared blanca, encalada, del pabellón tercero. Son las 5 y media. Hay que salir de prisa para bañarse con agua helada, arreglarse, ordenar la celda y estar lista para cuando llegue el momento en que comienzan a cerrarlas nuevamente, retrocediéndolas por el mismo riel (por una carta que me envió Francisco veo que la rutina en todas las cárceles es igual).

Afuera. . . un cielo de 15 minutos antes de Hlover. Los corredores, baños, escaleras y espacios son corrientes de aire encontradas y la mañana de mayo amanece helada. Los arquitectos que conciben las cárceles diseñan amargura, deben averiguar posiblemente cómo agravar una artritis, hacer más fuerte un cólico

ovárico, generar resfriados y maltratar riñones. Includablemente, hay algo morboso en simpatizar con el dolor ajeno.

Acaban de cerrar las puertas de las celdas, son las 7 de la mañana, entre esta hora y las 8 a.m. en que empieza "la contada", no se puede hacer nada y todos los días empiezan así. Nosotras en los corredores tiritando de frío, ya listas, con bolsos y paquetes en las manos donde guardamos todo lo necesario para el día: plato, taza y cubiertos de plástico, papel higiénico y útiles de aseo; algún dinero y espacio para guardar uno de los suéteres que tenemos encima --cuando se tibie el clima--. Todo lo necesario, sin olvidar nada porque ya nadie podrá volver a entrar a la celda sino hasta las 5 y media de la tarde, hora de abrirlas nuevamente.

De 7 a 8 de la mañana es la hora más larga del día, en el corredor se forman corrillos o debemos sentarnos en los únicos asientos igualmente helados: el granito de las escaleras.

Faltan pocos minutos para las 8, llegan dos guardianas que entregan el turno a otras dos. En este momento abren la puerta del pabellón quinto y se inicia la contada; salimos una a una por esta puerta al corredor central en donde se forma una montonera apretujada porque hay que esperar a que constaten que no falta nadie. Muchas veces esta contada tienen que repetirla dos y tres veces, ya sea porque alguien se quedó encerrada por enfermedad extrema o porque las guardianas perdieron la cuenta al saltarse un número. ¡Falta una! gritan al final y vuelven a empezar. Hoy fue al revés, casi al terminar se dieron cuenta que "sobraba una", ante las risas de algunas y el fastidio de otras por la pérdida de tiempo en algo tan simple. La contada es una práctica que se siente humillante, la hacen en forma exacta a la "contada" del ganado cuando lo entran al corral y las guardianas adoptan la misma actitud y las mismas voces guturales de un vaquero.

De ahí al desayuno: de una gran olla de café con leche --más agua que café y leche-- sacan para llenar cada taza, entregando por el otro lado de la fila dos panecitos duros.

En seguida cada cual a su labor o al ocio de los patios. Setenta y seis detenidas tenemos algún tipo de trabajo, las trecientas veintiseis restantes no tienen nada que hacer. Pero --como en mi caso-- las labores no son permanentes sino interrumpidas tan frecuentemente que nunca se sabe lo que sucederá el día que empieza.

La más relevante característica es la ausencia total de orden y métodos para cada labor, es decir, esa imagen de disciplina férrea que tienen las cárceles sólo es real cuando se trata de reprimir, castigar o negar alguna petición. Es también aplicada a la requisita de las visitas, a los horarios de entrada y salida de las mismas o a las prohibiciones de cualquier tipo, porque simultáneamente existe la más desmoralizadora anarquía para todo lo que sea estudio, trabajo, deportes o cualquier labor edificante. Aquí existen todos los deberes pero ninguno de los Derechos a que pueda aspirar un ser humano, aún dentro de una cárcel.

Cuando empieza el día hay que preveer el ocio obligado y ordenar el tiempo para diferentes labores: preparar clases para cuando haya la oportunidad de darlas, tejer, reunirnos a darle cauce a los problemas diarios, estudiar colectivamente (es ya una práctica de las P.P.), escribir, intentar pedir una entrevista, en fin, aprovechar cada minuto. Y hay que empezar por buscar un sitio a donde hacerse, siempre en el suelo, sentadas en las baldosas o en las escaleras, en el prado o en los corredores. Grupos y más grupos de mujeres conversando o discutiendo en el suelo. Si hay sueño, un dolor físico o cansancio hay que tirarse al suelo porque en la cárcel no existen asientos, bancas, ni un solo mueble; éstos se encuentran solamente en los saloncitos de clase o en los talleres.

La visión del mundo cuando se está la mayoría del tiempo tirada en el suelo comienza a cambiar. Como aquel que está arrojado y siempre ve al otro más grande, en la reclusión se siente la superioridad de los otros por la aparente o real condición de menesterosas. Los otros son los que mandan.

A las doce el almuerzo. Pabellón por pabellón en fila para entrar a los bancos de un comedor vigilado, inhóspito, con mesas de superficie de lata inmensas y sucias, moscas encima de los platos de comida, en donde el único orden es el que nos condena al silencio, como si fuera lo natural. En pocos minutos debemos acabar y pararnos, mesa por mesa, a una orden de la guardia. La mayoría no alcanza a terminar y sale con la comida en las manos para tirarse nuevamente al piso de cualquier lugar a esperar la tarde.

Sentada en el andén del patio junto a las demás compañeras políticas estuve tejiendo esta tarde. No fue un momento animado. Juana tiene la tortura muy fresca: le dislocaron un brazo y muchas cosas más que ahora no quiero escribir. Se quejaba en voz baja y con la mano izquierda se sobaba el hombro derecho

para suavizar el dolor --hace 10 días llegó-- estábamos calladas, por eso oímos bien los ayayay! queditos de Juana.

Me cansé de tejer y levanté los ojos. Medí el patio. Es muy grande, al frente el teatro destartalado con su puerta cerrada; a la derecha la puerta de entrada a los lavaderos, con candado; a la izquierda las escaleras y encima de nosotras el peso de los cuatro pisos del pabellón. Van las mujeres de un lado a otro, se pasean o se reúnen en círculos humanos. Allá está la del dolor de muelas con un pañuelo envolviéndole la cara.

La loca de pelo enmarañado adornado con flores.
Está de acá con un espejo aplicándose cosméticos.

La muchacha delgadita como un esqueleto, más allá.
Reidora la que le anunciaron este medio día la libertad.

La "India", de inteligencia fuera de lo común.
Esa mulata que canta tan parecido a Toña la Negra.

Una más, va caminando sin darse cuenta que tiene la falda manchada de sangre.

Otra de perfil, desafiante, retando!
Pensativa, otra, mirando un retrato.
Más allá las lesbianas acariciándose.
Hijueputazos! Allí se trenzaron, no hay nada que hacer, nadie se mueve.

La de perfil cayó al suelo, boca abajo... en un charco de sangre! Ocio! Ocio! Ocio!

Todas al pabellón derecho a la celda, ya son las 5 y media de la tarde; de ahí en adelante la soledad!! Ha sido un día cualquiera en la cárcel.

EMPEZANDO LA ALFABETIZACION

Un lunes:

-- ¿Conseguiste dar clases en tan poco tiempo que llevas aquí? --Me dijo--

-- Sí.

— Es un milagro —continuó— yo supliqué tres meses seguidos y finalmente hace una semana conseguí el segundo grado.

— Entonces, ¿Comenzaremos casi al tiempo? Me ofreció la mitad de su cigarrillo a la vez que me decía: ¿Que nivel conseguiste?

— Alfabetización.

— El más bello y el más difícil; tendrás muchas alumnas.

— Eso espero, la señora Directora me dijo que yo vería si conseguía las alumnas, que aquí a nadie le gustaba el estudio y perdería mi tiempo, pero he pensado en poner un aviso en el corredor...

Eso estaba diciendo cuando caí en la cuenta de cómo sería justamente un aviso para las que no sabían leer, se lo dije a tiempo que le devolvía el cigarrillo y nos pusimos a reír.

La muchacha del diálogo es otra detenida, de esas personas con quien uno se identifica a la primera mirada, después sonríe y finalmente entabla diálogo. Sabía que se llama María y sicóloga de la Universidad Nacional pero ignoraba hasta ese momento su historia (giró cheques sin fondos para pagar las cuentas de la enfermedad de la madre).

Como es de simple sentido común utilizar aquí la prudencia y algo de tacto, no le pregunté ese día por qué está aquí y me tragué la curiosidad. Me extrañé entonces cuando en esa primera charla, después de un momento de silencio, ella muy seria y mirándome a los ojos me preguntó:

—¿Qué te pasó, por qué viniste a dar aquí?

— Creí que eso no se mencionaba —le contesté—

— Es la primera vez que lo hago —me pidió disculpas.

Nos encontramos nuevamente por la tarde y ya en plan de "profesoras" pedimos permiso para ir a la oficina de educativas. Al pasar frente a otra pequeñita oficina salía una mujer que le dijo:

— Mire lo que tenemos que contestar. María leyó, se indignó, no midió su reacción y entró a la oficina donde dos niñas "bien", con acento afectado, hacen de voluntarias. Se desató una agitada discusión por la que entendí que se trata de personas imprevistas experimentando con unos formularios; yo miraba la escena desde la puerta, sorprendida por el dominio del tema por parte de María, que finalizó así: ¿Es que creen que una actitud determinada por un orden social se enmienda respondiendo

a unas preguntas o elaborando unas pruebas que parecen mal intencionadas? Cuando salió guardó el papel y le dijo a la mujer que no respondiera ni se prestara a nada. Continuamos caminando para la oficina de educativas, a pocos metros de ahí, en una zona que queda adelante y aparte de todo tránsito de las detenidas, entonces le dije más o menos: Me parece que lo de ahorita es algo así como la gota que rebozó una copa; eres bien radical, tendrás tus razones, pero me gusta tanto encontrar a alguien así y más aquí, donde no imaginaba que existieran personas como tu. Me explicó, a tiempo que se sonreía por mi comentario, que han repartido varios formularios "raros", me mostró el papel contándome que había amenaza de dañar la hoja de vida para las que no contestaran... pero era voluntario.

Conversamos muy largo, tuvimos tiempo porque la Directora de Educativas no nos quiso atender. Me aleccionó sobre muchas cosas de la vida carcelaria, después pasamos de tema en tema y la charla me hizo olvidar momentáneamente donde estaba. La charla y el agradable silencio porque hasta ese sitio sólo se llega con permiso escrito y por algún motivo especial. Estábamos sentadas sobre el prado y en algún momento le pregunté:

— ¿Qué te trajo aquí?

— El destino... para que nos encontráramos y enseguida como en secreto y con gracia completó: pero no lo menciones. Nos reímos otra vez por mi turno de indiscreción. Me contó partes de su vida, yo hice otro tanto, luego fuimos a compartir un café.

MIERCOLES

Supimos que los formularios de las voluntarias han sido rechazados. Otros no fueron devueltos, los quemaron. María y yo tenemos problemas, nos llamaron y la guardiana dijo que deberíamos responder por el "sabotaje" y por estar incitando al personal. A María, además, por irrespeto a los "superiores".

— Te preocupa? — me preguntó. -

— En lo más mínimo, después de estar en la Brigada estas cosas resultan menores, y a tí?

— Yo sé cómo tratarlas.

Hoy volvimos a pedir permiso para hablar con la Directora de Educativas, se trata de conseguir que nos facilite tizas, cuadernos y lápices y que abra en el libro el comienzo de las clases. Ya la voz se ha corrido y vienen a preguntarme cuándo empezamos; quieren inscribirse varias.

La Señora manda a decir que vayamos el viernes.

VIERNES

María vino a decirme que arregló el problemita: entre estas gentes hay muchas envidias, intrigas, se delatan con frecuencia a Prisiones y las señoritas no tienen piso, es más, no van a volver.

— ¿Y los útiles escolares? ¿Sabes si existen?

— Por montones, hay cajas llenas, donativos que maneja la Señora de Educativas.

— ¿Cómo lo sabes?

— Los ví entrar un día que estaba con el abogado en la guardia, en febrero, averigüé entonces.

Estando en este diálogo llegó Luz, una compañera P.P. que también intenta (antes que yo) dar clases. Nos dice:

— No hay cuadernos ni tizas ni lápices, es decir, si hay cuadernos y tizas y lápices pero están encerrados y no los entregan. No intenten ir porque "ella" está de mal genio.

LUNES

El encargado de la bodega no está, o mejor... si está pero no tiene tiempo. Mientras tanto las inscritas están impacientes, quieren comenzar algunas con el único fin de conseguir descuento de pena por estudio, otras porque quieren aprender a leer.

JUEVES

La razón es la de que vayamos el martes, que el encargado tendrá tiempo de buscar los útiles.

MARTES

Tuvo tiempo pero ese día no vino la Señora de Educativas; dejar para otro día.

MIERCOLES

QUE ESPEREN OCHO DIAS!! que no se van a morir por eso! Mandó a decir la Señora de Educativas... —No importa—

AL OTRO MIERCOLES

Pasaron los ocho días y comenzó el nuevo mes. Desde tem-

prano pedimos el permiso para ir a la bodega. La Señora si está, el encargado también, todo parece que coincide.

Una de la tarde: pasen las que tienen permiso. Pasamos. El encargado nos recibe pero pide un papel firmado por la Señora en que se solicita la cantidad precisa de elementos, su destino y quién responde por ellos. Ninguna de las tres sabíamos el requisito. Volver a donde ella. Está tomando café y no se puede interrumpir. Mientras termina han cambiado el turno y queda otro encargado. Cuando regresamos las tres —porque no podemos ir una a una— después de casi una hora se ha ido, ya que... “no iba a estarse esperando, no?”.

De vuelta al pabellón Luz dice: todo aquí funciona en una maraña de caprichos y problemas mientras tanto el ocio continúa enfermando las mentes, pero no perdamos la paciencia, entre las tres tenemos ya treinta y siete alumnas que también esperan.

- Desmoralizadas antes de comenzar —digo yo.
- Doble trabajo para cuando un día podamos empezar —termina María.

LUNES

Comenzamos las clases. Tengo trece alumnas completamente analfabetas, tres de ellas atracan aquí mismo en la cárcel. Estoy recordando una premisa de nuestros métodos que dice: el Hombre aprende únicamente lo que le interesa. Maté el tigre y me asusté con el cuero, por dónde empezar?

El primer día de clase fue de locura. Muchas hablan al tiempo, caminan, juegan, cantan, dicen vulgaridades, salen y entran. Ni siquiera intenté hacer la lista pero cuando llegó la Señora de Educativas se quedaron calladas. Amenazó con cancelar las clases si no aprenden inmediatamente y para “pulsar” —dijo— volveré dentro de ocho días.

Salió con los nombres de todas escritos en un papel y no iría muy lejos cuando empezaron a decir de ella bestialidad y media: vieja hijueputa, siempre igual...; esa vieja no es maestra sino “tira”, a fulana la hizo meter al calabozo; a Rosa el año pasado le hizo quitar las visitas por un mes, etc. etc.

Cuatro o cinco de las asistentes se distinguían porque habían estado en sus puestos en una actitud normal, cualquiera adivinaba que habían ido a estudiar. De pronto una de ellas pegó un berrido: ME ROBAROON! y ahí sí que la confusión fue mayor. Así terminó el primer tiempo de "clase". En el intermedio desaparecieron las tizas que estaban a la vista. Diez minutos de supuesto descanso para iniciar de nuevo por hora y media más.

Cuando entramos para reiniciar vi que en mi pupitre habían botado una cantidad considerable de cáscaras de naranja. Empezó el barullo nuevamente, tiraban pedacitos de tiza por el aire y entonces... me integré al juego brusco en que estaban. Al iniciar mi batalla campal celebraron con risotadas pero viendo que continuaba sin parar empezaron a desconcertarse, las dos mulaticas que más habían ocasionado desorden de pronto me empezaron a mirar y una de ellas dijo: ya está bueno profesora —le habían dado un golpe en la cabeza—.

¿Ya está bueno? --contesté-- entonces vamos todas afuera a correr un poco, nos hace falta ejercicio y fui saliendo, invitándolas, mientras eché a correr en contorno del prado desierto. Salir en medio de clase, lo acababa de advertir la Señora, quedaba completamente prohibido. Si la Señora lo sabe nos castigaráaa! Gritó alguien, pero "no le oí".

Después de correr --unas más que otras-- llegamos "mamas-das", agotadas, cada cual a tirarse a su puesto comentando el lío en que nos habíamos metido por salir.

Pues sí, estamos metidas en un lío --les contesté-- y qué? Si nos ponemos de acuerdo y todas contestamos lo mismo nada nos pasa.

Y qué vamos a decir? --dijo alguien--

La verdad, que queríamos jugar, correr un poco antes de empezar la clase.

Entonces empecemos la clase --dijeron varias-- no demora en venirnos a joder, esa vieja es bien tenaz.

Y empezamos de esta forma: llamada a lista, luego saqué un mapa de Colombia grande --me lo trajeron el domingo-- muchas no lo conocían. Empecé a preguntar y ubicar el pueblo o ciudad de cada una y en seguida pedí que cada quien hablara de su tierra, en orden, "porque así se hace una clase". Cuando mencionaban montes, ríos u otras ciudades yo iba señalando dónde quedaban mientras hacían esfuerzos por recordar, yo les hacía

preguntas: qué cosechan, cómo lo hacen, en qué se transportan, qué se come, qué se baila y ellas iban añadiendo lo que más les interesaba. No alcanzó el tiempo y al segundo día cuando iniciamos la clase venían comentando que habían pasado la tarde y hasta la noche— tratando de recordar más cosas para decir-las. Se despertó el entusiasmo, ninguna molestó porque todas querían que se oyeran sus relatos.

Hablaron del clima, cómo vive la gente, de quién es la tierra, cuánto ganan, etc., etc. Lo esencial lo apunté en mi material de observación.

Por los comentarios posteriores: como el estudio no es feo, la clase está "legal" y otros, empezaron a venir más muchachas a inscribirse, el número subió a diez y ocho pero fué imposible recibir a otras porque materialmente no hay espacio en el saloncito.

Así empezó la alfabetización.

DE MI MATERIAL DE OBSERVACION

Las dos mulatas: Stella, de la ciudad puerto de Buenaventura --17 años-- y Luisa K., de la Isla de San Andrés, en el Caribe, se han convertido en las líderes del grupo de estudio. Condenadas a 3 y 5 años respectivamente, cuando vinieron no conocían ni una sola de las letras del alfabeto.

Stella es un caso excepcional, casi una superdotada. En la clase No. 21 --la de ayer-- inolvidable para todas, inició su primera lectura en público con dificultad y fué dominando palabra por palabra. Sudaba... se esforzaba... mientras todas en suspenso casi, la alentábamos: eso! Siga! Sí puede! Ya va a acabar! ACA-BOO! y estallamos en aplausos. Estas dos muchachas atracaban señoras recién llegadas al pabellón 5o. (llamado de "bacanas"), son "gringas", así se llama a quienes nunca tienen visita.

Vinieron a la clase --según me han dicho-- por curiosidad y para resguardarse del frío porque van tapadas con harapos, trapos que por viejos e inservibles les regalan otras detenidas.

Hace dos años Stella robó por primera vez. Esta es su historia:

- Mi padre trabajaba de peón en el puerto, cargaba bultos.

Un día hizo una mala fuerza y se le dañó la columna vertebral. En el hospital no lo pudieron tener más; entre mi madre y yo lo llevamos a la casa pero quedó inválido; como soy la mayor de siete hermanos siempre ayudé a cocinar a mamá en el "puesto", el trabajo estaba malo, no daba para todos.

¿Nunca la llevaron a la escuela? --le pregunto.

Mi mamá me llevaba pero no había cupos.

¿Y ahora qué piensa del estudio?

No quisiera dejar el estudio (pensativa)... pero eso es para otros. Dígame Marujita (me dice entusiasmada) eso de la economía es lo más importante de todo, no?

¿Por qué?

Por lo que está todo tan mal repartido.

¿Cómo cree que debe estar?

Como aquí en la clase que repartimos los cuadernos y la plata de la rifa y todo.

No me puede dar otro ejemplo?

No conozco, no podría darle otro ejemplo, tal vez tenemos que pensar cómo hacer otro ejemplo. Allá en mi tierra hay gente inteligente, yo quiero estudiar para volver y con los míos hacer otro ejemplo.

De Stella y sus razonamientos podrían llenarse páginas enteras. Después de las explicaciones en la clase, ella, espontáneamente, prolonga y hace comprender al grupo lo explicado en forma sencilla, con ejemplos.

Luisa K. dibuja permanentemente. Varias le ayudamos a conseguir papel y colores para sus dibujos alusivos a la clase y a la cárcel, algunos los prendemos a la pared del salón. Con carboncillo que nos regaló la Trabajadora Social pintó su propia cabeza colgada de un puntillón lleno de sombras en donde se adivina una figura humana. Cuando le pregunté por qué el puntillón me contestó: ese es el Juez.

Varias muchachas aprovechan un sobrante de fique para elaborar materas que están vendiendo los domingos, en visita. Con ese dinero y otro que una presa nos obsequió hemos enviado a comprar los elementos para elaborar un inmenso mapa-mural de colores, será un gran mapa de Colombia que ya tenemos diseñado y he dejado bajo la dirección de Luisa K.

El mapa está terminado. Con María y sus alumnas celebramos repartiendo una gran torta, la pudimos comprar con el dinero de "caja" que tenemos. Esto fué el martes. El miércoles sucedió lo siguiente: no ha sido posible conseguir que nos cambien el tablero, que más parece un espejo. María vió un excelente tablero semejante a este, que no presta ningún servicio y siempre ha estado allí. Cuando fuimos a pedirlo a la Directora de Educativas por toda respuesta dijo: ese tablero no me lo toca nadie, confórmense con el que tienen, para qué necesitan más? Desde lejos lo vimos como cuando un niño mira un helado sin poder alcanzarlo. Junto a él hay paquetes envueltos y amarrados, ignoramos qué contienen.

Como se iniciaban las vacaciones establecidas de mitad de año iba a paralizarse todo el estudio. Pensando en el ocio forzado y por el interés de las muchachas obtuve (con engaños) que me dejaran la llave del salón, así se garantizó la continuación de las clases, en cierto modo de contrabando. El grupo entendió como un triunfo el haber obtenido esa llave, estaban pendientes. La Señora y el personal de Educativas se fueron de vacaciones, otro motivo de agrado el no soportarla por veinte días.

Al tercer día de su ausencia, cuando estaba repasando cuader-
nos en el salón vinieron en grupo María, Stella, Luisa K., Jota y
dos muchachas más a proponerme un plan. María con la mirada
me "dijo" que era necesario que lo aprobara y a continuación me
lo explicó. Cada una añadió y aportó algo más y todas hablaban
bajito, como cómplices. Se trataba de robar el tablero y susti-
tuirlo por el nuestro aprovechando que parecen iguales. Si se
dan cuenta —dije— perderemos la conducta de tres meses, habrá
investigación, posiblemente calabozos, más posiblemente el cie-
rre del salón y pasará el hecho a la hoja de vida de cada cual.

Discutimos el asunto, lo pensamos, no me fue fácil aprobar un robo y menos participar en él... pero lo necesitamos... Al final concluimos en que no se trataba de un robo. Ese tablero pertenece a quienes estudian y debe prestar el uso para el cual está destinado, es una expropiación necesaria porque, además, va a servir para todas y la finalidad es que el estudio se facilite. APROBADO.

Pero era necesario saltar el candado, traer el tablero, regresar con el otro y colocarlos en sus sitios correspondientes cambiándoles las argollas y colgaduras. Para que esto no fuera "visible" en un tránsito de casi 100 metros y dos puertas intermedias con guardianas, se necesitaba la colaboración de por lo menos dos alumnas más.

Hora, vigilancia, entretención y mentiras a las guardianas, "trabajo" con el candado (fácil para Jota), cargar los tableros y supervisar cada situación, todo quedó acordado. Finalmente lo hicimos pero con creces porque a Luisa K. se le ocurrió mirar por curiosidad los paquetes amarrados y se llevó gran sorpresa al encontrarlos llenos de cuadernos, lápices, tizas de colores, papel, marcadores, reglas y algunos otros materiales que significan algo así como oro para el desarrollo de las clases. Nunca se habían visto tantos útiles que parecían olvidados allí. Tuvimos para repartir discretamente a otros grupos.

El impulso que tomó el estudio con estos elementos ha sido grande, estamos apercidas para seis meses más de labores.

Para el afianzamiento de la lectura tenemos un librito de letra grande (que pudo pasar mi hijo Francisco en la visita) "Cómo el hombre llegó a ser gigante", tenemos una geografía universal, un diccionario y una escuadra.

Veinte días después de la expropiación se ha descubierto la desaparición de los paquetes. Del tablero —principal objeto de la incursión— no se dieron cuenta porque jamás lo habían observado detalladamente.

LA MUJER Y LA CARCEL

Cuando se hable de LA MUJER en Colombia, del sinnúmero de circunstancias que la martirizan, condicionan o deforman, es imprescindible referirse a la población carcelaria. Las estadísticas oficiales dan una cifra de 8.000 en todo el país. Leído así, simplemente, con números de piedra, la apariencia es de un porcentaje poco inquietante casi "natural" porque las estadísticas muchas veces son como espejismo o si nó, veamos la realidad: se trata de 8.000 mujeres con proceso que viven en las cárceles permanentemente con duraciones promedio de 2 a 8 meses, además del relativamente pequeño número de condenadas a largas penas, o sea, que por las cárceles pasan no menos de 40.000 muje-

res año, sin contar a esas miles que sólo pasan algunos días con sus noches en cárceles menores Municipales, Puestos de Policía o Comisarías. Aquí también llegan en calidad de retenidas y salen en libertad rápidamente como por arte de magia. Una de las consecuencias más dolorosas es el desamparo en que quedan miles y miles de niños.

Con las compañeras P.P. hemos estado analizando sobre la discriminación a la mujer en general, la particular de la reclusión y la que nosotras mismas, cada una, hemos sentido a través de nuestra vida. Es claro para todas que una razón grande de nuestra lucha es el deseo vivo de un cambio en la estructura social que permita tener una personalidad auténtica. Hablamos del machismo feroz, esa monstruosidad que consiste en el sometimiento a la voluntad del hombre —bien sea como padre (cabeza de familia) hermanos, novio, compañero, jefe, amigo, hijo o hasta nieto—. Algo que nos pasa casi a todas es que sentimos enojo con nosotras mismas porque en alguna medida hemos contribuido a estimular ese mal, a pesar de creernos conscientes y meditar en estas cosas.

En la reclusión he podido apreciar que casi la totalidad de las mujeres han dependido de un hombre para llegar aquí, es decir, aunque detrás de los delitos existen causas económicas —con excepciones— generalmente es el hombre quien determina, manda o dirige.

En cuanto a las P.P. casos he visto en que la integración al proceso de los acontecimientos sociales se hace, no por conciencia, inicialmente, sino por estar cerca al hombre de sus sueños, lo que no implica que con el correr del tiempo y los hechos cambie la mentalidad y aparezca la comprensión política que faltó al comienzo. También sucede al revés: la mujer comprende cabalmente cuál debe ser su papel pero no puede desarrollar su capacidad porque alguna autoridad masculina se lo impide. Debe entonces romper, aún a costa de sus sentimientos y lo hace, para avanzar.

De todas maneras la discriminación llega a la cárcel con más fuerza no sólo porque a la mujer en la familia, las relaciones afectivas, de trabajo y otras se le considere como a un ser disminuido sino, además, porque las instituciones y entre ellas la jurídica, la han situado en un nivel menos que a medias. No en vano las Leyes han sido elaboradas por siglos únicamente por hombres y aprobadas por otros hombres que representan o hacen parte de Estados opresores que son, en primera instancia, la causa de la desigualdad.

Esa discriminación se siente más aquí por situaciones que afectan directamente, entre otras, el delito de "abandono de hogar", las penas por aborto, la fuerza bruta de los guardianes hombres, el trato inicuo de algunos señores-autoridad y hasta la misma discriminación en relación con los prisioneros. A ellos, los presos, les otorgan dos días de visita con más duración en horas y permiten la visita conyugal, mientras que para las mujeres, como si no se tratara de seres humanos (ni siquiera de animales) se impone la abstinencia sexual. Alegan para esta prohibición irracional que el embarazo trae consigo por Ley la excarcelación temporal, pero existe más de una solución (ya lo hemos planteado pero lo que no existe es quien la dé), sin contar con los avances científicos de control natal que en este caso se justifican plenamente.

Las mujeres que hay aquí por abandono de hogar hacen parte de esos millones de colombianas (con matrimonio o sin él) que han sido formadas —o deformadas—, únicamente para el "deber" de atender el hogar como siervas. Sin posibilidades de capacitarse porque ni hay el dinero y el tiempo lo absorben el marido y los hijos, terminan autoconvencidas de que son incapaces y ven como única salida depender de su marido y por supuesto, supeditadas a él. Esos abandonos de hogar que acá he conocido tienen justificación de sobra por la tremenda tragedia de sus vidas, su ignorancia, su falta de apoyo.

Una muchacha, que nunca ha debido venir aquí, se casó con un perverso sin saberlo, llevaba una hija anterior al matrimonio y cuando empezó a notar actitudes "raras" en el padrastro, ante el presentimiento, tomó su niñita y se marchó. El "abandonado" puso denuncia penal, dió explicaciones que podían sonarle al Juez ciertas o no y como ella no tuvo testigos ni pruebas, mientras que se establecía quién decía la verdad avanzó el juicio y la encarcelaron hace dos meses.

Esto es bien frecuente, son muy comunes los atropellos sexuales a la esposa o a las hijas de ella, lo aberrante de esta historia es que no solamente sufrió la afrenta, vivió angustiada, golpeó su vida sino que por el hecho de estar casada católicamente al marido se le facilitó enviarla a la cárcel.

En la última celda de este oscuro corredor hay otra muchacha por el mismo delito, esta vez el adulterio. No importó el maltrato que recibió del esposo, las "amigas" que él tuvo —para eso es hombre, dijo el Juez— ni las borracheras en que llegó. Ella volvió sus ojos hacia otro posiblemente desesperada de oírse llamar

puta por su marido y esquivarle golpes después de las juergas, al irse decidió su suerte y por eso vino a dar aquí.

Todos sabemos de la doble moral a la que hay que someterse, adaptarse e inclusive respetar, consiste en la exigencia de patrones de conducta para la mujer, más no para el hombre. Hasta hace pocos años esta señora hubiera venido por adulterio, delito despiadado con el que se castigaba la infidelidad, sólo aplicado a la mujer. La historia judicial colombiana está llena de crímenes en que las víctimas fueron mujeres acusadas por adulterio, la Defensa alegaba "ira e intenso dolor" y con ese recurso el marido reponía su "honor" y quedaba ante la sociedad como hombre macho, íntegro, digno de respeto.

En la muchacha de la última celda se aprecia sinceridad; sin embargo, tuvo que recurrir a la hipocresía y el engaño violentando su naturaleza, ante el alto precio que una sociedad machista le exige. Para no contrariar los convencionalismos ni las Leyes hubiera podido soportar por años a su virtual amo siendo obediente, callada, "virtuosa", doméstica, sumisa y pura. Y siendo también agredida, vilipendiada, ofendida y humillada como han vivido millones de colombianas a quienes después de muertas se les reconoce como a santas. Ellas, las santas, posibilitaron matrimonios o uniones de los que se suele decir que eran "de los de antes", a costa del sacrificio y la apariencia.

Otro delito que afecta directamente a la mujer es el aborto. Prohibido legalmente y censurado moralmente, hace años que los personajes de Estado e Iglesia se enfrascan periódicamente en debates inútiles, decidiendo qué deben o no deben hacer en este caso las mujeres con su cuerpo. El caso es que el problema no está resuelto aún y quienes lo llevan a sus espaldas como hierro candente son los millares de mujeres que lo padecen y no el Estado porque constituye una tragedia clandestina que causa, además de la destrucción física acentuada por la inexistencia de seguridad social para más del 70% de las colombianas, las incidencias psicológicas y como si todo fuera poco, el riesgo de la cárcel.

Aquí se ven mujeres que llegan enfermas, infectadas casi siempre. La última la enviaron al hospital pero fue tarde. Murió.

También existen una serie de casos —actualmente 17— de empleadas del servicio doméstico (oficio exclusivamente femenino) venidas del campo. Dejan de pagarles y pasa el tiempo ofreciéndoles "todo junto" para después, pero un buen día "desaparecen" joyas, ropa o cualquier objeto de valor... viene el denuncia

penal por hurto o robo y mientras se investiga el juez las envía a la cárcel.

Imposible saber si las acusadas son o no culpables, lo que sí se sabe de estos casos tan frecuentes es que la mayoría salen después de seis meses o un año casi siempre inocentes. Son mujeres sin pasado judicial, sin dinero para pagar abogados, sin instrucción para defenderse al menos de palabra y sin más esperanza que la de algún corazón bondadoso que hable y haga por ellas. Cuando salen en libertad ya nada pueden reclamar y quedan de por vida con el estigma de ex-presidarias.

La inmensa emigración de campesinas a los centros urbanos no se interrumpe, perdidas en las grandes ciudades muchas acuden a colocarse como sirvientas. Fácil es pensar que podrían serlo toda la vida pero la servidumbre va desapareciendo de la escena social por diferentes causas. Estas mujeres cuentan que sus padres abandonaron la tierra por la conocida violencia liberal-conservadora de otros tiempos. Las que han llegado en esta época comentan que a la sombra de más violencia, ahora en nombre de la contraguerrilla, contrainsurgencia o guerra a la subversión se montan grandes "negocios" de incalculables ganancias en los campos, desde luego, negocios en los que ni ellas ni sus familias participan.

La campesina en este medio sufre mucho más que las personas de la ciudad porque no sólo es discriminada por ser más pobre, por ser mujer, sino por ser campesina. Una de ellas decía: ... si me hubieran dejado escoger mi nacimiento no sería campesina; y otra agregaba: ni mujer. He oído a gentes de la ciudad (aquí y afuera) decir que el campesino difícilmente se da cuenta de su crisis porque vive en una crisis continua, o, que al no conocer una vida distinta no añora ni se preocupa por otra mejor. Puede ser que esas personas nunca han pensado en por qué tantos campesinos abandonan su campo; son afirmaciones despreciativas o también la creencia de que sólo piensa y siente el que tenga desarrollo escolar, intelectual; es decir, que a la ignorancia la llaman torpeza. (En el saloncito de clases y cuando es oportuno aclaramos fácilmente estas cosas por estar presentes las campesinas, ellas están bien claras de que poseen una inteligencia como los demás seres humanos y que su ignorancia se debe a falta de oportunidades y posibilidades).

Oyéndolas hablar me parece haber llegado aquí como una espectadora que comprende y siente algunas cuestiones en forma diferente. Acumulo muchísimas impresiones y experimento cosas que creo, pueden ser de interés, por ejemplo, vale la pena

anotar cómo, en medio de su tragedia, la marginada raramente ve detrás de la degradación y el delito causas económicas o económico-sociales. Casi siempre lo resuelve todo —porque así se lo han enseñado— achacando su situación a libres albedríos, maldad innata, destino cruel o fatalismos. De casi todas se oye que al llegar han buscado trabajo en fábricas y talleres, inclusive que a veces han llegado a obreras ocasionales; han sido coperas de infelices cafetines, vendedoras de cachivaches, pordioseras, desocupadas permanentes. En ese punto, desesperadas, se inician en el robo relacionándose con gentes de bajos fondos o caen en manos de rufianes que las venden. Por eso es que muchas de ellas empiezan a combinar la prostitución con el delito.

La prostitución está prohibida en Bogotá, teóricamente. Esa prohibición la hacen funcionar con quienes la ejercen en este nivel de indigencia. Prematuramente envejecidas, expuestas a las enfermedades venéreas, a los abortos mortales y al alcoholismo, soportan a la vez un trato de desprecio, las miran como inmorales y les aplican persecución en redadas nocturnas. En cualquier calabozo de una estación de policía pasan horas, por la mañanita las sueltan golpeadas, lavadas con ropa encima, insultadas por los mismos que en otras circunstancias son sus clientes.

Otras de las tragedias directas que se soportan aquí por el hecho de ser mujer es la terminación de la relación corporal con su compañero, que equivale en nuestra sociedad a que él adquiriera más justificaciones para formar otro hogar. Los estados depresivos, manifestaciones de llanto y angustia, abandono total de la apariencia o desengaños que amargan la expresión de los rostros son, según las propias afectadas, producto de la abstinencia sexual, además, una de las consecuencias al desbaratarse los hogares es la tragedia que sigue para los hijos. Este es un tema bien común aquí. Quien observe la visita dominical verá mujeres tratando de tener relación con el esposo, compañero, amante.

Algo que se entrelaza con lo anterior fue lo que observé en la enfermería. Vi una muchacha tejiendo ropa de bebé, no hablaba con nadie, fijaba su mirada en las agujas y acababa de salir de consulta ginecológica. La sorpresa empezó cuando la enfermera ordenó que siguiera la embarazada y ella pasó, porque hace dos años está detenida. Me correspondió el turno con la misma médica, nombrada como ayudante del "Doctor aspirina" (así llaman al médico titular porque solo receta ese calmante).

La doctora, humana y hecha de otra harina distinta al personal carcelario, sabe que mi afición no requiere más de una consulta, pero sabe también lo que ella significa para quienes vivi-

mos aquí: alguien que viene del mundo, cuenta noticias, oye y da fuerza moral. Como pronto se irá no me niega estos diálogos que son para mi momentos de distensión. Después de un saludo cordial le comenté:

— Esa chica. . . embarazada. . .

— Inquietante, no? —me respondió—. Ya con este es el tercer caso que atiendo en los tres meses que llevo aquí.

— Pero. . . es posible? Son dos años de encierro. . .

— No ha visto usted más casos de **embarazo psicológico**? —me preguntó.

— NO! Eso no lo sabía, en qué consiste?

— Tiene sus raíces en la abstinencia sexual, además de algunas otras circunstancias. . . el deseo reprimido de estar con un hombre, su hombre, se vuelve obsesivo, en las noches lo imagina y le da rienda suelta a la fantasía. La masturbación. . . usted sabe. . .

— Lamentablemente --le dije— es la discriminación, en las cárceles de hombres la visita conyugal lo resuelve, pero aquí. . .

— Y los trastornos no demoran en manifestarse —continúo— han venido mujeres a que les saque de la vagina los objetos que se introducen. A veces, sabe? No miden el peligro. . . es deprimente, no?

Siguió explicándome lo que para ella tenía interés científico, me habló de los "síntomas" como vómitos, trastornos menstruales, hasta aumento del vientre.

Después. . . tejidos, hechura de ropa de bebé, preparativos, búsqueda del nombre si es varoncito o mujer. Finalmente, tres o cuatro meses más tarde, la hecatombe! Se "presenta el aborto", todo imaginario, como usted lo puede ver.

Sin que sea la única causa, otra de las consecuencias de la abstinencia sexual son las conductas lesbianas —aspecto que se contempla con un crecimiento cada vez mayor— que prohíben y castigan, toleran o estimulan de acuerdo a los criterios (o mejor caprichos) de cada nueva directora o director. La desorientación invade el ambiente y el saldo son aberraciones, desequilibrios síquicos y frustraciones que tendrán consecuencias para toda la vida, pero son también celos, riñas, odios, enfrentamientos de grupos y todo lo que pueden generar estas pasiones.

Al salir de las conferencias "rehabilitadoras" unas mujeres que no asisten preguntan a otras que sí asisten: ¿qué dijo? La respuesta invariable es: ¡mierda!

La discriminación particular en la reclusión es practicada también por altos funcionarios, como en el caso nada menos que del Director Nacional de Rehabilitación Carcelaria.

La conferencia (fue en esta oportunidad) de asistencia obligatoria y el Mayor Rehabilitador comenzó amenazando a quien intentara salir del teatro, pidió a los carceleros que anotaran los nombres de quienes hicieran gestos inconformes y cuando sintió que dominaba el auditorio y se reprimían los suspiros y la tos, soltó las siguientes frases: "¿Qué pueden ser los hijos de las mujeres que están en las cárceles? ¿Qué, sino prostitutas y rateros? Ustedes. . . que deben pensar en rehabilitarse para tener paz algún día con Dios y con la patria, en lo único que piensan es en seducir guardianes para apuntarse a más hijos. Salen de aquí y es a mirar a quien pueden hacerle el mal. . . y en vez de constituir un hogar decente se echan con el primero que se lo proponga. . .".

Por última que sea la escala social de un auditorio nadie tiene autoridad para humillar así, hubo indignación, murmullos y más odio. Terminó prometiendo canchas de cuanto deporte se conoce y habló de "terrenos propios propicios para construir una piscina" en un sitio donde no hay canecas para la basura, los recipientes de desperdicios y lavazas son inmundos, se caen a pedazos las paredes, a nadie le dan un cepillo de dientes, no existe mantenimiento de nada y por donde se mire se respira miseria.

UNA VISITA TRADICIONAL

Vinieron las Damas Rosadas para hablar del cáncer: el cuidado de los senos, cáncer en los pulmones, etc., etc., al lado de la mesa depositaron paquetes de regalos y por la expectativa de "qué irán a dar" se llenó el teatro --pudo más que el interés de conocer prevenciones de la salud--. Durante la charla se formó el desorden de la quinta banca para atrás, porque ahí ya no se oía, al final un guardián gritó: hagan fila para la entrega de los regalos y cada quien recibió el suyo: paquetes de a diez cajetillas de tabaco negro de una marca que no salió al mercado por mala. Ahí mismo a desempacar y fumar, pero al aspirarlos y producirse una algarabía de toses fue simultáneo, eran "rompe-

pechos". El teatro se llenó de humo negro, buscamos la salida para respirar aire puro y los pisos de toda la cárcel quedaron llenos de colillas de "ministro" (casi enteras), en un sitio como éste, en el que he visto que para no quemarse los dedos se chupan con pinzas el último pucho de cigarrillo.

OTRA

Anteriormente, para el Día de la Madre, habían venido otras Damas Voluntarias --de azul-- para dar conferencia explicando el control de la natalidad y "el impostergable deber de evitar los hijos". Mostraron churruscos y otros aparatos modernos made-in-USA, explicaron la forma de aplicarlos para que "de aquí en adelante no traigan más hijos al mundo, causa de la pobreza de ustedes". Al despedirse regalaron píldoras anticonceptivas "para que las usen" (!) Las mujeres empezaron a gritarles: traigannos hombres, a ver si son efectivas!

ANITA, UNA HISTORIA

El sábado pasado cuando Anita interrumpió mi corrección de cuadernos para decirme: hace tiempos quería hablarle, puede ser hoy? Le observé el rostro. Hasta ese momento caí en la cuenta de su parecido con la actriz María Félix.

Esa tarde tenía mucho trabajo pero me gustó que hubiera llegado y suspendí, además quería darle las gracias por su colaboración y compañerismo en la clase. Cuando ella comenzó a estudiar me sorprendió porque a tiempo que no conoce la geografía de Colombia domina bien el mapa de Europa; dijo que necesitaba afianzamiento, me pidió prestado un libro que después comentó en la clase y entonces me di cuenta que sabía leer bien. Otras circunstancias mediaron para que tuviéramos charlas posteriores y surgiera más camaradería. Un día me dijo: yo creía que era bruta, no había entendido que lo que me faltaba era preparación pero solo hasta los 30 años empecé a comprender la lectura y de ahí para acá he leído cosas interesantes. Otra vez me comentó: no conocí a mi padre; mi madre lavaba ropas y tuvo varios hijos, la miseria nos acosó y a la escuela no volví porque no teníamos qué comer, recuerdo que en las clases me daban trastornos. Decidí trabajar, pero no lavando ropas

ni de sirvienta y en vez de irme a la escuela busqué trabajo; vagué todo el año y lo perdí. . . Me inicié en el robo; cuando mi madre se dio cuenta me botó de la casa.

Siguió narrándome sus vicisitudes: el nacimiento de sus hijos, su vida con un asaltante de bancos muerto en un abafeo, la reconciliación con la madre a quien le dejó los niños y su decisión de irse del país en busca de mejor "trabajo" para enviarles el dinero necesario. Anita se volvió carterista.

Levantando sus manos como para admirarlas me decía: no sé por qué escogí este "arte"; Diosito lindo me lo dio. Estuvo en las cárceles de Lima, Panamá y Nueva York y después en las de Helsinki y París. De la de Panamá cuenta que estando en la celda se le colaban las culebras y la dejaban petrificada; de Lima dice -- fue donde más torturas vio, como sentar a la gente sobre témpanos de hielo para arrancarle confesiones; de Nueva York, que es muy grande y la bajaban por pisos, algo así como vivir 20 metros al fondo de la superficie terrestre. Entre rejas ha vivido 6 años, hace 3 la deportaron de Francia y me lo relataba así: a los deportados nos dan el peor trato; en París me anunciaron la deportación dos días antes, me colocaron un letrero al cuello con la palabra "deportee" dejándome encima sólo el vestido y un pañuelo. Finalmente me bajaron en Barranquilla como quien tira un perro.

Sindicada sucesivamente de robo, ahora está condenada por algo de lo que no se culpa: porte ilegal de armas. El sábado no me ocultó la razón de su especial simpatía que tiene como raíz algo que le sucedió en Europa.

Pero Anita tiene su propia moral, sus virtudes están unidas a sus taras, de las que se avergüenza: ¿por qué tuve que robar? ¿Por qué siendo buena escogí el camino del mal? --y se consuela-- . . . pero al menos no le he robado a los pobres.

-- Cuénteme de Europa --le dije.

-- Precisamente de eso quería hablarle: trabajaba con un viejo en Madrid; él estuvo en la segunda guerra mundial en Francia, haciéndole maldades a los nazis, después. . . se volvió carterista. A veces. . . usted sabe. . . se ve uno asediado por los hombres pero con Miguel fue diferente, yo lo quise como si hubiera sido mi padre. Sigue su relato, de donde deduzco que Miguel fue como una especie de Pigmalión y de encime la dotó de "secretos profesionales" y refinamiento para actuar. Viajaban de un país a otro llevando una doble vida. Usábamos buena ropa cuando iba-

mos a "trabajar" --continúa--; de resto vivíamos como cualquiera; a Miguel le gustaba frecuentar sitios que le recordaban su adolescencia, en la guerra, y me relataba lo que había pasado. . . Visitábamos veteranos amigos de él, les llegaba cargado de regalos, panes, vinos y les daba dinero. Anita va dejando conocer la personalidad de un viejo que seguramente tenía la sensación de vivir esta transitoria existencia en medio de un circo del que se burlaba y donde, sin sentir la angustia del dinero por la forma como lo obtenía, también sabía lo que significaba ayudarle a su gente.

En un regreso a París, mientras que Miguel se quedaba en casa de uno de sus amigos ella fue a una pensión de estudiantes latinos, entre ellos, un muchacho colombiano con una esposa hindú. Se sentía a gusto con todos y muy pronto comenzó a oír a hablar del "Ché", América Latina, liberación. . . Contaba a Miguel las conversaciones y éste le complementaba y animaba, diciéndole que esas personas eran gente de fiar. Un peruano le regaló unos libros que fue entendiendo con ayuda de todos, pero se reunían a puerta cerrada con actitudes de silencio o misterio y una vez no dudó de que la espían y seguían por la calle. El grupo había descubierto la verdadera identidad y "profesión" de Anita, nada le dijeron y parecía un acuerdo tácito entre unos y otra. La camaradería aumentaba, por primera vez se sentía importante y tenía amigos.

Una noche la llamaron para pedirle un favor al que debía ponerle precio. Se trataba de sustraer unos papeles y aceptó entusiasmada; le dieron sólo dos semanas de plazo. Para hacerlo sacó "armas" femeninas y salió triunfal el día número doce del plazo acordado. Aquella hazaña la inundó de felicidad; por primera vez no se avergonzaba y antes bien, se sentía orgullosa de hacerlo. . . yo sabía que estaba contribuyendo a "algo" que intuía era bueno; además, confiaba en las palabras de Miguel. . . "esas personas son gente de fiar".

Tomó taxi, le parecía que no llegaba, pensaba en las caras de felicidad cuando les dijera lo que tenía en mente: esto lo hice pero no por dinero. Se bajó y corría hacia la pensión, cuando al llegar a la plazuela más cercana oyó ruidos de bocinas de la policía francesa. . . las calles llenas de gente. . . requisas. Fue disminuyendo el paso y quería pensar que se trataba de un incendio u otra calamidad. Pero no; oía decir: . . . latinoamericanos. . . detuvieron revolucionarios latinoamericanos . . . terroristas, decía alguien más.

Se devolvió muy triste. Si esos son los que llaman terroristas

o lo que sea —pensaba— son la mejor gente del mundo. Los perdí, perdí a los únicos amigos que tenía en la vida! Desde lejos los vio salir uno a uno con las manos en la nuca; el colombiano salió al final.

Comencé a caminar de nuevo, a las once de la noche llegué donde Miguel y le conté todo, estaba exhausta. El, preocupado, me hacía preguntas y de pronto me dijo: tenemos que encontrar a los compañeros de esos muchachos, si ellos te dieron 15 días, quedan 3, hay que entregar esos papeles como sea. La única pista era la Universidad y el peruano. Al tercer día de estar averiguando por él lo ví bajándose de una moto, corrimos, yo le tomé mucha ventaja al viejo Miguel que no aguantó y se tiró en una banca. Cuando ya se volvía a subir a la moto oyó mis gritos y le alargué los papeles.

Nunca volví a saber de ellos —terminó Anita, pensativa—. A partir de ahí el viejo Miguel empezó a hablarme de un modo diferente. Ya no quería seguir, se sentía achacoso y no necesitaba más del "trabajo". Cuando más afligida estuve me dio ánimo diciéndome que volviera a mi país, que aquí encontraría muchos como ellos y como si se arrepintiera por mí me aconsejó dejara esta vida, es decir, no quiso volver a hacer nada y una tarde nos despedimos para siempre. Me dio todo el dinero que pude para enviarlo a mi madre. Yo. . . yo estaba convencida de cambiar, no sé que me pasó, quise hacer el último trabajo sola y no tuve suerte. Eso me costó la deportación. En Barranquilla busqué la manera y encontré esos tipos, un negocio que no era el mío. Cuando vieron el peligro se fueron y solo me agarraron a mí con esas armas que ni siquiera conocí.

El sábado ya se hacía tarde cuando salimos del salón; le agradecí su confianza y sinceridad, entonces me dijo sonriendo que lo hacía porque "usted es una de esas personas de fiar" y ofreció ayudarme en la corrección de los cuadernos, de ahí en adelante.

EL TRABAJO

Varias veces se ha visto a las mujeres que laboran en los talleres reclamando el pago, se aplacan con la promesa de un nuevo plazo que no cumplen, se vuelven a amontonar para gritar y hoy estaban los ánimos al rojo vivo; una de ellas lo explicaba así: . . . llevamos la cuenta de lo trabajado en cuatro semanas y gira-

mos sobre esto para mandarle a los hijos, comer, los cigarrillos o para el vicio, aquí cada cual lo necesita "pa'ntier". Pero a la hora del pago vienen tantos descuentos que de 380 tísicos pesos que se tienen en mente (12.50 de dólar) y eso las que más ganan, se vienen recibiendo unos 150, nada más. Como ya hemos fiado comida o la vieja Rosa nos presta pa' devolverle con réditos, qué nos queda?

En esos talleres las labores son simples, mecánicas; trabajando sin parar se ganan 5 pesos hora, aunque no siempre hay trabajo. Les descuentan los faltantes, dañados o mal elaborados, más el 30% para el "buen" sostenimiento de la cárcel.

El trabajo aquí se siente como un castigo más. Una mujer a quien llevaron al calabozo porque tiró sus instrumentos al patio y se rompieron, gritaba después: nadie me obliga a pagar sino la causa!

Fuera de los dos talleres, otra labor es el lavado de botellas. Coca-Cola envía el envase que las máquinas no alcanzan a dejar limpias, paga un peso 30 centavos por el lavado de 24 botellas (una canasta), los 30 centavos son el porcentaje para la cárcel. Hay accidentes por cortaduras profundas pero ese riesgo no lo paga nadie. Las mujeres que trabajan en ese salón sótano se enferman por dos causas: el frío intenso y las emanaciones de los ácidos que se usan para asearlas o de la misma podredumbre. Las corrientes de aire y el agua helada bajan la temperatura al punto que se les ve amoratadas y afuera continúan tiritando; de los ácidos abusan para que el trabajo sea más rápido, porque las botellas vienen llenas de inmundicias como ratones muertos y otras porquerías que emanan olores nauseabundos.

Hay también un taller de tejidos donde labor y materiales son por cuenta de la detenida, es un lugar para reunirse a tejer; otro de costura —el más grande— ahí se elaboran prendas para la escuela de artillería del ejército: tres pesos hora; o se confeccionan sombreros de playa para una firma norteamericana que los vende en Miami.

Está la huerta, donde laboran menos de 10 mujeres; la cocina, con una jornada de 14 horas o más y sueldo de 200 pesos al mes.

El único trabajo que puede hacerse con relativa tranquilidad y es agradable es el de artesanías, su capacidad es reducida (entre 6 y 25 personas según la época), las instructoras son las mis-

mas detenidas y elaboran una muñequería preciosa, llena de curiosidad y detalle.

La tarea de crear trabajo no es ningún imposible. Hay extensión de tierra para usar tractores, telares arrumados, un horno para cerámica, máquinas de coser, de escribir, lavado en seco y otras, todo está descuidado (arrumado), desmantelado por el mismo personal que lo tiene a su cargo. Lo más importante, hay detenidas que saben trabajarlas. Comentando sobre todo esto, a la gente se le ocurren ideas y muchas personas manifiestan que estarían dispuestas a enseñar.

En la biblioteca, donde nos encontramos con frecuencia, van tomando forma esas ideas de trabajo para la mayoría del personal. Puede llegar a 30 el número de personas con algún tipo de conocimientos prácticos o hasta con profesiones definidas. Cuando se habla de estas cosas va apareciendo el entusiasmo para elaborar planes y proyectos que desde luego, sólo podrían funcionar si la Dirección los aprueba y apoya.

El deseo de "hacer algo" empieza a tomar fuerza, en las reuniones; quienes al principio se callaban ahora participan y resolvemos hacer grupos de acuerdo a los conocimientos que cada quien pueda aportar. Se consultan circunstancias, posibilidades y limitaciones, por eso ha trascendido el plan y se nota expectativa, ilusión, deseo de sacarlo adelante. Claro está que el interés es limitado porque en este ambiente a la mayoría no le importa ya nada ni creen en nadie, solo en el fatalismo de seguir siempre así.

Con esfuerzo se terminó un pequeño plan de trabajo que incluye algunos puntos de recreación, asistencia jurídica, educativos y la financiación para ponerlos en práctica; tiene variantes para que puedan escoger el que más les convenga y está sustentado. Pedimos entrevistas con la Dirección de la cárcel, de Prisiones y el Ministerio de Justicia. En la primera entrevista la Directora nos dice: "leeré el proyecto y lo pasaré a Prisiones"; en la segunda, con unos señores de Prisiones que han venido a hablar de rehabilitación, encontramos la misma respuesta: ayudarán para hacerlo conocer del Ministro. Finalmente, habremos de aprovechar una anunciada visita del Ministro de Justicia que ha dicho a los medios de comunicación: "iré a oír directamente de las detenidas, sus problemas".

La cárcel se prepara para el gran acontecimiento. Todo reluce. Los pisos, prados, puertas y paredes están limpias, comida especial y diferente para ese día, ramo de flores para el señor Ministro, regalo hecho por las reclusas para el señor Ministro, conjunto que viene a amenizarle el rato y una tropa de reporteros y cámaras de televisión para captar la ilustre visita anunciada para las 10 a.m.

Llega a las 12.50 rodeado de camarógrafos, fotógrafos y notables, entra sin mirar a nadie comentando que estuvo en una fiesta de amanecida y vino por cumplir. Almuerza. Recibe el regalo, el ramo de flores. . . que lo pongan ahí; intentamos entregarle el proyecto pero uno de los subalternos, solícito, lo rapa. El señor Ministro está cansado —dice en voz baja—.

Diez minutos después de comer pide disculpas por encontrarse indispuerto y abandona el lugar rodeado de flashes y venias. Tiempo después recibimos un telegrama acusando recibo del proyecto de trabajo que "pasará a consideración de la Dirección de la cárcel" firmado por el señor Ministro.

La biblioteca tiene un estante con libros bíblicos y revistas viejas, allí también hay unas cuantas máquinas de escribir antiguas que nos han sido muy útiles. En cuanto a otras actividades, las mismas internas tratan de impulsar el basquetbol porque las distracciones carcelarias son el trabajo que cada cual se proporcione. Muy de vez en cuando viene algún grupo de teatro, de música o algún cantante, estas visitas sí son muy apreciadas porque traen alegría y por lo general se trata de personas que lo hacen sinceramente, ojalá pudieran llevar su mensaje cultural a cárceles distantes.

La embajada de los Estados Unidos trae a veces películas o cortometrajes, es una atención por la presencia de 17 detenidas —todas norteamericanas— que están acá por tráfico de drogas. Son películas generalmente de vaqueros, muy viejas, con protagonistas como "Tim McKoy" y aunque sabemos que se cortan cada minuto o tiene tantas rayas el celuloide que no se pueden coordinar las escenas, la semana pasada fuimos para "distrarnos" y presentaron una "joya": "Rocamble y el ballet de las mujeres vampiras". A continuación pasaron un corto de un reformatorio donde el "bueno", que ha sido "malo", al ingresar a una secta se pone en paz con Dios. Preguntamos a alguien que sabía, porque habían escogido ese cine y nos contestó:

"la película es para que descarguen agresividad y el corto para que piensen en Dios". Como durante el cine y aprovechando la oscuridad unas mujeres atacaron a otras —cuestión corriente— alguien concluyó: el que peca y reza, empata.

DIAS INFAMES

La mañana más cruel que he tenido en mi vida fue el 13 de septiembre de este despiadado año 77. Al despertarme, como de costumbre, estiré la mano para poner el noticiero. Me había acostado rendida por el exceso de trabajo y la noche se me había hecho demasiado corta, hubiera dado no sé qué por dormir un poco más. En ese exacto momento el locutor de primicias informativas decía: . . . Alerta ! Alerta! Jefe guerrillero ha sido detenido en la ciudad de Barranquilla. . . se trata de Mauricio Trujillo Uribe!! De un salto tiré todo lo que estaba a mi alrededor, fui a salir, me devolví, habría oído mal tan exagerado calificativo y nombre? Cambié de estación, ahí también estaban dando la noticia pero en otros términos y oí solo en final: . . . erto o capturado, alias "Marcos", el guerrillero Trujillo Uribe jefe del subversivo E. L. . . . Ya no pude dudarlo, salí corriendo a la celda de Marta: mi hijo, Martica. . . mi hijo! Me abrazó en silencio fuertemente, estaba oyendo la noticia. En segundos la celda se llenó de compañeras P.P. que venían a medio vestir, descalzas o en ropa interior; afuera se apiñaban muchas más y todo el penal estaba enterado. Eran las seis de la mañana, más o menos. Algunas hablaban entre sí con la misma actitud de la gente en los velorios: se trataba de que una de las noticias había sido dada en forma muy confusa, como "dado de baja" (muerto), por lo que no acertaban a comentármelo sino con sus caras de duelo, pero no tardaron en confrontar y rechazar la versión: acostumbradas como estamos a la desfiguración de la noticia, detrás de aquella, adivinaron que era detención y no muerte.

Fue dramática esa situación, esa mañana supe lo que es llorar un hijo muerto. Se me venía a la muerte la figura encapuchada del interrogador en la BIM, el que amenazó con tráermelo cadáver. El interrogador. . . ojos oscuros sin parpadeo, dientes con oro, una mueca por boca y esa voz que nunca olvidaré gritándome imándele decir a ese hijueputa que se entregue! Personifiqué en ese hombre mi tragedia y me preguntaba: tendrá madre? Y si la tiene, sabrá ella que dio al mundo un monstruo? En otros momentos más lúcidos reflexionaba: el encapuchado o cualquier otro que cobrará su pago reclamando el ascenso, qué más

da? Una compañera me trajo agua, se agachó cariñosa para darme a tiempo que decía: es un hecho político porque la causa de esa persecución fueron sus ideas y su compromiso. Me seguía analizando circunstancias y por qué que yo no ignoraba pero que en esos momentos me sirvieron de mucho. Con esos y otros comentarios trataban de darme ánimo y aunque en el fondo de mi dolor nada me consolaba, en cambio, se mezclaba el orgullo de saberlo revolucionario. Otra continuaba: la lucha contra toda injusticia sabemos de sobra, no la mueve ninguna ambición personal. Yo me quedaba con la mirada vaga, se me devolvía la vida como en un cinematógrafo y lo veía niño, hermoso para mí con sus risitos dorados jugando con sus hermanas y hermanito. Pero esto era sólo un momento y otra vez el llanto, las exclamaciones, los suspiros.

Fue un día fatal aunque temía mucho más a la noche. María, que estuvo atendiéndome como si fuera una hija me llevó pastas para dormir que me tragué de un golpe. Al otro día continuaron las noticias, fue entonces cuando nombraron a Omaira Montoya Henao. ¡Habían sido los dos! ¡Los dos estaban presos!

El 14 de septiembre, día del Paro General en todo el país, mi hija Esperanza, caminando desde su casa a dos kilómetros de aquí, vino a rogar que le permitieran verme. Fueron diez minutos de visita y en su rostro había amargura a la vez que fortaleza, me aseguraba que su hermano vivía, me consolaba. Voy a buscarlo mamá —me dijo— eso es lo que hemos decidido con mis tíos, no tenemos dinero para el viaje pero habrá solidaridad. . . voy a buscarlos mamá, pluralizó. Le besé la frente y ya en la puerta le dije: tráeme un papelito escrito de puño y letra de tu hermano, mientras pensaba que solamente así tendría la certeza de que estuviera vivo.

Esos días esperando que ella llegara se me hicieron siglos. La radio sólo hablaba de muertes y detenciones masivas en todo el país como consecuencia de esa jornada gigante de protesta popular: . . . suben a 37 los muertos en la ciudad de Bogotá. . . Hay más de mil sindicalistas presos. . . Ordenes de captura contra los subversivos. . . El ministro indignado. . . La democracia no se puede mancillar. . .

Todas las compañeras políticas o no, estaban pendientes del regreso de mi hija. Cuando llamaron, por fin de la guardia para anunciarme visita hubo exclamaciones de: ¡es ella! ¡Ten confianza! y me acompañaron hasta la primera puerta.

El encuentro volvió a ser un prolongado abrazo, luego sacó un papelito de su bolso y me lo entregó: "Madre, estoy bien".

Fue un instante de horror al ver que no era su letra pero ella rápidamente me dijo: lo dictó, pero son sus palabras y pasó a relatarme lo mejor de su viaje para tranquilizarme. Con el tiempo fui enterándome de todo cuanto ella me ocultó en aquella entrevista: se había ido con sólo un pasaje, sin dinero siquiera para comer —en completa inopia—. Se hospedó en casa de una familia solidaria en un barrio modesto que la trató con inmenso cariño y en ese viacrucis que constituyeron las diligencias, le ayudaron con toda el alma abogados honestos y desinteresados, especialmente uno, que dejó su trabajo para dedicar su tiempo íntegramente al asunto. Por otra parte, en un barrio de invasión los moradores hicieron una colecta para el caso Mauricio y una hilera de ellos desfiló cerca a la BIM, con pañuelos blancos. Cuando ella fue a la Brigada por primera vez, lo negaron, finalmente logró ver al hermano porque, después de adquirir la certeza del sitio donde él estaba, se instaló ahí con firme decisión a pesar de los intentos para confundirla y ahuyentarla. Regresó nuevamente como se lo había ordenado el Juez Militar, pero ya lo habían trasladado a Bogotá.

Del suplicio de la tortura me enteré por una publicación de Derechos Humanos, decía que Mauricio estaba acabado, el golpe de la cacha de un revólver le rompió la carne de la frente y no tuvo sutura, sus muñecas no le obedecían, estaba amoratado y muy débil. Cuando mi muchacha volvió a visitarme le pedí me contara con sus propias palabras como lo había visto, aunque fuera cruel, me levantó la cara con cariño: debes estar orgullosa de él, mamá, es muy valiente y se portó con dignidad, no tienes de qué avergonzarte, piensa además que tu hijo está VIVO! Yo le sonreí bañada en lágrimas, traté de reponerme y luego le pregunté: y Omaira? ¿Cómo está ella?

— Omaira no está. . . sólo está él.

A la madre de Omaira no la conozco pero sé de su infinita tristeza, no sólo porque yo la viví sino porque semanas después su hermana vino a verme. Era una señora hermosa que hablaba serenamente, quiso que le contara mis impresiones de Omaira, nada más. Me preguntó al final por su perrito, que ahora se lo habían llevado a la madre y vivía con ellas. A otras personas que también la conocieron —me dijo— estaba tratando de encontrarlas para que le siguieran contando sobre Omaira, a quien hacía ya tiempo habían dejado de ver. No pude complacerla porque a ambas se nos anudó la garganta. Ahora, desde la celda, esta no-

che quiero escribir para recordar a Omaira. Me sale de lo más hondo de mi ser y si algún día puedo publicarlo será para que muchas personas aprendan de su ejemplo.

LA COMPAÑERA INOLVIDABLE

Menudita, vital, inteligente y con calidad humana auténtica, la bacterióloga antioqueña practicaba una disciplina de estudio individual y colectiva. La conocí una tarde, llevaba diez horas en una labor agotadora: desempacar diferentes medicamentos de sus estuches pesados y difíciles de abrir y volver a empacarlos sencilla, ordenadamente y con exceso de cuidado en envases de plástico herméticamente cerrados. Me explicó que los campesinos y las gentes de un barrio popular eran los destinatarios y había que pensar en que ellos no estaban acostumbrados a empaques con tantos perendengues. Incluía además su uso adecuado y todas, absolutamente todas las recomendaciones necesarias.

La primera impresión que tuve de ella, entonces, fue la de un carácter jovial.

Pero tengo muchos recuerdos de Omaira. Un día llegó a decirme que los compañeros del Magisterio que habitaban una casa allanada para ese momento— le habían hecho saber que posiblemente no volverían, esperando arreglárselas cuando escampara el peligro, me contó que infortunadamente iban a perder su trabajo y que en esa casa ella había dejado a guardar algún documento personal, objetos y papeles que consideraba de importancia.

Calmadamente, mientras tomábamos una taza de café negro que ella preparó, me fue diciendo: allanaron la casa de "Brecho", acabo de pasar por allí cerca y los vigilantes están bebiendo en el bar de en frente. Como ellos me hicieron saber que no volverán, por ahora, debo intentar rescatar eso... si aún está ahí.

¿Y cómo? —no podía imaginármelo—. Con su acostumbrado tono de voz baja me explicó que debía ir hasta la casa para entrar a tomarlos de donde sabía que estaban. Los militares no demoraron mucho tiempo adentro y quienes los reemplazaron habrían estado en el bar. Siguió explicándome con detalles todo

lo que había averiguado esa tarde, antes de llegar a verme, en su primera incursión al barrio.

Los vecinos, que la conocían porque era a ella a quien acudían cuando tenían un enfermo para que les consiguiera alguna medicina o la posibilidad de una cama en el hospital donde trabajaba, se lo habían comunicado.

Le oí con atención lo que parecía probable pero arriesgado y opté por creer más en lo último, aunque ya sabía que era difícil disuadirla. Le hablé de imprudencia, inseguridad, sin posibilidades, del todo absurdo y hasta de temeridad, mientras me pasaba por la mente otro episodio similar en cuanto a peligro, como aquella vez. . . cuando veníamos por la carretera del norte trayendo dos niños huérfanos de la zona de guerra.

Era difícil en esa oportunidad pasar con ellos sin mostrar sus identidades y ya teníamos una salida al asunto pero al llegar a un recodo de la carretera nos hizo parar la patrulla preliminar que no creyó del todo el cuento y desconfiados, nos dijeron: tres kilómetros más adelante expliquen eso, allá mi capitán sabrá que hacer. Podíamos devolvernos para intentarlo con más seguridad a la semana siguiente pero mientras lo conversábamos ella aceleró. Era la una de la tarde. ¿Qué vamos a hacer? Le dije algo confundida esa vez casi a gritos porque el motor del yip no dejaba oír. Esto: --levantó la velocidad hablándome bien fuerte para dominar el ruido-- entre la una y la una y diez relevan la guardia. . . vamos a pasar justo! Y lo hizo.

Podría ser su defecto o su virtud, difícil establecerlo en una mujer que inspiraba confianza. Como fuera, y volviendo a la conversación de esa noche, me había convencido de la necesidad de ir a recuperar sus documentos que a nadie interesaban pero sí podrían servir de buen pretexto para iniciar una persecución contra ella. Además, me pidió que la acompañara.

2 Eran más de las 9 de la noche y en el barrio se celebraba una fiesta tradicional. No pasamos por frente a la casa allanada, dimos la vuelta para situarnos por detrás en una calle donde crecía la maleza a lado y lado sin postes de luz eléctrica y con piso de tierra, pero antes, tuvimos cuidado de bajarnos para entrar a la plaza caminando. Allí, debajo de una carpa en donde se jugaba un jueguito de ruleta con una escopeta caduca estaba un grupo de vecinos, dos de ellos nos vieron y vinieron a hablar con Omai-ra, yo me hice a un lado. Luego de esa conversación relámpago me dijo unas frases sedantes, volvimos al carro estacionado a unos 300 metros de la iglesia y puse en marcha el motor.

Los guardianes del orden seguían en el bar, estaban de civil y dos centinelas conversaban frente a la casa. Muy pronto llegamos, como un gato se bajó y saltó la guadua que cercaba el solar. Yo me quedé con las manos en el timón y se iniciaron unos minutos de esos donde el nivel del miedo se sube a los ojos; las sombras de los árboles se me confundían con sombras de seres humanos y contenía el aliento para poder identificar cualquier ruido. A los pocos minutos vi por encima de la cerca en la casita contigua una mano, luego otra y casi si se me paraliza el corazón porque me pareció que empuñaba un arma, luego dos codos. . . era ella que se volvía a trepar al guadual seco y en ambas manos llevaba rollos de papel. Así de "posibles" hacía sentir Omaira las situaciones difíciles.

En la relación con ella no había problema, sabía ser compañera sin caer en el amiguismo y siempre pedía que le señalaran sus errores por pequeños que fueran. Si pudiera anotar sus fallas lo haría ahora mismo; Omaira no me perdonaría que hablara solamente de sus aciertos. Cuando regresé a Bogotá (en ese tren que no me traía sino que me devolvía en mis recuerdos) venía evaluando su personalidad, pensando en sus rasgos más repetitivos como la duda— siempre fue analítica— el espíritu de sacrificio de lo que podría describir muchas situaciones; su sensibilidad, siendo ajena a la sensiblería, su vena humorística. También era insistente, "mujer orquesta" aunque criticada por lo mismo, emotiva y resuelta y persona sencilla, sin afectaciones.

Después de aquel episodio llegué a un parque a cumplirle una cita, allí estaba con los dos niños huérfanos y con ellos un diminuto perrito, tan diminuto, que estando dormido alguna vez en las rodillas de su dueña lo confundieron con un perro de felpa. Lo había domesticado de tal forma que bastaba una orden de ella para que el inteligente animalito se parara en dos patas, saltara a un banquito, se hiciera el dormido o agarrara un canasto de mimbre en el hocico. Sin embargo, tenía la inclinación a ladrarle a cualquier uniformado y ella nunca pudo controlar esa subversión perruna.

En medio de un centenar de palomas blancas se entretenían. Nos sentamos en una banca, a sus pies se echó el perro mientras que los niños se quedaron jugando con las palomas. Después de charlar simplezas y algunos asuntos de interés nos silenciamos simultáneamente. Las despedidas siempre son tristes pero lo son infinitamente más cuando han existido lazos inolvidables. Al término de la entrevista me vino un pensamiento interrogante: ¿Nos volveremos a ver? Lo dije en voz baja, pero no tanto como para que Omaira no me oyera, entonces contestó: recuer-

de compañera que la vida del revolucionario tiene dos riesgos, por ahora, la cárcel y la misma muerte, pero. . . si con eso contribuimos para que estos y todos los niños puedan sonreír y vivir felices, bien vale la pena.

En la esquina volví la cabeza y vi su mano en alto despidiéndose, parecía una paloma más. Sonreía con alegría y no pensé. . . o no quise pensar que fuera la última vez.

HABLA MAURICIO DESDE LA CARCEL

Mi hijo dejó constancia de las torturas y la desaparición de Omaira ante los Jueces Militares; solicitó investigación por los mismos hechos al Ministro y al Procurador; dirigió una carta abierta a la opinión pública de la que hicieron referencia algunos medios de comunicación. El "Bogotano" amplió la información y denunció hechos con una versión documentada y nombres propios; el C.S.P.P. y el Comité de Familiares de P.P. también denunciaron el caso en sus publicaciones; el Comité Permanente de Derechos Humanos —tiempo después— se ocupó del hecho e igualmente Amnistía Internacional lo registró en su informe sobre Colombia. Transcribo apartes de un testimonio de Mauricio:

" . . . Se notaba en el ambiente: el comentario iba de boca en boca en los barrios populares, en la vía 40 en el centro; era inminente el Paro Cívico Nacional. Viajé a Medellín, recogí a Omaira y con ella llegué a Barranquilla. Recibimos instrucciones de colaborar en tareas que permitiesen la presencia de la Organización en aquella histórica jornada popular. En ese entonces, como hoy, los salarios no alcanzaban para nada, los monopolios hacían de las suyas, la política antinacional del gobierno con los recursos de hidrocarburos se hacían sentir con el alza de la gasolina, el "eterno" Estado de Sitio y varios decretos represivos dictados a su sombra creaban un clima de temor y opresión contra las organizaciones sindicales y populares, en fin, se palpaba el descontento de la gente. . . La compañera Omaira tenía alguna experiencia. En su calidad de bacterióloga trabajaba en el Hospital de San Vicente de Paul en Medellín. Fue activista destacada y era una mujer de mucha madera. . . Al darnos el ALTO!, los transeúntes, numerosos en esa hora y sitio, se agolparon para curiosarse. Gritamos a voz en cuello nuestros nombres y nuestra condición de activistas políticos. Semanas después se recibió el testimonio ju-

ramentado del agente de tránsito. . . Mientras nos llovían los primeros golpes nos llevaron a rastras hasta una camioneta. . . tomamos la vía del aeropuerto, después el desvío a Caracolí. En algún momento me dirigí al teniente para advertirle que Omaira sufría del corazón, que no la tocara. . . soltó una carcajada y dijo: "mejor, porque de muerte natural nadie se queja". En un paraje solitario nos bajaron, Omaira junto a un vehículo, a mí junto a un árbol. Al principio un hombre con actitud bondadosa me interrogó un rato, quería saber muchas cosas que yo no podía responderle. . . procedieron a colgarme por los brazos, por la espalda, pasando la correa de mi pantalón por las esposas, quedé en el aire como un péndulo y golpe va y golpe viene: por los testículos, la cabeza, el estómago, con el puño, a patada, a garrote. Se turnaban. Me tiraron al suelo. . . otra vez apareció el bonachón: "que no se haga golpear, que hable que lo van a matar, que me evite tanta molestia. . .". Otra vez arriba, colgado. Vuelve y juega, recibo la paliza de mi vida y. . . al suelo de nuevo. . . otra vez aparece el buenapersona: "que mire, que vea, que q'hubo". . . tercera colgada. Comienzo a sentir calambres. Un gordo viejón me aprieta la mandíbula, abro la boca y me zampa una manotada de tierra, luego otra. . . me empiezo a ahogar atragantado. . . otro ALTO! Llegan dos uniformados: el Coronel XX jefe del F-2 y un Mayor de la policía. Me hacen las mismas preguntas que antes escuché pero garantizándome pasaporte y viaje al exterior. Se fueron. La misma cosa les dio haber ido que no, pero a mí si no. Bajo mi atónita mirada el teniente montó el gatillo y me lo puso en la sien. Cerré los ojos. . . el don me cruza el rostro de una palmada, lleno de furia grita que le toca el turno a Omaira por culpa de mi terquedad y "que se aliste para morir despacito. . . bien despacito". . . Perdí el conocimiento, cuando me desperté ya Omaira no está conmigo. . . Estamos en un cuartel. . . yo viví un extraño secuestro. . . me llevaban de un lado para otro por zonas despobladas bordeando la costa. . . para ese momento ya se había difundido por los medios noticiosos nuestra captura creando un obstáculo para sus oscuros propósitos pero sólo lo supe después. El día 11 llegaron especialistas del BINCI*, batallón Charry Solano. . . de nuevo la cantaleta. . . historia negra de los Comandantes del Ejército de Liberación Nacional; argumentación de cuan equivocados estábamos, terminaron con broche de oro diciéndome que ellos también eran de izquierda! O sea, mi "colaboración!! Frente al Juez, doctor. . . comienzo a sentir angustia: **Omaira no está.** Le hablo de ella, de

* BINCI: Batallón Militar de Inteligencia y Contrainteligencia.

la captura, de encontrar testigos, ir al apartamento para el testimonio de los vecinos, allí están sus ropas. Me dice que "no voy a perder mi tiempo". . . No lo culpo, vivimos en una patria en la que el desempleo campea y no es extraño encontrar abogados manejando taxis. . . Se necesita ser, entonces, ciudadano de personalidad íntegra. Los funcionarios son nombrados y removidos por los altos mandos militares, al buen entendedor. . .".

Convaleciendo de torturas, Mauricio está en la cárcel junto a su padre y los demás compañeros políticos. Me consuela saber que se acompañan. Por muchas personas he sabido que en los sitios públicos de las ciudades colombianas se ve pegada una calcomanía con el retrato de Omaira y está leyenda:

¿Dónde está OMAIRA MONTOYA?

LEYRA, LA BRASILEIRA Y LA CAPTURA DE MAURICIO

Leyra es alta, algo gruesa, usa túnicas elegantes, pulseras y pendientes con motivos indígenas que le quedan muy bien, su edad puede ser de unos 48 ó 50 años (llegó aquí por haber girado cheques sin fondos para sostener una vida artificial).

Muy altiva, hizo saber que es persona de recursos, viuda de un alto oficial del ejército y madre de un hijo único, Jefe de contra-guerrillas. Esto ha bastado para que yo nunca le dirija la palabra ni me atraviese en su camino. Siempre que la veo vuelvo la cara para no saludarla aparentando indiferencia. La esquivo a todo momento y con prudencia me destizo cuando ella viene a algún grupo donde yo estoy porque trato de evitar cualquier problema que presiento inevitable.

Creía esta señora que su tiempo de cautiverio sería de escasos días pero no ha sido así y con el correr del tiempo va mermando su altivez, como dando paso a otra personalidad.

En la mañana en que supe la captura de mi hijo, con varias compañeras fuimos al teatro a ensayar una obrita en donde mi actuación consiste en tocar unas notas del Ave María en un instrumento prestado del convento contiguo. Fui por cumplir, porque no tenía fuerzas sino desfallecimiento, al llegar encontramos al grupo de ensayo en completo silencio y una de ellas habló: en esta semana no hay ensayo porque consideramos su dolor. Más que de dolor, sus caras eran de pesame y expresiones más graves de las que son madres.

Salimos nuevamente. En la puerta una persona con una razón para mí estaba esperando: Leyra le ruega que vaya adonde ella está... pero sola. Las compañeras objetaron diciendo que nada tenía que hablarme y no era el momento, pero no sé que me impulsó, pensé que si me necesitaba en esa forma no podía negarme. Y fui. Llegué acompañada hasta el saloncito de clase, ella estaba sola, sentada en un pupitre. Entré, la puerta se cerró detrás de mí y me quedé parada mirándola, esperando que hablara. Se incorporó, quería abrir los brazos, tenía la mirada húme-

da fija en mis ojos y empezó a decirme: admiro a su hijo, es todo un hombre. Déjeme enviarle las bendiciones que mi hijo no se merece. Usted debe estar orgullosa de él como yo estoy avergonzada del mío, que es un canalla igual al padre. Estoy pagando aquí las injusticias que ha cometido declarando culpables a unos inocentes en un Consejo de Guerra en Bucaramanga y debe varias muertes. Nunca ha venido, usted lo habrá notado. Desde que supo que estoy presa ni siquiera me escribe una letra, ahora no soy su madre sino. . . esa mujer.

Me senté, no acerté a contestarle nada, estaba sorprendida en medio de mi angustia y la emoción me hacía respirar hondo. Ella continuó: vine de mi patria siendo casi una niña. Me casé muy joven con un militar de "brillante porvenir y buena familia". . . fue mi vida arrastrar la cruz con un hombre de celos enfermizos que me prohibía todo contacto con los seres humanos, una bestia, mejor, que me maltrató de palabra y me golpeó siempre. Desde que nació el hijo resolvió que tenía que ser militar como él y no solo fue militar sino igual o más exigente, soberbio y violento. Yo no tuve un verdugo sino dos. . . usted siempre me esquiva y yo lo he comprendido, pero ahora. . . quiero brindarle mi amistad, si es que soy digna de tener la amistad de la madre de un revolucionario.

Nos miramos por un momento más y en un impulso igual nos abrazamos, comprendí su dolor: éramos solamente dos madres de dos hombres distintos y ambas lo entendíamos.

LA LEY DEL GARROTE

Salí para el saloncito a la hora de clase —con mi orden respectiva— pero las muchachas no llegaron. A ellas no les dieron ninguna orden —me dijo la guardiana— el doctor no autorizó.

— Entonces, virtualmente se acabó el estudio? — Pregunté—.
— Si mira bien, en los otros salones tampoco hay nadie.

Me dirigí al salón de Marta, allí estaba con otras compañeras que tienen a su cargo otras actividades, comentando las medidas inhumanas, la animalidad del Visitador, la indiferencia de la Directora. Serían las nueve de la mañana. De pronto oímos un escándalo, llevaban --golpeándola-- a una muchacha que estudia con María, arrastrándola para el calabozo. Sin decir nada, María quiso salir pero la controlamos: si te ven te matan —te decía-

mos— esos hombres están como fieras. "Tribilín" iba dirigiendo en la golpiza a los tres guardianes, la muchacha no se resistió y todo fue bien rápido. No habrían pasado más de veinte minutos cuando oímos el segundo escándalo: era una muchacha de otro curso.

Resolvimos salir todas al tiempo, alcanzamos a atravesar medio prado cuando una guardiana se nos vino:

-- Entrense, métanse a donde puedan porque hay orden de golpear y encalabozar a quien salga!

-- ¿Qué pasa? ¿Por qué las llevan así? --preguntamos—. Si son las muchachas que estudian!

-- Pues sí. . . quieren salirse, venir a sus salones pero la orden es terminante, y ahora escóndanse porque aquí nadie responde.

Ahí viene la tercera! No pueden seguir así, salgamos, si nadie dice nada va a imperar el terror! --nos decíamos--.

Podrían ser las 11 pasadas, allí escondidas prácticamente nos sentíamos como anuladas, cuando sentimos ruidos extraños, casi por el suelo venían la "India", Isa, Luisa K., Jota, Anita, un grupito de seis; a continuación cuatro o cinco más. Nadie las vio, pasaron mientras arrastraban a la última muchacha, estaban jadeando, ya adentro preguntaban en desorden: ¿qué vamos a hacer? Alguién contestó lo que habíamos pensado: una huelga de hambre! Pasados unos momentos decidimos avisarle a la gente que no recibiera almuerzo, pero no hubo tiempo: venían con la cuarta muchacha, pasaron bien rápido. Se devolvieron los guardianes y casi enseguida, otra más: era Stella bañada en sangre. Manoteaba, insultaba y se resistía, los guardianes alzaban el garrote y se lo descargaban con fuerza. No me fijé si eran los mismos u otros pero sí en que "Tribilín" venía azuzándoles, al lado. Vimos saltar libros y cuadernos por el aire --Stella se hizo cargo de guardar "Cómo el hombre llegó a ser gigante" y el Diccionario-- Luisa K. salió corriendo en dirección a ella, como loca, detrás, todas! Yo les gritaba, asesinos, asesinos. Caimos sobre Stella queriéndola proteger y nos volvimos un nudo; en medio de tanta confusión, gritos y vulgaridades alcé a mirar porque los guardianes se aquietaron y discutían con las muchachas.

-- Está inconsciente --les dije como acusándolos-- hay que atenderla en la enfermería y no sé cuantas cosas más. Uno de ellos hablaba:

cuencia, desconocimiento de lo que significan las reivindicaciones en un penal y hasta intereses creados que llevan irremediablemente a la más colosal anarquía. Todo se vuelve una explosión de ira contenida que cada cual hace propia y quieren, de un tajo, acabar con todos los símbolos de la autoridad y vengarse en un momento de la sociedad, su enemiga.

Antes de que las puertas de todos los pabellones estuvieran en el suelo, los guardianes, corredor arriba, íban como flechas buscando la salida, perseguidos por las mujeres que amenazaban desnudarlos; desapareció hasta el último de ellos; tampoco había guardianas. Habría pasado una media hora cuando apareció la Directora con el Visitador y unas tres personas más; fueron en dirección al teatro y mientras caminaban, dijo que allá esperarían a dos detenidas. SOLO DOS, repetía casi a gritos, para saber qué era lo que pasaba y qué querían reclamar, como si no lo supieran hasta la saciedad. Nombren DOS! dijo otra vez la Señora, ya en las escaleras del patio, frente a los corredores del pabellón quinto, donde se encontraba la mayoría de las mujeres que respondieron con muchísimos gritos dando los nombres de Marta y el mío.

¿Por qué lo hicieron? Posiblemente por lo mismo que ocurre en las cárceles con casi todos los P.P.: por la confianza y respeto que nos han brindado, que no se ha dado gratis, que nos cuesta ganar y se consigue sólo mediante una conducta que se aproxime a la conducta revolucionaria.

Entramos al teatro y denunciarnos, o mejor, nos enfrentamos al Visitador; además pedimos cinco puntos:

Que no nos quitaran el sol.

Suprimir las golpizas y el calabozo.

Considerar el plancito de trabajo y estudio pasado por las detenidas.

Celdas abiertas todo el día los sábados, domingos y feriados.

Destitución de Prisiones a los Visitadores.

La Señora, ilusamente o por engañar, no se sabe, nos pidió que saliéramos a convencer al personal de volver a sus sitios y si esto se daba, ella pondría en consideración de Prisiones los cinco puntos. Nos reímos de lo absurdo de la proposición y salimos sin saber qué iba a pasar de ahí en adelante.

Hubo preguntas y algún silencio cuando salimos, y al explicar con palabras y señas que nada se había obtenido ni había nada concreto, la locura continuó. Peor que antes.

Minutos después, cuando volteamos a mirar hacia arriba en el corredor central, había un tumulto; como tratábamos de disuadir a la gente de que siguiera rompiendo objetos, fuimos hasta allá y vimos que muchas mujeres armadas de cucharones de palo de la cocina, le estaban propinando al Visitador soberana paliza, acompañada de insultos, en lo que parecía un espectáculo tragicómico porque lo hacían por turnos, como los niños cuando golpean las piñatas. Posiblemente deberá alegrarse siempre de haber salido con vida.

Gritos por todas partes, escenas de confusión, miedo, ira, hasta de risa, en fin, el aspecto era dantesco pero también había gente sensata que daba soluciones, llamaba al orden, ayudaba, orientaba y fue así como se multiplicaron las copias de los cinco puntos pedidos, y a renglón seguido firmamos 280 detenidas. Por afán no se alcanzaron a recoger todas las firmas, ya que ese papel debía salir a la calle de alguna manera con destino a los medios de comunicación. En las emisoras comenzaron a leerlo, con el mensaje de que nadie se hubiera preocupado por los sufrimientos que causaban las nuevas y viejas medidas ni sus dramáticas consecuencias.

Esa tarde hubo intento de incendiar los archivos (no pensaban en que éstos eran simples copias), por un grupo que dirigía una alocada, rara mujer que había entrado el día anterior, de la que nos habían alertado, era enviada por los organismos secretos del F-2, y que salió en "libertad" al lunes siguiente.

Por momentos la situación se despejaba, o lo parecía y sucedieron hechos de todos los matices: cesó la destrucción del edificio, se sacó de los calabozos a la gente; un grupo previsor hizo comida; las muchachas que estaban en el cuarto piso —donde se divisa la calle— avisaron que la Policía Militar estaba lista a entrar armada de lanza-gases y otro grupo más tomó a la Directora como rehén. A la Señora se le respetó, y sólo se le pedía que, cuando entrara la Policía como tromba disparando gases en redondo y haciendo gala de machos (tal como sucedió), ella les pidiera que se retiraran y no maltrataran a nadie. Así lo hizo desde lejos, aunque le costó trabajo convencerlos. Mas tarde se le dejó ir para que aclarara, ¡por fin! la situación y diera la versión real a los medios de comunicación.

Todo esto sucedió un jueves. De ahí hasta el sábado en la tarde no hubo vigilancia alguna de Prisiones, aunque por fuera estaba rodeada la cárcel de militares. Las mismas detenidas formaron grupos de vigilancia necesarios y después de conversaciones el sábado, la gente se preparó a recibir su visita normalmente el

domingo. Por la noche de ese día llegó el Director de Prisiones; a él, sus acompañantes y los periodistas, se explicó largamente la situación. Hizo traer a Estela y las otras afectadas de los golpes y recriminó a toda la guardia que a partir de ese día fué cambiada por otra, porque en Prisiones, ante hechos de crueldad, no se destituye a los culpables sino que se les cambia de escenario para que cambien de víctimas; concedió la apertura de las celdas en los días festivos. etc; volvimos a recibir el sol y canceló las medidas absurdas del Visitador; jamás supimos que pasó con éste ni con el plan de trabajo enviado tiempo atrás. De los daños sufridos por el edificio dijeros que valían más de 150 mil pesos pero teníamos hecha la cuenta de hasta el último bombillo y no pasaban de 18 mil, los que propusimos pagar si aceptaban poner a marchar ese plan de trabajo colectivo. La postura de puertas nuevas, inderrribables, fué inmediata y todo continuó como antes, en la misma rutina y ocio, con el mismo "orden establecido".

Aunque en esa reunión sucedió lo de siempre. . . promesas de no tomar represalias, la venganza no se hizo esperar: las hojas de vida quedaron dañadas; la Directora pidió por lo menos 40 traslados de cárcel por castigo; para nosotras (las prisioneras políticas) vigilancia estricta y todo el penal desfiló por la Dirección a contestar un buen interrogatorio sobre lo que llamaron "huelga". A Marta la enviaron al penal de Ibagué. La última vez que ví a Estela era un ente, recibió un golpe en la cien izquierda. Yo le preguntaba: Estella, ¿quién soy yo? ¿Se acuerda de mí? pero no obtuve respuesta; su mirada estaba perdida. Para mí fue especialmente doloroso porque le tomé mucho cariño y amargaba ver así a la muchacha inteligente que conocí en la clase.

Dos semanas más tarde me anunciaron "inmediato traslado", a la cárcel de Zipaquirá*

*Zipaquirá: pequeña ciudad famosa por sus minas de sal, cercana a Bogotá.

1

2

3

4

5

6

*Cárcel
de Lipaquirá*

2

3

4

5

6

7

Han pasado tres meses desde el día en que me trajeron aquí, en un traslado dirigido por el Sub-director del Buen Pastor, hombre opaco y silencioso aparentemente, cuyo papel consistía en asegurarse y estimular que la cárcel fuera una organización de enemigas.

Esta cárcel Municipal (Menor) es una casa colonial de esquina: ahí viven 45 hombres. La sección de mujeres debió ser en otra época la casita de la servidumbre; tiene capacidad para unas diez detenidas, pero sólo estoy yo. Para los actos públicos como las visitas de Jueces cada mes, de familiares los domingos y la misa de los sábados, me pasan a la reclusión de hombres (no hay ningún P.P.); luego vuelven a traerme dos o tres guardianes y al pie mío la guardiana. A paso largo y rápido, es un recorrido de unos 60 metros por la calle, donde me prohíben que mire a la altura de los ojos, o sea, que debo caminar mirando al suelo. Según ellos.

El cambio fué brusco al pasar de un sitio con cientos de enredos humanos, tanto ruido y donde se ven actitudes agresivas a cada instante, a esta desierta y destaralada casita, porque no me acostumbro a la soledad.

Me trajeron con dos mujeres a quienes escasamente había visto en el Buen Pastor; una de ellas Gladys, enclenque y pálida como un papel, sufre de un mal característico de estos lugares: le tiembla el cuerpo cuando intenta caminar, y a veces sólo con ayuda puede hacerlo. Es un estado —dicen— producido por sobredosis. Durante el mes y medio que estuvo aquí —porque volvieron a trasladarla— permaneció con esos y otros síntomas casi siempre acostada.

Emma es la otra mujer, corpulenta, con una fuerza física como de profesional de lucha libre; una figura terrible por una cicatriz de oreja a boca y mirada como de pescado muerto. Es de esas personas de las que se piensa que lo van a matar a uno si las mira dos veces, pero su aspecto es todo lo contrario de lo que es ella.

Cuando llegamos, apenas pasado el zaguán, de sorpresa me tomó por la cintura como si quisiera hacer de mí un escudo, se puso de espaldas a la pared negándose a entrar y en esa brega permanecimos más de dos horas. Al principio intenté soltarme pero ni siquiera le pude mover el dedo meñique, menos los tentáculos de sus brazos, pobre de mí. Finalmente la convencieron o se cansó de sostenerme como a una muñeca de trapo y cuando me soltó en el patio, caí como un fardo, yo ya estaba bien lejos de

la angustia inicial y hasta risa me dió, secretamente, de verme en esa situación; además, magullada como una guanábana. A partir de ahí hablaba de sus hijos mucho tiempo, los llamaba a gritos: ¡vengan a sacarme de aquí, van a matarme! El resto del tiempo se encerraba en la piecita habilitada como calabozo, dejaba la puerta entreabierta y en una especie de contemplación estática decía: voy a unir mi alma con Dios, permaneciendo con un rosario en la mano, arrodillada. Cuando oía las campanas de la iglesia, caía de rodillas donde estuviera, abría los brazos en cruz y elevaba la mirada.

En esta celda vivíamos y dormíamos las tres; hubo momentos en que creí volverme loca, porque mientras Gladys se quejaba y comenzaba a padecer convulsiones, que realmente no sé si eran epilépticas o producidas por los efectos de la droga, Emma perdía del juicio, gritando que la iban a matar, o caía de rodillas como en un paroxismo religioso. En verdad, tampoco sé si estaba paranoíca o lo fingía bien. Hubiera podido pedir que me pasaran a otra de las dos piezas-celdas pero son habitaciones inmensas, destartaladas y llenas de ratas. Conocí al Director días después, con motivo de la primera visita de Jueces que presencié. En ese momento Gladys y Emma estaban, postrada una y la otra en trance; por eso, él no insistió en llevarlas, salió conmigo y me pareció más o menos amable. Antes de llegar a la calle le pregunté por qué la orden de mirar al suelo, y me dió cuenta que no era de él sino del Cabo; a partir de ahí, suspendió la "medida".

Reunido todo el personal, la visita de Jueces comenzó. Llamaron a lista e iban diciendo con voz helada y sin mover un sólo músculo de la cara, los títulos vergonzantes: Pedro Rojas. . . lesiones; Juan Valencia. . . abigeato; Ernesto tal. . . hurto; Miguel X. . . daño en cosa ajena. Cuarenta y cinco hombres en total. Mi nombre estaba al final, pero como es caso del Distrito, el Director apenas agregó: ahh. . . ella está por la Brigada y nadie preguntó, ni nunca han preguntado nada más; en las dos visitas que siguieron los Jueces ni me miran, me siento como un injerto raro en este penalito de pueblo donde parece que todos conocerán la vida de todos y las penas son "benignas"; hasta de cinco años únicamente.

En la última reunión, un preso dijo al verme entrar seguida de los guardianes: pero ni que hubiera matado un cura; muchos hijueputas pa' vigilarla tanto. Me senté en el único asiento vacío, a su lado, y entonces continuó: yo aposté a que usted es inocente, cierto que sí? Como le dije que había ganado su contendor, otro agregó: no le queda bien decir mentiras, Marujita. En ese momento el cabo, un carcelero, que más de Zipaquirá parece

de la Gestapo y que no pierda ocasión de venirse detrás de los guardianes, vigilándome, con la mano encima de su revólver, nos ordenó: ¡SILENCIO! ¿O quieren calabozo? Después supe que buscó el pretexto y evidentemente, encalabozó a uno de esos muchachos.

Cuando llegamos a esta cárcel la guardiana no requisó a Gladys; solamente lo hizo conmigo, posiblemente por las recomendaciones que le habían hecho sobre la "peligrosidad" me vigilaba constantemente. Yo no entendía por qué sólo se preocupaba de mis actos, a tiempo que las crisis de una y otra, o de ambas eran casi a diario.

Gladys escondió un frasco en algún agujero del piso y se cuidaba de que no me diera cuenta de sus dosis, que compartía con la otra. Al sábado siguiente de la reunión de Jueces, después de atenderle una de sus crisis, le dije: va a volver a envenenarse con "eso"? Estaba hastiada, no sólo del espectáculo, sino de ver que no se sentían vinculadas al mundo y todo les diera igual: el orden o el desorden, la voz normal o los gritos, dormir o no, tener salud o estar enfermas. Al jueves siguiente, sin proponérmelo, las encontré "preparándose" otra vez; perdí la calma y hubo un incidente bien desagradable porque tiré el frasco al tejado. Creí que me iban a volver cisco, pero afortunadamente no pasó a más. Del día siguiente en adelante me puse en la tarea de razonarles; continué ayudando a Gladys, para ir al baño y busqué momentos oportunos para explicarles lo poco que sé a cerca de la muerte de las neuronas cerebrales, que no se reproducen, del daño de la droga, sus efectos esclavizantes y su inutilidad como remedio para la amargura. Creo que no guardaron rencor, inclusive hablamos del incidente; después siguió la rutina como si nada hubiera pasado. Fuí tomándoles cariño poco a poco, oyéndoles de sus vidas miserables, participándoles de la mía. Gladys comenzó a confeccionar una ruana tejida, Emma arreglaba las pocas plantas. Hicimos traer semillas, un poco de tierra y otro de abono —con el permiso del Director— arreglamos y lijamos el piso. Llegó la libertad para una y poco después el traslado para la otra; desde entonces me quedé sola.

A pesar de lo que eran, fueron mi compañía, seres humanos con los que hablaba, reía, reñí o consolé después de que cambiaron bastante, como Emma, que bajo su misticismo y sólo le aparecía el delirio de persecución en presencia de los carceleros. Hace mes y medio se fueron; ahora tengo la compañía esporádica de una de las guardianas. De no haber sido por las clases matinales dos o tres veces a la semana, la soledad me hubiera atormentado irremediablemente.

El Director vino a verme; tenía curiosidad porque le comentaron que los abogados algunas veces me traen frutas o dinerito para los gastos menudos. Desde cuando —me dijo— el mundo al revés? y por qué varios? O es que son parientes suyos? No supe bien cómo explicarle la solidaridad de estos profesionales, ni me extendí en contarle que lo hacen sin cobrar, pero él lo suponía; me lo comentó aprobando esa actitud. Luego me dijo que habláramos de algunas cosas que tenía atragantadas y me contó esta historia:

—Cuando a usted la trajeron aquí, el Sub-director me advirtió que por recomendación de la Directora debía prevenirme de su peligrosidad, que no habría nada de raro en que intentara envenenar a las guardianas; esto lo dijo delante de ellas; que usted incitó a las mujeres para que se rebotaran, motivo por el cual se le “negrió” su hoja de vida y su conducta; que la tuviera completamente aislada y cuando me dirigiera a usted lo hiciera desde lejos porque podía agredirme.

—Y qué piensa ahora? —le pregunté— (pensando en la reciente visita de la Señora y todos esos elogios que me había hecho).

—Precisamente, cómo, a tiempo que envía esas “recomendaciones” viene a elogiarla así? Explíqueme.

—Pudo ser que se le había olvidado —le contesté—. O pudo ser mentira del Sub director.

Luego me contó que es un maestro de escuela, que le interesa trabajar en la estructura de Prisiones porque estudia Derecho pero que la teoría era bien diferente de la terrible realidad.

Esta cárcel estuvo un tiempo sin Dirección y le pidieron de Prisiones llenar la vacante transitoriamente. Le llamó la atención, le servía el sueldo más que el del Magisterio, y aceptó. Luego me dijo:

—Vé por qué me pareció importante dejarla alfabetizar? Es que ante todo soy maestro, me duele al analfabetismo. Usted puede seguir enseñando, ellos... según me han dicho, quieren continuar con las clases y yo he tenido buenas referencias suyas... aunque nunca creí en las “recomendaciones” del Buen Pastor.

—Buenas referencias... inclusive del cabo? —le pregunté— pues son varios los incidentes desagradables, como hacerme vigilar la visita de un agente de la BIM y entregarle datos personales

de mis visitantes. Se sonrió, no me dijo ni sí ni no, y continuamos hablando de otros temas comunes y su situación de impotencia para solucionar nada. Al final de la entrevista me dijo: en cuanto al cabo, voy a hablar con él como Director que soy.

Con las posibilidades de trabajo que él me dio, sentía soportable este encierro a pesar del hambre y la soledad, pero en ese momento no imaginé que era la última vez que veía a este señor porque ya el Director titular estaba nombrado.

Para empezar las clases, en noviembre, me había remitido al encargado de Educativas, un empleado que viene cada tantos días a hablar de proyectos y en esa oportunidad me entregó los elementos meticulosamente contados, instaló el estudio y desapareció volviendo solamente los fines de cada mes. En las clases están presentes los guardianes que a veces se interesan por el tema, me pasan hacia las nueve de la mañana y vuelven a traerme hacia las doce, en las tardes no hay estudio. Se estudió en noviembre, parte de diciembre y pocos días de enero. Para las fechas de fin de año el Director repartió galletas y vino en vasitos de cartón y los presos hicieron una obrita de teatro con un tema elaborado por ellos, que me impactó mucho por lo real; lo sentí agobiante por tratarse de una presentación entre la cárcel hecha y protagonizada por presos y que, por lo triste, todos al final quedamos con el corazón suspendido. El papel de gamín* estuvo a cargo de un muchacho de 16 años, menudito —enviado aquí, en vez de a un reformatorio de menores—; y nadie que no esté cerca a lo que es este mundo podrá creer que el muchacho lleva once meses preso, por el robo de una gallina.

Terminó mi primer diciembre recordando que durante toda mi vida en esas fechas siempre tuve un recuerdo para los presos. Ahora estaba aquí pensando en mis hijos, hermanos, sobrinos y en esos amigos y compañeros entrañables que nos han demostrado la sinceridad de sus sentimientos en época tan dura, así no puedan venir a visitarnos. La soledad creció esa noche del 31, porque arrastró el ambiente triste de las fechas navideñas y mis últimos pensamientos antes de quedarme dormida de pura melancolía, volaron a la cárcel Modelo de Bogotá.

1978 comenzó con el relato que me hizo alguien en la primera visita de enero, así:

—Tu hijo recibió antes de navidad una visita en la guardia de la cárcel: dos hombres que se identificaron como de un organis-

* Gamín: niño que deambula por las calles sin hogar ni protección.

mo de seguridad, con una propuesta concreta, la libertad para tí, porque no tienes mayores problemas jurídicos encima —según dijeron— a cambio de que él retire la denuncia sobre la desaparición de Omaira.

—Y qué hizo? —pregunté—

--Lo que debía hacer —el visitante me contó de su reacción y cómo los rechazó— a mí me dijo que tú serías la primera en indignarte si tu hijo obrara de otra manera.

Fuera de esto, ese día fue muy ameno como todos los de visita que son los anhelados; mis sobrinas trajeron arequipe*: querían que lo guardara, pero preferí empezarlo ahí mismo, todo por el gusto de compartir esos momentos que me dan mis seres amados; aunque cada semana es de hambre, aquí se aprende a disimular muy bien a los familiares las privaciones; para qué amargarlos si sufre mucho más el que está afuera que uno adentro? No solo se disimula, se dicen mentiritas y después queda la satisfacción de haberlos "engañado"; es la única manera de conseguir que vivan menos angustiados.

En verdad, todos los días siento hambre y hasta he mascado unas hojas amargas que me hacen escupir, sorber agua y volver a escupir. De la comida que me traen, poco puedo guardar porque no hay cómo; de fatiga cruje el estómago y se sienten las tripas filudas; es cuando se piensa en la comida normal. . . que tortura! Y más si se espera la ración carcelaria: esos platos plásticos curtidos de mugre, con comida siempre igual, horrible a la vista y peor de sabor, de la que los presos dicen que sólo sirve para no morir de hambre.

Un día cualquiera, cuando fuí por la ración y vi llevar las ollas a los prisioneros, me dije que no era justo quejarme; la señora me la entregó caliente y me regaló naranjas. Considerada y amable, me dijo que las guardara porque . . . "al fin de cuentas usted está aquí tan sola. . . " Le agradecí, salí con el plato en medio de la lluvia para traerlo hasta aquí; entonces ví que los ordenanzas llevaban la comida de los presos en ollas destapadas: el agua le caía al arroz, a las papas enteramente saladas, a la sopa de maíz agria, a la ración de calabaza simple y al agua de panela. Iba a atravesar el patiecito corriendo para proteger mi comida del aguacero, pero, impresionada, me detuve un instante para gritar-

* Arequipe: dulce de leche y azúcar.

* Agua de panela: bebida popular, caliente —de la caña—.

les: --Tápenlas por favor, no ven que les llega helada y empantana-
nada?.

La señora contestó por ellos:

--No hay con qué, no tienen tapas, son ollas viejas y no hay
dinero para comprar más. Mientras tanto, la puerta se cerró; en-
tonces me volví un nudo entre tratar de abrirla, taparme la ca-
beza con el saco, y seguir protegiendo la comida; las naranjas se
me cayeron y el guardián me gritaba:

--Entrese rápido! No vé el diluvio? Me van a llamar la aten-
ción si saben de su demora!

Corriendo, llegué hasta aquí, puse el plato y la taza encima de
la mesita: qué hambre y desconsuelo de ver esa comida; pero
empecé, qué más podía hacer? Encontré casi agradable el agrio
del maíz y entre un bocado y otro (desastrosos) pensaba: no
tengo más alternativa. Cuando fui por la cena ese día --siempre
a las cinco de la tarde-- la señora me explicó, mientras servía mi
plato que se ha cansado de pedir las tapas de las ollas; vive tra-
yendo periódicos para cubrirlas de la lluvia, pero muchas veces
se le olvida por el trabajo intenso que tiene. El invierno es más
cruel para ellos --los presos-- y por eso pienso que no es justo
quejarme. #

MEDITANDO EN LA HISTORIA

Recogiendo la evaluación del estudio hasta enero y prepara-
ndo lo que habría de seguir, se me pasaron los días. No volvieron
a llevarme al local de hombres para continuar con el estudio y
bien pronto me dí cuenta del por qué: el Director no volvió y
nombraron al Cabo para dirigir la cárcel hasta cuando se presen-
tara el titular.

Tal como era de esperarse lo primero que hizo fue suprimir
las clases. Un preso que saca la basura, me entregó un papelito
enviado por otro, que dice: . . . El Cabo suspendió el estudio; y
le insistimos y nos dijo, para qué clases? Qué le aprenden a una
mujer si a ellas antes hay que enseñarles? Esperamos que nos en-
víe lo del Zipa* y la historia de la puerta, vamos a hacer todo lo
posible para poder continuar.

* Zipa: Cacique indígena Chibcha.

El trabajo del Zipa ya lo hice, pero lo envié afuera previendo que el Cabo me requiese. La historia de la puerta, la estoy terminando para enviarla al penal apenas pueda. Ambos trabajos pude elaborarlos porque un joven que salió en libertad —maestro de escuela que vino a dar aquí por absurdas circunstancias— me envió valiosos documentos de los que habíamos hablado con entusiasmo. Unos son de la biblioteca local, a donde él tiene acceso; otros son recopilaciones de un ciudadano estudioso que lleva años en esa labor y accedió a prestarle algunas copias. Unido a esto existió la casualidad de haber conocido un viejo que fué minero toda su vida, abuelo de un preso, a quien indagué sobre la región y sus leyendas. Me decía que a su vez, su abuelo, había sido indígena, o sea, que me enteré de preciosos testimonios de por lo menos cinco generaciones atrás y cuando regresaba a mi soledad, después de la visita dominical, apuntaba y confrontaba lo que el anciano me había dicho. Me he enterado, entonces, de la letra menuda de acontecimientos que ignoramos y que no he visto en los textos oficiales para el estudio de los niños, en dos épocas distintas: la que siguió a la llegada de los españoles y la que antecedió a la lucha Comunera.

La historia de la puerta se relaciona con esta cárcel; de ahí el interés que tenemos algunas personas por ella; sintetizándola, es así: Entre los siete mártires de Zipaquirá, revolucionarios de su tiempo, se hallaban dos mujeres; todos fueron apresados y llevados a una casa de la plaza mayor y por entre los barrotes, en la parte más alta de la puerta, vieron construir el cadalso. De esa, entonces, existen testimonios del valor con que esperaron los patriotas la muerte; en la madrugada en que se abrió la puerta para la ejecución, las mujeres entonaron un himno patriótico; sólo que los gobernantes españoles decidieron que, por ser mujeres, no merecían morir en forma igual a los hombres y ya cerca al patíbulo las apartaron y condenaron al destierro. Esos mismos testimonios dicen de la puerta, que a pesar de ser de pesado metal, los mártires dejaron grabadas palabras y dibujos alusivos al momento que les tocó vivir.

Cien años después, el Ayuntamiento de Zipaquirá dispuso que tal puerta fuera colocada a la entrada de la cárcel de mujeres de esta ciudad que no siempre ha estado aquí y así se hizo.

Quando me enteré de esta historia sentí inmensa emoción; con el documento en la mano me salí a mirarla y la descripción corresponde a una parte de su figura. Centímetro a centímetro la recorrí con las yemas de los dedos para encontrar algún rastro

... pero no existen; pudo ser la acción del tiempo que borrara sus huellas. Luego retrocedí unos pasos para contemplar este tesoro histórico —que debería estar de lección de historia en alguna escuela— y viéndola me inundó la admiración hasta hacerme un nudo en la garganta, por esos mártires y sus luchas. Confieso, además (aunque parezca simple) que su sola presencia me infunde ánimo.

Se cumplió un año de estar encarcelada y algo más de tres meses de estar aquí. Nadie sabe cuándo citarán a Consejo de Guerra; el caso parece dormido y sólo oí un irresponsable comentario en un radioperiódico que equivale a una condena adelantada. Le escribí una carta al Director de ese noticiero aclarándole, desde luego, debió botarla al cesto. Hace periodismo "independiente".

Los papelitos de la cárcel de hombres me llegan a veces, supe que un preso siguió arreglando la bibliotecuita y ha conseguido libros; los de una celda me mandaron un baloncito de regalo; otros me entregaron un comentario sobre un libro, el domingo, cuando me pasaron a la visita, fué algo bien rápido porque les prohibieron que me hablaran. Los sábados ya no me pasan a misa, así que es bien poco lo que sé del penal. El Cabo tramitó mi traslado para la Penitenciaría de "El Barne" después de que una tarde vino hasta aquí con dos hombres de la BIM, de civil, a inspeccionar —dijeron— por cuál agujero podría huirme. Mis hijas fueron de sitio en sitio, de Brigada a Prisiones o al revés, dejando solos a los pequeñitos, embarazada la mayor, y sin dinero para un taxi. El domingo me enteré de que Pilarcita se fué a rogarle a una mandalotodo de Prisiones que dice ser amiga de los presos: no trasladen a mi madre a esa prisión de castigo, aún no la han condenado para que la envíen allá; le suplicó mi muchacha con lágrimas en los ojos pero la funcionaria la engañó todo el tiempo. ¡Cuánto dolor! Me taldra imaginármelas rogando a seres insensibles, podridos de conciencia, enemigos de los presos y más de los P.P.; no pararon en sus gestiones ni un momento, tocando todas las puertas, insistiendo, razonando, recurriendo a las normas carcelarias y las leyes establecidas para que las cumplieran.

Francisco, desde su encierro (pensando que con ese traslado ya no podrán visitarme todos los domingos porque no hay dinero para el viaje), se las arregló para hablar con el Director de Prisiones y éste le dijo que modificaría la orden.

Aquí, mientras tanto, parecía que el Cabo había triunfado en su petición; si hasta llegó el dinero de Prisiones. Me hizo llevar a la Dirección y lo vi como encaramado encima de su autoridad; le cambió la voz, el caminado, tiene uniforme nuevo y la gorra se la cala hasta las cejas.

Cuando entré me dijo:

—Acaba de llegar el dinero para su traslado; firme aquí. Era una constancia de buen trato. Me negué. Llevaba el alma revuelta no tanto por el traslado, como por las lágrimas de mis hijas.

—Ya llegó el dinero, me lo gritó— se vá cuanto antes, es mi orden, ahora yo mando aquí. . . ya no está el maestrico muerto de hambre que se creía Director.

En ese momento llamaron por teléfono de urgencia y salió. Era la contraorden de Prisiones que anulaba mi traslado. Cuando entró nuevamente estaba demudado, llamó a gritos al escribiente, como si el pobre hombre fuera culpable.

—Pero qué pasó? Quién lambonió para que lo anularan?
—Bramaba! De pronto llamó a los guardianes y me señaló con el dedo:

—Llévensela para adentro! —y golpeando el escritorio con el puño decía— Pero si hasta llegó el dinero. . . y ahora qué: Sálí contestándole: con él puede comprar las ollas para la comida de los presos, y casi me fulmina con la mirada.

RUTINA Y CASTIGO

Siguen pasando los meses. Una de las guardianas ha resultado ser amigable, considerada y servicial, trata igual a todos sus semejantes, y es muy franca, la excepción de la regla. Cuando viene siento alegría de poder hablar con alguien.

Los domingos, los presos me dicen desde lejos: . . . la echamos de menos, y me miran con tristeza; las plantas que sembramos con aquella muchacha crecieron, ya brotaron flores y las cuido con esmero; la puerta la limpié y aceité sus bisagras; del pan que me traen, lo desmenuzo a los pajaritos que vienen por montones; el brevo está en plena cosecha y al pie del mirto que parece una lluvia de pepitas rojas me siento a leer las cartas que

recibo. Francisco empezó a escribir su defensa, que está encaminada a mostrar el terrorismo contra el pueblo, ejercida desde siempre por el aparato del Estado. El domingo recibí una cartica casi ilegible con letras más cuadradas que redondas, porque su remitente es un P.P. a quien le quemaron las manos con parafina. La noticia era en respuesta a una que le escribí cuando me enteré de la denuncia sobre las torturas y debió costarle mucho esfuerzo escribirla; al final, su firma mucho más difícil de entender: Carlos Reyes Niño.

En la mina de Zipaquirá sucedió una gran tragedia que conmovió a todo el pueblo hace unos días: murieron tres mineros. Lo supe porque la guardiana buena se encontró con el abuelo de mis leyendas, iba pálido de tristeza y de ira, porque según su experiencia, la tragedia sucedió por descuido.

La semana terminó con un extraño ruido que produjo la caída de la campana de la catedral, más de 250 años allá colgada le pesaron bastante y el acontecimiento hizo que medio pueblo asistiera al rosario esa noche, como desagraviándola por el porrazo.

Todo esto conforma mi mundo ahora, en que el tiempo transcurre idiota y lentamente, sobre todo después de la séptima visita de Jueces.

Cuando el Director llegó a posesionarse hace cinco semanas pensé que iba a ser un descanso, mucho más porque manifestó que estaba muy cerca de hacerse Sociólogo. Dijo a los presos que las clases se iban a reanudar; luego vino hasta aquí a decirme lo mismo pero posiblemente mi estado de soledad me ha vuelto retraída; hay días que no despego los labios para hablar, excepto unas contadas frases con la señora que me da la comida y un ardor creciente en el esófago me tiene decaída. La verdad fue que no me entusiasmé sino hasta el día en que me vi nuevamente al tablero, alegres los presos de volver a empezar y todos de volvernos a ver. Ese día un guardián —buen hombre— comentó que estaba próxima a llegar visita del Ministerio y era necesario tener los cuadernos al día, movimiento en los talleres, aseo, orden, recoger las cuerdas de la ropa, todo en su lugar. A ocultar la miseria de los ojos de los visitantes. Como si se pudiera.

Este era el motivo para reanudar y aunque no se sabía con certeza qué jueves del mes podrían llegar, lo anunciaron de todos modos, lo que garantizaba mi trabajo hasta la víspera de esa visita. Nunca llegaron y no imaginé lo que iba a sucederme.

Mientras el guardián comentaba de la visita subió un preso a contarnos:

-- Trajeron al "Tigre" otra vez pero ahora sí lo volvieron mierda, ni conoce el pobrecito. Momentos después vimos a un muchacho de no más de 25 años, pelo acanelado y bien parecido que lo tiraban al patio como un fardo. Todos corrieron por la escalera, el guardián nos preguntó si queríamos bajar a verlo y así lo hicimos la guardiana y yo hasta donde estaba el grupo de los presos.

- ¿Qué le pasó? decía cada uno de los que iban llegando al círculo. Alguien explicaba:

- Lo agarraron en la panadería llevándose la bicicleta de reparto con el canasto del pan, la mismísima patrulla. En la estación de policía el teniente lo fundió a patadas y así p'al calabozo ocho días y se pudrió.

El cuadro era sobrecogedor. El muchacho --conocido porque tiene más de diez "entradas" por hurto, fama de ser veloz como una liebre y parecido físico con un tigre-- tenía lo que le quedaba del pantalón hecho girones y se le veían de las rodillas para abajo terribles llagas que supuraban y olían horrible. El aspecto nos sobrecogió a la guardiana y a mí, con horror nos llevamos las manos a la cara mientras que algunos hombres se tapaban la nariz exclamando frases de lástima, asombro o indignación.

Por tres días se le rogó al Director algún remedio, un médico, lo que fuera, temiendo que se muriera. Tenían que cargarlo, llevarlo al sanitario, hacerle todo; por supuesto, el malestar por la situación llegaba a su punto más alto y por respuesta, el flamante sociólogo decía que el único médico con permiso para entrar estaba en vacaciones. La indignación crecía y cuando supo que había algún desorden, vino enseguida con una sonrisa hipócrita a decir que le ayudaran a buscar la solución a su problema; era evidente que el enfermo no le importaba en absoluto. Yo había comentado que era posible curarlo si se le hacían dos baños diarios con agua hervida y se cubrían las llagas con panela raspada, remedio usado en el campo y conocido por varios de los que estaban ahí. ¿Y quién lo baña? --preguntó el Director--; entonces, me ofrecí. Le causó mucha sorpresa, puso peros y finalmente aceptó. Lo hice sólo cuatro veces, porque a partir del quinto baño se ofrecieron a hacerlo, uno a uno, casi todos los presos. Los baños se volvieron tema y momento especial; muchos contribuían hirviendo agua, raspando panela en el caspete, alzándolo y se hicieron turnos, todo en el patio y con la vigilancia de los

guardianes; pronto empezó la mejoría. A los diez días se paró y hace dos semanas o menos, en la tarde que se celebró la visita de Jueces, muy lentamente y ayudado subió las escaleras por sus propios pies.

Durante el tiempo de curaciones el muchacho contó con detalles el inhumano trato de que fue víctima y simultáneamente a muchos se nos ocurrió hablar del atropello en la visita de Jueces, sin ninguna esperanza, desde luego, porque siempre se dicen las quejas así nadie las resuelva, pero al menos que se supiera, que no quedara en las tinieblas esa tortura. Se decidió hacerlo muy comedidamente: un preso iba a explicarlo y luego otros, incluyendo el afectado, añadiríamos algo sobre la golpiza, la forma como llegó, la falta de un médico (no sólo en este caso) los riesgos, en fin, la situación que a todos afectó.

Esa tarde de la reunión, el Director anunció la visita especial del "señor-doctor-ilustrísimo-procurador de Zipaquirá en persona" y a ésta se sumó la del teniente, el mismo que había pateado al muchacho en la estación de Policía, muy conocido por un episodio del que se ocuparon los periódicos: consistió en que los agentes encontraron a unos hombres en una gasolinera, supuestamente robando, les dispararon poniendo en práctica el Decreto 070 que autoriza para disparar extrajudicialmente, matando a dos de ellos. A los otros dos los trajeron a esta cárcel, de paso para la Modelo.

Por el abrazo efusivo de vejete y uniformado, la tensión de tener pendiente el reclamo y la presencia de los personajes, el ambiente estaba demasiado tenso. El visitante especial prácticamente dirigía la reunión con un estilo prepotente y grosero para con los presos; conmigo fue particularmente humillante, valiéndose de un lente de aumento que sacó de un bolsillo, haciendo pausas para medirme de arriba a abajo. Estaba semiinformado de mi existencia, captura, motivos y traslado, hizo leer el auto de detención completo y siguió agregando más cosas; mientras hablaba vi miradas de simpatía y movimientos de cabeza de aprobación no sólo entre los presos; eso me consoló, porque no me sentí sola. Pasada esa chocante situación y cuando fue oportuno, alguien inició la queja sobre lo del "Tigre", pero el ilustrísimo lo sentó de un grito; siguió otro que no podía expresarse como quería y tosía (está enfermo). Había angustia y un murmullo confuso de protesta, entonces completé lo que iba diciendo el anterior, a pesar del primero, del segundo y tercer grito del viejo para que me callara. En la sala había odio, un ambiente de apretar el gatillo, de palabras como rayos que iban de aquí para allá y de allá para acá.

— Déjela hablar! —gritó un preso—.

— Déjela hablar! Déjela hablar! Coreaban y comenzaron a pararse de sus asientos los detenidos avanzando hacia el estrado en una actitud que asustó y a un grito de GUARDIA! por no decir auxilio, del Director, el Cabo entró como un miura —seguido de los guardianes— a sacarnos a todos.

Una hora más tarde vinieron hasta aquí, Director, teniente y Procurador a observarme como a una tiera enjaulada hasta que les pedí fastidiada que se retiraran porque prefería mi soledad.

— Aislada es como va a estar —dijo el vejete— y se retiraron.

El domingo que siguió iban a prohibir mi visita pero los presos —supe después— llamaron al Director y no sé qué le dijeron, algunos tenían encima otras sanciones. Mis hijas debieron ir hasta donde el abogado para enterarlo de que estoy aislada por orden de autoridad no carcelaria, lo que en la teoría no puede suceder. Los profesionales no han vuelto debido a que hay una racha de nuevos P.P. a quienes atender.

LA SOLEDAD, EL PEOR DE LOS CASTIGOS

Esta casita-cárcel es pequeña. Fuera de la celda donde tengo un angosto telar, pequeñas herramientas para elaborar artesanías y una mesita para comer y escribir, hay cuatro piezas prácticamente desocupadas a donde no entro, en torno a un patio encementado, irregular, colonial, en total unos 18 metros cuadrados para ejercitarme con el baloncito, teniendo cuidado de no maltratar las plantas, es decir, una superficie repartida para no anquilosarme y para que ellas puedan extenderse y crecer. Siempre girando sobre el mismo espacio mis ambiciones son iguales a los sueños de cualquier prisionero: caminar algún día hasta el cansancio, mirar el mar y sentirme en las alturas mirando a través de la ventanilla de un avión.

En cuatro oportunidades han traído mujeres que se acuestan en los camastros destartalados de las otras piezas; la que más duró estuvo sólo seis días. En esas ocasiones fugaces, fuera de las poquísimas palabras necesarias, como ofrecer un pan, orientar en algo, contestar cualquier pregunta, no he hablado nada más con ninguna. ¿Me volví huraña? O quizá por el poquísimos tiempo que han durado, no había nada más que agregar. Pero hablo con

los pájaritos que vienen por migajas, una copetona a la que llamo "Bolita" porque está encinta, es la más asidua, hasta se sube a mi mesa cuando no estoy ahí. Distingo bien cada una de las avecitas que vienen; conozco sus movimientos, piquitos, plumas, son mis amigas. Tengo otros visitantes con los que también hablo: cuatro gatos. Vienen por el tejado y bajan hasta el muro, para ellos no tengo comida, se turnan y me entretienen con sus saltos y movimientos ágiles. Con estos hablo menos que con los copetones, pero más que con el buho, el último visitante. Me molesta, lo asimilo a los interrogadores. Pasó un mes sin que volviera y la semana pasada lo volví a descubrir allá en lo alto de la viga, quieto como disecado.

— ¿A qué viene? No sabe que me fastidia su figura? —le digo—. Y me mira con esos ojos negros penetrantes, redondos; espera un instante y se va. Yo le grito:

— No vuelva, no quiero verlo más, me repugna!

Huraña. . . y hay momentos en que pienso que la soledad prolongada enloquece. Siempre me digo que es la última vez que hablo con los animalitos y siempre reincido porque eso mitiga el aislamiento: el peor de todos los castigos. Y sigo pensando, reflexionando, lo practico porque me fortalece, por ejemplo, me repito que tengo bases mucho más sólidas para mantener la moral que para perderla, salud mental para contraponerla a cualquier alteración por cualquier circunstancia aunque. . . cómo puedo definir o precisar lo normal, lo sano, cuando ya me preocupa estar hablando con los animales? Es necesario copar todos los minutos del día, ningún espacio para el ocio, concentración en cada actividad para que no vuele la imaginación, inventar cada vez más cómo emplear el tiempo; eso corresponde a una situación de aislamiento.

Del mundo exterior, la medicina se llama **solidaridad**. Cuando se reciben voces de aliento como la carta de las maestras: "estamos con usted compañera. . ."; o la extensa del día de la madre, de un P.P.: ". . . doble misión la suya, es madre revolucionaria. . ."; otra de un compañero torturado y todavía diciéndome: ". . . tiene usted valor. . ."; la razón de los estudiantes. . . La visita de los amigos del Instituto Sindical. . . El ofrecimiento de los trabajadores de Peldar por mi salud. . . El Boletín del C.S.P.P. defendiéndonos; el mitín de la Zona Industrial pidiendo la libertad de los P.P., las cartas del exterior ofreciendo ayuda, el Abogado que se desvela por nuestra causa, el caset que me enviaron los P.P. lleno de canciones y con la voz de Francisco, toda la familia pendiente, turnándose los domingos y siempre

rodeándonos. . . o las palabras de alguien con el mensaje de un grupo: ". . . lo más importante es el ejemplo, te pensamos mucho". Todo esto hace posible que me sienta acompañada de una multitud invisible en medio de la soledad.

Cuando pienso en que me han robado los movimientos, las palabras, la lengua, las cosas, mis cartas, los recuerdos, el retrato de mi padre, el último comunicado, las cartillas alfabetizadoras, TODO!, me digo: menos la SOLIDARIDAD!

*Veinte años
de condena...*

6

7

8

9

10

11

Nueve de agosto de 1978. Hoy se inicia el Consejo de Guerra. Ayer me trajeron de Zipaquirá en medio de un despliegue militar aparatoso, que asombró en los alrededores de la cárcel; minutos antes, me informaron que habían llegado los militares y no había tiempo de recoger sino muy pocas cosas. Después de tanto tiempo, llegaron con afán. La gente, al final de la calle, se amontonaba curiosa, queriendo acercarse, pero era prohibido; me observaban unas cien personas situadas a prudente distancia, algunos guardianes, unos 30 hombres de tropa y dos suboficiales. La guardiana se acercó con cualquier pretexto, para decirme en voz baja que por entre las rendijas de las ventanas selladas de la casa colonial de esquina, los presos estaban mirando, me enviaban un saludo y deseaban suerte. El guardián que me ofreció su brazo para subirme al camión me entregó un papelito enrollado que leí cuando estuve sentada (antes de que se subiera a la cabina el teniente). Dos minutos después de salir del pueblo por la carretera que conduce a Bogotá, el oficial me pidió "lo que te entregaron" y le alargué gustosa el papelito que decía:

"Marujita, gracias en nombre de todos, no olvidaremos las enseñanzas en las clases. Pedro sigue apostando a que usted es inocente aunque la condenen, pero nadie quiere apostarle".

Los 83 días que duró el Consejo de Guerra estuvieron plagados de episodios que sólo se ven en la justicia castrense. No sabría decir cuáles fueron peores entre todos esos actos violatorios de los Derechos Humanos, la Constitución y las mismas Leyes.

En el banquillo me senté, además de mi esposo y Mauricio, con ocho personas más, todos hijos del pueblo, comprometidos en una u otra forma en una lucha evidente de rebelión popular, con móviles altruistas, es decir, de servicio a su pueblo. Es por esto que a lo largo de todo el expediente brotó su naturaleza política; lo demuestra la frase inicial donde dice que se trata de una red urbana de apoyo a los grupos rurales del autodenominado E.L.N.

Sabiendo esto es que puede comprenderse por qué al convocarnos por "asociación para delinquir" partieron premeditadamente de una gran mentira.

La mentira fue su sello, su salsa. En nosotros, más que la burla de verse juzgados por quienes demostraban ignorancia, pesó la mentira; antes que el hecho de que los militares fueran jueces y parte, pesó la mentira; más que la retaliación, que el odio, que la sevicia. Y vino a convertírseles en un arma de doble filo: se valieron de ella para aumentar su poder en contra de los acusados y sus ideales, pero al mismo tiempo, ante los ojos del P.P. por humilde que sea, o de cualquier otro ser humano que se estime, aquellos hombres van empequeñeciéndose, envileciéndose cada vez más.

Su deshonestidad me produjo lástima en algunos momentos, ira en otros, asco la mayoría de las veces y no los ví jamás como al enemigo al que se le reconoce entereza de carácter, "clase" si se quiere denominar de alguna manera ese estilo que hace respetable al vencedor, así se le odie. Verlos recurrir a la mentira por impotencia frente a los razonamientos o doblegamientos ante las órdenes superiores, eleva la moral del detenido. Si lo supieran, entenderían que adoptando ese papel rastrero asegurarán su derrota moral. ¿Será por eso que al defender los intereses de los poderosos tienen que echar mano de la represión y la violencia?

La Corte Marcial para mí tiene un interrogante: ¿de qué delito van a acusarme concretamente? Tiene también expectativa, porque anhelo encontrarme con Francisco y Mauricio y conocer a los compañeros con quienes seré juzgada. Me invade el desaliento al pensar que iniciamos esta dura prueba, no partiendo de cero, sino de menos cero, llevando las de perder porque es claro que el Consejo les resultará un éxito, sólo si encuentran "culpables"; porque vamos a ser juzgados por fuera del poder Judicial, porque llegamos con 18 meses de cárcel, torturas y un cúmulo de piruetas jurídicas que aseguran su ventaja.

Como si toda esta carga fuera poca, es mucha la mortificación de ver cómo, algunos medios de comunicación —especialmente "El Tiempo"— nos convirtieron en mercancía. Además, la forma como han venido presentando "los hechos", con titulares que hacen desorbitar los ojos excitando a la opinión pública de tal manera, que la sentencia se ejecutará cuando ya hayan crea-

do el clima necesario para hacerla en nombre de la patria, las buenas costumbres, la democracia, la propiedad privada y todo eso.

En esta mezcla de sensaciones también hay coraje para enfrentarse con sobradas razones y acusar a los acusadores, orgullo de defender una causa más que justa, temor a lo desconocido y un gran dolor al ver el sufrimiento de las familias.

El primer día no estábamos listas cuando llegaron los militares, porque ellos no coincidieron con las costumbres carcelarias y a las ocho de la mañana estábamos desayunándonos. Esto erizó al teniente del ejército que en la Guardia esperaba iracundo. Al vernos entrar ordenó a los guardianes: espósenme a estas mujeres! Y ahí fue Troya, porque nos negamos rotundamente a someternos a su orden. En primer lugar, alguna norma internacional firmada por Colombia dice que a las mujeres prisioneras no se les esposa, a menos que estén locas. Pero más que esto —porque es como hablarle en chino a los militares— adujimos el hecho de que los guardianes jamás colocan esos aros denigrantes a las detenidas cuando las llevan a los juzgados (aunque los usen como dotación). Por qué entonces, habríamos de ser tres P.P. las escogidas para llevarnos así? Exigimos que respetaran todas estas normas. El teniente se desconcertó ante el desacato —acostumbrados como están a obedecer y ser obedecidos incondicionalmente— insistió: ESPOSENLAS!

Ese día no estaba de suerte. De los tres guardianes asignados para ir con nosotras, el primero dijo que lo haría si el Subdirector se lo exigía, el segundo que él no esposaba mujeres porque tenía más fuerza física que ellas y el último que a él lo mandaba Prisiones y no los militares. Para rematar, el Subdirector (recién llegado) le agregó casi como en broma: . . . pero mi teniente, ustedes son más de 30 hombres armados, de aquí enviamos tres guardianes también armados, van en tres camiones del ejército, no le da pena ordenar que aten a estas mujeres con ese bolsito en las manos?

Ridiculizado y ofendido, el militar nos ordenó que saliéramos cada una en un camión diferente. Ya afuera, oímos que le dijo al suboficial que manejaba el primer camión: deténgase en tal parte (un puesto militar) ahí voy a sacar las esposas, a mí no me ordena nadie cómo tengo que llevarlas. Como de caucho saltamos nuevamente adentro, a la Guardia, alegando que Prisiones

debía responder por nosotras y una parada en un sitio de esos significaba un riesgo para nuestras vidas. De ahí en adelante no supimos de qué hablaron en la oficina de la Dirección, luego salieron y hubo llamadas del teniente a la BIM para que de allá dieran la última palabra pero terminaron llevándonos directo, sin atarnos.

Nos bajaron frente a una estructura, teatro-galpón, donde hemos sido juzgados y momentos después llegó el camión militar con los detenidos de La Picota. Lo que presenciamos nos impactó terriblemente:

Contra el piso del camión, sucio y grasoso, venían tendidos los prisioneros, esposadas sus manos por detrás, a la altura de la cintura. El teniente había ordenado a la tropa llevarlos así, además, con las botas encima de las caras, nuca y cuerpos.

No me había repuesto de ver esa brutalidad, ni ellos tampoco de vivirla --les ofrecimos pañuelitos para que se limpiaran el aceite de la cara-- cuando aparecieron en grupo, allá a lo lejos, Francisco, Germán y Mauricio fuertemente custodiados, esposadas sus manos por detrás. Se fueron acercando, en un momento que se me hizo eterno, porque quería abrazarlos y lo hice por fin, pero ellos no pudieron por no tener libres las manos. Había alegría, indignación, solidaridad y suspenso a la vez. Yo estaba llena de emoción aunque en esas condiciones humillantes es deprimente ver al esposo, al hijo, a los compañeros o a cualquier ser humano.

Poco a poco empezaron a llegar los Abogados, los saludamos con cariño y ellos a nosotros. Personifican la esperanza aún sabiendo lo poco que podrán hacer y son algo parecido al médico para el enfermo. Cuando empezaron a hablarnos con su lenguaje especializado les comprendimos porque durante estos 18 meses nos hemos barnizado de Derecho Penal; es algo que todos los P.P. solemos hacer.

Entramos al gran salón; al fondo, un inmenso telón rojo oscuro, cubriendo el semicírculo de la pared, al frente, el estrado más alto donde se sienta el Presidente del Consejo y el Asesor; a su diestra, el Fiscal y más abajo también en el centro, los tres Vocales.

Cuando entramos en fila india hasta los once asientos vacíos, horizontalmente dispuestos, ya estaban todos ahí ceremoniosamente, reluciendo sus sables, botones, cordones y cucardas. Ingresaron de último los Abogados, hasta ubicarse delante de

nosotros, a nuestra derecha. En tono inmarcesible el Coronel Presidente declaró abierto el gran simulacro, pero no habíamos alcanzado a sentarnos cuando mi hijo habló en voz alta:

-- Falta un asiento, señor Presidente. Como todos los presentes veíamos extrañados que estaban completos, el Presidente preguntó:

-- ¿Cuál?

- El de Omaira Montoya, dónde está ella? Todo fue silencio y a continuación dijo el Coronel:

-- Comienza el Consejo Verbal de Guerra... etc... etc... etc.

Han pasado 45 días asistiendo a esta especie de funeral. 45 días de martirio también para nuestros Abogados, porque los obstaculizan requisándolos, desinformándolos, tratándolos despectivamente. Vemos sus esfuerzos, su indignación no sólo por eso. En el receso de la mañana, uno de ellos sacó un paquete de galletas que nos obsequió. Están preocupados porque solamente 23 días nos han dado almuerzo, los restantes hemos pasado de la sesión de la mañana a la de la tarde sin comer nada. Ellos reclaman, recitan los Derechos del detenido en vano, cuando regresan, otra vez la pregunta: les dieron comida? y vuelve el círculo vicioso.

Cada vez que intervienen, da gusto oírlos por la seguridad de sus razonamientos. Los Vocales, mientras tanto, bostezan o duermen por raticos medio doblándose hacia adelante o hacia atrás como si les pesaran demasiado sus medallas y condecoraciones. Están en las nubes, cuando se supone debían estar concentrados..

-- Señor Pte. --dice un profesional-- pido que se constate la idoneidad de la misión de los Sres. Vocales despejando toda duda acerca de un factible ánimo retaliatorio que puedan albergar contra nuestros defendidos. Le solicito se sirva aceptar que sus hojas de vida militar sean adjuntadas para demostrar que ellos no han tenido participación alguna en procedimientos contra la guerrilla. JK

Negado.

Con los abogados comentamos las sesiones, y en los recesos nos acompañan, orientan y dan fuerza moral. Quise saber qué siente un profesional honesto actuando en medio de este ambiente y se lo pregunté. Su respuesta fue ésta:

-- "Al entrar a un Consejo Verbal de Guerra se siente la indignación de ver la Justicia pisoteada por la bota militar y cómo todas las enseñanzas sobre el Derecho recibidas en la Universidad se convierten en la farsa más grande por la prepotencia de los fusiles sobre las Leyes, que aplican por obra y gracia de la burgesía los ignorantes que se convierten en jueces y parte.

La mejor definición la dió Clemenceau, palabras más, palabras menos: "La Justicia millitar es a la Justicia lo que la música marcial es a la música" retratando así de cuerpo entero a los charotes como jueces; y para resaltar los errores garrafales que cometen se pueden equiparar a los que podríamos cometer los Abogados al dedicarnos en el campo de la quirúrgica, a operar en los hospitales; o los estragos que puede realizar un mico en un laboratorio".

Treinta y seis delitos cometidos por "esta banda de fascinerosos" han sido leídos por el Fiscal. Muertes, secuestros, atentados, robos, asaltos a mano armada, atracos y no sé cuántas cosas más, sólo que en ninguno de ellos especificó **modo, tiempo, ni lugar** aunque sí anotó que habían sido cometidos en Bogotá y Barranquilla, entre 1972 al 76, pero se les volvió a quebrar la lógica con el formulario que me correspondió de "sí es responsable", porque ahí anotaron que mi "asociación para delinquir" fue en Medellín, ya en el año 70.

En un receso nos separamos del grupo con la otra compañera porque vimos la posibilidad de abocar al Asesor, que por su física dá la sensación de ser un tipo más bien torpe: algo contrahecho, en su cuerpo una mitad no concuerda con la otra, tiene una voz rajada que al hablar parece como si se estuviera lamentando y uno de sus ojos permanece más quieto que el otro. A alguien se le ocurrió llamarlo "Quasimodo" y no volvimos a identificarlo de otra manera, no faltó una indiscreción y se dió cuenta del mote. Lo que quisimos decirle es que esos cargos no pueden atribuirse nos y nos contestó con su voz lastimera: "aunque no fueran ustedes, fueron sus compañeros allá afuera, que es lo mismo".

Solicitaron nuestros Abogados que se adelantaran 43 pruebas para desbaratar absurdos cargos que, en el marco de las actividades subversivas generales y las imprecisiones, se nos hacían. Los

ocales, adiestrados para no mover un solo músculo de la cara excepto los párpados que se les caen de sueño, debían negar o asentir con las frases "no es conducente" o "sí es conducente" a cada petición, lo que varias veces inconscientemente trastocaron en "NO ES CONVENIENTE". Esto llevó a combinar nuestra indignación con risa y el lapsus fue especialmente significativo cuando nuestros abogados pidieron verificar una inspección ocular al cuarto de torturas y el primero de los tres carepalos contestó entre dormido y despierto: "no es conveniente".

Y volvió a suceder:

-- Solicitamos señores Vocales la presencia en la sala de los miembros de la inteligencia militar que con su huella y número firman el documento en donde señalan a algunos de los detenidos como autores de la muerte de Rincón Quiñones. Que sustenten y aclaren aquí la veracidad de su gravísimo informe. Que pueda ejercerse el derecho al careo.

-- "No es conveniente".

Y lo peor, la investigación por la muerte del General, corresponde a la Justicia ordinaria, pero en cambio, esa acusación sirvió para rodearnos de una aureola macabra, que los militares transmitieron a **sus periodistas**.

En cuanto al Fiscal, que nunca ha dado su brazo a torcer, así se contradiga, patine o se levante la sesión para sacarlo del lío, en seis ocasiones ha confundido el nombre del compañero Belisario Calderón con el del candidato presidencial Belisario Betancur y fue más lejos en cuanto a lapsus cuando dijo que en Colombia sí se violan los Derechos Humanos, por decir que se valoran los Derechos Humanos, frase bien desafortunada para él, que registró la Revista "Alternativa". En otro momento el doctor Umaña Luna hizo caer en la cuenta a este señor de otro exabrupto cuando, a falta de pruebas, resolvió que los informes secretos de los señores del batallón militar eran documentos públicos así no fueran ellos testigos de nada.

En ese momento el Maestro Umaña Luna llamó a este engendro jurídico una TRAGICOMEDIA. Nada más acertado.

De las cuarenta y tres pruebas pedidas por nuestros Abogados y por nosotros mismos, apenas negaron cuarenta.

Después de la lectura del expediente, viene la etapa de pruebas en pro y en contra, así que habiendo negado las que nos favore-

cían procedieron a mostrar y hablar de las que nos perjudican.

En el gran salón, entrando, a la izquierda, están las inmensísimas piras de pruebas en contra, que a la hora de la verdad y paradójicamente nos favorecen más que nada. La cosa es así: por un lado libros, discos, casets y las máquinas de escribir, equipos de impresión y red de teléfonos del Instituto donde trabajaba Francisco; algo de lo que nos quitaron y le quitaron a los demás sindicados. Por otro, una considerable cantidad de armas, municiones, radios, brújulas, equipos de campaña, etc., todo lo cual prueba la **rebelión**, fueron encontradas en la casa de uno de los sindicatos listas para ser enviadas a la guerrilla. En esa casa hubo un fuerte enfrentamiento armado, sin costos humanos.

En lo de las armas viene al caso el dicho aquel de que "les salió el tiro por la culata": entró el Perito para que conceptuara; uno de los Abogados le preguntó sobre su procedencia y el entendido contestó que se trataba de armas de uso privativo de las Fuerzas Armadas, por lo que el Abogado resaltó entonces que se evidencia la **rebelión**. En la sala hubo más confusión en ese momento que en todos los anteriores. Acto seguido, el Asesor ("Quasimodo") aconsejó al Presidente; el Presidente regañó al Perito, el Abogado lo recusó y le recomendó que no se dejara engañar del Asesor; éste quedó como un estúpido y la sesión se levantó. Fue la última vez que vimos las armas, porque al otro día habían desaparecido.

Siguen las pruebas en contra: colocan un caset y sale la voz de Fidel Castro leyendo la Segunda Declaración de La Habana. Esta "prueba" no dijo nada. En seguida traen otro caset de otro lado, es el mismo que yo grabé una vez con dos niños huérfanos de la zona de guerra, durante la alfabetización, pero... lo habían dañado casi completamente, medio borrando varias partes. Dijeron que eran cartillas guerrilleras. Gran metida de pata porque de ser cierto se volvía a probar la rebelión. Yo estaba dispuesta a responder por qué estuve en esa labor (lo hice sin nombrar a nadie en los interrogatorios), pero el Consejo se volvió un sainete y provoca desprecio ver que ni siquiera respetan lo que afirman. Como al fin de cuentas un caset no es prueba —como tampoco un betamax, ni un anónimo—, cuando me preguntaron si esa voz (desfigurada) era la mía, repliqué que también a Javier Solís le aparecieron discos después de muerto. Y no hubo más.

Después sacaron una cantidad de cédulas que vi de lejos, para involucrar con ellas a uno de los sindicatos a quien le encajaron que eran de él y contestó que era coleccionista.

En resumen, para comprobar la "asociación para delinquir" no existió **ni una sola prueba** y se volvió el mundo al revés: los acusados reclamando pruebas en contra y así comprobar la rebelión, y los acusadores a ocultarlas. En este punto pasamos a la "etapa pública".

Pero antes, quiero anotar cómo transcurre un día cualquiera asistiendo al Consejo de Guerra:

A las 5 y media a.m. el chirrido de la puerta que es mi despertador. Mi celda vive ahora desordenada, como de locos. Corriendo me baño y visto porque es necesario dejar el tiempito para alistar el café en termo, unos emparedados y frutas para todos, por si hoy no dan qué comer en la Brigada. Que no se quede nada: el cuaderno de apuntes, la comida que llevamos repartida para que no nos pese; agua para beber, toallas higiénicas, papel, jaboncito. Más ropa para el regreso en la noche.

¿En qué íbamos? Ah. . . sí. . . durante el viaje hay que repasar el artículo 130 del código penal; el 12, 13 y 19 de Naciones Unidas y conocer mejor el 170 de la Constitución; todos son útiles en esta etapa, aunque les sigamos hablando en chino a los militares.

¿Cuál será hoy el motivo para que nos insulte el teniente Mariguano? (así lo llama la tropa). Antier nos hizo encerrar tras las rejas, que están a la intemperie y desde lejos les gritó a los soldados que nos llevaban el almuerzo: a esos hijueputas háganles tragar veneno!

La salida a las 8 a.m., cargadas por todos lados. Las requisas diarias: una por la cárcel que nos la hacen decentemente y otra a la llegada a la BIM. Quítenles los zapatos, miren bien! Ahh. . . no; las mujeres no permitimos que nos toquen, ni lo intenten otra vez. Bueno. . . el bolso sí.

Ahí llegan los compañeros, pero qué pasa? Por qué vienen así? Me empieza a reventar la angustia; vienen atados por las espaldas a las varillas del camión en su parte más alta. . . no puede ser, los pies de los más altos tocan el suelo, los otros no. Quien ordenó esa nueva tortura? El teniente. Con razón están diciendo que son excesos de los mandos medios; lo que no dicen es que son órdenes de los altos mandos. Los bajan, se sonríen como si

nada hubiera pasado para no amargarnos. Disimulan el dolor, hablan de otra cosa. Y bueno, ya lo denunciaremos en la sesión.

— Continúa el Consejo de Guerra, tiene la palabra el señor Fiscal.

Y la denuncia de lo que acaba de pasar? Antes que esa hay que hacer la que está pendiente. . . las que están pendientes:

— Señor Presidente, exigimos que se les dé un mejor trato a nuestras compañeras; se encuentran enfermas y por las noches están siendo trasladadas en camiones descarpados y bajo plenos aguaceros.

— Son medidas de seguridad.

— Señor Presidente —dice alguien en otro momento— protestamos por el decomiso de los casets grabados con la intervención del Fiscal y exigimos que sean entregados a uno de los Abogados.

— Negado.

— Señor Fiscal, permítame preguntarle cómo asevera usted que el ELN sea una banda de forajidos asociados para delinquir si. . .

-- ¡NO ACEPTO INTERPELACIONES!

— Se levanta la sesión matinal, continúa el Consejo a las dos p.m.

Afuera en los prados nos disponemos a repartir la comida preparada. Mientras tanto, mentalmente, voy llegando a la casita campestre de mi hermana Sofía, cantando la tonadita que compuso un P.P:

Por si volvieras, por si volvieras
la puerta la dejo abierta para que puedas pasar
Y en nuestra mesa, hay un lugar esperándote
por si volvieras con hambre, el hambre puedas calmar.

Los guardianes también tienen hambre y cada uno de nosotros ofrece a su "acompañante" una parte de la ración y café negro. A la tropa le prohibieron hablar con ellos o sea que nos discriminan por igual, naturalmente esto los ha herido, están quejándose a Prisiones y negándose a acompañarnos.

Analizamos en grupo cómo y de qué manera debemos comportarnos; es sobre esto de lo que hablamos durante el almuerzo, porque el conjunto de chaforotes es sordo a lo que no sean sus voces y sus propios instintos. Las interpelaciones no han sido pasivas, es verdad, porque estamos amordazados y entonces hay que arrebatarse la palabra para defenderse. Siempre hay arbitrariedades, como la del lunes pasado: el Presidente no permitió ir a la compañera hasta el sanitario. Nadie puede abandonar el salón —dijo— a la tercera vez que ella le pidió comedidamente el permiso. Un momento más y fui saliendo sin su autorización, aunque avisé. Ella también se paró mientras el Pte., energúmeno, repetía: NADIE PUEDE ABANDONAR EL SALON! Seguí caminando y la compañera amenazó: si no puedo ir al baño, voy a hacer mis necesidades aquí mismo y ahora y se llevó la mano al cinturón de su bluyin. Así, a la brava, hemos tenido que actuar en muchos momentos y el ambiente se torna cada vez más difícil.

Suena la campanilla para iniciar la sesión de la tarde a donde acudo físicamente extenuada por una fiebre que me invade desde anoche; la tensión me desgasta los nervios al sentir que los militares se convirtieron en dueños de nuestras vidas y esperando que otro incidente desgraciado se presente, me dejo caer en el asiento. Vuelve y juega: . . . continúa la sesión, tiene la palabra el Fiscal! Parece una máquina de hacer mentiras, altamente especializado como está en declararle la guerra a todo lo que sea interés por los problemas del pueblo, al pensamiento crítico, las soluciones sociales; imagina al revolucionario como un ser que come niños crudos y desea con todas sus fuerzas que así sea, personifica en nosotros esa imagen y el resultado, por su poder y posibilidades como Fiscal, es mandarnos a cadena perpetua. Claro está, que si odiara el crimen se le perdonarían los excesos de imaginación, pero no solamente no lo odia sino que le complace. Este hombre de gestos afectados tiene una mediana capacidad oratoria por la que debe sobresalir en su cuartel. Echa mano de una retórica postiza, memorizada y nunca se ha referido a nosotros con adjetivos diferentes de forajidos, facciosos, malhechores, fascinerosos, delincuentes y bandoleros. Observándolo, sobresale el individualista en plan de ganar ascensos a costa de lo que sea, en este caso, a costa de chupar nuestra sangre y nuestras vidas para aumentar su botín de barras y medallas.

PESADILLA

Hacia las siete de la noche ya mi resistencia física se agota. El receso duró casi dos horas, para ellos de descanso, para nosotros, de hambre a la intemperie. Se reinició la sesión con el consabido. . . El Fiscal tiene la palabra, repasando la lectura de casi 4.000 folios de falsias.

Entrecierro los ojos, porque la fiebre aumenta y entonces, todo me parece un remedo de un Tribunal Nazi: el horror! Por debajo de las mesas asoman las botas altas relucientes del Presidente del Consejo y sus ayudantes. Por encima—frente a mí—su cara con pequeño bigotito hitleriano, pelo lacio y esa voz de mando absoluta; diez militares más, en una fila a la izquierda, envarillados, presencian el espectáculo exhibiendo sus sables adelante; son los defensores de oficio, nombrados para los "reos ausentes"; el gran telón rojo al fondo y las letras doradas de LIBERTAD Y ORDEN* que se descomponen como en una espiral vertiginosa, en una cruz gamada. Luego las escenas de auge y caída del Tercer Reich me cruzan la mente y nosotros ahí, en situación de indefensión. La sesión duró muy poco, era apenas una formalidad que no les significó nada, pero a nosotros sí, porque entre el momento de finalización de las sesiones de un día cualquiera y la llegada de los camiones para transportarnos a las cárceles, pasaron tres horas más, tratando de escampar la lluvia contra una de las paredes del teatro-galpón, guardiados y custodiados por docenas de hombres.

A las diez de la noche, las voces de "Mariguano" y los otros dos tenientes al mando de los tres camiones, retumban en la oscuridad: DESCARPEN LOS CAMIONES! Y subimos, despidiéndonos con un hasta mañana compañeros, ánimo. Los vemos alejarse para entrar a los carros inmensos, por la parte de atrás, dificultosamente: llegan las manos esposadas y la cabeza erguida.

Finalmente, llegamos a la cárcel, qué descanso! Las guardianas nos guardan la comida aún caliente que las P.P. nos dejaron preparada.

La celda en desorden me parece agradable; la cama, confortable y siento un descanso cuando corren la puerta porque con su chirrido aseguro mi tranquilidad.

* Libertad y orden: emblema del escudo nacional.

Cuando se inició la etapa pública, estuve muy ansiosa por ver a los míos, me angustiaba saberlos sufriendo como espectadores. Ellos tienen esperanzas aún, ignoran lo que oímos leer al secretario, un sargento que desconoce la puntuación más que un escolar y que, inocente el pobre, pasó de corrido algo que había entre las páginas del expediente firmado por el Ministro de Defensa, en que ordenaba nuestra condena como a delincuentes comunes. Nos quedamos bien sorprendidos durante esa lectura, que posiblemente se les vino por descuido, según las caras de los militares que quisieron suspender su lectura, como si se tratara de un imprevisto. Alguien dijo en voz alta que se trataba de un relincho jurídico por lo que dice: ". . . niégase llamarse a juicio por REBELION, puesto que a tal calificación solo son acreedores los alzados en armas que conformen una fuerza militar grande en hombres y medios, con posibilidad de enfrentarse con éxito al gobierno y sus fuerzas Armadas. . . (!)". Y mi hijo agregó también en voz alta que a nadie le recomendaría que estudiara Derecho en la misma Universidad en donde el Ministro se graduó. Después de esa orden no queda ya ninguna duda. La asociación para delinquir da penas de 5 a 14 años. . .

Ya estábamos ahí ese día cuando divisé a mi hermana que no se cómo se coló en la Brigada. Corría, hacia mí extendiendo los brazos, gritaba con todas sus fuerzas. Me boté en dirección a ella, también con los brazos abiertos, e igualmente gritando su nombre. Pero ninguna de las dos meditamos en que ésto era absolutamente prohibido y entre los gritos de ALTO, ALTO! de los militares, caímos una en brazos de la otra, en el abrazo fraternal más maravilloso que he recibido en mi vida. Luego nos separaron. Volví al lugar señalado y veinte minutos más tarde empezó la última etapa de la Corte Marcial entre cámaras de televisión, fotógrafos, periodistas y unas cien personas atrás, de casi un millar que quisieron entrar ese día. Cuando volteé la cara encontré las miradas y los gestos de amor y cariño de los míos. Mi hijo Francisco casi junto a mí, me mandó un beso que voló hasta mí frente, mi Esperancita con su bebé en los brazos, una muñequita recién nacida, que conocí ese día; al lado nuestra otra hija, Pilar. Mis hermanos también, con sus esposas y algunos de mis sobrinos. La mirada de Juancho me proyectó fortaleza y dulzura. Es demasiado importante para cualquier persona pero en particular para un P.P. saberse rodeado familiarmente. . . dice tanto. . .

Pero hubo más motivos de alegría, afuera en la calle, conservaré para toda la vida la imagen viva de los grupos que se apostaron a la entrada para vernos pasar en los camiones. Alzaban sus puños y nos daban aliento haciendo una V con sus dedos. Después supimos de la orden de retirar a los "curiosos", hasta 500

metros antes de la entrada principal. Todas esas personas que nos han expresado su solidaridad así, no alcanzan a imaginar cuánto han aumentado nuestra moral y lo que logran en momentos difíciles.

Tres días duró el sacrificio de las familias, de madres, hijos, compañeros, en fin, tres días que se martirizaron sólo por darnos valor porque antes de cumplirse 70 horas, el Pte. del Consejo lo declaró SECRETO. Era imposible pedir tanto, los militares no podían descubrir ante cámaras de televisión y periodistas, su gigantesca farsa. La Revista "Alternativa" dió información objetiva del caso. "El Tiempo" sostiene que seremos sentenciados por la muerte del General Rincón y media docena de delitos "comunes".

Pocos días después, en un receso, los Abogados nos llamaron para decirnos: nuestra decisión colectiva es la de retirarnos por falta absoluta de garantías. El Proceso está viciado de nulidades de procedimiento y constitucionales, por lo cual aconsejamos apelar al Tribunal Superior. Pero sólo nos retiraremos si ustedes están **TODOS** de acuerdo con ello. Discutámoslo.

Dimos la aprobación unánime; después de estudiar el asunto, avisaron formalmente su decisión al Tribunal y los vimos alejarse como el náufrago que ve perderse el barco en la distancia. Quedamos absolutamente solos. El Pte. procedió entonces a nombrar Defensores de oficio, otros diez militares de distintas armas pero en vez de aceptarlos fuimos rechazando cada cual el suyo con razonamientos todos coincidentes y por la misma causa. En mi caso y después de oír al Presidente que los nombraba por Ley (qué respetuoso), resolví el impase con preguntas... como que ya he aprendido un poco de los Abogados.

— Usted sabe quién o quiénes entablaron la denuncia contra nosotros y por consiguiente en contra mía? —Me dirigí a quien le correspondió mi defensa—.

-- Si, los agentes del Batallón Charry Solano —contestó—.

-- Esa Institución representa al Gobierno?

--- Sí.

-- Usted es Capitán de la Policía?

--- Sí.

— Esa Institución representa al Gobierno?

— Sí.

— Entonces, cómo puede hacer mi defensa?

No contestó. De los 26 militares presentes involucrados en la farsa, sólo este Capitán y el Fiscal son estudiantes de Derecho, los demás son. . . militares. Pero en este caso, pienso, no se necesita ni siquiera ser militar para entender el impedimento.

Durante varios días pensamos en no asistir más a las sesiones, finalmente, después de evaluar los pros y contras decidimos NO VOLVER a entrar a la sala del Juicio. Previmos enfrentamientos, golpes, acusación de desacato a la autoridad y hasta calabozó pero estuvimos dispuestos a lo que viniera, antes de continuar cohonestando —contra nosotros mismos— la injusticia, los absurdos jurídicos y la mentira de su fallo.

Como de costumbre, el sargento nos anunció que la sesión empezaba para que entráramos al salón. Enviamos con él nuestra decisión al Coronel: terminen sin nosotros. Debí ser grande su sorpresa porque quién se atreve a desobedecerle? Envió a la tropa a llevarnos como fuera. Estábamos en el prado tirados, entre otras razones porque el hambre nos tenía debilitados. Aunque no ví recelo en los compañeros, yo sí lo sentí; fue un terrible temor secreto, que disimulé para no alarmarlos ni contagiarlos. La razón de esa angustia fue el incidente de hace unos días, cuando el teniente se me dirigió en términos bruscos para que me retirara de un sitio, es decir, por naderías. Mauricio, que alcanzó a oír y estaba pendiente, se vino y en voz baja lo recriminó con algo así como. . . a mi madre la hago respetar también aquí. Hubo más frases desafiantes, inclusive, que aumentaron mi zozobra, pero afortunadamente el incidente no pasó a más; es el estado permanente de tensión nerviosa en que vivimos.

Cuando llegaron por nosotros —unos veinte soldados— los compañeros no se resistieron, de pies y manos los alzaron y llevaron, yo fuí la última. Los ví tendidos en el piso del gran salón, porque al tratar de sentarlos se volvían un nudo y terminaron acostándolos en el suelo; por eso, el cuadro era impresionante, parecía una morgue. Me colocaron a continuación de la fila humana y el Presidente resopló: continúa el Consejo de Guerra, tiene la palabra el señor Fiscal! Este se dispuso a continuar parado en su trono, nos lanzó una mirada deseando fracturarnos, colgarnos, escupirnos, meternos en un infierno de cal viva. Luego se quedó con la palabra suspendida porque uno de los compañeros gritó: los militares no tienen vergüenza! En seguida, otro

201 y otro más, en orden, enérgicamente y sin dar lugar a interrupciones, cada uno de nosotros gritó con fuerza lo más sentido desde el fondo de su corazón.

Quizá sacudimos la ira de la impotencia cuando por tantas veces hemos tenido que cerrar los puños con presión y en silencio; pudo ser el coraje de sentirse humillado; fue la lógica respuesta, espontánea y airada a la prepotencia de hombres minúsculos y una decisión de enfrentar lo que viniera, de acabar de una vez, porque al fin de cuentas ya no nos queda mucho que perder.

Terminó la tragicomedia. Los militares arreglaron solos las condenas por orden de antipatías, cábalas, caprichos u órdenes, por cualquier cosa, menos por el código penal. Se saltaron inclusive las penas estipuladas de 5 a 14 años máximo, para su maldita "asociación de delincuentes" y convirtieron el máximo en el mínimo al colocarnos de 14 a 24 años de cárcel. Agregaron "de presidio" o sea, sin descuentos de pena por concepto de trabajo o estudio; encimaron a la sentencia algo que tiene repercusiones funestas en la vida carcelaria: "ALTA PELIGROSIDAD". En estas circunstancias, me correspondieron 20 años de presidio, igual a 240 meses, 73.000 días o 292.000 horas. Según ellos, me faltan sólo 18 y medio años encerrada.

Entramos el último día para firmar, apelar y conocer un resto de monstruosidades que de no haber quedado consignadas en un expediente, nadie podrá creerlas. El Fiscal, "precisando delitos", soltó este tipo de perlas: Reinaldo Ortiz, por jugar ajedrez y hacer mochilas para la guerrilla, 14 años de presidio; Germán Camelo, chofer de jefes guerrilleros, 14 años de presidio; Belisario Calderón. . . por estar de malas, 14 años de presidio, etc., etc.

La imaginación humana no podrá nunca suponer lo que se siente frente a tanto cinismo, inconciencia y brutalidad, ni el idioma alcanza para expresarlo. Esperábamos penas de acuerdo al código, por lo menos, y justificaciones mentirosas, pero oír condenar a un hombre a 14 años de presidio por "estar de malas" —para no citar sino ese solo ejemplo— es lo más irracional que he oído en mi vida. Ante tamaña animalidad, me expliqué por qué el apodo de "gorilas". Nos quedamos mudos, perplejos, yo no puedo explicar qué pasa en el cerebro cuando uno oye su propia (tamaña) condena y ahí mismo oye condenar al esposo a 24 años y al hijo a 14. Posiblemente mi temperamento calmado hizo crisis y la explosión no me dejó resistir el silencio. Sin poder contenerme y sin que ninguno de los militares, por única vez, me ordenara sentar, les dije enardecida pero con voz serena:

... esta noche tomarán más whisky para brindar por el "éxito" de su actuación. Ahora tendrán más condecoraciones, más cursos en Washington, más prebendas y más trapos para sus amantes. Nosotros vamos a las cárceles, libres de conciencia; allá tendremos otro sitio para ayudar a los pobres. Ustedes en su libertad encarcelaron su conciencia para siempre!!

Francisco, al pie mío, estuvo algo nervioso por mis palabras, Mauricio y la compañera me alentaban a seguir, lo que hice brevemente.

No puedo dar por terminado este testimonio sin anotar que los defensores de oficio pidieron todos la rebelión como único y auténtico delito. Nunca hablé con ellos más de cuatro frases cuando nos buscaban insistentemente en los recesos, pero de sus actitudes, palabras y constancias nos enteramos bien. Ahora, cuando siento un saludable odio por sus Instituciones, no parece extraña esta apreciación personal; percibí en ellos sensibilidad y asco por lo que veían. Ampliado ésto a las Fuerzas Armadas colombianas, permite suponer que en todas ellas se encuentran individuos susceptibles de comprender el verdadero sentido de lo nacionalista, repudiar los métodos venidos del Cono Sur, cuestionar lo que hay de engaño y despotismo en la política tradicional y muchas otras cosas propias de los espíritus sanos. Infortunadamente, no representan sectores amplios —como creen a veces las gentes que hacen de las apariencias, realidades— son ejemplos aislados, personas o hasta grupos circunstanciales.

Volviendo al momento en que dije aquellas pocas frases —el día que finalizó la Corte Marcial— me sentí estremecer y tenía el cuerpo bañado en sudor frío, luego me senté. Mirando a lado y lado, vi en los compañeros ese aire de dignidad y firmeza que nunca olvidaré; mirando al frente, observé por última vez a los militares-jueces. Qué contraste: estuvieron cabizbajos, con un aspecto de derrota y apabullamiento. Nunca hubiera querido estar en su lugar que debe ser el más vergonzoso y descompuesto al que llegue un ser humano. Nada nos dijeron, ni yo agregué nada más.

La farsa había terminado.

LOS "NIÑOS PRESOS"

La Corte Marcial terminó el 31 de octubre a las 10 de la mañana.

Dos meses antes —un sábado— cuando estaba con un grupo de siete compañeras P.P., leyendo poemas de Mario Benedetti en voz alta, entró una guardiana intempestivamente y me quitó el libro de las manos; una hora después volvió por mí: la Directora me enviaba, en castigo, al pabellón segundo (de maternidad), al último piso, en un corredor solitario. Por ese motivo durante el tiempo final de asistencia al Consejo de Guerra no volví a verme con las compañeras P.P. que viven en el pabellón quinto, no obstante, tampoco suspendí del todo las actividades propias de la cárcel. Al llegar al Buen Pastor, después de recibir las condenas, me esperaba un compromiso con los niños hijos de las reclusas. Era la "noche de las brujas" y habíamos preparado para ellos un remedo de piñata con bombitas de colores, confeti y sombreritos en punta. Todos los niños estaban ansiosos, esperando la iniciación de la "fiesta" y sabían que llegaría un oso o algo así: era yo, que disfrazada, iba a contribuir animándoles el rato. Varias madres pensaron que no tendría ya ánimo por esa condena —que despertó en la cárcel una ola de simpatía—, pero como no la tomé en una forma definitiva ni irremediable, haciendo "de tripas corazón" me preparé un "magnífico" atuendo que estuvo bien lejos de parecer un oso, pero que hizo reír a grandes y chicos por igual. Las madres y otras detenidas entre las que estaban las compañeras, habían arreglado el teatro para el acontecimiento y con un permiso especial, celebramos la reunioncita con los niños. Un poco me sentí como en la tragedia de los payasos de circo, con mi antifaz, haciéndolos reír y mi condena entre ceja y ceja.

En ese pabellón observé demasiada miseria humana, tal vez más que en toda la cárcel junta. Conocí un promedio de 45 niños hijos de detenidas, viviendo como en un inquilinato espantoso, dantesco. La ley permite que el niño esté junto a su madre hasta los tres años, sin embargo, en este ambiente viven muchos "presitos" que pasan de esa edad por muy variadas circunstancias que las madres las cuentan así:

"Me dejaron el niño el domingo en la visita, no lo podían cuidar más ya es gamín*", me lo hice traer y en un descuido lo es-

* Gamín: niños desamparados. Viven en las calles, en las noches se tapan con periódicos, se alimentan de los desperdicios de restaurantes y de las canecas de basura. Hay millares en las ciudades colombianas.

condi"; "no me dejó arrebatarse mi hijo sino muerta, es lo único que tengo". Estas y otras razones han dado margen para que "haya cierta amplitud" de parte de Prisiones y ahí están todos esos niños. De día, se llevan a los mayorcitos a una casa asistencial* en un viaje agotador para las criaturas porque atraviesan en un bus toda la ciudad, medio dormidos y muchas veces no hay quién los cuide. Como en un hormiguero, los grandes alzan a los más tiernitos. Doce horas más tarde —a las 6 p.m.— los regresan; sábados, domingos, feriados, semana santa, julio parte de noviembre, diciembre y enero permanecen de tiempo completo en la cárcel. Largo sería relatarlo todo aquí, por eso en mi material de observación lo he sintetizado de esta manera:

Seis semanas antes de iniciarse el Año Internacional del Niño un grupo de damas aristocráticas visita el pabellón de maternidad, con regalos de plástico envueltos en papel de Navidad. Días después publican las fotografías en el colosal "Tiempo" de Bogotá: "Damas caritativas llevan felicidad en vísperas de nochebuena". (Aunque el título que corresponde podría ser: ¿Qué pasará con la caridad el día en que se acabe la injusticia?).

Esta forma de aislamiento me ha servido para conocer de la reclusión otro aspecto cruel. He hablado con las madres, todas gentes humildes; muchas fueron antes campesinas sanas de cuerpo y espíritu, otras son muchachas de la ciudad acosadas por la miseria o productos de medios delincuenciales iguales a éste. He oído sus testimonios de angustia y me taladran, mucho más, por la **impotencia de comprender** y estar maniatada, como ellas, a estas paredes. Se desea denunciar todos los atropellos que se ven (como mínimo) pero, a quién acogerse? Qué entidad o persona alguna estaría en disposición y capacidad de cambiar todo esto?

Hasta hace unos días —por ejemplo— las madres calentaban los teteros en tres reverberos eléctricos. La Directora prohibió esa costumbre porque "se gasta mucha luz" y no dio solución. Ahora reúnen cuanto mugre encuentran —papeles, basuras— le prenden fuego colocando una olla grande encima y así calientan la primera comida del día para sus hijos, entre 4.1/2 y 5.1/2 de la mañana.

Desde aquí diviso casi todo el ambiente, poco a poco voy agregando notas de lo que veo y alguien las guarda, pendiente del momento en que puedan salir. Este el mundo de los niños, sólo unas pocas cosas, claro está:

* Asistencialismo: variante de la caridad, muy de moda en Colombia.

Celda No. 12. Ahí vive una mujer humilde (delito: hurto) con seis pequeños hijos (lo subrayo, porque sé que parece imposible). La celda es un rectángulo de casi tres metros por uno ochenta, húmeda, maloliente, sin luz de sol y cruzada de ratas. En la puerta se ven colgando trapos y ropitas remendadas para atajar el frío. El pabellón de maternidad tiene cuatro pisos y está construido en forma de U, con un largo y desconsolado patio en el centro. La puerta principal —que dá entrada al pabellón— es de hierro, permanece cerrada y guardiada. Para salir o entrar hay que explicar a la guardiana el motivo y de acuerdo a su estado de ánimo, concede el permiso. Esta puerta da al corredor central de la cárcel.

Celda No. 17. Un niño apareció con llagas en la cabeza en una infección que se extiende rápidamente a las cabecitas de los demás, alguien urgió a la madre para que fuera a la enfermería y lo intentó, y lo intenta hace cuatro días: el primero, se dirigió a la guardiana para pedirle el permiso, pero debía apuntarse para obtenerlo al otro día; el segundo día, la guardiana le dijo que la llamaría cuando viera pasar al médico pero se le olvidó y cuando la madre le recordó ya éste había salido; el tercer día, el doctor no vino. Las madres están quitando el pelo a los niños a escondidas porque, naturalmente, cualquier objeto cortante está prohibido.

Celda No. 23. Una mujer permanece amenazando a su hijito: te mato, si se me vuelve a salir lo desfiguro, miren este hijueputa lo reviento la próxima vez! Desgraciado, aquí estamos es por años!

Celdas Nos. 45 y 34. Dos mujeres se matan, están bañadas en sangre, pelean porque el hijo de una (8 años) le quitó los pantalones a la niña (3 años) y le introdujo un palo.

Celda No. 6. Es de noche. Un niño llora sin fuerzas, la madre grita como una loba: abran esa puertaaa. . . mi hijita se muere, ábranmeee! Los gritos de ella y de otras personas que también llamamos se prolongaron por más de dos horas, a las tres de la madrugada apareció la guardiana, la llevó a la enfermería, allá no hay recursos. Dos días después la niña murió.

Celda No. 15. Diarrea, vómito verde, la madre no pide atención médica y cuando se le sugiere contesta negativamente moviendo la cabeza como si no tuviera alientos de hablar. Le ha hecho comer telañaras al bebé (9 meses) porque oyó que sirven para las infecciones. La otra guardiana, una muchacha humanizada que hace poco llegó, la apunta y va al médico. Fue tarde, más pudieron la ignorancia, la superstición y este medio.

Celda No. 33. Conato de incendio, humo, asfixia, gritos a la madrugada, PANICO! Una veladora estaba prendida para pedir un milagro: la libertad.

Celda No. 50. Detrás de la puerta de la celda que fue cocina, una niña (6 años) está acostada encima de otra niña. La madre, que es lesbiana, celebra con risotadas.

Celda No. 10. La madre se alista porque va a firmar unos papeles. Lloro, rie nerviosamente. Las mujeres a su lado dividen sus opiniones: unas la atacan otras la defienden. Se trata de que va a entregar a su hijo (1 año) en adopción a una pareja norteamericana por intermedio de una Institución llamada "PLAN PADRINOS". No es el primer caso.

Celda No. 36. Una joven ha llegado al noveno mes de embarazo de su primer hijo. El Abogado busca desesperadamente que la Justicia Militar cumpla el artículo 673 del código penal*. Se presentan los dolores y corro junto a ella que grita, se retuerce y hunde sus uñas en mis manos. Hasta ese momento la Justicia castrense ha negado ese Derecho que les pertenece a los dos, porque ella es otra detenida política. Va a nacer un niño en la cárcel!

Celda No. 3. Un niño negro (6 años) roba unas hojas de papel de las que traen para prender el fuego por la mañana, sucias y arrugadas. Sabe que con esos papeles le tibian el tetero a su hermanita pero me dice que quiere aprender la "A".

Celda No. 43. Dos niñas rien y juegan con un muñeco de trapo en el patio. La madre, que estaba durmiendo a su lado porque pasó mala noche, se despierta y entonces las niñas le preguntan: ¿por qué estamos aquí?

Primero de enero de 1979, AÑO INTERNACIONAL DEL NIÑO. He sido trasladada a la Penitenciaría de "El Barne". Estoy leyendo una carta escrita a cinco niños que dice:

"Queridos Hildita, Aleidita, Camilo, Celia y Ernesto:

* Artículo 673 del c.p.: sobre excarcelación por embarazo. Se puede pedir a partir del sexto mes de gravidez: tres antes, tres después.

Si alguna vez tienen que leer esta carta será porque yo no esté entre ustedes. Casi no se acordarán de mí y los más chiquitos no recordarán nada.

Su padre ha sido un hombre que actúa como piensa y, seguro, ha sido leal a sus convicciones. Crezcan como buenos revolucionarios. Estudien mucho para poder dominar la naturaleza. Sobre todo, SEAN SIEMPRE CAPACES DE SENTIR EN LO MAS HONDO CUALQUIER INJUSTICIA COMETIDA CONTRA CUALQUIERA EN CUALQUIER PARTE DEL MUNDO, es la cualidad más linda de un revolucionario.

Hasta siempre, hijitos, espero verlos todavía. Un beso y un abrazo de papá".

Ernesto "Che" Guevara.

“El Barne”
penitenciaria
de castigo

10

11

12

13

14

15

El bus salió del Buen Pastor hacia el norte y transitó luego por la monótona carretera que une a Bogotá con Tunja. Veníamos con tres guardianas y tres guardianes, que no nos quitaron los ojos de encima, y al tomar la ruta a Sogamoso después de cinco horas de viaje, divisamos este penal, que atrocidad! Los muros —dicen— son los más altos de todas las cárceles colombianas, la más sucia, la más inhumana y la de aspecto más tétrico. Todo lo que sabía de esta penitenciaría es pálido reflejo de su realidad. Nos bajaron en la carretera, justo al frente de la primera entrada, cerrada con inmensas cadenas y a los lados altas garitas. Alzamos un equipaje desorganizado por la premura y sorpresa con que nos hicieron salir, con los guardias a lado y lado iniciamos el camino de unos 300 metros en medio de un frío intenso que me tenía amoratadas las manos, a pesar de que brillaba el sol. Resultaba dificultoso andar con paquetes, maletín, la comida que en el último momento las compañeras P.P. nos habían dado y además el bolso, por eso nos demoramos más de veinte minutos en llegar al punto donde hay que voltear a la izquierda y caminar otros cien metros más, hasta la entrada principal. Ahí quedamos aleladas al ver la puerta, la hilera de garitas que se pierden a lo lejos, las paredes blanquísimas como de cementerio que parecen subir hasta el cielo y ambas soltamos la carga: ¡Uy, dijo la compañera. Madre mía! dije yo. Desconsoladas por la visión tan lúgubre de semejante jaula, después de retener el aliento reiniciamos la marcha. Entramos a la guardia, llenamos los requisitos de rigor y enseguida nos metieron a un patiecito de "recepción preliminar" sucio y maloliente.

Verse en esa situación de desgracia sólo puede producir lágrima pero, contra toda lógica, por algunas frases que se nos ocurrieron apiadándonos de nosotras mismas, nos sobrevino un momento de humor que desembocó en un ataque de risa prolongado. Llegaron las guardianas, llave en mano, para llevarnos a la sección de mujeres donde nos encontramos con otra compañera P. P. que estaba lista, esperándonos, a ella le contagiamos la risa y de ese estado convulsivo no salimos tan pronto, sólo el sueño; ya en la noche, nos venció. Era el 8 de diciembre de 1979.

La sección femenina (46 mujeres) está dividida en dos patios,

las P.P. estamos en el primero, que consta de un corredor y 9 celdas para 25 personas y 7 niños. Hay permiso para cocinar dentro de las celdas y aquí, como en el pabellón de maternidad que conocí, el panorama es el de un inquilinato. Las puertas de las celdas permanecen abiertas, los niños corretean y lloran por ahí, las cuerdas siempre repletas de ropa, turno para el lavadero, donde se presentan peleas casi a diario y los regueros de ollas y loza sucia, así como el oficio de la cocina, son la rutina.

Se queda corto el nombre para identificar el sitio llamado con razón penitenciaría de castigo, las gentes son traídas no sólo para pagar largas condenas, sino en castigo por delitos cometidos dentro de otras cárceles y malas conductas, aunque no son pocos los traslados injustos que se ven.

No está instituído ningún tipo de trabajo, quien lo necesite sólo puede tejer zapatos que un preso encarga y vende por su cuanta, pagando miserias. Las madres, especialmente, necesitan ganar algo para suplir las necesidades básicas de sus niños, así las propias nadie las tenga en cuenta.

En la celda vivo con tres personas más; las dos compañeras P. P. y una señora campesina de gran calidad y prisionera política, en un sentido especial. Cada centímetro está aprovechado: dos camas y debajo cajas de cartón para guardar trastos, repisas para doblar la ropa, una mesita que sirve para todo y un insignificante espacio para cocinar. Hay tantas cosas a la vista que parece una tienda de gitanos porque en la cárcel se acumulan trebejos "que pueden servir para algo" cuando en verdad no pasan de ser basura. Tenemos además los elementos de estudio y trabajo y se nos vuelve un conflicto la falta de espacio vital: si estamos acostadas los codos y las rodillas se estrellan contra la pared; hemos aprendido a dormir quietas, una para arriba, otra para abajo, cada cual con su manta; cuando se transita al tiempo por en medio de las dos camas hay que pasar con los brazos en alto y caminar por encima de las mismas camas si se desea alcanzar la ropa.

Pero esa falta de espacio desencadena otras situaciones nada superficiales en la vida diaria, si no se cumplen sencillas pero imprescindibles normas para que el hacinamiento no se convierta en un infierno.

Hay que hacerlo todo con delicadeza para no incomodar, cuidar de que los zapatos no estén pesados de barro al entrar, mantener orden y aseo, es decir, tener consideración con las demás. Cuando no es así, cuando alguien deja a los otros más oficio del

que les pertenece se les hace sentir como sirvientes. Muchas de las situaciones trágicas son producto del hacinamiento.

La penitenciaría tiene una extensión de tierra muy grande y está amurallada por la pared externa de protección adicional, además de las otras, menos altas, propias de la edificación. A ese espacio exterior pueden salir los hombres de cuatro a seis veces al mes, por turnos, a correr o jugar fútbol. Las mujeres no tenemos ese derecho y cuando más largo se camina es hasta la capilla los domingos a misa. De la puerta de entrada a la sección femenina hasta la guardia se aprecia un prado silvestre, desierto, que termina en la muralla.

Por la necesidad de caminar, algunas personas conseguimos un permiso de veinte minutos para hacer ejercicios allí, después de insistir mucho. En uno de esos momentos, una mañanita a mitad de diciembre, vi desde lejos un cuadro mudo que me impresionó: cuatro hombres atados unos a otros por las esposas sin nada encima más que andrajos. Me quedé mirándolos por las expresiones de sus rostros antes que por la miseria que reflejaban, busqué un pretexto para acercarme lo más que pude, a unos 20 metros. Todos eran jóvenes avejentados.

Uno de ellos alzó la mirada y me vió, parecía que me suplicaba algo. Tenía las comisuras de los labios hacia abajo, el ceño fruncido como de dolor y la espalda encorvada; un guardián salió con ellos porque le pidieron agua y ahí no más estaba el estanque, se acercaron y agacharon como perros sedientos girando en torno a ellos mismos para turnarse la forma de sorberla. Me salió entonces preguntar: ¿Qué pasa? Vienen de alguna parte? El guardián - que cree que soy alguna persona de importancia— me contestó: no, van para Gorgona. Y se me congeló el estómago.

Ese cuadro lo tengo en la retina y en la mitad del corazón, como una puñalada. Los vi alejarse enseguida a la orden de "salen cuatro". Caminaban medio enredados y el hombre de los labios para abajo miraba hacia atrás, buscando mi mirada; no me quedó duda de que quería decirme algo, un recado quizás, una limosna, un adiós al mundo, cualquier cosa antes de irse a la isla donde se consumen los hombres vivos. Yo me volví solitaria en dirección a la puerta, pero antes me senté en una piedra y me puse a llorar.

Al entrar, me dí cuenta que cuando hay remisión para Gorgona se nota más tragedia en el ambiente. De alguna manera las mujeres lo saben y hay suspiros, quejas, maldiciones y odio. In-

daqué por Gorgona y me contaron "poca cosa": que hay un castigo diario para el último que llegue a la fila, que hasta hace poco emparedaban a los hombres y no saben si eso aún existe, que nadie va de visita por la lejanía, se mueren en el olvido los presos y algunas cosas más que parecen mentira en este fin de siglo XX, hechos de los que algún día se avergonzará el género humano.

Tuve que controlar mi tristeza, no deseaba comer y no podía dormir. Viéndome a mí misma al borde del abatimiento reaccioné una noche. No puedo seguir así -- me dije -- y recurrí a mi "fórmula" contra la melancolía: hacer un inventario de todo lo bueno que se tiene y (si se puede) inventar cualquier actividad por pequeña que sea para divertirse y divertir a otros. Es un recurso para seguir viviendo (en la cárcel) bien lejos de "Garrid" y más cerca de la realidad, porque lo he practicado, aumentando cada vez el número de tesoros: la salud el primero, la facultad del pensamiento, el olvidado asombro de estar vivos y se sigue la lista en forma más particular: . . . mis hijos, el amor de los míos y tantas cosas lindas o no tan lindas pero importantes como saber que los compañeros, Francisco y Mauricio no están lejos y he podido verlos. Entonces pensé en el segundo año nuevo dentro de la cárcel pero ahora no podía entristecerme, no podía convertirme en un fantasma condenado a cadena perpetua.

Al otro día, cuando vi al Director le solté algo que debió parecerle insólito: que me dejara preparar una serenata para los presos, el 31 por la noche. A sorpresa, sorpresa y media porque me dijo que sí. Una vaina como de Macondo.

COMIENZA 1979

Empezamos el año aspirando a que pase algo cuando pase el tiempo; que los Abogados defensores sigan gritando nuestra condición de rebeldes con mil causas; que cientos de voces cercanas o lejanas lleguen pidiendo nuestra libertad, pero multiplicadas, con más fuerza; aspiramos también a que el P.P. no siga creyendo que está muerto, que las luchas no aflojen, que se comuniquen y acuerden acciones unitarias los honestos y que salgan de su "cárcel" todos los que no creen y prefieren seguir arrodillados.

A mi hijo Francisco lo han retenido tres veces. La última, me contaba, un "vendeperiódicos" que la semana anterior parecía

"estudiante", se convirtió finalmente en tira. Se había paseado insistentemente por la cuadra y un día, acompañado de dos más, lo intimidaron llevándolo a un sector despoblado, muy cercano para empezar su "trabajo": que lo vamos a matar. . . que usted es Mauricio. . . que se fugó de la cárcel. Zancadilla, revólver en el pecho y una vez en el suelo el polifacético y "valiente" tira insistiendo en la "confusión" y pidiéndole papeles. Lo llevaron después a interrogarlo durante dos días.

Desde que estoy encarcelada viene a verme sin falta, él es primer visitante en entrar haciendo cola desde las seis de la mañana. Ahora ha sido más difícil, por la distancia y porque no tiene dinero para el pasaje, pero me dice que nunca me fallará y toma deportivamente el tener que salir a la madrugada a "echar dedo" a camiones y carros que lo traen por trechos. Deja su estudio en la U.N. porque los materiales son costosos, pero ante todo porque la persecución se agiganta para los estudiantes. . . como para los maestros, sindicalistas, campesinos, sacerdotes, obreros y todos los inconformes. La mayoría.

Desde aquí vemos un país donde figuran los civiles pero manglean los militares que ya tienen demasiado poder. Sabemos de más allanamientos, capturas, torturas; mientras tanto, en los radios solo se oyen boleros y merecumbés.

Cuando el rector de la U.N. informó de denuncias presentadas por estudiantes y profesores, el Comandante de la Brigada negó la existencia de torturas a pesar de la carta firmada por 23 estudiantes, sometidas a ellas en el Batallón Baraya. Ahora cierta modalidad cambió: los interrogadores no se encapuchan sino que vendan a los detenidos.

A mis manos llegó un pronunciamiento sobre torturas: ". . . es algo que no cabe en la imaginación. . . es tiempo de rectificar lo que hubiere de excesivo y de repugnante al sentir colombiano" firmado por Alfredo Vásquez Carrizosa, voz autorizada para defender los Derechos Humanos.

El año pasado le escribí una carta sobre lo que podría pasarnos en el Consejo de Guerra, le decía: además: leerlo a usted es como abrir la ventana para que entre aire puro, porque así lo sentía desde la celda. Otras voces se alzan para denunciar lo que pasa. Un destacado periodista escribió: "En Colombia se tortura, se asesina, se hace desaparecer a las personas" y recordó el caso de Manuel Martínez Quiroz, Abogado, dirigente del ELN, asesinado el año pasado, cuyo cadáver apareció con huellas de terribles torturas. . . desollados sus pies.

El Médico Jefe de Medicina Legal que presentó pruebas de torturas a estudiantes fue destituido de su cargo. De ahí se derivó la comisión investigadora de Representantes, pero les negaron la copia de la investigación. El "Tiempo", democraticida y loro de los militares, cumple su papel: "No hay P.P. en Colombia". Mientras tanto, en esta penitenciaría, aumentó el número de P.P. a 53.

Más de veinte sindicatos del M-19 llegaron en febrero, vinieron con huellas de terribles torturas. Betarte —el uruguayo— Iván Marino, el médico Emiro Mora y muchos otros de los que aún no sé sus nombres, así como Mauricio y otros compañeros, mostraron al Capellán huellas de las torturas soportadas y le contaron cómo obraron los torturadores. Se impresionó mucho, dijo que no lo había creído hasta ese momento aunque ya sabía o le habían contado de esas prácticas.

Ni él, ni el Director, ni los guardianes imaginaban cómo es ésto de que hay P.P.; tampoco los detenidos porque no se había visto un grupo tan numeroso aquí como el de ahora. Las actitudes y reacciones han sido bien diferentes y confusas: el Director nos observa como si fuésemos marcianos y nos comentan que pide instrucciones a la Brigada, a cada rato, de cómo actuar; el Capellán, sensible a lo que ha visto se dirigió al Arzobispo de Tunja, que vino, constató con sus propios ojos y luego nos reunió al frente de la Capilla sin más preámbulos para bendecirnos, ante la mirada atónita del Director que no debió entender por qué demonios su Eminencia bendice a reos, ateos por añadidura y subversivos, según le han dicho y él no duda. Los presos, por lo menos las mujeres me lo han dicho, nos creen capaces de todo lo bueno y todo lo malo —según su lógica— en cuanto a los guardianes, uno de ellos me expresó su pensamiento así: sabe mi señora que va a venir muy pronto el Ministro? Yo estoy pensando con otro resto de compañeros en decirle que nos instruyan, que nos den unos cuantos cursos de cómo tratarlos a ustedes los políticos porque, sabe? hace 11 años soy guardián y siempre vi que la cárcel era únicamente para ladrones y pillos, pero ahora vemos que traen gente honrada y la verdad es que no sabemos qué hacer.

Obviamente le contesté que si quería conservar su trabajo no se le ocurriera hacer al Ministro tal petición, y le explique por qué.

Con el Capellán he tenido cortas conversaciones. Vino a decirme que le gustaría ver a los P.P. interpretando la "Pasión" en la próxima Semana Santa y me solicitó que hiciera el papel de la

virgen. A mi edad? —le contesté—. Pero me recordó que la santa tenía un hijo de 33 años. Cuántos tiene su hijo? —me preguntó— y acepté. Los ensayos me permitirán ver a los compañeros y aumentar las ocupaciones, aunque son ya muchas, 16 o más horas de trabajo diarias (de 5 y media a.m. a pasadas las 9 de la noche) son un reto y otro recurso más para no dejar instalar el tedio, la amargura ni la desesperanza.

NOTICIAS Y ACONTECIMIENTOS

¡Militarizaron la cárcel! La tropa llegó hasta aquí como quien va para la guerra: gritaban, tomaban posiciones con tácticas de asalto, parecían en zafarrancho de combate. Lo ocuparon todo en décimas de segundo, a tiempo que aullaban: quietas, no se muevan, todas allí! Nos hicieron requisar los cuerpos por las mujeres que venían con ellos —dijeron ser del DAS— y pasaron a revolver las celdas durante horas, en la nuestra duraron seis! Tiraban al piso del corredor cada objeto, cada cosa examinada. Del reverbero, las camas y la máquina de coser quedó un reguero de tornillos, tuercas, tubos y cuando tratamos de rehacer cada cosa nos sobraron piezas. Iban apuntando todo lo decomisado, por ejemplo, de mi frasco de laca, el pegante y un pedazo de lámina de cobre para hacer un cuadro, apuntaron: materiales para elaborar explosivos; de un boceto en que se veía la ventana y a lo lejos el horizonte; anotaron: plano para plan de fuga, y así cada barbaridad. Miraron todo menos las cuerdas de la ropa donde había colgado, debajo de una hilera de pañales, los originales del libro "Diccionario Socio-político Elemental" que Francisco escribe y hace poco me hizo llegar.

Después de dos incursiones militares con un saldo de gritos, tensión, requisas humillantes y amenazas durante dos días interminables se me quebró la resistencia física, llegó el insomnio y me aparece un desmadejamiento ante cualquier ruido extraño, la presencia militar, las situaciones represivas y ciertas noticias o acontecimientos. Son años de cárcel que me parecen ya la vida eterna, donde las emociones de todos los matices atropellan, por eso sé que estos apuntes tienen incoherencias, pero tiene sentido sembrar palabras que digan verdades aunque no estén divinamente escritas.

En un solo mes, julio, los acontecimientos se sucedieron uno a otro con velocidad vertiginosa, a tal punto, que no terminé un solo día con la misma emoción. Por ejemplo, las noticias de

Nicaragua, que traté de seguir prendida al radio. No tengo el mapa-mundo (se lo llevaron los militares) para consultar la geografía donde se acaba de consolidar el triunfo guerrillero; hace apenas 15 días y ya hablan los revolucionarios de su primera gran tarea: la alfabetización.

Desde aquí no pudimos solidarizarnos más que con la fuerza interior y la emotividad. Ahora trato de memorizar y escribir la experiencia sobre el trabajo alfabetizador porque deseo enviarlo a Managua. Es posible que se pierda o lo decomisen aquí mismo; es más posible que, si llega, no constituya aporte alguno al lado de todos los materiales escogidos, los conocimientos y adelantos que ya deben tener. Lo hago sin pretensión alguna, como un saludo, como una forma de felicitar sin formalismos, como un presente modesto dirigido a quienes acaban de darle nueva vida a la historia y dan fe y esperanza a la especie humana. Es la única forma de expresar mi alegría por el triunfo.

Docenas de copias de cartas y telegramas pidiendo seamos juzgados por rebelión nos han llegado de Europa, EE.UU., México, en donde florecen Comités de colombianos pendientes de la suerte de la patria, el descontento crece como las ondas que causa una piedra en un pozo. Otros mensajes son de aquí, de sindicatos, grupos y personas, llegan con firma legible y voz clara de protesta dentro de términos respetuosos. Más que a un grupo, estas comunicaciones que emocionan, defienden una causa y me parece como si la humanidad se dividiera en dos: los que nos persiguen y los que nos aman. Porque tiene que existir un gran amor fraternal para hacer lo que ha hecho un grupo de estudiantes de la U. Pedagógica de Tunja y su Capellán: el domingo nos trajeron a todos los P.P. una provisión de objetos de primera necesidad. Esto supone demasiado esfuerzo, no sólo en lo económico sino en haber pensado en nosotros y cada una de las necesidades existentes, hay que saber lo que representa en la cárcel un balde, un bolígrafo o un balón, mucho más si vienen cargados de cariño.

Y tiene que existir demasiado odio de los que nos persiguen para que vengan hasta aquí el Cte. de la Primera Brigada, a protagonizar episodios nada afortunados para él. En el penal de hombres sus intenciones represivas ya habían sido enfrentadas por los compañeros, y no sólo por ellos. Debí sentirse inepto y se le rebotó la cobardía, porque se devolvió —según contaban— cuando ya salía del penal, como si se acordara de que también

había mujeres P.P., a ordenar que nos llevaran a la guardia. ¡Salgan! Nos gritó la guardiana Nelly, una mujer enviada por la BIM, con "trayectoria" en otra cárcel entre las P.P. que ha sabido ganarse el odio general en esta otra. Salimos despacio, sin saber en ese momento qué había sucedido, ni por qué nos llamaban. Yo iba pensando, de dónde saco fuerzas para hablar con este hombre? Qué quiere de mí en estas circunstancias? Repasaba mis actitudes, todo lo dicho y hecho en esos días que pudiera ocasionar la ira del señor Cte. Pero no se trataba de nada de lo imaginado durante el trayecto hasta la guardia. Me acusó delante de los guardianes de estarles incitando para que pidieran aumento de sueldo y no sé cuántas reivindicaciones más. La acusación no era para ellos, pero les ofendió porque precisamente están en sus reclamaciones laborales, haya o no P.P. Por eso ni siquiera fue necesario responder, los guardianes lo hicieron por mí y alguno indignado por la mentira, decía ahí mismo: . . . buena mierda, no? Mientras otro agregaba que ojalá alguien les ayudara en eso. Pasado su desacierto comenzó a hablar de un plan de fuga en el que supuestamente estábamos involucradas, naturalmente le pasó lo del pastorcito mentiroso, los guardianes perdieron interés en el cuento de la fuga y nadie le creyó.

Otras situaciones me afectaron en esta mitad de año, de distinta manera, como la muerte de mi hermana Olga, que vino a verme hace 8 semanas. Ella sabía ya que la vida no le pertenecía, yo creo que nunca le perteneció por la condición de pobreza y sufrimientos que le ví soportar. Vivió entregada y en función de las obligaciones eternas para con su esposo y sacrificios por sus hijos. Mujer costurera, lavandera, cocinera, trabajadora, silenciosa y solícita, que curiosamente tenía un espíritu alegre como una lentejuela. Nunca pensé que fuera la última vez. . . ella no me lo dijo, para no entristecerme. Nos quisimos y respetamos siempre y formamos con Sofía, mi otra hermana, un círculo de comprensión en todos los sentidos.

Una tarde me trajeron de la guardia un telegrama: "Nuestra hermana ha muerto" firmado por todos los hermanos. Me quedé fría, en silencio. Recordándola renové mi admiración por su valentía de mujer que luchó a su modo para no dejarse destruir nunca. Si me hubiera observado cuando recibí la noticia de su muerte estoy segura de lo que hubiera dicho: no llores, hermana, y canta esa canción que nos gusta tanto, hay que salirle al paso a la amargura.

Es horrible cuando algún acontecimiento hace que el corazón palpite con más fuerza, el pensamiento vuele, y al mismo tiempo, algo propio de este ambiente no deje olvidar en donde se

está. Es decir, cuando hay tristeza o se desea un rato de reflexión, se está redactando o leyendo algo importante; pensando por ejemplo, en la respuesta que pidió la hija para orientar su vida, trabajando cuidadosamente o conversando de tal o cual cosa. Simultáneamente algo tenebroso o chocante interrumpe siempre: una pelea, una discusión irracional, un monólogo de pesimismo, una voz prohibiendo algo. A veces, se siente violento como si se estrellaran dos mundos y uno se pregunta: ¿cuál de los dos es el mío? Es aquel que está afuera, al que tanto deseo aportar o es esta otra brutal realidad, de bajos fondos, de la que sin quererlo hago parte ahora? Hay que concluir en que jamás se está suficientemente preparado para venir a una cárcel, que es difícil sobrellevar el medio grotesco que se respira, sobre todo, cuando no existe un colectivo político por pequeño que sea, que comparta inquietudes, protección y camaradería. Dos compañeras salieron en libertad y la compañera que aún queda tiene un carácter extremadamente difícil aunque siempre promete cambiar. Fracagé en mi propósito de hacer con ella una vida de fraternidad. Doloroso, pero real.

Por otra parte, las entrevistas con Francisco fueron suspendidas. Eran 10 minutos cada ocho días que conseguimos, no como un privilegio sino reclamando, al ver que para las parejas (ambos presos) están establecidas por la costumbre. Con Mauricio hemos acudido a un recurso —siempre los recursos— que consiste en vernos a través de esta ventanita de la celda, los miércoles, cuando sacan a los presos a deportes al campo que se ve desde aquí. Se ha vuelto costumbre entre las mujeres, siempre atentas a ver pasar a los presos a lo lejos, venir a avisarme con cierta complicidad: lista, asómese, allá viene su hijo! Luego, él se acurruca entre las matas, yo alcanzo los barrotes y así pasamos largos ratos que son para los dos momentos anhelados.

En el mundo de la cárcel también hay episodios definitivamente absurdos y entre esas rarezas que se saben aquí, nada tan inusitado como lo de "Yadira": delgada, de facciones corrientes y bien maquillada, no llamaba la atención nada especial en su figura de bluyín desteñido y suéter grueso con el cuello subido a la mandíbula. Según comentaban después, en la guardia le hicieron las preguntas de rigor: nombre. . . Yadira tal; edad, 25 años, y todo lo demás. Con la requisita no fueron muy estrictos, luego a la sección femenina, derecho al segundo patio. Dos días después a eso de las 7 de la noche, sucedió que unas mujeres descubrieron que "Yadira" era hombre y en ese dormitorio colectivo todas se fueron a mirarlo. La situación tuvo ribetes de humor negro, porque lo rodearon, desnudaron y empezaron a lanzarlo de un lado para otro como si fuera una pelota, en me-

dio de carcajadas escandalosas. De inmediato lo sacaron para el penal de hombres, entre gritos y vulgaridades.

SE LLEVARON A MI HIJO!

Durante varios meses no he escrito nada, ni a nadie, aunque he sentido muchas veces la necesidad de hacerlo. Escribir es una ayuda para las durezas de la vida, es algo parecido al llanto o la risa porque se desahogan todas las tempestades y alegrías.

Una mañana de septiembre salía una remisión para Gorgona y vinieron a decirme que Mauricio iba ahí. Veníamos previendo esa arbitrariedad y por eso no constituyó sorpresa, pero fue terrible.

Me exalté como sólo me sucede rara vez, y para mi fortuna, nadie intentó impedir nuestra despedida en la guardia a donde acudí corriendo con la intención de volverme criminal, si hubiera obstáculo o me pusieran trabas.

Ya la herida no sangra a borbollones, porque en sus cartas me cuenta cómo ha soportado el penal, donde el Director actual acabó con los castigos medioevales (sólo los medioevales) y permite el trabajo a los P.P. En estos meses he logrado conseguir cuanta literatura (creo) se ha escrito sobre Gorgona. Ya conozco su historia desde la llegada de los españoles, quiénes fueron sus primeros dueños, hasta hoy, declarada parque nacional por su belleza, aunque sólo en la teoría; su origen geológico, sus riquezas, su fauna, su vegetación y hasta puedo describirla como si hubiera estado alguna vez allí.

Mauricio me cuenta maravillas y tragedias, como la llegada y partida de bandadas de pájaros de colores, con una orquesta de trinos de fantasía, que vienen del sur, o la increíble odisea de la forma como llevan los presos desde Buenaventura hasta la isla, transportándolos en forma similar a como lo hacían en épocas lejanas los negreros, cuando traían en sus galeones a mujeres y hombres para venderlos como esclavos. En un viaje de doce horas por el Océano Pacífico, más de veinte hombres, entre ellos mi hijo y otro P.P., iban atados por las esposas unos a otros. Los metieron a la bodega de la embarcación; esa parte que queda sumergida, a puerta cerrada. El calor los asaba, el piso de latón lleno de aceite los hacía resbalar y muchos vomitaban mareados por el vaivén del barco o el olor nauseabundo. Lo más dramáti-

co era que la caída de uno de los hombres originaba la caída de muchos porque atados, no podían guardar el equilibrio y quienes quedaban debajo del montón humano gritaban de dolor. Deshidratados, llegaron a la isla-prisión; desde entonces mi hijo, como todos los prisioneros que viven allí, perdió su nombre para quedar identificado solamente por un número: el 2582.

Si he podido sobreponerme al sufrimiento a pesar de no tener la fortaleza suficiente, se debe a muchas circunstancias que he anotado ya: el amor y la preocupación de mi familia, la solidaridad creciente no sólo de fuera, sino de los P.P. y de otros; de querer ver, sentir y comprender el futuro y de admirar el ejemplo de tantas otras madres que pasan por situaciones más dolorosas. Hace más de dos años una mujer en el Buen Pastor me preguntaba cual era mi secreto para sobrellevar las calamidades carcelarias y no aburrirme nunca. En verdad, no había ni hay "secreto" diferente de saberme integrada a esa fuerza social que puede transformarlo todo por su vitalidad (si uno cae, otros se enfrentan; si uno abandona, otros llegan); esa fuerza que infunde una actitud positiva ante la vida y no deja perder las esperanzas. Desde luego, a todo esto he llegado gradualmente, en la medida en que he ido encontrando la diferencia entre los resultados de una lucha colectiva y otra individual, que es egoísta porque tiene que valerse de la competencia, la deslealtad, el dominio sobre los demás y amarga toda relación con los semejantes. Esa otra tremenda lucha solitaria buscando cómo tener, cómo ascender, es una lucha estéril condenada al fracaso. Cuando uno se aparta del individualismo se siente, ahí sí, liberado, realizado interiormente y la lucha por una vida mejor para los hijos cobra dimensión si se hace **para todos los hijos**. Esas son las razones para sobrellevar éstas y otras calamidades, sobreponerme al sufrimiento y no aburrirme nunca, para seguir viviendo a pesar de algo tan triste, como saber al hijo prisionero en Gorgona.

El 24 de diciembre amanecí pensando en todas estas cosas, cuando me trajeron otra cartica de la isla. En la mañana, dos muchachas hermanas —a quienes he aprendido a querer por su calidad humana— decidieron hacer natilla y buñuelos para enviarlos al patio donde están los P.P.; varias ayudamos en esa labor y después supimos que apreciaron mucho ese regalo tradicional. La madre de Julia trajo comida especial para todas las presas y a los niños lo suficiente para hacerles piñata, es decir, fue un día muy ocupado que terminó con algo diferente porque a una detenida le obsequiaron un poco de licor (!) y llamó al grupo más o menos constante —de seis o siete personas— para que compartiéramos. Los ánimos no estaban del todo pesimis-

tas y conversábamos en una de las celdas. Después de un rato vino el efecto lógico que puede producir un ron matarratones para abstemias; sin embargo, nadie se percató y nos sirvió para dormir profundamente hasta el 25, día de visita general en que me arreglé con un vestidito como nuevo para que mis hijas, hijo y hermanos me encontraran acicalada, con "cara nueva". Eso les puso de mejor ánimo para resistir un balance de tercer diciembre que no nos favoreció. Jurídicamente nada ha cambiado; en cambio, apresaron a dos personas más, de las juzgadas como "reos ausentes" en el Consejo de Guerra, ambas mujeres, condenadas a 14 años de presidio cada una. Es impredecible saber por cuánto tiempo más viviremos en esta penitenciaría.

Familiarmente estuve alegre por la decisión sentimental tomada por mi hija, uniendo su vida a un compañero responsable, honesto y ambos vinieron a comunicarme su felicidad y sus proyectos. Es bello ver una pareja realizando sus sueños, venciendo adversidades y problemas, respetándose mutuamente. Verles la dicha reflejada en sus rostros, fue mi mejor regalo de navidad.

Por lo demás, empezó 1980 en un océano de represión. ¡Pobre patria! y le seguimos deseando "felices pascuas y próspero año nuevo".

LA TOMA DE LA EMBAJADA

Estaba cosiendo. Las noticias de la toma de la embajada de España por los indígenas guatemaltecos que culminó con la masacre de muchos de ellos, me había tenido consternada; esa crueldad la comentamos con las muchachas, por eso no fue extraño para mí, cuando la "Negra" entró a la celda diciéndome: ¿ya oíste noticias de la toma de la embajada? Sentí en su voz más emoción de la cuenta, le contesté que no --sin levantar los ojos de la costura-- que no tenía ánimo para seguir oyendo monstruosidades, y entonces la muchacha, agachándose, me puso su cara por delante y me dijo: que no tiene ánimo para qué? Si acaban de tomarse una embajada en Bogotá y piden la libertad de todos los P.P.! Me quedé muda, boquiabierta mirándola, pensé por un instante que me estaba haciendo una broma, porque con ella acostumbramos a reirnos así, pero me "despertó" casi gritándome: levántate idiota! prepara tus cosas, esos berracos que se tomaron la embajada piden la libertad de todos ustedes!!

Todo fue uno: brincar del asiento, oír los gritos alegres de Lucécita y su hermana, poner el radio, buscar la emisora, encontrarla y quedarnos todas como estatuas oyendo la narración entrecortada que hablaba de la espectacular acción. Para ese momento ya estaban ahí encima de las camas las otras compañeras, todas igualmente emocionadas.

Por el radio se alcanzaron a oír unos tiros, eran los primeros momentos y la repetición de la frase casi a gritos: PIDEN LA LIBERTAD DE TODOS LOS PRESOS POLITICOS!! ... En esas se cortó o suspendieron la comunicación: Carajo! Malditos, la cortaron! En tres días no quedará uno solo de ustedes en estas hijuemadres ratoneras! Y ahora quien va a frentiar las vainas aquí? Busquen otra emisora! Déjenme a mí! Silencio desgraciadas - dijo la Negra-- vamos a festejarlo.

"Festejándolo" estaban todas las familias de los P.P. --y no sólo ellos-- entre los sorprendidos y felices también estaban mis sobrinos, mis hijas, hijo, todos, pero... cómo? ... silenciosamente, esperando más allanamientos, caminando por las calles de una Bogotá militarizada, amedrantada, donde se respiraba ESTADO DE SITIO hasta en los conventos y las gentes hablaban bajito como si adivinaran micrófonos detrás de las cortinas o en los inodoros.

El mundo entero también estaba pendiente. La toma de la embajada no dejó al presidente Turbay propiamente como hombre de palabra, porque despejó la duda; ahora se hablaba de mujeres y hombres de carne y hueso, P.P. colombianos, lo que constituyó de entrada un éxito político para el M-19, éxito que nos cobijaba a todos. Lo que no entendí fue por qué se remitieron a ese extraño número de 311, daban la impresión de hablar de un total siendo muchos, muchos más; éste fue otro punto que nunca se aclaró.

A partir de ese día, el suspenso se apoderó de nuestras vidas y no volvió a existir tema diferente; las preguntas, conjeturas, esperanza y represión fueron el pan diario en todas las cárceles del país donde había P.P. La militarización en El Barne se aumentó; colocaron soldados en las garitas, un puesto de 50 hombres a la salida del penal, con teléfono directo a la primera Brigada; filas móviles de uniformados esculcando las hortalizas, el pasto, la maleza a cada centímetro y arrasándolo todo, de paso; a nosotras nos pusieron guardiana al lado y cuánto nos costó rebelar-

nos contra la orden de dejar abierta la puerta del sanitario cuando íbamos a usarlo. Pero con todas estas medidas y las que no relato aquí, nos sucedió igual que a los familiares: se soportaban, por la fe puesta en las palabras repetidas del Cte. UNO, de "no saldremos sin ustedes, tengan confianza". Para las visitas hubo doble requisa, la primera la hacía la tropa; hubo más seguimientos, llamadas telefónicas "raras", guerra de nervios y allanamientos. Pese a todo, la gente se inclinó definitivamente a creer en los resultados positivos de la importante acción "Democracia y Libertad" y eso los animaba a soportarlo todo.

La comunicación con los compañeros en el Penal de hombres fue diaria, muchos estaban optimistas, a la expectativa. La mayoría no daba margen a la duda, creían mil por ciento en su salida próxima; unos pocos, algo escépticos, entre ellos Francisco, con quien pude verme algunos minutos con un pretexto bien fundamentado, aunque la verdadera razón de esa entrevista fue comunicarme la decisión de empezar una huelga de hambre que según un mensajero venido de Bogotá, iba a realizarse en todas las cárceles colombianas donde hubiera P.P., como respaldo a lo de la Embajada.

No era muy claro lo que iban a aducir como motivo; afuera nadie se manifestaba en forma concreta para respaldar la acción "Democracia y Libertad" y los sectores populares permanecían como espectadores. ¿Qué garantizaba un respaldo o una solidaridad? Además, ni la opinión pública, ni los cientos de periodistas se interesaron por la suerte de los P.P. Sabiendo que la huelga de hambre es demasiado trascendental por sus efectos, pero demasiado peligrosa si no se prepara y cumple lo acordado, me preocupó demasiado. Francisco lo estaba infinitamente más. Al finalizar la entrevista se quedaron cosas por hablar y me devolví añadiendo a las inquietudes propias del momento, un cúmulo de angustia.

Los días subsiguientes fueron de zozobra. Después del momento en que se tomaron la capilla --sitio escogido para empezar la huelga-- quedamos en ascuas, sin comunicación con los compañeros. Vimos aumentado el número de guardianes, caras nuevas; reforzado el número de tropa y tenientes, caras agresivas, y aumentada la simpatía de las detenidas, caras amigas. Llegaron a plantearse inclusive la disposición de sumarse con igual actitud varias de ellas, desde luego, hubiera sido agrandar el número de víctimas, porque todo falló: del mensajero no se supo más; en las demás cárceles no hubo respaldo como se había anunciado, las cartas urgentes enviadas por los compañeros no fueron entregadas y brilló por su ausencia la coordinación de

quienes desde fuera del Barne habrían proyectado la huelga. Toda esa irresponsabilidad imperdonable costó a los compañeros una jornada inútil, espantosa, desafiando las más crueles situaciones represivas, con una cárcel en donde nos castigaban hasta la respiración. Todos se portaron con arrojo, demasiado valor, diría cualquiera y sin asomo de exageración estuvieron muy cerca de perder la vida. Nosotras no nos sumamos porque así se había decidido antes. Alguien tendría que tratar de mantener la comunicación con el mundo exterior y no pasó un minuto en que no lo intentáramos. En vano.

Resistieron entre cinco y diez días los compañeros, finalmente vinieron las represalias con aislamientos, mala conducta, diez días de calabozo para Gustavo Arias, fuera de los golpes y el trato inicuo para todos.

En ese punto los mensajes desde el interior de la embajada se hacían más inflexibles: **"Vencer o morir, no nos iremos sin los presos"**.

Habiendo transcurrido más de tres semanas de la toma de la embajada y pocos días de la finalización de la huelga, irrumpe la tropa al patio de mujeres. El teniente me saca a un lado; veo que a la compañera también la están "entrevistando" en el otro ángulo del patio, mientras que al resto de personas las obligan a situarse en grupos aislados unos de otros, contra las paredes y los soldados apuntando sus armas hacia ellas. --La invito a un café --me dice el Tte.--. Camino cerca a él hasta la pequeñísima cafetería donde la solitaria Clementina me guiña un ojo.

-- Dos "tintos" --le pide-- y luego a mí; mientras mis hombres requisan su celda, me gustaría que habláramos; vengo del otro lado, buenos muchachos esos, si quiere enviarles alguna razón ahora voy para allá, ahh. . . tenga --me saca un papelito que algún ingenuo me envió-- le mandaron eso. Buena cosa, pienso, enviarme baboseras con este tipo.

-- Hablemos de la Embajada, ya llevan sus días allá adentro, no? Pienso nuevamente en que el tiempo gira en contra de los compañeros del comando Marcos Zambrano; tampoco entiendo por qué dicen que están dispuestos y preparados para resistir todo el tiempo que sea necesario, cuando es de sentido común que no es así. Sigue un interrogatorio inútil y de pronto me dice:

--- Así que pusieron su nombre en la lista, no? Mire. Me entrega un ejemplar del "Espectador". Nerviosamente lo tomo en mis manos, no miro la fecha y voy directamente al artículo escrito a ocho columnas, en la parte superior de la página, en donde está la lista o parte de la lista de los P.P. Tiene subrayados los nombres con lápiz rojo. Los leo y no entiendo bien, se me saltan los renglones, se me "caen" las letras; vi de primero el nombre de Montegranario Cuenca, no sé quien es, luego otro más, luego el mío. Otro más, sigue el de Mauricio, desisto de seguir leyendo y le devuelvo el periódico. Me hace unas cuantas preguntas que me resultan como en otro idioma porque no entiendo en que dirección va, en esas lo llaman de fuera y se va dejando a "sus hombres" en la requisita. Clementina comenta mientras alza las tazas: a estos hijueputas hay que hablarles sin miedo. Termina ese día con la celda convertida en un maremagnum.

Las noticias no nos dejan nada en claro por la censura y el desarrollo de los acontecimientos. lo oímos por las emisoras de Venezuela, especialmente la del Táchira que sintonizamos de noche. Lo del "Espectador" no me pareció coherente, es decir, me siento confundida por los sucesos de la Embajada, difíciles de analizar tan en caliente. Mi nombre entre la lista me parece mentira. . . tengo una sensación de agrado y reconocimiento. En algún momento se me aguaron los ojos pensando. . . por qué yo. . . acaso lo merezco. . . ?

Cuando oí la anunciada alocución (televisada, además) del General Cte. de las Brigadas Militares para tratar el asunto, me quedé pasmada. El General repitió que no existen P.P., que el gobierno no negocia con la subversión y luego pasó a un estilo de indirectas denigrando uno por uno, sin decir los nombres propios, a los presos políticos de la lista, la misma que leí en el diario. En algún momento dijo. . . en cuanto a la mujer que reclaman, está involucrada en el caso de los homicidas del General Rincón Quiñones. . . etc. . . etc. . . etc.

Este episodio es sólo una pieza de todo el rompecabezas; lo anoto porque me afectó directamente, aunque una cosa es contarlo y otra sentirlo. Con todo el poder de los medios de comunicación puestos al servicio de su prepotencia, le quedó bien fácil decir lo que quiso de quienes estamos en el último punto de la indefensión. Cualquiera voz que se alce para desmentirlo será oída en sectores pequeños, mientras que su discurso lo oyeron millones de colombianos, así no demostrara nada de lo que estaba afirmando. En otro momento, cuando se refirió a las prisioneras políticas en su totalidad, nos llamó **prostitutas y les-**

bianas, retratando con esos adjetivos su "altura y capacidad de raciocinio".

Decir que no importa una cuestión de estas proporciones sería mostrar una postura falsa, la calumnia sobrecoge de indignación venga de donde viniere, lo que pasa, es que si el General hubiera hablado bien de las prisioneras políticas —o de mí en particular— los oyentes de todos los rincones populares (o no) dejarían de creer en la autenticidad de nuestra lucha. Oyéndolo recordé la frase de un famoso revolucionario: "Desconfiad de mí cuando la prensa de los enemigos o ellos mismos, me elogien". Venía al caso. Por otra parte, esta es una muestra de lo duro y difícil del camino escogido: el precio de la esperanza que los compañeros del M-19 nos ofrecieron con su importante acción, no podía ser de otra manera.

TRASLADADA AL BUEN PASTOR

Las noches de la última semana —después de la alocución— fueron bien dramáticas. Las pisadas de las botas militares en el corredor o afuera, en donde fue la huerta, se sucedían con frecuencia. Lo más desesperante era oírles suspender los pasos al llegar a la puerta de la celda o al pie de la ventanita, como si espantaran hasta los latidos de nuestros corazones. La última noche no lo hicieron silenciosamente, la guardiana se adelantó, abrió la puerta y nos dijo: levántense inmediatamente, les dan veinte minutos para salir de aquí, las llevan en traslado. Sin embargo, tuvimos alientos para protestar y al teniente le notificamos que se retirara de la puerta o si no, no saldríamos, y que esperara el tiempo razonable porque no estaba en un cuartel.

Una hora más tarde salimos a la guardia, eran las dos de la madrugada. Cuando traspasé la salida del siniestro Barne, antes de entrar al carro militar volví la cabeza y vi sus murallas, gáritas y puerta iluminarse con la luz móvil de los reflectores. Un año y 3 meses de horrible recordación. . . cualquier cárcel era preferible, aunque. . . estaría cerca a la libertad? Una fuerza interior se renovaba en mí cada minuto, a pesar de haber vivido en el último tiempo la mitad de mi vida y de haberme tragado la mitad de la muerte.

Se inició el traslado con muchos carros blindados; yo venía entumida, tiritando de frío en esa madrugada tunjana de cuando más 4 grados centígrados. El vehículo en que me traían —el se-

gundo de todos— era un congelador destartado, en el piso y debajo de las bancas laterales un reguero de chatarra y la puerta atrás. Por entre sus vidrios veía la caravana con las luces prendidas avanzando lentamente entre la bruma; ignoraba cuántos P.P. venían pero supuse que éramos muchos porque en una parte serpenteada de la carretera creí contar 14 unidades. Eso me dio casi la certeza de que Francisco también venía ahí.

Por la oscuridad no podía ver las caras de los uniformados, sólo los bultos de sus cuerpos; no oía sus voces porque permanecieron mudos, no sabía por qué nos trasladaban, ni para donde íbamos, tampoco sentía miedo ni sorpresa. Era como estar en el limbo, según cuentan los que saben cómo es, claro está, con una buena cantidad de incertidumbre. Cuando llegué, ya de día, nuevamente a la cárcel de mujeres de Bogotá, me encerraron con llave en un cuartico que ahora llaman de "recepción". No hubo reseña, ni espera en la guardia, ni nadie me predicó resignación.

Al poco rato las compañeras P.P. se las arreglaron para enviarme café y un mensaje fraternal (me subieron la moral y me quitaron el frío).

Al medio día vinieron a sacarme y llegué al pabellón; al otro lado de la puerta estaban ellas, cuando me vieron comenzaron a cantar con sus guitarras y por entre las rejas nos apretamos las manos. Muchas estaban convencidas de que el traslado obedecía a una pronta liberación como consecuencia de la toma de la Embajada. Otras muchachas "de las de antes" vinieron hasta mí: Marujita otra vez! Siquiera la trajeron de ese infierno! Eso es seña de que saldrán en libertad! Una vez reunida con las P.P. observé su reacción: la tensión no bajaba aunque había buen humor, comentábamos algunas cuestiones evidentes, entre ellas el interés general por la presencia de una mujer como responsable de las negociaciones.

El último domingo del mes de abril, las cadenas radiales, ahí sí, cubrieron la noticia. Estábamos en el corredor catorce compañeras oyendo incrédulas segundo a segundo todos los movimientos de la retirada: salen de la embajada... se suben al bus... llegan al aeropuerto... abordan el avión... cierran la portezuela... toman pista... despega el avión! En ese momento un grupo de mujeres que había estado pendiente llegó hasta nosotras, entre ellas venía Gloria, antigua alumna de alfabetización. No las esperé. Entré a la celda y me tiré en la cama, bocabajo. El ruido del motor, no el que se oía por la radio sino el auténtico de la nave cubana atronó en el espacio, porque el

aeropuerto queda cerca de aquí. Un instante después todo quedó en silencio. Cuando volví la cabeza —habrían pasado unos minutos— vi en el marco de la puerta una figura a contraluz; al fijarme mejor, ví su mirada.

— Gloria —le dije— qué haces ahí?

— . . . se dejaron encarretar no es cierto?, Marujita. Se fueron sin un solo preso político.

Me lo dijo con la misma voz triste que ese día debió tener más de medio país, y agregó: quiere venir a tomar el desayuno con nosotras?

Como en un acuerdo tácito ninguna de las compañeras comentó más sobre el asunto, ni ese día ni después.

Al volver a esta cárcel por tercera vez, encontré familiares algunas costumbres; ví rostros y cuerpos que conocía y desconocía y cambios: el saloncito donde está el mapa mural ahora es oficina de Trabajadoras Sociales y la biblioteca cambió de aspecto y un poco el contenido; en eso ayudó una P.P. socióloga que estaba aquí, María Cristina, a quien recuerdan con cariño: ahora hay literatura útil que cuidan y mantienen las demás compañeras. Claro está, las mismas ruinas, la misma negligencia, los mismos grupos de mujeres tambaleándose por los corredores, "trabadas" o solas en cualquier rincón babeando en la inconciencia de uno de sus "viajes". Ya no está ninguna de las 17 extranjeras (norteamericanas) detenidas por tráfico de estupefacientes. A ellas, la Embajada gringa enviaba ropa lujosa, comida en abundancia y por ellas la misma embajada traía el cine que se exhibía para todo el personal. Tampoco está la Directora de marrras, ahora es un Capitán de la Policía, pero eso es otro cuento, tan de locos, que un día reunió a todo el penal para confesar en público que estaba terriblemente enamorado de una detenida y pedía su mano para casarse con ella.

En cuanto a las compañeras P.P., cuando llegué me explicaron su vida organizada: deportes, cocina por turnos, reuniones evaluativas, de estudio, caja común, trabajo y solidaridad, costumbres que se convierten en el oxígeno de la vida aquí. Pero no lo hacían en forma unida, tres o cuatro formaban "toldo aparte", no se hablaban, por lo que sentí malestar.

Me propuse incidir para ayudar a cambiar la situación que parecía no preocuparles mucho, proponiendo una tarea unitaria, pero no había nada que pudiera modificar el criterio de dos compañeras del grupo menor que aducían sus motivos, algunos razonables, otros discutibles. En fin, existían ya demasiadas fricciones y algunos enfrentamientos de tipo personal entre éstas y otra compañera del grupo mayor, autoritaria y algo despectiva. De todas maneras, era difícil establecer antecedentes intrincados en tan corto tiempo. Por el traslado que siguió de una compañera "minoritaria" la situación se modificó parcialmente y en ese punto se adormeció.

"NUESTROS NIÑOS"

Mi nieto, de solo 4 años, es un niño como tantos otros, que ha vivido la angustia de los allanamientos. Un día en que mi hija lo vestía para traerlo de visita, el niño le preguntó: ¿por qué encerraron a mi abuela? La respuesta ha sido larga para un chiquito que está en la edad de los porqués.

Similares preguntas que a veces pueden contestarse sin complicación o a veces se convierten en problema, de acuerdo a las circunstancias, hicieron que iniciáramos la tarea colectiva de redactar respuestas a los niños, a "nuestros niños", porque veíamos la necesidad de llenar un vacío: ¿qué decir ante preguntas escuchadas como, por qué se llevaron a mi papito? ¿Por qué esos señores (en el allanamiento) nos rompieron todo? y tantas otras, relatadas por los P.P. y sus familiares. Los mayores siempre pensamos en cómo explicarnos a nosotros mismos y no existe literatura ni preocupación por la gente menuda. Con nuestras propias palabras y expresiones, hablando con los niños visitantes y averiguando acerca de otros niños invertimos meses en una labor constante que ha producido cuentos, relatos, algunos versos, rondas y hasta palabras de comportamiento, todo dirigido al mundo infantil que nos rodea. Varias compañeras tienen entre uno y tres hijos, que afuera los atienden las abuelas, tías o familiares. Los niños cercanos a los P.P. de alguna manera expresan sus problemas y vivencias. Conocí un pequeñito de tres años con madre y padre presos, del que nos contaban que corría hacia cualquier uniformado que viera en la calle y le agarraba las piernas gritándole: usted se llevó a mi papá. . . usted se llevó a mi mamá; otro, agresivo, que la emprendía a patadas contra todos los uniformados; una niña que rechaza venir a este lugar y el día que la traen se vuelve angustioso porque no para de llorar ni

un solo instante; otra, por el contrario, no quiere irse al final de la visita y se prende a la madre para que la proteja; la niña de 9 años que en la escuela se tapa los ojos con un pañuelo y juega con los compañeritos a tomarse una embajada y otra que nos trajo un poema hecho por ella, muy bonito. Alguien manifestó duda de que fuera su autora, entonces, se alejó un poco y ahí mismo hizo otro, más corto pero igualmente expresivo.

También hay situaciones de contornos indescritibles, como el caso de una P.P. que está acá: en el momento de ser detenida, sus dos niñas de 2 y 4 años presenciaron el asesinato de su padre; o lo que cuenta en su testimonio una P.P. (médica): "... la niña presenció todo el espectáculo de la vendada mía y me la arrancaron de los brazos, no me dijeron qué iban a hacer con ella, luego fue interrogada y su voz grabada; ésto fue en la BIM".

La labor de escribirle a los niños, de los que se supone sus padres y familia se preocupa por su instrucción, es una labor modesta, sin pretensiones, pero nos ha servido para profundizar también en las condiciones en que viven y mueren los niños campesinos o en los andenes de las mismas ciudades. Ojalá todos los colombianos supieran que en nuestra patria muere un niño cada cinco minutos a causa de la desnutrición.

Un domingo, dos familiares de un P.P. vinieron a saludarnos, eran hermano e hijo respectivamente. El niño —10 años— tiene ya responsabilidades hogareñas. Por lo vivaz me llamó la atención y conversé con él, me contó que había escrito una carta a un soldado y esperaba respuesta.

Fuí apuntando sus palabritas con las que reproduzco más o menos el texto, y salió así:

Bogotá, 1980

Señor soldado:

"Aunque usted no se acuerde de mí porque soy chiquito y el día del allanamiento me estuve quieto en la cocina y solo apagué el reverbero y me acurruqué, yo quiero escribirle esta carta para preguntarle por mi papá y mi mamá. ¿Se acuerda que usted les puso esos aros duros en las manos?

Quiero que me cuente cómo están ellos porque ya hace tiempo que no los veo.

Ese día yo me iba para la escuela, mi mamá estaba haciendo el desayuno y mi papá se fue a traer el pan, pero no pudimos comer nada porque llegaron ustedes tan bravos, que rompieron mi colchón y los libros que mi papá compra y la muñeca de María Fernanda mi hermana más chiquita y todo. ¿Y por qué están bravos con las cosas que nosotros cuidamos? Porque no tenemos plata para comprar más.

¿Y por qué traían esas pistolas? ¿Eran para matarnos a nosotros? Mi mamá y mi papá nunca irían a matar a sus hijitos y más bien les gustaría que jugáramos todos.

Yo estoy triste, señor soldado, porque estamos sin papá y sin mamá. María Fernanda llora por las noches cuando le caliento el tetero y grita que venga mamá. . . y yo le digo que el señor soldado se la llevó y que no lllore que mi tía ya viene.

¿Y qué se hicieron los otros soldados? Mi tía dice que ustedes son tan pobres como nosotros y que ustedes le obedecen a los señores que nos mandan hacernos llorar. ¿Y para qué se dejan mandar a hacer eso?

Hágame el favor de decirle a mis papitos que no se afanen por mi cumpleaños de pasado mañana, ahí cumpla 10 años, que no voy a llorar sino a enseñarle a la niña que sea valiente, también que la maestra le contó a los otros niños que ahora estamos sin papá y sin mamá y que nos quiere más y los vecinos también nos quieren más.

No se le olvide decirles que les prometo ser como ellos cuando sea grande, así como me han enseñado, ayudarle a la gente y que. . . y que. . . les mandamos un beso.

CAMILO.

P.D. Que me piense mucho.

UN FRAUDE

Durante el anunciado y rutinario evento de las Jornadas Penitenciarias "algo muy bueno para los presos", quedó claro que vendrán los abogados a resolver los problemas jurídicos, los médicos a curar a las enfermas, los dentistas para arreglar los problemas dentales, las dietistas. . . no se sabe para qué, los oftal-

mólogos para quienes necesitan anteojos, los sociólogos, sicólogos, traumatólogos y siquiátras. "A cada grupo de especialistas le será asignado un día para sus consultas, a los abogados, tres".

Mi experiencia de la primera semana Penitenciaria (cinco días) fue la siguiente: me apunté a tres consultas: ojos, dolor en el esófago y al Sicólogo. Esto último lo hice por física curiosidad, para saber a qué viene un Sicólogo por un solo día, donde hay 400 reclusas.

En la primera consulta donde el optómetra (no era oftalmólogo), éste recetaba anteojos pero advirtiendo que a nadie le iban a dar gafas y como no se puede salir a comprarlas. . . Una joven miope, bromista, que estaba antes que yo, cuando le dijo lo mismo, esto es, "necesita anteojos", contestó: ¿de qué color? Allí no resolví nada, pasé donde el médico y esperé. Una vez hecho el examen, me dijo: "parece que tiene úlcera, hay que sacarle una radiografía". ¿Dónde? Le pregunté. "No, eso si no lo puedo solucionar yo". Ahí terminó la consulta. En la tarde me recibieron tres sicólogos, dos muchachos y una joven. No atendieron ninguna otra "consulta" y pasé largo rato hablando con estos razonables muchachos que a los pocos minutos ya me habían manifestado: no sabemos a qué hemos venido y no es divertido, créanos.

Entre los abogados visitantes, algunos se veían atentos pero como se trata de una consulta (para hacer la segunda hay que esperar apenas un año), fuera de cumplir con su presencia. . .

En cambio nos conformamos cuando vimos los periódicos con sus crónicas de las Jornadas Penitenciarias a 8 columnas, dando las cifras de cientos de consultas, el esfuerzo de Prisiones, los altísimos costos de la atención, la alegría de los presos y la satisfacción del Ministro, su esposa y la comitiva por la labor cumplida.

Antes, en las Jornadas Penitenciarias que presencié en El Barne, hubo algo particular en la sección de mujeres; ojalá los profesionales honestos imitaran esa actitud. Al darse cuenta de la imposibilidad absoluta para actuar de acuerdo a lo que ellos pensaban, es decir, que ese evento sería para servir y solucionar siquiera en parte los problemas de la salud de la población carcelaria, se retiraron todos, diciendo que no se prestaban a ese tipo de burla por ir contra la ética y la dignidad humanas. Esto fue en septiembre del 80. Si de esa actitud hubieran dejado constancia pública habría sido un ejemplo para otros profesionales que, como los sicólogos con quienes hablé, no encontraron divertido participar en el fraude.

TORTURAS. . . TRISTEZAS Y ALGO MAS DE LAS P.P.

Ahora se hacen más palpables los efectos de las detenciones y torturas. Para los familiares nada sirve, ni el dolor, las palabras, la protesta o las lágrimas, tienen que recorrer de una BIM a otra, de una ciudad a otra buscando a sus "secuestrados". Lógicamente, durante el tiempo de torturas nadie puede verlos, después. . . que vayan a la cárcel, allá los encontrarán.

Y nosotras sabemos de nuevas detenciones por las noticias, nos preparamos para recibir a quienes van llegando, de lo cual nos damos cuenta porque siempre hay alguien que ve por entre los calados del corredor del cuarto piso cuando se abre la puerta grande, dando paso a los camiones militares. Entonces se pasa la voz y atentas! que en pocas horas habrá de entrar la nueva P.P. Pero es una sensación de angustia, ¿cómo llegará?

No hay forma de que el doctor "Aspirina" --Jefe del servicio-- ni la "enfermera" (una vieja que odia a los pacientes) examinen o dejen constancia del estado en que llegó la nueva P.P., tampoco autoridad alguna se deja ver en esos momentos y todo intento nuestro es vano. Se ven claras las órdenes. Sólo en dos casos quedó el registro médico de las torturas, cuando las P.P. conocían el Derecho del detenido a ser examinado y lo exigieron personalmente.

En el corredor donde están alojadas las compañeras (excepto Estela y yo que estamos ubicadas abajo) hay celdas deshabitadas; de éstas, siempre tenemos arreglada y lista una. . . para la próxima.

Cada compañera al llegar nos cuenta (y muestra algunas veces) el tipo de tortura a la que ha sido sometida. Los choques eléctricos en los senos, intento de violación y violación misma, plantones a la intemperie, amenazas y vulgaridades son lo más común.

Una P.P. llegó con el cuero cabelludo como una piedra, estaba herida a golpes, la sangre que le entrapó todo el pelo se le so-

lidificó y así llegó aquí. Cuando las compañeras empezaron a hacerle curaciones no entraba la tijera, el agua resbalaba, el dolor y el olor eran intensos.

Se necesitó paciencia para quitarle toda la cabellera y valor por parte de ella para resistir el remedio.

La excepción llegó no hace mucho tiempo. ¡Venía intacta! Caso único. Definitivamente tuvimos un motivo de hilaridad. Nos contaba que recién encerrada en las caballerizas de Usaquén y después de algunas preguntas de rigor, estaba en suspenso esperando que iniciaran la tortura. Todo lo de público conocimiento. Se quedó estupefacta cuando llegó un soldado con sábanas limpias, almohada, cepillo de dientes, pasta dental y hasta servicio de café. Puso todo en un sitio y le dijo: si se le ofrece algo toque la puerta. No podía reponerse de su asombro, no comprendía, pero lo entendió dos horas después cuando abrieron la puerta y vió unos señores. . . era la comitiva de la OEA atendida eficazmente por dos uniformados que decían: así es como tenemos a las detenidas, pasen por favor. Y claro, hubo preguntas: que cómo la han tratado, que cuándo llegó, etc., etc., mientras observaban que nada le hacía falta. Al poco rato y en un carro la trajeron aquí, todo en presencia de los distinguidos visitantes.

Poquísimas semanas habrían pasado del episodio anterior cuando llegó otra compañera, venía con una expresión de angustia, desconfianza y mostró hermetismo cuando la saludamos. El trato que acababa de recibir, la tortura que soportó la dejaron no sólo en un estado físico de profundo dolor sino afectada psicológicamente. Parecía como si no hubiera salido del sitio donde le hicieron las torturas; tenía la mirada de espanto y no creía en lo que le decíamos, pensaba que se trataba de una trampa para enredarla. Cuando por fin la vimos sonreír nos volvió el alma al cuerpo, pronto la tuvimos entre nosotras, cuidándola, repuesta en parte de tanto sufrimiento. Empezó a contarnos lo que le habían hecho y se bajó la blusa: tenía los senos amoratados y un pezón deshecho. Eso fue en el Batallón Charry Solano —según nos explicó—. Tuvimos oportunidad, cuando la comitiva de la OEA visitó esta cárcel, de preguntarle a dos de sus integrantes si conocían ese sitio y respondieron que no.

Es bien cruel relatar estas cosas, son pálido reflejo de lo que sucede y se siente en un momento como esos y más teniendo fresca la afirmación del Sr. Presidente y sus Ministros, cuando lanzaron a los cuatro vientos que no existe tortura sino que son los detenidos quienes se **autorturan!** Y desde luego, que el Sr.

Procurador con toda su investidura de Primer Agente del Ministerio Público, escogido y propuesto por el mismo Presidente, confirme la mentira, puede llegar a ser creíble para una comitiva como la de la OEA. Eso no lo sabemos. Lo único que sabemos es que el cinismo vuelve más cruel el momento en que se ven las heridas abiertas en la carne de las P.P.

El día de la libertad de Albita, la compañera pianista, amaneció el cielo despejado, azul-ilusión. Cantando, con los ojos humedecidos —en esa extraña mezcla de alegría y tristeza— la despedimos. Nos dejó el recuerdo de su sonrisa, su franqueza y su ejemplo, esta compañera uruguaya que soportó torturas (denunciadas ya), cárcel y calumnias de "El Tiempo", estando en condiciones psicológicas muy difíciles por la desaparición de su hijo (28 años) en la Argentina.

La despedida estuvo llena de emociones, pero sin desbordes y sin efusiones. Se oía hermoso el coro de muchísimas voces, guitarras, tiple y hubo más canciones que palabras.

Durante todo el tiempo de cárcel he conocido unas 50 P.P., la mayoría entre los 17 y los 25 años, muy pocas mayores de 30, cinco en edad de abuelas.

Pero no todas las personas consideradas por nosotras como P.P. lo son específicamente; he conocido unos diez casos distintos, por ejemplo, sindicalistas llegadas por huelgas "ilegales"; niñas menores de 16 años, estudiantes de un colegio oficial que se atrevieron a hacer una protesta pública; personas detenidas en disturbios callejeros, o sea, protestas populares consideradas subversivas, o hasta en paros cívicos. En El Barne estaba la madre de tres hijos todos encarcelados por obra y gracia del siniestro Estatuto de Seguridad, acusados de auxiliar a guerrilleros de las FARC. Ella, anciana ya, por prepararles la comida duró más de tres meses presa. Hace poco salió en libertad la periodista Consuelo de Montejo, por haber comprado y tener en su casa un arma de cacería.

Entre las P.P. a quienes me he referido, pocas son campesinas, muchas estudiantes, algunas profesionales y las demás trabajadoras de talleres, fábricas, en el hogar, en diferentes tipos de empleos o en el magisterio. Sindicadas de formar parte activa de grupos guerrilleros urbanos, pueden pasar de treinta y sindicadas de hacer parte de la guerrilla rural, cinco. Las demás —como en

mi caso... sindicadas de apoyar redes urbanas o rurales. No hay ninguna P.P. por pertenecer a un Partido de los ubicados en la izquierda legal; las detenciones son en razón de Organizaciones político-militares.

Empero, el número real de P.P. en el país sigue sin precisarse. Se habla de 1.000, de 2.000 o más, la realidad es que aún así faltarían muchos! Sólo voy a enumerar cinco grupos de registro, difícil de establecer, ya que sólo hay datos (y no completos) de los comprometidos o sindicados de colaborar con la guerrilla urbana o rural. No existe suficiente información de los familiares de los anteriores, hostilizados y encarcelados por esa sola razón; los acusados por **toma de tierras** ya sea en la ciudad (barrios de invasión) o en el campo, porque no solamente este "delito" se presenta en zonas indígenas; los que tienen choques con gamonales o terratenientes, es decir, que oponen resistencia a los atropellos del más fuerte; los acusados de ataque o irrespeto a la autoridad (por situaciones similares a la anterior) y los acusados por el delito común de abigeato. Estos últimos existen por dos razones: hambre crónica, el campesino ve cantidades de ganado en una sola mano, además mal utilizado y tiene la tendencia a expropiar lo que intuye le pertenece o, a meditar en el por qué de la desigualdad. El otro motivo es que muchos de ellos son líderes destacados que por sus razonamientos y luchas son acusados **sin pruebas** por este o cualquier otro delito que jamás cometieron.

En nuestro país siempre han existido éstos y otros grupos de P.P. y qué diferente pudiera ser la suerte de tantos hermanos ignorados y de nosotros mismos si no fuera tan común el DELITO DE LA INDIFERENCIA!

Volviendo al colectivo de P.P., la música es otra actividad por la que nos reunimos constantemente; ayuda en nuestras relaciones, en donde existe respeto y se cumplen algunas normas mínimas, importantes en cualquier lugar; por ejemplo, los problemas internos no se comentan afuera con otras detenidas ni las dificultades las comentamos a los visitantes; estos acuerdos impiden malos entendidos o algo parecido al chisme. Incrementamos el trabajo y la recreación y hay un relativo buen cumplimiento en la mayoría de lo acordado. Pero no todo se desliza sobre ruedas. La enfermedad del sectarismo ataca también aquí donde se supone que los tremendos golpes deberían curarla y es sintomático de quienes llegan a la dirección de un grupo, sin méritos valerosos, imponer ese estilo propio de los fanáticos. La salsa para que se fomente es la falta de espíritu crítico, el incondionalismo, el temor de ser desaprobada. Enjauladas todas en el mismo

lugar, y siendo un grupo de P.P. heterogéneo políticamente, las personas sectarias generan conflictos por todo y por nada, lo cual ha llevado (en otras cárceles) a problemas mayores. Aquí no ha sido así y el tratamiento es evitar la polémica, trabajando únicamente en lo que sea interesante para todas. Este remedio un poco de avestruz no es lo mejor, pero momentáneamente es la única manera de aliviar ese mal. Personalmente, prefiero no estar cerca a la gente sectaria cuando está en sus interminables discusiones teóricas, porque me aburre sobre manera; vale más para mí vivir un rato de compañerismo, estimular iniciativas prácticas, compartir la alegría o la tristeza.

La cárcel es un sitio propicio para conocer en toda su dimensión la personalidad, porque aquí no hay forma de aparentar por mucho tiempo, rasgos como la envidia o el egoísmo resaltan en este mundo de minucias; costumbres de abandono o actitudes irresponsables se aprecian fácilmente, pero ningún modo de ser ofende tanto y a tanta gente simultáneamente como la suficiencia y exhibición de superioridad. A lo largo de mi encierro dos o tres casos he visto de P.P. con este comportamiento pronunciado; se han ganado antipatías, fastidio, aunque parece que no se dieran cuenta. Infortunadamente, aunque pocos, estos casos se han dado.

Aquí por fuerza se aprende a reflexionar, a controlar la impulsividad, a saber resistir y hacer de esto una cualidad, o sea, que de la cárcel también se sacan enseñanzas y quienes nos hemos trazado un camino porque estamos convencidas de algo y ese algo es contribuir a la liberación de un pueblo, vamos encontrando que el camino no tiene toda la armonía que se desea. El tratamiento de algunos problemas puede mejorarse, a veces, y es necesario intentarlo para que la vida no se torne más cruel y tormentosa. Algunos problemas se han mejorado llamando la atención fraternalmente y en privado, antes de volcarlos en una reunión.

Si existe sinceramente el deseo de mantener una relación de compañerismo, cada quien encontrará la forma de aprender de otros y también de enseñar. Por ejemplo, conozco mis fallas y no estoy contenta con ellas; cuando veo una compañera más trabajadora, más ordenada, otra más cumplida, la que nunca se queja o la más lista o la más dispuesta y cien cosas más para imitar, no me molesta. Pienso en cómo superarme y he encontrado que una buena forma de "hacer crecer" a los demás es el estímulo.

Mientras estuve en El Barne trajeron acá un nutrido grupo de

P.P. sindicadas del M-19; por esa razón no las conocí. Al poco tiempo las trasladaron a La Picota donde están ahora asistiendo a Consejo de Guerra; sin embargo, aquí están otras compañeras sindicadas de esa Organización. Todas compartimos tropiezos y satisfacciones, enseñanzas que seguramente nos servirán de mucho en el futuro.

SE VINO ABAJO EL JUICIO

La Fiscal del Tribunal ha pedido la anulación del Juicio, por mala calificación del delito. La balanza de la justicia militar tenía pesas falsas; el Tribunal Superior Militar debe confirmar la anulación para citarnos a otro Juicio por REBELION, donde las penas ya estarán cumplidas, o sea, ¡la LIBERTAD!

Esa noche me acosté temprano para reponer el sueño. Hacía frío en esta celda a donde nunca entra el sol y puse el pequeño transistor encima de la almohada. Con el volumen tan bajo como un zuzorro empecé a oír el noticiero y muy pronto el locutor destacó una noticia: "Quedarán en libertad todos los que fueron juzgados en el Consejo de Guerra de Puente Aranda". Repetimos: "Ha sido anulado. . .". ¡Tenía que ser así! —pensé— y se me vinieron las lágrimas.

Rápidamente, una algarabía de voces salió por entre muchas rejas llamándome, me pareció oír a las compañeras que desde el cuarto piso gritaban: Tílaa, TU LIBERTAD! a las muchachas del segundo piso, las del tercero, más voces de allá, de aquí cerquita, de todos los rincones: era un coro desarticulado de notas altas, bajas, prolongadas, secas. Un coro que me pareció hermoso, como de ocarinas: Marujitaaa —libre — LIBERTAD -- TI. . . llegó tu. . . Por fin! Oístee?

Estaba ya pegada a la puerta, descalza, agarrada a las rejas. Se me olvidó el frío, se me esfumó el sueño. No contesté gritando, solamente hablaba cada vez más pasito: sii. . . oí. . . llegó mi libertad. . . si. . . ya oí; luego solo pensaba: . . . gracias por estar contentas, por acompañarme. . . gracias y miré lejos, lo más lejos que pude hasta donde se confunden las lucecitas del cerro con las estrellas. Yo pasé casi toda mi infancia al pie de Monserrate y me gusta mirarlo, siento que me protege y. . . bueno, no sé por qué desde esa noche estoy deseando llegar hasta la ermita para sentarme a contemplar la ciudad, mi ciudad entera, cosas de presos. Pasé minutos así, mirando, hasta que empecé a

temblar de frío; entonces me acosté y ya mi pensamiento iba bien lejos recorriendo las cárceles; pasando por los hogares de mis seres queridos y viéndolos felices; imaginando rostros de alegría de gentes sensibles, conscientes. ¿Y los otros? ¿Los que ordenaron y ejecutaron la condena? También los recordé perfeccionando mentiras, solicitando o impartiendo órdenes; el Fiscal con su "YO" INMENSO, ansioso de "estatus"; el Juez, al que nunca imagino de toga sino vestido de inquisidor, a los pequeños títeres vocales. . . los recordé.

Al domingo siguiente nuestra familia se repartió la visita en las cárceles, estábamos radiantes, supe de Francisco y los compañeros: a Mauricio irían a visitarlo Catalina y un grupo del Comité de Familiares; ella no suspende sus desvelos y actividades solidarias.

Unido a toda la solidaridad ha estado siempre la denuncia. Amnistía Internacional constató la existencia de más de 90 formas de tortura y recogió las pruebas que las evidenciaban. En su Informe aludieron a nuestro caso como absurdo jurídico y destacaron la "desaparición" de Omaira.

Muchos sectores populares se han manifestado por la defensa de los P.P. en las luchas sindicales. Nuestra libertad ha sido incluida como otro punto reivindicativo; en las jornadas cívicas, en los paros o simplemente en las asambleas y hasta en las reuniones se habla y ayuda a los P.P.

He conocido personas que no se deslizan en superficialidades, que nos cuentan cómo, en forma sencilla, se suman a la labor por los P.P., por ejemplo, vino una estudiante, nos trajo una revista hecha en la U. con un relato de un detenido político; vino un sacerdote que dio una misa especial el día denominado "Luis Carlos Cárdenas", día de los P.P. colombianos; vino una periodista, su reportaje (por objetivo) fue rechazado en cierta revista, pero publicado después en otra; vino un pintor, prepara una exposición en otro país con el tema de sus compatriotas encarcelados; vino un poeta, no le hace versos a la luna en abstracto sino a la luna que ilumina nuestros ideales; vino un obrero con un saludo escrito del puño de sus compañeros. Todos ellos y cientos como ellos incidieron en nuestra libertad. Sus voces y sus obras reforzaron la labor jurídica. El C.S.P.P. asistiéndonos hasta en las cárceles más remotas y sombrías, no ha dudado en la denuncia; igualmente los periodistas conscientes (hasta con el humor de un "Osuna") denuncian los atropellos. De los Foros convocados por el Comité Permanente de los Derechos Humanos se ha oído el clamor de verdaderos demócratas, en fin, la solidaridad,

la denuncia y el sentimiento contrario a la barbarie han crecido y ese ha sido un factor determinante para la anulación del Consejo de Guerra de Puente Aranda.

Al lado de toda esa fuerza auténtica también está la ligera distensión que en este momento existe. La burguesía busca reparar su imagen, tan destruida por López, Turbay y congéneres. A todo esto se sumó la circunstancia de **un Juicio sin pruebas**, donde los principios jurídicos quedaron reducidos a un montón de basura, como lo demuestra un expediente que parece hecho y redactado por un mico.

EL ULTIMO DICIEMBRE

En dos ocasiones hubo tanta leche en esta cárcel que nos tocó botar la que nos regalaban, extra, "toda la que quisieran". Lo consideramos muy extraño y a los pocos días en un periódico vimos un escándalo: habían encontrado grandes cantidades de leche adulterada, cuestión común en Bogotá, que prohibieron vender. Los acaparadores la botaron a las alcantarillas y otra parte la enviaron de regalo decembrino a las cárceles, lo que provocó que la salud se le quebrantara a quienes la tomaron en cierta cantidad.

Parecería como si en este mes los "benefactores" (me refiero a los que miran a los presos como si solo fueran una colección de mendigos, porque hay donantes de donantes) hubieran decidido acabar con la población reclusa. Si nos libramos de la leche, que a tiempo se botó, con la llegada de la mermelada era la muerte segura. Los frascos llegaron e iban a ser distribuidos el 24. Para empacarlos en papel de regalo llamaron a tres detenidas pero a una de ellas se le ocurrió traer a su celda la porción que le correspondía, untó de dulce una galleta, pero sólo la probó porque el sabor —según dijo— estaba raro, a poco tiempo la sacaron para la enfermería por intoxicación. Decidieron las otras muchachas darle a los perros el contenido de algunos frascos y pocas horas después los animales murieron.

Quisimos saber de que fábrica o sitio enviaron el "regalo", pero desde la Dirección ya habían dado la orden de silenciar el dato.

El mes comenzó con el ofrecimiento (anual) del Sr. Ministro para "mejorar todo lo relativo con las prisiones", medida muy

publicada. Sobre decir que nadie aquí cree en estas cosas, pero por lo menos tampoco son presagios de situaciones peores, excepto en el siguiente caso: el 17 de diciembre llamaron a las mujeres del pabellón de maternidad para decirles que por orden del Sr. Ministro, a partir de ese día suspendían cualquier ración de comida para quien no estuviera preso.

Como los hijos de las detenidas **no están presos**, sino que son sus madres, a ellos no se les seguiría alimentando, "el ministerio no tiene por qué hacerlo".

Nadie puede llegar a medir lo que significó esa medida no publicada, fué tan temible su alcance como temible la reacción de las madres presas, como leonas se volcaron hasta la puerta que da a la guardia, dispuestas a todo! Matar o hacerse matar —decían— antes que permitir que a los niños se les niegue la mala comida que les dan (que no es ración hecha para ellos sino la que queda de por lo menos 80 detenidas que comen en los caspetes). No hubo una sola mujer que no estuviera a la expectativa — porque la noticia corrió— dispuesta igualmente a ayudar en lo que fuera. El Sr. Ministro tocó la fibra más sensible de la naturaleza femenina y la especie humana, pero no propiamente como benefactor sino como verdugo.

Ante tal situación la orden duró pocas horas y . . . se anuló.

El 24 asistí a una pequeña "reunión social" autorizada por tres horas. Cuando se completó el número de invitadas y el ambiente se puso simpático por unos jueguitos con sabor a magia de salón, alguien anotó —con cierto asombro— que éramos 13 personas en total, y empezaron los cálculos supersticiosos.

De los cuentos sobre episodios sobrenaturales, remedios y "curas mágicas", maleficios, sesiones de naípe, lecturas de cigarrillo y demás hechicerías se alimentan en un buen porcentaje las conversaciones aquí. Hay quienes tienen su bruja de cabeceira y actúan de acuerdo a lo que ésta les indique que deben hacer, aún a control remoto. Son hábitos costosos hasta lo inverosímil y si la casualidad o la lógica coinciden con los vaticinios de la hechicera, la credibilidad se vuelve ciega, quedando la persona — voluntariamente— bajo su tutela.

La dimensión del comercio de la superstición —cuando se está distante de estas cosas— es inimaginable.

En la reunión navideña se me ocurrió — en mi turno— hacer el juego de respuestas adivinando preguntas escritas, en el que

se simula gran esfuerzo mental, era para tomar en broma, pero no lo sabían y después de tres respuestas, las expresiones se tornaron graves y el silencio aumentó. Al finalizar el juego, sin explicación alguna de mi parte, se me acercaron algunas muchachas; querían que en privado les contestara ciertas preguntas demasiado importantes y me ofrecieron dinero; la última se quitó su anillo y me lo puso entre el bosi!lo para asegurar el "trabajo"; otra quería pagarme el "servicio" con una pulsera de algún valor.

Se aumentaron las propuestas al manifestarles que me tomaría unos días para decidirme a actuar, pero los ruegos no me dejaron dilatar la respuesta y tuve la oportunidad de explicar en la práctica, enseñando el "misterio" y ayudada por la muchacha calachín, algo a cerca de la superchería.

Después pregunté qué pensaban y las respuestas fueron coincidentes: un poco de desilusión, . . . pero bien necesaria. Claro está, anotó una de las muchachas, si fuera cierto usted no estaría aquí.

Terminé el año llena de esperanzas, sabiendo que este cuarto diciembre será el último, pero ahora no pienso en la libertad tanto como antes y tampoco hablo de ella para evitarme la ansiedad de contar los minutos. Empezo 1981 hablándose mucho de una posible amnistía gubernamental que nos convertiría a los P.P. en rehenes; Ya de amnistías Colombia tiene historia, han sido varias y siempre terminan los amnistiados tendidos en las calles o en los campos, pero han servido para mostrar la "bondad del olvido" de quienes la otorgan.

De hecho, muchísimos sectores luchan para que exista ese recurso en forma verdadera, es decir, amplia y sin condiciones y si así fuera, absurdo sería rechazarla. Pero, cómo creerles?

POR FIN, LA LIBERTAD!

Me llamaron a la guardia, . . . pero no lo supuse. Era la LIBERTAD. Varias veces le insistí al Notificador: ¿qué me está diciendo?

—Que firme su libertad, usted no debe nada.

Así de fácil. Me condenaron **sin pruebas** a 20 años de presidio, rectificaron a los 3 y medio y a los cuatro años vienen a de-

cirme que puedo irme porque no debo nada. Así de fácil se tiene encarcelado a P.P. en Colombia!

Me dan la libertad, pero Francisco y Mauricio siguen encarcelados sin saber hasta cuándo lleguen a decirles que no deben nada. No pude salir ese mismo día porque mis familiares estaban reuniendo los 3.000 pesos de la fianza, y fué mejor así. A la alegría sin nombre de la libertad la interfirió la tristeza de dejar a la gente en el sitio donde quedan 1420 días de mi vida. Confieso que es así, que la nostalgia invade y duele el corazón en el momento de la despedida.

Cuando volví de la guardia, todo el penal lo sabía; las compañeras y otras detenidas suspendieron labores ese y el siguiente día; por la noche "arreglamos un permiso" especial para que Olguita —una compañera ejemplar— pasara conmigo las últimas horas. Estuvimos hablando no sé por cuánto tiempo, hasta que llegó el sueño, en la madrugada. A las 5 y media me despertó de pronto una canción: eran todas las compañeras en lo que llamamos la serenata de despedida. Súbitamente, cuando abrí los ojos, recordé: ¡estoy en LIBERTAD!

En el momento de la notificación una muchacha a quien nunca olvidaré por toda la comprensión que medió entre las dos, a pesar de la abismal diferencia de vidas y objetivos, estaba en la guardia. Al oír la buena nueva vino hasta mí:

—Te vas... —dijo abrazándome— seguirás luchando por un mundo donde todos seamos iguales y eso no puede ser.

—Me voy —le contesté— seguiré luchando por un mundo donde todos seamos compañeros y maestros los unos de los otros.

Cuando mis familiares fueron a pagar la fianza, estaba cancelada. Ella había enviado el dinero.

Finalmente, a las dos de la tarde del siguiente día, llegó la hora de la despedida. Junto a la última puerta estaban las compañeras cantando y un número bien grande de tantas otras compañeras de mis horas amargas, festivas, de trabajo, de estudio, comida, canto, reflexión. Antes de iniciar los abrazos salió una guardiana a decirme: ¡la llama la Directora. Ya vuelvo —les dije— ya vuelvo a despedirme, y traspasé la puerta.

· Quiero preguntarle —comenzó— (pero sus ojos estaban más pendientes de la canción revolucionaria que se cantaba adentro)

si usted tiene alguna inquietud o alguna iniciativa para mejorar la cárcel; sé que usted ha dicho que aquí hay injusticia y sufrimiento.

Un suspiro bien hondo fué toda mi respuesta: que ésta Sra. Capitán de la Policía recién nombrada— a quien he visto utilizar su inteligencia para hacer maldades, me pregunte (después de tantos años) si tengo algo para añadir a todo lo que he visto, rechazado, vivido y aprendido es solo una impostura de dolor hecha tan sólo para apiadar. . . y para rebajarse. O el último intento "amigable" para buscar algo.

Debió comprender lo que estaba pensando porque cambió el tema, comentándome enseguida que algunos periodistas estaban esperándome. —Le agradeceré —respondí— que les diga cualquier cosa; no tengo interés en que me vean, ni en verlos, más bien voy a despedirme porque adentro me esperan. Y salí. Mi sorpresa fué grande cuando el guardian se interpuso: no puede pasar —me dijo— usted está en libertad y no puede ver a las detenidas. Esto fué algo que no pude soportar y volví a donde ella, no sé si me hizo salir para obstaculizar la despedida; alguien me dijo que temía gritos o no sé que brote de indisciplina. Después de razonarle para que me dejara volver a entrar terminó accediendo. Fué la última vez que las ví. Diez minutos más tarde estaba caminando en dirección a la puerta mayor, que se abrió para darme salida un momento antes de llegar a ella. Fué en ese instante que quedé suspendida en el tiempo. . . parada ahí como clavada en la tierra vi muy cerca a los míos con los brazos abiertos, ansiosos, esperándome. Volví a mirar porque sentí los gritos por entre los calados del cuarto piso. . . Tíaa, adios, adios, HASTA SIEMPRE! Salían docenas de brazos, docenas de manos se agitaban al viento y más allá una sorpresa: sacaron una gran tela roja que desplegaron como una bandera (supe después que esto les costó un castigo). No podía alargar más ese momento y continué caminando hasta encontrarme con ese mar de abrazos, de llanto y de alegría. Volví a mi mundo. Ahí estaban con mis seres amados muchas otras personas, auténticos luchadores de las causas más justas y entre ellos el Abogado que tantos P.P. ha defendido en Colombia. Nos dimos un abrazo que interpretó todo lo que hay de conciencia entre los P.P. y los Defensores consecuentes y honestos: de mi parte, el reconocimiento a su labor inmensa. De la suya, la satisfacción de saber que sus esfuerzos tienen sentido y esperanza; eso creí entender en la risa franca de Eduardo Umaña Mendoza.

A pocos metros del sitio donde estábamos abrazándonos fuera de la cárcel hay una cerca de alambre de puas, en el límite que marca el terreno de la Escuela Militar (frente al Buen Pastor). Más allá, quizá a 300 metros, un coro de hombres que iba trotando contestaba a la voz del Instructor, fuerte y de mando:

-- Guerrillero

- Bandolero

-- Guerrillero

-- Mataremos

--De tu carne

- Comeremos

--De tu sangre

- Beberemos

Guerrillero

-- MATAREMOS!!!

A mis hijos y mis nietos, a todos los hijos y los nietos de nuestro pueblo dedico este testimonio.

8

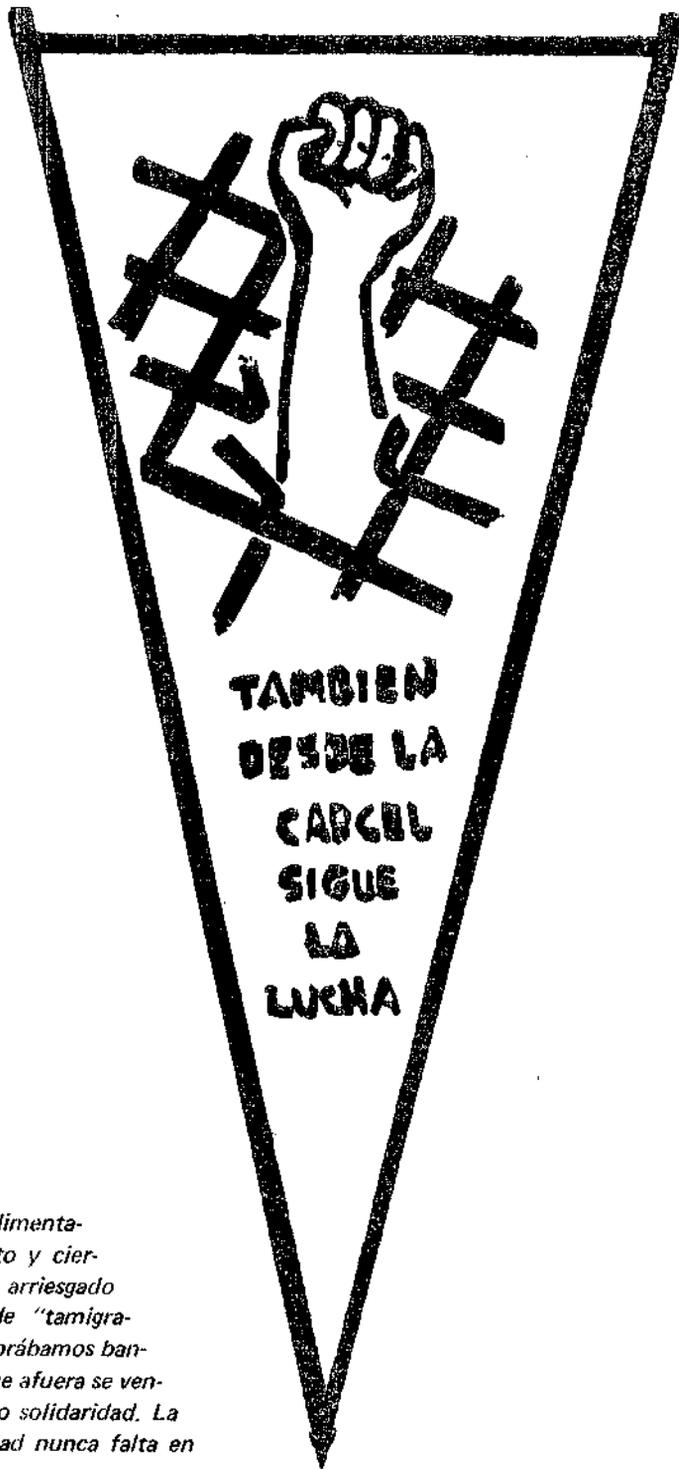
6

5

4

3

2



*En un rudimenta-
rio, secreto y cier-
tamente arriesgado
remedo de "tamigra-
ña", elaborábamos ban-
derines que afuera se ven-
dían como solidaridad. La
ingeniosidad nunca falta en*

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

*Palabras
introductorias.*

6

7

8

9

10

11

PALABRAS INTRODUCTORIAS

Obtenida mi libertad entré en contacto, tanto en Colombia como en el exterior, con diversos grupos y personas deseosas de conocer nuestra experiencia en las cárceles del país, cuando existían momentos difíciles y con mayor furia se pusieron de nuevo en marcha la represión, la tortura, el atemorizamiento y otras formas de guerra abierta y psicológica contra los militantes revolucionarios y sus familiares, contra dirigentes populares y contra sencillos ciudadanos inconformes. Invariablemente mis relatos fueron recibidos con simpatía y entusiasmo, al comprobar quienes escuchaban que era posible salir de la cárcel más claros políticamente; más decididos a continuar la lucha contra la injusticia, por la libertad y el bienestar de nuestro pueblo; al establecer que las torturas de diverso grado y tipo, las persecuciones dentro de la cárcel ejercidas con criterio vengativo y desmoralizador nada habían conseguido, salvo fortalecer nuestra convicción revolucionaria y la decisión de no claudicar. Naturalmente no todos los ex-presos políticos han llegado a las mismas conclusiones, pero sí un importante núcleo de ellos.

El material de que yo disponía era muy abundante, por mis vívidos recuerdos que ponían en plano muy secundario lo amargo y tormentoso para relieves lo positivo y aleccionador; también por los documentos, recortes y materiales acumulados en medio de dificultades y, muy particularmente, debido al Diario que llevé casi desde los primeros días de nuestra captura. Por eso mi mayor dificultad al preparar este Testimonio ha sido la selección y ordenamiento de esas numerosas fuentes y recuerdos buscando lo útil, aquello que se alejara de lo íntimo y personal para destacar lo político, lo organizativo, lo válido como experiencia para los movimientos revolucionarios y populares. Y cuando decidí incluir lo íntimo, el criterio también fué el mismo.

Llamo la atención acerca de una dificultad metodológica: la inclusión de trozos del Diario dentro de la narración en forma tal que con frecuencia llevo al lector a fechas más avanzadas que las que corresponden al relato, lo que puede crear alguna deshil-

vanación. Fué el único método que encontré para no incluir todo el Diario, lo que hubiera hecho extensísimo este escrito o para no incluir separadamente, al final, parte de él lo que hubiera exigido repeticiones en la narración central.

Dejé sin incluir muchísimo material y me preocupa pensar que quizás esa selección no fué la mejor ni ha sido narrada adecuadamente. Sin embargo, tengo confianza en la comprensión de los lectores, sé que recibirán este trabajo como lo que es: un Testimonio de días difíciles vividos con fé, decisión, la frente alta y la esperanza puesta en el futuro, sin importar cuánto pudiera demorarse la libertad. Seguramente lo literario y anecdótico tienen para ellos interés secundario.

Dejo constancia de sincero agradecimiento con quienes me alentaron a escribir, que fueron precisamente quienes escuchaban mis relatos. Y también con las personas que han leído los originales, sugiriéndome cambios y modificaciones.

*Captura
y allanamiento*

1

2

3

4

5

6

7

Fuí capturado a 50 metros del apartamento que desde hacía diez días ocupaba en un barrio suroriental de Bogotá, el 24 de marzo de 1977. Había salido a buscar algunas cosas para el desayuno. Eran las 7.30 a.m. Mi compañera, Tila, había llegado el día anterior. De tiempo atrás vivíamos en ciudades distintas entregados cada uno a tareas políticas diferentes. Reunirnos en esa ciudad y en un mismo sitio constituyó una enorme imprudencia.

Primero dos, luego tres y muchos individuos más armados con metralletas me rodearon e inmovilizaron. Estaban vestidos de civil, algunos con ruanas largas, otros con abrigos. Debajo de sus vestimentas habían escondido sus armas. Cuando ví al primero de ellos al frente mío, enruanado, no me di exacta cuenta de quién era, pese a mi permanente estado de alerta.

Y aún cuando me hubiera dado cuenta poco podría haber hecho. Actuaron con vertiginosa rapidéz y sincronización. Pronto comprobaría que todo el sector estaba completamente rodeado, las casas vecinas tomadas, los equipos de comunicaciones instalados en azoteas y tejados. Un enorme despliegue, innecesario en mi caso. Pero estaban escarmentados. Días atrás al efectuar allanamientos en otros sitios en los que capturaron miembros del Ejército de Liberación Nacional, a cuyo expediente seríamos vinculados, fueron recibidos a tiros y granadas. Por esto ahora tomaban máximas precauciones suponiendo, como luego me dirían, que contaban con fuerte protección armada, adecuada al cargo que suponían yo tenía en la organización revolucionaria.

Desconcierto, miedo, indecisión me invadieron. Esta provenía de cómo afrontar los próximos minutos sabiendo que Tila me esperaba, ignorante de lo que pasaba. Pero nada podía hacer: el oficial a cargo del operativo mostró órdenes de captura y de allanamiento al sitio de nuestra vivienda, que estaba completamente copado. Al llegar intenté una inocentada: decir que estaba con una "amiga provisional" que nada tenía que ver conmigo. Ingenuo recurso. Solo logramos ganar breves minutos que Tila utilizó para telefonar e informar en cuatro palabras lo que estaba sucediendo.

Luego, no menos de 20 miembros de los servicios de inteligencia del Ejército atropelladamente invadieron nuestra vivienda, mientras afuera quedaba todo rodeado y aparecían más carros, camiones con tropas, jeeps. Cien metros abajo fue capturado nuestro hijo Francisco, cuando se dirigía al apartamento para saludar a su mamá, a la que no veía desde hacía varios meses. Lo habían confundido con su hermano mayor, Mauricio, a quien también buscaban. Arrojándolo al suelo, con ametralladora al pecho y en medio de amenazas e insultos, lo redujeron a la impotencia. Pero de la detención de Francisco y su posterior traslado a la Brigada Militar sólo nos enteraríamos días después.

En el interior del apartamento Tila y yo fuimos aislados, ella en una habitación, yo en otra. Con detalle y minuciosidad se inició el riguroso exámen de documentos, libros, escritos, discos, vestidos, colchones y demás enseres personales, que no eran muchos por la provisionalidad de aquella vivienda y porque meses atrás nos habíamos visto obligados, ante el riesgo de captura, a dismantelar nuestra casa y tomar cada uno rumbo distinto.

INTENTO DE LAVADO DE CEREBRO

Allí mismo se iniciaron los interrogatorios. O, mejor, los preparativos de ello. El oficial de alto rango que se hizo presente para la primera fase de esa misión, era un "experto ELN", pues los servicios de inteligencia militar tienen equipos de investigadores y analistas especializados en cada una de las organizaciones revolucionarias, familiarizados con su historia y actividades, con el nombre real o supuesto de sus dirigentes, conocedores de expedientes, capturas anteriores, de sus relaciones con otras organizaciones, en fin, todo lo que, cierto o falso, laboriosamente han recopilado a través de los años. Su material más precioso lo constituyen los informes, cartas y documentos de las organizaciones, caídos en sus manos y el contenido de las delaciones, de algunas de las cuales tienen grabaciones y videocasetes.

El oficial, a puerta cerrada, y provisto de numerosos portafolios procedió a su tarea de **ablandamiento**: comedida y paternalmente darme a conocer cuánto sabían sobre mí los servicios secretos, las informaciones acumuladas a través de los años y aumentadas por delaciones recientes. La técnica empleada y que en varias oportunidades les había dado magníficos resultados con militantes de diversas organizaciones (en nuestro caso, en recientes capturas, con tres de los detenidos) era aparentemente simple: agobiar al prisionero en ese momento angustiado, sorprendido, quizás aterrorizado con material "probatorio" innegable: cartas, informes, confesiones, documentos, fotogra-

fías. Y ensartadas dentro de muchas verdades, toda suerte de mentiras, conjeturas y acusaciones que pueden angustiar y desmoralizar al detenido, algunos de los cuales han llegado a la conclusión de que "el enemigo lo sabe todo, es inútil negar". En esta fase de **ablandamiento** se mezclan velada y abiertamente las amenazas con las ofertas de dinero, puestos, viajes y de "silencio total por su leal cooperación" (y, en casos especiales, ese pacto ha sido cumplido porque siempre es favorable a las fuerzas represoras).

Personas inexpertas que ignoran los trucos y armas del enemigo; de las diferencias entre un interrogatorio (que no tiene validez jurídica) y una indagatoria (que sí la tiene); desmoralizadas por la real o mentirosa información en poder del interrogador (mucho de la cual el propio detenido ignora) y por sus hábiles aseveraciones, que pueden ser ciertas, de que su captura ha sido posible por delación de su mejor compañero; aterradas ante las amenazas de torturas y ante el riesgo de verse acusadas de hechos graves que desconocen totalmente o de los que solo tienen lejana noticia, se ablandan y resuelven **cooperar**. Su razonamiento es simplista: "al fin de cuentas, poco he hecho yo, mejor voy a decir lo poco que sé y he hecho". Con lo que el interrogado aporta pruebas contra sí mismo, se hunde, sin darse cuenta de que el interrogador le ha mentado en el ochenta por ciento de sus afirmaciones.

Muchas veces los revolucionarios han sido víctimas de sus propios recursos: sin preparar adecuadamente a sus militantes y colaboradores denuncian la existencia de las torturas, sus excesos y confesiones obtenidas debido a ellas. Algunos han tomado el camino de la menor resistencia: "bueno, si la tortura es omnipotente, si con ella uno de todas maneras habla pues mejor hablo desde ahora y me ahorro la tortura", camino fácil que en algún momento se fué generalizando a pesar de las muchas demostraciones de que es mentira que la tortura sea todopoderosa. Y tampoco han faltado quienes "solo cuentan una parte, aquella que ya sabe el enemigo", creyendo que con información parcial pueden engañar, aplacar y despistar a los interrogadores y a los servicios de inteligencia. Peor aún si el **ablandado**, el desmoralizado, verdaderamente es responsable de tareas revolucionarias de importancia. El enemigo le cae encima, no lo suelta, extrema sus métodos hasta que lo hace **cooperar** plenamente. La primera fase del interrogatorio, la del "lavado de cerebro" ha dado plenos resultados.

Debido a esto los sistemas de interrogatorios (que según la ley sólo pueden durar las primeras 72 horas, pero han sido extendi-

dos a 20 o más días) siempre contemplan esta fase "pacífica" por los resultados cosechados, desgraciadamente muchos en nuestro país, frutos de la poca preparación de los revolucionarios, de su vinculación prematura a tareas de responsabilidad, de su deficiente selección y, peor aún, de vicios de individualismo, ambiciones, arribismo, enfrentamientos y rencillas habilmente explotados por los interrogadores.

En mi caso esta primera fase de intento de lavado de cerebro duró varias horas. Seis en una primera sesión y muchas más sesiones posteriores. El expediente contra mí, en manos de los servicios de inteligencia, era extenso. Para abrumarme y obtener mi rendición quería demostrármeme que no había faceta de mi vida política y aún personal que les fuera desconocida, haciendo el interrogador inicial y quienes lo siguieron un largo viaje de más de 30 años: una primera captura por actividades "comunistas" en 1946; mi paso por el servicio militar (1947-48) de donde había salido presionado y con la anotación "gusta de las lecturas y actividades comunistas" (prueba incorporada al expediente de nuestro juicio); una nueva captura en 1948; reuniones subversivas en sitio claramente identificado en 1950; un primer viaje (inexistente) a la URSS en 1951. Y así la misma cantinela para los años siguientes.

Pero en todo esto había algo favorable para mí: gran parte de lo que se decía era mentira, eran especies recogidas en diversos medios, como la de mi viaje a la URSS en ese año (proyecto que existió pero se frustró) y muchas otras falsedades. Aquel oficial no estaba seguro de lo que decía, leía cuanto figuraba en papeles, producto de informaciones fantasiosas de agentes secretos. También bastante era cierto, como buena parte de lo contenido en recientes grabaciones de los delatores u otros casetes con mi propia voz en charlas y conferencias políticas o los informes sobre el ELN, sus errores y fallas utilizadas para tratar de desmoralizarme.

Aquellas largas sesiones de lavado de cerebro me permitieron saber qué terreno pisaba, qué sabían que fuera verdadero y cómo lo sabían, qué les era desconocido. Decidí actuar como desde antes habíamos planeado y habíamos reafirmado con Tila en el momento de nuestra separación amarga, cinco horas después de la captura, cuando ella fué sacada del apartamento sin que supiéramos a dónde sería llevada. Esa decisión era la de negar todo, apoyándonos en la propia ley que indica que nadie está obligado a declarar contra sí mismo o contra sus familiares. Correspondía a los instructores y jueces militares comprobar nues-

tra responsabilidad por participar en actividades revolucionarias
No teníamos por qué ayudarlos en contra nuestra.

Recientes detenciones, cuarenta días atrás, habrían complicado nuestra situación, particularmente la mía. Dos militantes con responsabilidades y la compañera de uno de ellos colaboraron plenamente con las autoridades militares aumentando mucho su información. De allí, finalmente, se dependerían nuestra plena identificación y las órdenes de captura.

Cuatro horas después de ésta había conseguido un pequeño punto a nuestro favor: el juez instructor del proceso se hizo presente en el apartamento. Venía de dirigir el allanamiento a otra vivienda que yo aún conservaba. También allí consiguió pruebas contra mí por el único delito que quizás podía imputárseme y del que no se me acusó: el delito de Rebelión, claramente estipulado en el Código Penal Colombiano. Aproveché su presencia para exigirle una constancia de que ni Tila ni yo teníamos lesión alguna, herida alguna, contusión alguna. Cualquiera que luego apareciera sería atribuible únicamente a la tortura. Así tuvo que hacerlo, al pie de la hoja en la que se consignaban las incautaciones de todo lo que consideraron podría tener valor probatorio contra nosotros. (Lo demás lo destruyeron o se lo llevaron. Vi a los suboficiales, afanosos, cargar sus vehículos de transporte).

El oficial **ablandador** comenzaba a desesperarse porque le fallaban sus mejores armas: atemorizarme ante las amenazas abiertas y suscitar mi odio contra los delatores, conseguir que yo pasara a la ofensiva contra éstos acusándolos, descargando sobre ellos todas las responsabilidades. Es decir, tratar de salvarme comprometiendo a otros, el truco bien usado por todos los interrogadores concedores de su oficio.

TRASLADO A LA BRIGADA

Hacia las cinco de la tarde de ese largo día fui trasladado a las tétricas instalaciones de la Policía Militar en Puente Aranda, a órdenes del BINCI (Batallón Charry Solano de Inteligencia y Contrainteligencia del Ejército). Continuó allí durante varias horas al intento de lavado de cerebro. Y luego, ya en forma, los interrogatorios, plagados de amenazas, chantajes, ofertas, presiones, trucos, en los que los interrogadores, encapuchados siempre, se turnaban los papeles de "buenos" y de "malos". Uno de esos trucos: en cierto momento se suspendió el interrogatorio y me dejaron sólo en la amplia y fría habitación que habría de servirme de celda durante 105 largos días. Tenía en su puerta

un pequeño orificio que permitía ver un pasadizo y al frente celdas iguales a escasos dos metros de distancia. Pusieron en el orificio un cartón movable, produciendo así mi curiosidad. Por el pasadizo circulaban muchos sujetos encapuchados, había agitación, movimientos rápidos, miradas furtivas. Con grosería se acercaba el sargento a cargo de mi vigilancia para decirme que me apartara, que no mirara, pero luego se retiraba dejándome libre la posibilidad de hacerlo. Un par de horas más tarde ingresó a la celda uno de los interrogadores "buenos" diciendo que ahora sí estaba hundido, que en la celda vecina estaban presos y habían confesado ampliamente todos "mis cómplices" de la Industria Militar, acusados de robo continuo de armas, las mismas que "periódicamente me entregaban para el ELN". Queriendo dar veracidad a sus afirmaciones se refirió a algunas vinculaciones que, por cuestiones de trabajo como Director del Consejo de Seguridad Industrial y del Instituto de Capacitación y Asesoría Técnica, yo había mantenido durante varios años con oficiales y dependencias militares. Su consejo: hablar, evitar la tortura.

En las sesiones siguientes abundarían otros trucos: que fulano o Zutano ya había sido capturado y había hablado, que Tila lo había confesado, que mi hijo Mauricio ya había sido capturado; que esa noche me traerían, además, a tal o cual, etc. Recurrieron a la adulación, a la exaltación de mis "capacidades y conocimientos", me dieron consejos paternales: ¿para qué luchar con tanto desvelo y sacrificio por causas perdidas y cuando ellos estaban en posibilidad de darnos un nuevo golpe cada seis meses, desbaratando todo lo construido y capturando todo lo difícilmente acumulado? ¿Para qué comprometer el futuro de todos los míos? ¿Para qué destruir las posibilidades de un futuro brillante que mi dinamismo y preparación me permitían? Desde luego, abundaron también las amenazas: que me **quebrarían** si no hablaba y atribuirían mi muerte al propio ELN, que ya tenía encima 24 años de cárcel, que pasaría luego a manos de los torturadores. Pero esto no sucedió.

Posiblemente mi edad, la constancia dejada ante el juez, el hecho de que tuvieran en sus manos una persona algo conocida en el país y fuera de él y, especialmente, que aún no se había reinstalado completamente la nueva etapa de torturas (lo que sucedería sólo pocos meses después, siendo nuestro hijo Mauricio una de sus primeras víctimas), permitieron que pasara **indemne** esta primera fase de mi detención. Digo **indemne** por expresarme de alguna manera: días sin dormir, sin bebida ni comida, sin poder recostarme, todo el tiempo de pie, sometido a presiones y con interrogatorios que no cesaron un minuto

turnándose los **buenos** y los **malos**, las amenazas con los halagos, fueron realmente algo duro de soportar. Mucho más sabiendo, como pronto lo supe, que Tila estaba en la celda vecina, sometida a igual tratamiento; que personas de toda mi confianza, cuyas voces grabadas se me hicieron escuchar, eran ahora nuestros acusadores y enemigos; que mi hijo menor también había sido detenido, que había orden de captura contra el mayor, que mis hijas desesperadas y adoloridas rondaban las instalaciones militares.

Para quienes en toda parte luchan para defender los Derechos Humanos no existe la menor duda de que todo este tratamiento constituyó y constituye una forma avanzada de tortura psicológica, ayudada por las privaciones físicas, particularmente el sueño; que tiene pretensiones de aniquilar moralmente, aterrorizar mediante las amenazas y el chantaje. Hoy, tras los innumerables crímenes y salvajismos en los interrogatorios posteriores, de los que fueron víctimas tantos compatriotas, hombres y mujeres, lo nuestro parece de poca monta, pero fueron días angustiosos, duros y un gran trago amargo. Pero no fuimos doblegados porque por encima de todo estaba nuestro compromiso revolucionario, el ejemplo para otros compañeros, las responsabilidades adquiridas y el desafío personal: saber resistir, poder más tarde estar orgullosos de nuestra propia conducta.

CIENTO CINCO DIAS EN LAS INSTALACIONES MILITARES

Fuí llevado a indagatoria en las propias instalaciones militares en las que el juez instructor, oficial retirado, tenía su despacho. Estas indagatorias son arbitrarias, sin las condiciones que la ley ordena para que sean libres y espontáneas. Se viene de una amarga situación de amenazas y chantaje y se pasa a otra en donde todo lo militar está presente con sus símbolos de fuerza y amedrantamiento, incluído el oficial responsable de los interrogadores, lo que de por sí hace nula esa diligencia. Me asistió un prestigioso abogado, muy antiguo pero lejano amigo, con quien no pude entenderme por sus altos honorarios. La sola diligencia de indagatoria tuvo costos superiores a nuestras posibilidades familiares. En gestiones posteriores me apoderó otro capaz abogado, que manejó con desgan^o todo el caso, por su certeza de que en la Justicia Militar nada podía hacerse. Principiaba a conocer otra cara amarga en la vida del detenido: el **tire** y **afloje** con los abogados, el regateo de los honorarios, la irresponsabilidad de muchos de ellos, elevado al máximo en el caso de los presos políticos, víctimas frecuentes de la voracidad e inescrupulosidad de los profesionales del Derecho. (Con el correr de los me-

ses y la clarificación de muchas situaciones oscuras comenzaríamos a recibir ayuda calificada y desinteresada de un gran equipo de abogados, quienes nos acompañaron hasta la obtención de nuestra libertad).

Otras indagatorias, careos, diligencias probatorias se fueron sucediendo con su cortejo de sorpresas ante las delaciones, los nuevos, absurdos e increíbles cargos contra mí que casi me convierten en "jefe máximo" del ELN; los resultados "positivos" de pruebas verificadas por los expertos militares en contra nuestra, que movían no solo a indignación sino incluso a risa por su descaro. Las delaciones de N. compañero de estudios de Mauricio (como O.) en particular fueron amargamente sorprendentes y dolorosas. Había sido casi un hijo nuestro, huésped habitual de nuestro hogar, junto con su compañera, conflictiva ex-presa política. O, por su lado, se vió encajonado entra la total desmoralización de su compañera, detenida junto a él, embarazada de cinco meses y amenazada de aborto, que suplicaba cooperar con los militares y el golpe que recibió con la delación de N, que era su responsable y con quien mantenía rivalidad y conflictos. Pero O. llevó demasiado lejos, esos primeros días, su colaboración con las fuerzas armadas, siendo yo la principal víctima.

Hubo la visita reglamentaria a uno de los cuartos de tortura -a 200 metros del despacho del juez y en presencia de éste- para verificar una prueba de voz que, lógicamente, habría de serme desfavorable. No sé bien por qué me llevaron allí. Quizás en la esperanza de que decidiera aceptar sus cargos, impresionado por aquellos reflectores, las paredes negras, los espejos dobles que permiten mirar nítidamente, desde atrás, a quienes se miran en ellos. En éstas y otras instalaciones similares se había completado el ablandamiento de algunos de nuestros acusadores. Y, curiosamente, fué en este mismo sitio en donde el juez instructor, cuyas manos temblaban, me leyó el auto de detención por "asociación para delinquir", que me negué a firmar en aquellos momentos. Así había sido calificado por este juez el expediente que cobijaba a todo el grupo. Y era él mismo quien había preguntado hasta el cansancio por cuestiones típicamente políticas, estrechamente relacionadas con el ELN.

Existían pruebas de que yo era persona vinculada con una organización político-militar identificada, de larga trayectoria, cuyo programa y propósitos eran claramente conocidos. Este juez era también un "experto ELN", había tenido a su cargo otras investigaciones ligadas a actividades de esta organización. Incluso el Tribunal Militar y la Corte Suprema se habían pronunciado, dentro de investigaciones adelantadas por él, reconociendo

el delito de Rebelión en casos similares. Pero el juez no daba su brazo a torcer, insistía en la calificación de **asociación para delinquir** porque, según decía, estaba presionado y se le exigía por los altos mandos militares esa calificación. Y así debió ser, porque un par de meses más tarde decidió, para una petición particular dentro del expediente (Germán Camelo) pero que nos hubiera cobijado a todos, aplicar la calificación de Rebelión, que no fué aceptada por el juez encargado de la instancia superior: el General Comandante de la Brigada. Pése a ésto nada exoneradora a quel juez de su responsabilidad en una calificación injusta y premeditada cuyos objetivos eran mantenernos largos años en prisión, negar la existencia de presos políticos, atemorizar a los luchadores revolucionarios, debilitar la posible solidaridad popular. (Y el abogado que presentó ese alegato de Rebelión, Dr. Alberto Alava Montenegro, hoy agosto de 1982, está muerto, asesinado recientemente por una organización para-militar).

Pasados algunos días en las instalaciones militares, continuamente encerrados dentro de nuestras oscuras y frías celdas, con derecho sólomente a una hora de sol que de vez en cuando era "olvidada", se nos permitió a Tila y a mí tener breves encuentros vigilados, aunque a través de diversos recursos habíamos logrado comunicarnos por escrito. Alegría contenida y cierta tensión dominaban nuestros breves encuentros. Sabíamos que no debíamos dejarnos vencer por los sentimentalismos ni alimentar temor o desaliento el uno en el otro. En los primeros días éramos medianamente optimistas respecto a su próxima libertad, pues no existía cargo alguno contra ella, salvo su labor de alfabetización. Pero pronto conoceríamos otra cara de la Justicia Penal Militar en cuyas manos estábamos: la de inversión de la prueba favorable al acusado. La doctrina aceptada en el mundo entero y recogida en documento de las Naciones Unidas (16 de Dic. 1966), es la de que todo ciudadano es inocente mientras no se demuestre lo contrario y corresponde a los jueces investigadores e instructores probar fehacientemente las violaciones a la Ley. Pero la justicia penal militar de Colombia esta doctrina se practica al revés: **todo detenido es culpable de las acusaciones que se le hagan mientras él, el detenido, no demuestre su inocencia.**

Se autorizaron visitas de nuestros familiares, cortas, controladas, a menudo hostilizadas. El solo hecho de adentrarse en las instalaciones militares, teniendo en cuenta la situación del país y el triste prestigio de ellas, especialmente de la Policía Militar, constituía ya un gran esfuerzo. Sus nombres, documentos, direcciones, quedaban registrados. Vendría luégo la vigilancia sobre ellos. Los agentes secretos pululaban por el sitio de nuestro

encierro. Desde estratégicos sitios tomaban fotos de quienes se aventuraban a hacernos compañía y llevarnos el aliento de su presencia. Pero nada de esto desanimó a nuestros familiares que dieron prueba de una hermosa y fortificante solidaridad.

Nuestros hijos y mis cuñados Juancho y Sofía estarían a la cabeza de ellos, en los largos años de nuestra prisión.

De la vida en las instalaciones militares unas pocas cosas me quedaron grabadas: el diario, fanático y rabioso adoctrinamiento contra revolucionario que sufre la tropa. Desde su levantara hasta la hora de acostarse se escuchaban sus gritos, cantos, consignas contra el pueblo, los estudiantes, los revolucionarios. Furtivamente, cuando tomaba el sol, pude algunas veces acercarme a grupos de instrucción y escuchar los mensajes transmitidos: esta granada se usa cuando los estudiantes. . . cuando los manifestantes. . . cuando los revolucionarios que son enemigos de la patria. . . También recuerdo los degradantes y tremendos castigos físicos para los soldados. El descontento de éstos, que me lo comunicaban abiertamente cuando mis horas de sol coincidían con su presencia cercana y también a través de los responsables de nuestra vigilancia diaria, de la que se encargaban sargentos y dragoneantes de los servicios secretos. Eran visibles también el vicio, el consumo de marihuana y drogas en grandes proporciones. Y no faltaron, lo que se repetiría meses más tarde al regresar a las mismas instalaciones para el Consejo de Guerra, los actos solidarios de muchos soldaditos amigos, cuyos nombres nunca supimos, pero cuyo gesto quedó en nuestro corazón.

Tila fué trasladada a la Cárcel del Buen Pastor, con gran despliegue, cuarenta días después de nuestra captura. De los diversos ratos muy amargos en la cárcel, ese traslado fué uno de los peores. No permitieron nuestra despedida pero nos sabíamos unidos, solidarios, firmes, inmodificables en nuestro propósito de seguir adelante y esto significaba más que estar físicamente cercanos, pero al mismo tiempo separados.

Presionaba con frecuencia mi traslado a la Cárcel Modelo. No existía razón legal alguna para que se me tuviera encalabozado, vigilado, hostilizado, aislado en las instalaciones militares, convertidas en centros de tortura. Por la rejilla de mi celda ojos expertos de todo el país desfilaban para grabarse mis facciones. Los militares me exhibían como a fiera enjaulada. Al principio me visitaron de nuevo muchos oficiales "buenos" buscando, según decían, saber qué era la revolución y cómo era un dirigente revolucionario. (Entre tanto en la calle los murmuradores y calumniadores, esa plaga y azote de los revolucionarios, hacían

correr la especie de que eramos tratados a cuerpo de rey, huéspedes diarios del casino de oficiales).

Mi detención en las instalaciones militares violaba abiertamente las disposiciones del Código de Procedimiento Penal. Finalmente y como consecuencia de un agrio choque entre el juez y mi abogado, aquel decidió trasladarme a la Cárcel Modelo, ciento cinco días después de mi captura.

Qué me quedaba de aquellos días? Ante todo una gran fortaleza interna, robustecida por el ejemplo de mi compañera, el coraje de mis hijos y familiares, la solidaridad a veces muda de muchos soldados y compañeros y siempre la curiosidad insaciable, el aprendizaje permanente de todo lo cercano y lo distante, aún más difícil. Salí triunfante de aquella amarga y dura etapa sin nada de qué avergonzarme (salvo la estupidez de mi captura), más fuerte y claro que antes, dispuesto a seguir luchando y aprendiendo en los días que vendrían.

6

7

8

9

10

11

*Traslado
a la cárcel Modelo*

27

28

29

30

31

32

Las instalaciones de la Policía Militar dependientes de la BIM (Brigada de Institutos Militares) se hallan a sólo unos 500 metros de la Cárcel Modelo. No obstante se montó un operativo fantástico para mi traslado: carros adelante, atrás, a los lados, sirenas, gritos, órdenes, paradas escandalosas y amenazantes cada vez que un vehículo se acercaba o un semáforo se interponía. Dentro de un enorme camión estaba yo, solitario, inerme, vigilado, esposado, propiedad de 20 soldados, 4 suboficiales y dos oficiales, todos angustiados, afanados, temerosos. Las alcantari-llas parecían ser su peor enemigo.

La parte delantera de la cárcel fue tomada por asalto. Allí nadie sabía que pasaba, la sorpresa del operativo militar fue total. Los soldados y suboficiales, rápidos, cuidaban aire, agua y tierra. Los guardianes de la cárcel, sus suboficiales y oficiales, una vez comenzaron a reponerse del susto, emergieron debajo de los escritorios de la guardia, de los puestos de vigilancia, de las oficinas y sitios cercanos. Su sorpresa debió ser mayúscula cuando, después de tanta aparatosidad y espectacularidad, descendí del camión trastabillando y cayendo al suelo porque mi equipaje, a pesar de ser pequeño, me arrastró a la hora de saltar. Las manos esposadas me impedían guardar el equilibrio o asirme a los para-les. Mi larga y ya casi blanca barba desconcertaba más a los espectadores.

Las reacciones airadas no se hicieron esperar. Las mujeres oficinistas y algunas guardianas fueron las primeras en manifestarse, reclamando con palabras de grueso calibre por ese despliegue y trato pusilánime con un hombre esposado e indefenso. Compañeros suyos las siguieron. Y como este operativo abrumador duró unas tres horas, mientras regresaban por papeles que habían olvidado, me reseñaban, trasquilaban y daban ingreso a las instalaciones carcelarias, una simpatía oculta comenzó a nacer entre varios de ellos y yo. Aquel asalto sería recordado mucho tiempo y su causante buscado y mirado con curiosidad y lejana simpatía.

Me ubicaron en el patio noveno, segundo en importancia, en el que se alojaban 1.200 detenidos en el espacio destinado a

300. El recorrido de los largos y oscuros pasillos, el chirriar escandaloso de las múltiples puertas, la temerosa espera en el sucio patio destinado a los recién llegados, las caras que nos miran tras las rejas y ladrillos calados, que nos parecen patibularias y amenazantes, se convierten en imágenes imborrables. Pagué como todo buen novicio la posibilidad de ser alojado en el primer piso del primer pabellón, en la celda que un joven afortunado, con su dinero, conservaba para él solo. Desde el primer momento desató una feroz guerra por desalojarme y recuperar su situación de privilegio. Veinte días más tarde, conseguí traslado a otro pasillo, en donde se encontraban varios presos políticos.

Había esperado ansiosamente aquel traslado. Sabía que en esa cárcel se encontraban compañeros de expediente, algunos a quienes no conocía, así como unos 20 estudiantes capturados hacía poco tiempo por sus acciones de protesta. Al día siguiente me integré al grupo de compañeros. La conciencia de solidaridad y acción colectiva era aún embrionaria, pero se daban los primeros pasos. Los estudiantes no tenían mucha experiencia política, pero sí gran entusiasmo y moral. Recibieron con cariño y camaradería a los primeros compañeros nuestros que allí llegaron y lo mismo harían conmigo, aunque en los primeros días con energía tuve que despejar la bruma creada por las consejas provenientes de la calle, fruto de las luchas políticas intestinas.

Los estudiantes contaban con alguna solidaridad económica de sus compañeros universitarios (particularmente de la Universidad Nacional). Semanalmente les llegaban pequeñas sumas que destinaban a mejorar la pésima y escasísima ración alimenticia. El manejo de esos dineros fue creando las primeras formas organizativas. Los que no éramos estudiantes, generosa y fraternalmente fuimos incorporados al disfrute y administración de ellos.

En total, en aquella cárcel nos encontrábamos unos 4.500 detenidos, en donde sólo existía capacidad para 1.800, instalados en riguroso orden discriminatorio. Los patios tenían su jerarquía y prestigio (o desprestigio) e igual los pabellones, celdas, talleres, oficios, delitos, personas. Existía una reproducción casi milimétrica de la lucha de clases, ocupando el centro del poder quienes tuvieran dinero, influencias y relaciones poderosas. Todos los presos constituían pequeñas "minas" eficazmente explotadas por la cadena de sobornos, presiones, "protección" y chantaje diarios, propios del sistema carcelario.

Lo que fueron mis primeros días de acomodamiento y aprendizaje en esta cárcel puede deducirse de las siguientes notas extractadas del Diario que procuré llevar la mayor parte del tiempo:

Julio 10. Continúo fuertemente agripado, por las corrientes de aire y el gigantesco desaseo, que es indescriptible. El de los baños es el que más dificultades me causa. Debo usarlos a determinadas horas en la mañana, pagando treinta centavos al joven que recoge el agua y nos la pasa, antes de entrar en ellos. Siempre hay largas colas y es necesario mantenerse allí largo tiempo tapándose fuertemente las narices. A menudo se producen disputas, hay quienes no respetan los turnos. Los "bravos" del patio pasan por encima del resto. Las puertas son simples tablas rotas, asquerosas.

La congestión nasal me hace pasar pésimas noches, me siento asfixiado, a lo que contribuye la pequeñez de la celda y el tener que dormir en el suelo, encima de periódicos y cartones para disminuir el frío, debajo de la plancha que ocupa mi compañero de celda. Mi cabeza da contra una destartada e inservible letrina, que despidе fétidos olores. Otras personas con quienes he hablado un poco sufren la misma congestión nasal y sienten la misma oprimente claustrofobia. Despierto muy temprano y cuando a las cinco de la mañana se corren las rejas, siento enorme descanso. El baño diario de cuerpo, que pocos acostumbramos, se convierte en otro suplicio por la suciedad del sitio.

Julio 25. El homosexualismo es algo muy difundido en esta cárcel. Muchas riñas y bromas se relacionan con él. . . Pero sólo unos pocos son maricas reconocidos y exhibicionistas, cinco en este patio. Hablan como mujeres: "a nosotras nos toca trabajar más", "estos hombres son muy injustos" y expresiones parecidas. Se visten femininamente, les gustan los piropos, lavan ropas, parecen personas pacíficas, serviciales. El más veterano es una auténtica ruina humana que con maquillaje trata de aparentar juventud. Solo son temibles en caso de celos. Se comportan entonces como "hombres". Buscan causar lesiones imborrables en las caras de sus rivales.

Julio 30. Ayer perdí mis anteojos. Un veterano me sugirió pagar "rescate". Así lo hice. Cuatro horas más tarde, después de las averiguaciones y negociaciones adelantadas por mi amigo, los anteojos aparecieron, previo pago de cincuenta pesos. Muchas sonrisas zumbonas siguieron mis ajetreos por recuperar mis anteojos. La suma pagada equivale a la que recibo del grupo de compañeros para tres almuerzos.

Agosto 20. Un joven de unos 17 años a quien ubicaron en el pasillo 5, fue violado muchas veces, por varios presos. Parecía hoy un sonámbulo, sin ánimos, casi sin vida, cruelmente avergonzado. Estos casos son frecuentes y no se les pone remedio. Se habla de complicidad de los guardianes que reciben dinero para saciar los apetitos de gente desquiciada, que no tiene remedio. Los violados tienen diferente comportamiento. Unos buscarán venganza más tarde, matando a quien dirigió el grupo, para lo que no le faltará ayuda de algún rival. Otros se resignan y ya sin violencia siguen siendo complacientes. Muchos de los violadores reciben visitas femeninas, tienen compañeras. Esto mide su grado de degradación. Por estas acciones ganan méritos dentro de círculos pandilleros. Algunos otros detenidos buscan "proteger" al ofendido, provocando peleas con los violadores. Casi siempre esos muchachos violados se vuelven carne de presidio. Los más irritante de todo: esta se llama "Cárcel de Rehabilitación Modelo".

Para entonces los presos específicamente políticos en los diferentes patios de la Modelo éramos unos 35, perdidos en aquel enorme mar de presos y problemas. En el resto de cárceles del país, en calidad de sumariados, había aproximadamente otros 100 y en condición de condenados unos 60 más. En total unos 200 presos políticos, de quienes muy poco se hablaba. La opinión pública estaba desinformada. Después descubriríamos que había muchos más presos políticos, de largos años de prisión, olvidados totalmente, además de cientos de presos sociales, vinculados cercanamente a las luchas populares.

COMIENZOS DE ORGANIZACION

Al calor de los desayunos que adquiríamos en un **caspete** (pequeña venta de comidas preparadas) íbamos conociéndonos, conversando, reflexionando. En el **rancho** ("Evaristo", en la Modelo) sólo reclamábamos una mogolla, sin pedir la desabrida aguadepanela o aguacafé. Más tarde, al llegar otras ayudas, nuestra organización se extendió al almuerzo para el que cada uno tenía asignada una modestísima suma. Eramos unos 30, pues había llegado al patio otro grupo de detenidos políticos, casi todos estudiantes. Resolvimos entonces preparar desayunos y almuerzos, vendiendo parte de ellos a otros detenidos. "Eso sí —dijo la mayoría de los compañeros— sin que haya especulación, a mejores precios de los que venden los negociantes".

Adquirimos un caspete ya establecido, bastante amplio, bien dotado. Establecimos turnos rigurosos a partir de las 4.30 de la mañana, para preparar el "tinto" y la "aguadepanela", de gran

demanda en los primeros gélidos minutos; para la cocina, preparar los restantes alimentos, vender al público, lavar la loza y las ollas, hacer aseo, las compras, coordinar el trabajo y manejar los dineros. Fue naciendo así una buena organización con la distribución de los trabajos diarios, el análisis crítico de cómo cada uno de nosotros desempeñaba su trabajo, de la disciplina colectiva e individual, del sentido fuerte o débil de cooperación y responsabilidad. Fue surgiendo también nuestra limitada capacidad comercial, al vender alimentos con pérdidas, conceder créditos irrecuperables y vigilar mal en horas de congestión, con las "fugas" correspondientes. "Tumbar a los políticos", se convirtió en rentable pasatiempo para unos pocos.

Así mismo nos organizamos para hacer algo de deporte en el pasillo de nuestro pabellón, en las horas de la tarde. En los patios séptimo y noveno era imposible hacer ejercicios por no existir un solo espacio libre. Lo único que podía hacerse, por turnos, era patinar, las interminables caminatas a trancones por parejas o en grupos de tres, codo a codo con los demás y estorbándose mutuamente. No todos estaban en el pasillo en el que hacíamos los ejercicios pero existían facilidades para reunirnos entre las cinco de la tarde, hora de abandono forzoso de los patios, y las ocho de la noche, cuando se nos encerraba en las celdas, hasta las cinco de la mañana del día siguiente. Inicialmente los demás detenidos se extrañaron y luego miraron con simpatía nuestros ejercicios diarios, quedándose en sus celdas para dejarnos el espacio libre en el estrechísimo pasillo y, posteriormente, solicitando algunos de ellos su integración al grupo deportivo.

Iniciamos estudio colectivo, entre las seis y las ocho de la noche, que luego ampliaríamos a algunas horas del día, en el patio, en el que teníamos enormes limitaciones por el total cuerpo a cuerpo de unos con otros, sin espacio libre, sin banco alguno, casi siempre sentados en el suelo en donde en forma amarga y denigrante se encuentran siempre los detenidos, durmiendo, jugando, charlando o haciendo nada. En el estudio de algunas cuestiones políticas reservadas nos cuidábamos, teníamos en cuenta la presencia de soplones y orejas. Sin embargo, en esos primeros meses muchos de nosotros seguíamos influidos por el "clandestinismo", nos seguíamos comportando como si debiéramos pasar ignorados en las cárceles o como si ya no se supieran públicamente nuestros nombres y militancia política.

El estudio así era deficiente, entorpecido por el infernal ruido típico de los dos grandes patios: cientos de radios sintonizados en emisoras diferentes, conversaciones en todos los tonos, gritos sin descanso y desaforados de los ordenanzas y guardianes que

desde la puerta o dentro del patio buscan algún detenido, o transmiten un mensaje, golpes de los guardianes con sus bolillos, carcajadas de quienes han ganado en el juego, imprecaciones de quienes han perdido, ofertas de comida u otros objetos por los comerciantes ambulantes, riñas, discusiones, cantos a todo pulmón, mensajes de un patio a otro por encima de muros, solicitudes a **grito pelado** de quienes están en los calabozos vecinos o han sido castigados en sus celdas o pasillos, gritos jubilosos porque ha llegado una boleta de libertad, alguien que de un extremo a otro del patio busca al amigo, reclamos furiosos por quitarme esas pajas. . . Y sin embargo, hay una especie de silencio en medio de este ruido uniforme, monótono, igual. Por esto cuando algo extraño sucede como que alguien cae al suelo rompiendo loza o que alguna persona tropieza haciendo un gran ruido, este hecho desusado es detectado en todo el patio que lo celebra con un grito unánime, espontáneo, total.

Para entonces nuestras actividades colectivas eran ya bien visibles, ganándonos simpatías y respeto y también resentimiento y hostilidad entre las gentes más degradadas, contrarias a toda disciplina. Nuestra condición de grupo, de personas solidarias prontas a ayudarse y defenderse nos daban fuerza, lo que no gustaba ni a los guardianes ni a quienes explotan el aislamiento y vulnerabilidad del detenido. Con nuestras actividades comenzamos en la Modelo a romper el anonimato porque hasta entonces el término **preso político** tenía muy poca significación para aquella masa enorme de presos o para los guardianes, a quienes todavía no se adoctrinaba diariamente contra nosotros, señalándonos como elementos de máxima peligrosidad, lo que sucedería muy pronto.

Adelanto acá lo que sólo meses más tarde comprenderíamos: la inconveniencia de hablar de **delincuentes comunes**, expresión usada en diversos carteles y documentos que levantaban la consigna "los presos políticos no son delincuentes comunes, son luchadores del pueblo". Pero el preso no político se interrogaba acerca del término "común" ("¿es que ustedes son presos finos?"), llegó a interrogarnos alguno, que introducía una discriminación antipática que lo desfavorecía. Con ese lenguaje aparecíamos con aires de suficiencia, colocándonos por encima de ellos, separándonos y exigiendo un trato preferencial que no comprendían. Y esa separación existió marcadamente en los primeros meses de nuestra detención. Andábamos entre nosotros para arriba y para abajo, jugábamos y estudiábamos (salvo el día que salíamos a la cancha de deportes), nos separábamos del **pueblo**, si así puedo expresarlo, pues los presos en su conjunto eran

eso, pueblo. (Y qué gran parecido tenía el patio los días de visita con una plaza de pueblo en un día de fiesta!).

Particularmente nos alejábamos y excluíamos de todo trato o relación a los raterillos que tenían en la cárcel su mejor teatro de operaciones y que con frecuencia, por unos pocos pesos, eran fuente de soplonerías y apuñalamientos traidores. A los adictos a las drogas y la marihuana y a los homosexuales activos y pasivos, por nuestros prejuicios y una gran incompreensión de los problemas sociales y carcelarios, que poco a poco veríamos con nuevos ojos. Pero con esta conducta también buscábamos alejarnos de relaciones que podían envolvernos en conflictos ajenos y disminuir nuestra seguridad. Meses más tarde las autoridades carcelarias buscarían, sin éxito, enfrentar a los "comunes" con los "políticos".

Y quiénes eran esos presos **comunes** en nuestro patio, el segundo en **prestigio** dentro de la cárcel? ¿Cómo funcionaba esta?

De acuerdo con la reglamentación en cada patio deberían estar detenidos los **sumariados** (aún no condenados) según determinada clasificación de delitos, grado de reincidencia y peligrosidad la que se medía según el número de ingresos a la cárcel, de heridos o muertos dentro de ella o la comisión de otros delitos graves. Pero esto casi no se cumplía.

Varios de nosotros seguíamos "viviendo en la calle". Nuestras angustias, afanes y esperanzas eran las externas. No existía tiempo para el ocio o el abatimiento pues las huelgas, los conflictos sociales, los combates guerrilleros, las luchas en los pueblos hermanos como Nicaragua, El Salvador y Guatemala, las nuevas capturas, eran lo realmente importante. Los sábados cuando nos visitaban amigos sindicalistas u otros, quedaban sorprendidos de nuestra **sobreinformación**, que casi ninguno de ellos tenía. Se debía a que vivíamos prendidos de los radioperiódicos, costumbre enfermiza de todos los presos políticos, pendiente minuto a minuto de lo que estaba pasando. Y muchos presos políticos actuaban en igual forma, comentando con el vecino, gritándolo de patio a patio. Cuando alguno de ellos "pescaba" una noticia que suponía podía interesarnos, llegaba presuroso a comentárnosla, con su carga de emoción y distorsión. Contábamos por esto con amplísima red de corresponsales, especialmente útil en las noches cuando los desvelados --que son cientos-- golpeaban suavemente las puertas y hacían circular de celda en celda la noticia candente. (Así me llegó la de la captura de mi hijo Mauricio, a las tres de la mañana).

A finales de 1977 muchos nuevos presos políticos llenaban las cárceles del país, incluyendo la Modelo, en la que nos encontrábamos ya unos 80. La necesidad de organización era cada día más imperiosa y se vió favorecida porque algunos puestos de ordenanzas o mensajeros dentro de los patios y en dependencias especiales estaban a cargo de presos políticos o de personas de confianza, que simpatizaban con nosotros (meses más tarde no se permitiría a ningún preso político ocupar esos cargos). Por esto, desde hacía algún tiempo y en la medida en que afianzábamos relaciones con detenidos diferentes a los políticos y entre nosotros mismos, veíamos la necesidad de organizarnos internamente, de tener un mejor plan político de actividades, incluso una proyección hacia la calle. Las aulas, algunos talleres y el mejoramiento de relaciones con algunos guardianes, personal administrativo y otros, fueron motivo de nuestra preocupación. Nuestra comunicación externa era ya fluida y permanente. Pero creíamos que esto no era suficiente. Discutimos este punto. Hubo voces, algunas de ellas sorprendidas para mí, que sostuvieron la tesis de que allí nada podíamos hacer: ni en las aulas de estudio, ni en los talleres, ni con los presos, ni con los guardianes o suboficiales, ni con las trabajadoras sociales.

Pero por consenso unánime elaboramos un primer documento de organización interna, dividiéndonos en grupos dentro de cada patio, en lo posible con integrantes de diversas corrientes políticas, señalando condiciones de vinculación a ellos de presos no políticos, las formas de coordinación entre patios y grupos. Definimos qué entendíamos por preso político, ampliando el concepto a muchos casos típicamente políticos o sociales, pero calificados de diferente manera por los jueces (dirigentes sindicales, de paros cívicos, indígenas detenidos por sus luchas, campesinos en iguales condiciones, etc.). Enviamos este documento a diversas cárceles con las que teníamos alguna relación, especialmente con la de mujeres en Bogotá, el Buen Pastor. Allí está Tila, de quien con frecuencia me llegaban cartas y papelitos atrasados que me llenaban de alegría y permitían saber cómo era su vida, la de sus compañeras, su organización, que seguía un proceso de evolución similar al nuestro, de más reducidas dimensiones. (También ella en los primeros días sintió el peso de las consejas externas, cultivadas y transmitidas por una de sus compañeras de cárcel y expediente). Yo escribía a Tila largas cartas personales y políticas, le enviaba escritos y comentarios sobre los libros que leía. Más tarde ésto sería imposible.

Todo esto en lo más íntimo me llenaba de ánimo y entusiasmo, hacía crecer mi experiencia y conocimientos, demostraba y comprobaba que la cárcel, por encima de toda frase altisonante,

era otra trinchera de lucha. Además, ¿cómo no meditar allí continuamente en las cuestiones políticas, sus dificultades, problemas y caminos revolucionarios? ¿Cómo no meditar también en la propia vida? ¿Cómo no reexaminar la utilidad o inutilidad de ella? La pobreza diaria, las privaciones, la celda como habitación única y minúscula, el contacto permanente con este enorme mundo de problemas sociales, hacían pensar en el relativo aislamiento, blanduras y comodidades de años atrás. El ambiente general invitaba al compañerismo, la unidad, la disciplina, la sencillez, el mejor conocimiento de nosotros mismos y de nuestras limitaciones.

VISITAS DE FAMILIARES Y AMIGOS

Alegría y tormento para el detenido constituyen las visitas. Es difícil narrar la expectativa, la ansiedad que rodea la llegada de los familiares y de los amigos, sobre todo los primeros días. Y más difícil describir la emoción, las lágrimas, el reconfortarse mutuamente, la alegría infinita que va decayendo en la medida en que se acerca el momento de la despedida, cuando nos invadirá la nostalgia. Pero esas visitas vienen acompañadas de amarguras y vejaciones, obstáculos y humillaciones para el visitante y por las noticias de los padecimientos, privaciones y problemas de los nuestros. El odio que día a día crece en el corazón de cada detenido se agiganta el día de las visitas y el rencor alimenta deseos de venganza y justicia por propia mano. Se averigua el nombre de los más odiados guardianes, los que más atropellan al indefenso y ansioso visitante y se rumían cientos de castigos para él. . . como antes se han rumiado castigos para torturadores, jueces, delatores, testigos falsos. . .

Ingresar como visitante a la Modelo (y lo mismo ocurre en todas las grandes cárceles del país) constituye enorme sacrificio. Se debe llegar a ella a las cinco de la mañana si se quiere obtener alguno de los primeros puestos en las interminables colas: no menos de cinco mil personas desean visitar entre sábados y domingos a sus seres queridos. Quienes no se apresuran, a las 12 del día quedan por fuera. Las puertas se abren a las 8 a.m. La requisita es deliberadamente parsimoniosa, denigrante. El manoseo de las mujeres, aún las ancianas, constituye la peor ofensa para ellas y para el que espera. Desnudas, se las palpa interna e íntimamente y se las obliga a hacer flexiones con el pretexto de detectar caletas (escondites) para la droga y las armas. (¿Podrá acaso una mujer esconder en su vagina o en su ano un revólver o una enorme arma blanca?). Se les destrozan las pocas cosas que llevan y, como por arte de magia, a las novatas se les desaparecen la mitad de los alimentos que llevan. Menudean los insultos

y amenazas, los chistes y alusiones groseras, las provocaciones de los guardianes y guardianas. Sólo las prostitutas que van a ofrecer sus servicios o algunas que van a visitar a sus amigos y compañeros sonríen. Pero las más aguerridas y muchas otras visitantes veteranas responden eficazmente y se enfrentan con coraje a las amenazas de suspensión de visitas u otras. Varias veces se han desarrollado batallas campales en las puertas de la cárcel, recibiendo los guardianes y guardianas las bofetadas de las ropas y alimentos, los golpes de las ollas, los "madrazos" plenos de quienes no se achican.

Las filas son semilleros de conflictos porque alguien se adelanta o se introduce violando el derecho de otros, porque antes dos personas se han conocido y tienen disputas, porque son familiares de presos que entre sí tienen diferencias, porque son vecinos y se llevan mal, porque dos mujeres se disputan el amor del mismo hombre. Estos últimos son los peores y más frecuentes casos, que a menudo se dirimen dentro de la cárcel o en las filas a cuchilladas, con vidrios o con armas corto-punzantes.

La visita también es fuente de negocios. Toda persona, en la Modelo, debe estar provista de boleta del respectivo juzgado. . . pero se puede comprar en la puerta de la Cárcel o se puede pagar al guardián para que se haga el de la vista gorda o se puede adquirir, también en la puerta, un tiquete de bus intermunicipal para comprobar que, por vivir fuera de la ciudad, no se ha podido ir al juzgado. Se pueden comprar también los puestos delanteros de la fila. Cientos de niños vecinos de la cárcel los sábados y domingos al amanecer copan los primeros puestos que luego venden a quienes van llegando (algunos guardianes celosos exigen su propina a los pobres muchachos). Además, a la cárcel no se puede entrar con pantalón largo o con calzado alto, de tacones, en el caso de las mujeres. Quienes no lo saben deben pagar bodegaje y alquiler de faldas, sandalias o chancletas, en los negocios establecidos para ello. (También se puede pagar para entrar dosis moderadas de marihuana o drogas, que no afecten los grandes negocios internos, sólo para el consumo dominical que las parejas usan en gran fiesta, pagando en el pasillo nueva cuota).

está La mayoría de los visitantes trata de ocultar al detenido sus ~~visitas~~ ^{visitas} visitas, pero éste sabe que existen. Muchas veces cuando su visita llega el detenido ya sabe que ha sufrido contratiempos, que la han amenazado con no dejarla entrar, que le han decomisado parte de las provisiones, que la han tratado mal. . . porque no hay nada más veloz que el correo interno de las cárceles. Y cientos de veces el detenido preferiría que no lo visitaran las mujeres, las más ultrajadas y humilladas. Pero son ellas las que

constituyen la mejor compañía, ya sea la madre, la hija, la hermana, la compañera, la amiga. . .

Al principio los familiares de los presos políticos sufrieron todos los vejámenes. Pero poco a poco al ganarse en organización, comprensión e influencia, se fue logrando un trato más o menos respetuoso sin que dejaran de presentarse problemas por el despotismo, abusos y ultrajes de los peores cancerberos. Con el correr de los meses y el aumento del número de presos políticos logramos respeto creciente para nuestros visitantes y también para los de los otros presos.

MOMENTOS AMARGOS

Se viven en las cárceles innumerables momentos inmensamente amargos, marcados y agravados siempre por la dura angustia que da la impotencia, el saber que frente a ciertas situaciones nada puede hacerse. A dos de ellos deseo referirme, transcurridos durante mi permanencia en la Modelo: la publicación de un libelo calumnioso contra mí y la captura de mi hijo Mauricio.

Un par de meses después de mi traslado a la Modelo las principales emisoras del país y algunos periódicos se hicieron eco de una maniobra de los servicios de inteligencia del ejército que con ayuda de delatores y traidores falsificaron una edición de Insurrección, periódico del ELN. Se me acusaba de ser un agente de la CIA, llevando desconfianza y confusión a los grupos populares y revolucionarios y enorme dolor a mis hijos y familiares. Esta falsificación y divulgación escandalosas superaba otras anteriores, por el sistema utilizado y la amplia colaboración recibida. Esa afirmación no era nueva, sin embargo. Bien sabido es que la maniobra sucia de acusar de agentes de la CIA a diversos revolucionarios fue empleada desde años atrás por personas y agrupaciones políticas torpes empeñadas en destruir a quienes no están de acuerdo con ellas. Se ha utilizado en Argentina y en Uruguay, en Perú y en Chile, en Venezuela y en México, en Brasil y El Salvador. A tal grado fue utilizada que perdió credibilidad después de la Revolución Cubana, cuando los interesados arreciaron su uso. Pero, de todas maneras, una especie de tal naturaleza causa daño, tiene propósitos definidos, hace parte del arsenal de la contrarrevolución.

Las gestiones de mis hijas y de mi hijo Francisco consiguieron parar la ofensiva en emisoras y periódicos, obteniendo rectificación en algunos de ellos. Pero, como dice la sabiduría popular, "es más fácil recoger las plumas de una gallina lanzadas al viento que recoger los efectos de una calumnia". En la cárcel sus efec-

tos se hicieron sentir muy levemente. Los compañeros detenidos por actividades políticas conocían bien este tipo de maniobras; eran además testigos de mi actitud y conducta diarias y muchos de ellos, sin conocerme, habían oído hablar de mí. Incluso algunos de ellos, más tarde, tomaron la determinación de enfrentarse a mis calumniadores callejeros exigiéndoles pruebas de lo que afirmaban o retransmitían. Desde luego, no faltó tal o cual persona cavilosa, que en silencio escuchaba los rumores.

Mi máxima preocupación provenía de saber que se estaban utilizando esos métodos sucios para confundir o dirimir divergencias políticas. Constatava que, inexorablemente, terminan unidos en las mismas maniobras los servicios de inteligencia del ejército y las gentes deshonestas que las utilizan. (En años siguientes los servicios de inteligencia y los periodistas a su servicio no me olvidarían: periódicamente publicarían noticias escandalosas, me involucrarían en nuevos hechos investigados, mantendrían la imagen de "gran jefe" y de "ideólogo del ELN" que desde el primer momento habían prefabricado. Tres años después de mi detención, hallándome en La Picota en un patio en el que abundaban los matones, "El Tiempo", a grandes titulares, informaba que en mi poder se hallaban 80 millones de pesos pertenecientes a la guerrilla!).

No había pasado un mes de la publicación del pasquín a que atrás me he referido cuando se produjo un nuevo y duro golpe: la captura de mi hijo Mauricio, en la ciudad de Barranquilla. Escuché por radio las primeras informaciones en la madrugada del 13 de septiembre. Fueron días angustiosos, desesperantes, en momentos en que la tortura de nuevo hacía su agosto y los muertos y desapariciones no eran algo raro. Estuve bastante sólo en aquellos días pues mis compañeros, quizás por su juventud, no alcanzaban a medir la gravedad que para nosotros tenía este hecho y además tal vez pensaban que el caso de Mauricio era igual al suyo y pronto recuperaría su libertad. (Y existían también, con mucho de infantilismo, posiciones machistas, de **verraquera**, según el lenguaje popular colombiano. Llegar a la cárcel era demostración de ellos). Lo que más me atormentaba era pensar en Tila, que debería estar enormemente afligida, angustiada, golpeada en su moral. Este hecho nos debilitaba mucho, pues en Mauricio teníamos mayor esperanza externa. Se añadía a ese dolor la captura simultánea de Omaira Montoya, compañera entrañable de quien teníamos los mejores recuerdos por su sencillez, valor y sentido de responsabilidad. De ella y de su compañero, Lorenzo, habíamos sido amigos y también la angustia de él era la mía, lo llevaba en mi corazón.

Como es sabido, Omaira fué "desaparecida" por las fuerzas militares. (Hoy todavía sigue siendo válida la pregunta "¿Dónde está Omaira?", formulada desde entonces en calcomanías, afiches, comunicados). Me atormentaba igualmente pensar en mis dos hijas y en mi hijo menor, Francisco, que debían sentirse más desamparados, más débiles. En cuanto a Mauricio, afortunadamente pronto tuvimos noticias. Estaba vivo aunque, igual que Omaira, había sido bestialmente torturado. Previendo su posible desaparición, Mauricio en el momento de su detención, siguiendo la experiencia de algunos tupamaros, a gritos se identificó ante decenas de personas que presenciaban el hecho. Seguramente, esto le salvó la vida.

Esperanza viajó inmediatamente a Barranquilla para hacerle frente a la amarga situación. Todas las autoridades quisieron burlarse de ella, negando la captura de su hermano, enviándola de un sitio a otro, mintiendo deliberadamente. Finalmente con la tenaz ayuda de un honesto y activo abogado logró su localización, cuando ya había pasado a manos de la justicia militar y de Omaira nada se sabía y todo se negaba.

A finales del mes de septiembre fué trasladado a la Modelo en Bogotá, para ser unido a nuestro proceso.

Septiembre 26. Ha sucedido lo que no esperaba tan pronto: Mauricio está acá, en mi misma celda. Uno de mis ya abundantes amigos, que se mueve por toda la cárcel, me informó que ya había llegado y estaba en el patio en el que se ubica por pocas horas a los recién llegados. Conseguí que me permitieran verlo. No estaba en el patio sino en una celda-calabozo. No puedo describir nuestro encuentro. Mauricio lloró de emoción, se me saltaron las lágrimas. Queríamos hablar de todo. Está bien, las torturas no dejaron mayores secuelas, tan sólo heridas en proceso de cicatrización. Qué amargo tenerlo acá, al lado mío, preso dentro del mismo expediente. Pero qué alegría al mismo tiempo. Se hace ahora más grande el desamparo de mis hijas e hijo menor y el nuestro.

Sentimientos nobles, antagónicos que invadieron aquellos días: de un lado la alegría de tenerlo al lado mío, de poder dialogar con él, de darnos mutua ayuda y protección, de reiniciar nuestras conversaciones suspendidas muchos meses atrás cuando él también debió abandonar nuestra casa. De otro lado la enorme tristeza de saberlo preso, en plena juventud, iniciando sus 26 años. Ahora, cuando escribo estos recuerdos (agosto de 1982) Mauricio continúa en la penitenciaría de El Barne. Nuestro dolor por este hecho sigue siendo muy grande.

Me relató su captura y torturas, que denunció poco después en memorial al Ministro de Justicia, que no tuvo efecto alguno:

"Doctor

.....
Ministro de Justicia

Doctor

.....
Procurador General de la Nación
E.S.D.

la Profundamente angustiado y preocupado por la total desaparición de la señorita Omaira Montoya Henao, capturada junto conmigo por el F-2 en la ciudad de Barranquilla, me dirijo a ustedes solicitándoles investiguen la presente denuncia:

El día 9 de septiembre de 1977, a las 5.30 p.m. fuimos detenidos la señorita Omaira Montoya H. y yo, a la altura de la calle 72 con carrera 44, por unidades de la Policía Nacional, adscritas al F-2, al mando de un Teniente, Los tres sujetos que nos detuvieron iban vestidos de civil y se identificaron como miembros de esta Institución.

2 Fuimos conducidos a una camioneta Ranger modelo 76, color violeta, y en forma violenta nos introdujeron en ella. A ambos nos esposaron y nos condujeron a unos terrenos solitarios, de arenas y arbustos, a los cuales se llega entrando por una carretera destapada que queda cerca del Aeropuerto de Soledad. Después de llegar a esos parajes solitarios, detuvieron la camioneta. A ese mismo sitio llegaron varios carros y de ellos bajaron no menos de 10 hombres de civil, portando metralletas.

Me condujeron a unos cincuenta metros de distancia de la camioneta y a Omaira la dejaron dentro de la misma. Procedieron a interrogarme y a exigirme que confesara una supuesta intervención mía en el secuestro del señor Chain (acaecido en agosto en esa ciudad), así como mi vinculación al ELN. Como negué toda participación en este hecho, procedieron a golpearme y amenazarme de muerte, buscando de esta manera que yo aceptara hechos que desconozco.

Las torturas fueron las siguientes:

Me colgaron esposado de un árbol, con las manos atrás; me golpearon con las cachas de revólveres en la cabeza; me golpearon la espalda y el tórax con patadas, puños y varas; también me

golpearon los testículos; me apretaron el cuello, lo que me produjo pérdida del conocimiento en tres ocasiones; me introdujeron un palo en el ano; me hicieron simulacros de fusilamiento, disparando al lado de mi cabeza; me llenaron varias veces la boca de arena y agua salobre. Estuvieron presentes observando estas torturas un Coronel de la Policía y el Jefe del B-2 de la 2a. Brigada del Ejército.

Estas torturas las recibí durante varias horas. Finalmente, perdí el conocimiento y cuando desperté me tenían esposado en una playa solitaria y Omaira había desaparecido. Durante dos días consecutivos me mantuvieron en estas playas y cada cinco horas aproximadamente se turnaban estos sujetos del F-2. En estos 2 días continué recibiendo maltrato físico, no me permitieron dormir ni me dieron agua o alimento y constantemente me amenazaban de muerte.

Posteriormente, el día 12, fui conducido a la Estación de Policía de Soledad y el día 14 fui trasladado a la 2a. Brigada del Ejército y puesto a órdenes del Juez 14, Penal Militar. Finalmente, trasladado a Bogotá, a órdenes del Juez 9o. Penal Militar.

Como inicialmente manifesté, hasta hoy se desconoce el paradero y situación de mi amiga Omaira Montoya, situación mucho más grave si se tiene en cuenta que el F-2 le informó al Juez 14 que Omaira se había fugado en el momento de nuestra captura y que por lo tanto no sabía nada de ella. Esto es absoluta y totalmente falso, pues como anteriormente expuse, ella y yo fuimos conducidos esposados a la playa y posteriormente, debido a la situación que se presentó, yo no pude observar que sucedió con ella. Este informe del F-2 al Juez demuestra sus oscuros propósitos. La desaparición de Omaira junto con estas infames torturas a que me sometieron, niegan en la práctica todos los Derechos Humanos que este gobierno dice defender.

Omaira Montoya es (o era?) una profesional bacterióloga, oriunda de Medellín de 30 años de edad, aproximadamente. Nacida en el seno de una familia respetable, siempre se distinguió como persona seria, responsable e interesada por los problemas de nuestro pueblo y de nuestra Nación.

Abrigo la confianza de que ustedes no permitirán que queden en la impunidad estos graves hechos.

Mauricio Trujillo Uribe

La presencia del hijo, amarga por tantos aspectos, fué también amable y productiva. Me sentí más acompañado, más seguro, encontré con quien dialogar en forma más cercana. Además entró a fortalecer todo el trabajo que veníamos haciendo, a aportar ideas, dinámica, entusiasmo. Su moral era muy alta; lo que más lo apesadumbraba era ver a sus padres privados de libertad.

Las autoridades carcelarias consideraron peligroso que estuviéramos en el mismo patio. Para entonces ya la Brigada y la Policía metían fuertemente sus narices en las cárceles, vigilando lo que allí sucedía. Los policías detenidos eran sus mejores fuentes de información. Mauricio habría sido asignado al séptimo patio pero conseguimos su ubicación en el noveno, aunque seguía figurando en el otro. Fuimos separados, siendo yo trasladado al patio quinto y él ubicado definitivamente en la celda que yo ocupaba en el patio noveno. Había sido corta pero fructífera nuestra compañía y la separación no sería excesivamente estricta por las facilidades de movilización que yo tenía, de un patio a otro. Y porque podíamos vernos en las aulas de estudio y en la cancha de deportes, una vez a la semana. Sólo una cuestión nos preocupaba: ¿Cómo harían nuestros familiares para visitarnos, encontrándonos en patrios diferentes?

Más sucedía esto los domingos. Los sábados, por la forzada permanencia en los patios, se facilitaban los corrillos, la visita en común, una mejor prelación entre visitantes y detenidos (y estos mismos sábados — un poco menos los domingos— eran amargos los días de lluvia, tan frecuentes en Bogotá: todo el mundo empapado y debíamos hacinarnos aún más en el estrechísimo y maloliente pasillo central). Pero como la visita del domingo se verificaba en las celdas, que se agrandaban sin saber cómo para dar cabida a muchos visitantes, quedábamos aislados del resto de las personas amigas. Y con mayor razón se aislaban las parejas, urgidas de intimidad, afanosas de compartir momentos felices.

También los domingos recibí sin falta las visitas familiares, al principio cuando aún no tenía celda individual, mitad del tiempo en el patio y mitad en la celda que, en comparación con otras y por compartirla sólo con otro detenido, me parecía ya recinto confortable, a pesar de que dormía en el suelo, teniendo por cama cartones, papeles y un modesto colchón de espuma. Mis familiares nada me dijeron pero más tarde supe que, turnándose, salían de la celda a dar rienda suelta a sus lágrimas. Cada mes se permitía visita de niños. Mis pequeños nietos Martín y Manolito —más tarde Libertad y María Fernanda— me trae-

rían enorme alegría (He ahí uno de los más duros resultados de la prisión: no haber podido convivir con ellos en sus primeros, tiernos y bellos años).

En relación con las familias dimos nuevos pasos de avance. Los familiares se esmeraban en traernos los más preferidos alimentos, bocados especiales preparados con esmero, "pero —decían— sólo para tí, no los vas a compartir porque son muy pocos y queremos que tú los comas". Y aconsejaban lo mismo con panes, bocadillos, quesos, frutas, que deberían durar toda la semana. Y no sólo por esas recomendaciones cariñosas sino por nuestro tradicional individualismo, muchas celdas se convertían en nutridas despensas en tanto que otras estaban vacías. Algunos llevábamos al desayuno y almuerzo parte de las provisiones que nos traían, para su distribución, pero el grueso de ellas continuaba almacenado. Entonces propusimos y se aceptó, por algunos a regañadientes, hacer un inventario de nuestras necesidades colectivas en frutas, pan, chocolate, café y otras provisiones solicitando a los familiares que se coordinaran entre ellos para distribuirse el suministro de lo requerido, sugiriéndoles eliminar los "bocados especiales" lo que, en verdad, jamás conseguimos. Pero en la centralización de las demás provisiones poco a poco obtuvimos éxito, iniciándose la existencia de una despensa en común sin importar si alguien aportaba o no (pues las familias no siempre podían hacerlo). De esta manera fué necesario designar una especie de ecónomo que se unió al tesorero que ya teníamos, a quien entregabamos también parte de los centavos que nuestros familiares nos dejaban. El sistema inicialmente tuvo muchas deficiencias y no marchó igual en todos los patios, pero fué perfeccionándose con el tiempo, convirtiéndose en nuevo elemento de integración, incluso familiar, de formación y disciplina.

Comenzamos así a llenar un gran vacío, que nunca logramos llenar debidamente: el distanciamiento de las familias, que no se conocían ni ayudaban, no tenían conciencia de su particular condición de familiares de presos políticos.

Y así fuimos sobrellevando nuestra situación, sin dramatismos ni quejumbres. Con la vida colectiva, el deporte, el trabajo, el estudio, que llenaban nuestras vidas entre visita y visita, derrotábamos la nostalgia y la soledad que a unos golpeaban más fuertemente que a otros: la ausencia del hogar, de tantos momentos amables en ellos y con las amistades; la soledad del sexo, de las caricias de los nuestros, soledad acompañada con frecuencia de insomnio, el continuo rumiar de lo íntimo y las pesadillas de los sueños, agudizadas por las odiosas y martirizantes bombillas encendidas toda la noche.

EL PATIO QUINTO

A El traslado a este patio, motivado por la llegada de Mauricio, me trajo algunas ventajas, como la de disfrutar de celda individual y la posibilidad de estrechar relaciones con los dos únicos presos políticos (Carlos y Fernando) que en ese momento se encontraban allí. Dos meses después seríamos ya seis y un poco después diez, incluídos Mauricio y Germán Camelo, trasladados posteriormente. Con los primeros dos compañeros y luego con los restantes iniciamos una intensa y productiva relación, una sólida relación interfamiliar, una férrea disciplina en el estudio, el deporte y en nuestros hábitos diarios, especialmente en cuanto al buen uso del tiempo (aspecto habitual en mí y que tuve presente desde el primer momento de mi ingreso a la Modelo, lo que me permitiría leer abundantemente, escribir muy diversos documentos, análisis históricos y desarrollar otros temas. Estando aún en prisión tuve la alegría de ver publicado uno de estos escritos, un Diccionario Socio-Político elemental).

En el patio quinto, entre muchas otras demostraciones de cariño, hubo una muy espontánea, sólo superada con la demostración de solidaridad y respaldó el día de nuestro traslado, en diciembre de 1978. Consistió aquella en que algunos detenidos de escasos recursos, sin participación de preso político alguno, decidieron hacer una colecta para obsequiarme una sudadera para el deporte, ya que todos los días en las horas matutinas me veían portar un viejo y raído pantalón.

C Siguiendo las normas que ya habíamos dado, nos dividimos en grupos de estudio y trabajo, formando un solo colectivo para la consecución o preparación de los alimentos, la despensa común y la recreación. A los grupos de estudio incorporamos algunos compañeros que no eran presos políticos, en la misma forma que con muchos de ellos practicábamos los ejercicios físicos. Como resultado de nuestra experiencia y análisis crítico, buscábamos el acercamiento e integración con otros compañeros de cautiverio, lo que vino a convertirse en una segunda etapa de nuestra vida en prisión. La primera había sido de casi separación y aislamiento, justificada sólo parcialmente por razones de seguridad y por el temor de vernos comprometidos en intrigas, disputas y problemas ajenos.

Uno de nuestros compañeros tocaba bien la guitarra y tenía excelente voz. También dos de sus hermanas, que ningún domingo dejaban de visitarnos. Los tres integraban magnífico grupo de variado repertorio, que incluía canciones revolucionarias que entonábamos a coro. Se volvió costumbre y uno de los mo-

mentos más esperados, reunirnos los domingos a la una de la tarde para compartir tres horas de alegre camaradería, en medio de canciones y con la visible simpatía de la mayoría de los detenidos. (¡Qué grandes compañeros de cárcel fueron Mercedes Sosa, Víctor Jara, los Quilapayún, los Chaichaleros, Juan M. Serrat los Mejía Godoy, los Parra y tantos otros! La canción perdida de Jorge Veloz "La Lora Proletaria" constituiría en esta y en otras cárceles nuestro himno desafiante de todos los momentos).

La integración familiar, no sólo por aspectos prácticos externos, sino por sus implicaciones efectivas los días de visita, nos ayudó a sobrellevar aquel calvario de cuyas amarguras poco hablabamos pero sentíamos en nuestra vida diaria. Nuestras familias en los momentos de expansión olvidaban las angustias, las horas anteriores de oprobio al ingresar a visitarnos, los duros momentos que las esperaban. Para nosotros se acabaron los días sin visitas, porque la de cada uno de nosotros era la de todos, lo que cada uno aportaba era para todos, el afecto familiar a todos nos cobijaba por igual. En este aspecto siempre fuí afortunado ya que podía contar con los dedos de la mano los días en que mis numerosos familiares (de Tila, propiamente) no pudieron visitarme. Mis cuñados Juancho y Sofía y mis tres hijos libres siempre estuvieron en primera fila.

Aspecto muy importante de este acercamiento familiar fué dar impulso a una necesidad vital, vivida en todos los patios: la constitución de un Comité de Familiares de Presos Políticos (CFPP), del que mi hijo e hija serían firmes puntuales. Comenzó a funcionar con pocas familias pues no todas comprendían su importancia y necesidad, porque el sectarismo hacía estragos (y lo sigue haciendo) involucrando a las familias y porque la enorme represión crecía a pasos agigantados atemorizando y haciendo muy cautelosas a las personas. El CFPP comenzó a jugar un papel significativo en nuestra solidaridad denunciando atropellos, violaciones de los Derechos Humanos, visitando jueces y autoridades, buscando ayudas económicas, acercándose a personas influyentes que podían ayudar a los presos políticos. Languidecía el gobierno de López Michelsen, una de las más grandes estafas sufridas por el pueblo en toda su historia. Una buena parte de la opinión pública ya estaba enterada de que en las cárceles del país estaban muchos luchadores revolucionarios, que los Concejos de Guerra eran diarios y afilaban más sus garras, que la Justicia Militar y el poder de las Fuerzas Armadas habían sido enormemente reforzados. El rompimiento del silencio, que tanto había favorecido y favorecía la represión y el avance de la militarización del país, fué posible por la labor del CSPP, acom-

pañado después por el CFPP. Aún no había nacido el Comité Permanente para la Defensa de los Derechos Humanos y alguna prensa de izquierda, por desgracia, silenciaba lo que pasaba en las cárceles, pues los detenidos no eran de sus simpatías políticas. Faltaban pocos meses para la agudización de las torturas, asesinatos y represión gigantesca que obligaría a esos periódicos y organizaciones políticas a romper esa incomprensible mudez. (Hecho curioso y diciente: algunos meses después uno de esos periódicos daría merecido y sostenido despliegue a la captura de dos jóvenes estudiantes de su corriente política, sentenciados cada uno a cuatro meses de cárcel, en tanto que en líneas muy cortas y en página escondida se referiría a nuestras sentencias, que sumaban 374 años).

VIEJOS PRESOS POLITICOS

Como ya lo indiqué, cuando llegamos a La Modelo los presos específicamente políticos en los diferentes patios éramos unos 35. En el resto del país había aproximadamente otros 160. En total, unos 200 presos políticos en julio de 1977. Para noviembre de ese año éramos ya unos 350. Pero había algo más. Poco a poco fuimos descubriendo más presos políticos, de vieja detención; otros nuevos, calificados como **comunes** y muchos detenidos **sociales**, hermanados con las luchas de los presos políticos.

Tomo de mi Diario, de fechas distintas y en diferentes cárceles, las siguientes notas, para ilustrar este aspecto:

Agosto 4 (1977, La Modelo) Hay acá otros detenidos, muy cercanos a los políticos: un joven dirigente sindical, de una compañía de tabaco, acusado de haber sustraído una ínfima cantidad de cajetillas de cigarrillos, práctica bien difundida allí. La empresa, con su denuncia, ha castigado su activismo sindical. Sus compañeros de Junta Directiva los visitan, nos ayudan a conocer los problemas sindicales. Un exdirigente de los maestros se halló acá, por girar un cheque sin fondos, como tantas otras personas en este patio. Está bien informado sobre las corrientes y tendencias del movimiento sindical. Nos es muy útil su ayuda cuando analizamos estos problemas.

Por "robavacas" hay acá un detenido, bien despierto por cierto. Asegura que es persecución política, se siente colaborador de la guerrilla. Es de Yacopí y de allí lo trajeron. Tenemos lejana relación con un anterior militante revolucionario, juzgado y condenado en el "Consejo del Siglo". Conserva simpatías por las

luchas populares, pero está más interesado en "hacer negocios por cuenta propia" (secuestros en áreas rurales).

Lo vigilamos de cerca, creemos que nada bueno puede esperarse de una persona así.

Enero 10 (1978, patio quinto). Hay acá otro preso político, "clandestino". Está por intento de robo de un carro. Es verdad. Pero se trataba de una expropiación, para una actividad político-militar. Lo hemos integrado a nuestro grupo, es un compañero sencillo y estudioso.

Enero 15 (1979, El Barne). Hemos hecho muy buena amistad con Servilio, un olvidado preso político que lleva ya 11 años de detención. Fué colaborador del MOEC e integró uno de sus grupos armados, dirigido en el Tolima por Roberto González (Pedro Brincos) y Ricardo Otero. Es un excelente compañero, trabajador, disciplinado, no ha caído en la droga ni en ningún tipo de vicios. Admirables su consistencia moral, fe y entusiasmo.

Varios otros auténticos presos políticos, liberales y conservadores, hay acá, de la época de la violencia, cuando se convirtieron, algunos de ellos, en delincuentes, sobornados y presionados por los grupos de latifundistas, los ataques de la policía, el sectarismo político. En Gorgona hay varios más, entre ellos algunos comunistas. Muchos tienen condenas superiores a los 50 años.

Febrero 10. Converso asiduamente con un campesino que se me acerca cuando hago mis diarias caminatas por la mañana. Es mi vecino de celda. Trabaja en figuería. Su vocabulario es bien reducido. Lleva, en esta etapa, 8 años preso. Antes estuvo otras temporadas. Está acusado de haber dado muerte al Jefe de Personal de una de las más importantes empresas agrícolas del país. Fué juzgado junto con dirigentes sindicales de esta empresa, a su vez militantes de una organización política de izquierda. Me dice que es inocente, en este caso, que sus compañeros lo abandonaron. Me relata crímenes de espanto en los que participó, en la época de la violencia ciega en Santander del Sur, de donde es oriundo. Pertenece, cuando era niño, a una banda conservadora a órdenes de quien hoy es importantísimo personaje político, senador, ex-gobernador, que también participaba en muchas azonadas contra los liberales. Mi amigo ha hecho conciencia de que fué usado y corrompido cuanto tenía diez años.

Refiriéndose a esta época me dice: "Los doctores quieren hacer la revolución con lápices y no se puede, es con ametralladora".

doras que se hace ". Fué duramente explotado y perseguido en Venezuela, en donde trabajó como indocumentado. Ha sufrido mucho. Sueña con mil memoriales extraños, con contactar abogados. Ha perdido un poco el juicio.

Junio 4 (1980. La Picota). He conocido dos nuevos presos políticos, antiguos guerrilleros del Sur del Tolima. Uno de ellos, **Januario Valero**, quien fué conocido como "Oscar Reyes", tuvo gran prestigio, junto con Manuel Marulanda Velez y **Ciro Castañón Trujillo** firmó el documento constitutivo de las FARC, en abril de 1966. Hoy es un hombre semiidiotizado, después de 10 años de cárcel, de ellos varios en el frenocomio, a donde se le envió para destruirlo. El otro guerrillero, **Ricaurte**, fue segundo de otro valioso cuadro guerrillero **Isauro Yosa (Comandante Lister)**. Se siente abandonado políticamente pero se sigue considerando revolucionario. Es difícil aceptar que un viejecito cándido, como **Januario**, casi inútil, poco respetado, haya sido en el pasado conocido conductor de las luchas armadas de nuestro pueblo y hoy esté en esta situación, sin apoyo y olvidado. Pero no ha sido caso único. Una de nuestras más amargas experiencias, ya detenidos, fué saber que en el Buen Pastor se encontraba la **Mona Mariela**, condenada a 17 años, de los que ya había pagado cinco. Su nombre se hizo conocido y famoso por haber participado en forma destacada (por primera vez una mujer en nuestro país) en la toma de **Simacota**, acción-bandera del ELN. Estaba abandonada, tan sólo con lejana ayuda jurídica. La presencia del grupo de presas políticas ha servido para reincorporarla, es muy útil para todas ellas por su experiencia. Y quien se acuerda de tantos otros presos políticos en diferentes cárceles del país, incluida **Gorgona**?

Julio 31. **Lubin** me ha venido obsequiando "sus" escritos, bellamente empastados por él mismo, pues trabaja en encuadernación: el Manifiesto Comunista, el Programa del Partido Comunista y otros similares. En los lomos, con letras doradas, pone su nombre, como autor. Hoy me trae su "Manifiesto del Partido Lubinista", con su foto: en varios muros de la cárcel también lo ha puesto, junto con las de **Marx** y **Lenin**. Su trabajo en la tipografía le permite hacer esto. El Manifiesto, en unas de sus partes, dice: "Pensador, **Lubin**, Líder Comandante del Pueblo Mundial, o clase obrera en general: Liberalismo, Socialismo, Comunismo. . ." "... Yo soy un hombre, yo soy un pueblo unido, soy el mismo **Marx**, **Napoleón**, **Bolívar**, **El Ché**, **Santander**, **Mosquera**, **Lenin**, **Nariño Camilo Torres**, **Fidel**, **San Martín**, **Guadalupe Salcedo**, **Mao Tse**, **Tito** y demás liberales objetivos. . ." No se trata de un bromista sino de un preso completamente deschavetado. En el patio hay otras personas como él.

Uno de ellos, de raza negra, se para encima de un lavadero de ropa y permanece allí horas pronunciando discursos "al pueblito", con voz bien timbrada, pero baja. Otro, también negro, prepara infusiones con todas las yerbas que encuentra en el patio. Al tomarlas se enfurece, forma tremendas algarabías, amenaza, insulta a la dirección de la cárcel, al gobierno y a las Fuerzas Armadas, ante la diversión de sus compañeros que estimulan sus rabietas. Pero es inofensivo. Los tres han pagado largos años en Gorgona.

El caso de Lubin es significativo. Como campesino liberal se comprometió en la violencia, participando en la ejecución de un terrateniente conservador, de apellido Lis. En sus ratos de lucidez defiende los derechos de los pobres, ha leído literatura marxista y socialista, pero también cuestiones sexuales y esóticas, de todo lo cual hace pavorosa mezcla.

Otro detenido, inteligente, excelente ajedrecista, trabajador, estudioso, lleva 18 años de prisión y aún tiene otros tantos por delante. Es también del Tolima, preso igualmente por hechos de violencia contra bandas de pájaros y terratenientes. Sueña con la revolución y el socialismo. No son todos ellos, a su manera, presos políticos?

El caso de Lubin es para mí particularmente preocupante. Se me acerca continuamente, quiere conversar conmigo, hacerme partícipe de sus "proyectos políticos". No sé qué tratamiento dar a esas fantasías.

Desde años atrás existían muchos presos de este tipo, existían las torturas principalmente en las zonas campesinas, los malos tratos en las cárceles disminuídos un poco en los momentos presentes, las violaciones totales a la ley, los continuos consejos de guerra. Parecía, sin embargo que, igual que cuando las bárbaras épocas de la más intensa violencia, el país se había conaturalizado con estos hechos, a los que no daba mayor importancia. Por esto, la labor del COMITE DE SOLIDARIDAD CON LOS PRESOS POLITICOS (CSPP), creado años atrás con el apoyo, entre otras personas, de Gabriel García Márquez y que a nosotros habría de prestarnos estimulante ayuda en los años venideros, era difícil y casi ignorada.

6

7

8

9

10

11

*Intimidades
de las cárceles*

1
2
3



¿Quiénes eran en nuestro patio, el segundo en **prestigio**, esos presos **comunes** a quienes ya nos hemos referido? ¿Cómo funcionaba la Modelo por dentro?

Según la reglamentación existente, en cada patio deberían ubicarse los detenidos **sumariados** (aún no condenados) de acuerdo a una clasificación de delitos, grados de reincidencia y peligrosidad, la que se medía según el número de ingresos, heridos o muertos dentro de las cárceles o la comisión de otros delitos graves. Pero esto poco se cumplía. El dinero todo lo podía y la carencia de él constituía un delito más, el más grave. "La cárcel es para los pobres", se repetía allí con frecuencia, refiriéndose no sólo al hecho de que con dinero se puede salir con relativa facilidad o no ser llevado a ella, sino especialmente a que con él pueden obtenerse en prisión muchísimos privilegios, como celda para un sólo detenido (cuando la mayoría debe dormir en grupos de tres y cuatro, hacinados en un espacio de dos metros por uno con cincuenta), televisor, desplazamientos de un patio a otro, visitas extras, llamadas telefónicas y, desde luego, licor, droga y marihuana. D-1

En el patio noveno la mayoría de los detenidos respondía por delitos contra la propiedad en sus diversas formas: atracos, hurtos, robos, abusos de confianza, cheques sin fondos (dentro de estos, varios artesanos, pequeños industriales y comerciantes). Había también un buen porcentaje de detenidos por homicidio, lesiones, violencia carnal, bigamia, etc., variando mucho el grado de gravedad de uno a otro delito y de una a otra conducta delictiva. El noventa por ciento eran personas residentes en Bogotá, pero buena parte de ellos con un pie todavía en el campo. Escaseaban las personas de alguna preparación o con dinero e influencias. Quienes las tenían en su mayoría se hallaban en el patio quinto, de los "bacanes", según el lenguaje del lugar.

Existen notorias diferencias entre los detenidos sumariados y los condenados, que en la Modelo son pocos. La mayoría de los primeros permanece poco tiempo en prisión asumiendo una conducta inestable, angustiada, en medio del dolor desesperado de sus familiares, soñando con la libertad diaria y hora por hora,

creyendo a pie juntillas en su abogado, manteniéndose aislados de los demás presos. Personas casi todas sin antecedentes, son típicos delincuentes ocasionales o inocentes puestos tras las rejas, que llevarán el más amargo recuerdo de sus cortos días en prisión. Unos pocos de estos se convertirán en reincidentes, normalmente las personas más pobres, de los más débiles estratos económicos, cuyos delitos están determinados por la necesidad o la enorme presión del medio social en que se desenvuelven.

En cambio, el condenado para llegar a serlo, casi siempre ha pasado ya muchos meses privado de libertad y muy poco después de su detención se ha convencido de que su estadía en la cárcel no será corta, acomodándose a esta perspectiva. Se organiza entonces en mejor forma, piensa en arreglar su celda, en ir al taller, crea una red estable de relaciones. Muchos de ellos, quizás la mayoría, son también delincuentes ocasionales a quienes la "suerte" les jugó una mala pasada. Batallarán con todas sus fuerzas, sostenidos por sus familias, para no dejarse hundir, mantener la frente alta y la conducta limpia. Entre ambos grupos, sumariados transitorios y condenados, siempre se encontrarán personas honestas, serias, sensibles, a pesar del destructor ambiente de la prisión que invita al odio y a la venganza, negociación total de toda **rehabilitación** social, papel asignado teóricamente a las tétricas instalaciones carcelarias de Colombia.

Entre todos ellos ganaríamos excelentes amigos, aliados y compañeros de lucha. Varios nos dieron valor y fortaleza al constatar que diez, quince y aún más años no los habían destruido, manteniendo vivas sus esperanzas de recuperar la vida al recobrar su libertad. Y no me refiero a unos pocos presos políticos antiguos, cuya formación anterior —aunque presos político- les permitía tener más claridad y fe en el futuro. Me refiero a simples personas del pueblo que cuando llegaron a prisión no tenían formación política alguna.

LAS MAFIAS

Toda la vida de la cárcel está controlada —supongo que sigue siendo igual— por diferentes mafias, entendiéndolo por éstas la existencia de una organización estructurada y compleja destinada a explotar en su beneficio y sin meditar en los recursos o métodos una situación determinada. Y esto venía sucediendo, sucedía y sigue sucediendo en las cárceles del país y en su máxima cúpula la Dirección Nacional de Prisiones, como expresión de la situación general reinante en el Ministerio de Justicia y en el resto del país. Sobornos, chanchullos, fugas, chantajes, ajustes de cuentas, desfalcos, robos continuados, "corbatas", fa-

voritismo, negligencia criminal y varios gruesos delitos más típicos la acción oficial dentro de las cárceles vinculada a los grupos mafiosos de la delincuencia, en la misma forma que un sector de la administración de Justicia.

He aquí, por ejemplo, una fuga típica, la primera de su género que presenciáramos en la Modelo. En nuestro patio y semialejado del mundanal ruido, se hallaba un estafador y traficante de marihuana. En contra de todas las disposiciones, hecho frecuente, permanecía comodamente en su celda especial durante el día, con televisor, servicio de comida a "domicilio", gozando de la consideración y respeto por parte de muchos guardianes, que atendían sus más mínimos caprichos.

Unos cuantos pesos semanales le garantizaban esta situación, además de sus generosos y pequeños pagos diarios por cada nuevo favor. El día anterior a su fuga hizo una de sus ocasionales visitas al patio, locuaz, eufórico, generoso. A todos sus amigos y aún a desconocidos que se le acercaban les brindó café o aquello que quisieran pedir.

"Aprovechen, explótenme hoy, porque mañana no estaré aquí", decía sonriente, ante la duda de quienes conocían los graves cargos por los que respondería. Pero así fue. Al día siguiente salió tranquilamente por la puerta grande, con boleta de libertad falsificada, operación en que intervinieron funcionarios de un juzgado y cómplices dentro de la propia Cárcel Modelo, situados en la Sección Jurídica. Los mentideros carcelarios (y pocos secretos existen en éstos) fijaban en un millón de pesos el costo de esta operación.

Enorme diferencia con otra fuga, de "pobres", que también se produciría allí meses después. Cuatro atracadores y "jaladores" de carros, de largas cuentas pendientes, con complicidad de guardianes lograron acercarse a los muros externos, subir la escalerilla que conduce a la garita del guardián, reducir a éste y saltar a la calle. Pero el último de ellos murió abaleado por sus propios compañeros. Había sido utilizado para todo el plan de fuga pero a la hora de ésta le cobraron disputas anteriores. Los mentideros carcelarios evaluaron en doscientos mil pesos esta fuga múltiple.

Pero, ¿cómo un preso podía tener un arma de fuego? Porque este es otro de los negocios rentables en la cárcel: introducir armas. (En su debido momento me referiré a dos sonados asesinatos en las cárceles en las que me hallaba, "El Barne" y "La Picota", ambos con armas de fuego). Muchos asesinatos diarios,

que se suceden casi rutinariamente, se producen con armas que no pueden ser hechas por los propios presos, maestros en fabricarlas con materiales inimaginables: palos, varillas de las rejas, tubos, alambres gruesos, manijas de ollas. Desde luego, nunca faltan cables o lazos para ahorcamientos dentro de las celdas, sitio preferido para muchos crímenes, igual que los baños. Por eso quienes tienen temor, en estos sitios cuidan mucho su espalda. "No me van a coger cagando", es una expresión diaria y favorita que dice alguien a otro o a un grupo rival. Pero también hay muertos con grandes cuchillos o navajas de resorte, de innegable procedencia externa. Y no son los familiares o amigos visitantes quienes las introducen, por la total y oprobiosa requisa que sufren quienes valerosamente van los sábados o domingos a visitar a los detenidos.

Como tampoco son los visitantes quienes introducen la marihuana o las drogas (pepas), aunque existen pequeños casos aislados. En todas las cárceles del país el negocio de los estupefacientes es gigantesco y múltiples los recursos para difundir y acostumbrar su consumo. Según cálculos que hicimos podía estimarse benevolamente en 15 millones de pesos la venta de estos productos en la Modelo durante el año de 1978. Los capos de la droga y sus intermediarios se convierten en auténticos centros de poder y en torno suyo se gestan otros delitos, se negocian muertes, ajustes de cuentas, castigos para presos díscolos, se ofrece "protección" al temeroso que tiene algo que compartir o que acepta pagar "impuesto". Todo en obvio e inevitable acuerdo con algunos guardianes, suboficiales y oficiales.

PATIOS Y PASILLOS

Pero no paran aquí los negocios. Relacionado con todos los anteriores y necesario para que puedan desarrollarse, existe el de la ubicación de los presos en los patios, pasillos y celdas. El sutil régimen de terror carcelario se inicia, para quienes nunca han estado presos, en el momento de su llegada a través de comentarios y amenazas de ubicación en los peores patios y celdas, con los más peligrosos hampones, y en los que, les dicen, existe casi la certeza de ser violados, despojados de sus pertenencias, ofendidos de mil maneras, sometidos a un régimen de amedrantamiento permanente. Y esto es cierto, en muchos patios y para cientos de presos. Pero muchos logran escapar de esos riesgos deliberadamente exagerados, pagando el derecho de ubicación y permanencia en un "buen" patio. En estos la organización de la extorsión es casi perfecta. En cada patio hay 16 pasillos y en cada uno de estos unas 30 celdas. Cada pasillo tiene un guachimán (vigilante), designado dentro de los presos por el

guardián jefe de ~~patio~~, de común acuerdo con el oficial de servicio.

En la Modelo, en aquel tiempo, los guachimanes eran policías presos por crímenes, secuestros y otros delitos. Constituían, por esto mismo, otra mafia dependiente de la mayor y ligada con la de los narcotraficantes y demás grupos organizados para extorsionar o delinquir dentro de la prisión. (Puede definirse la cárcel, entonces, como la suma de grupos mafiosos, jerarquizados, dentro de los cuales unos tienen mayor poder que otros y unos a los otros para la explotación de la población carcelaria y la proyección de "negocios" hacia el exterior.

Desde luego, el que está compuesto por el personal oficial, de prisiones, no es el más poderoso). El detenido que ya ha pagado a patio cree haber salido del problema. Pero, particularmente en los patios noveno y séptimo que en la Modelo reúnen el 70% de todos los detenidos, la "cotización" tan solo ha comenzado, ya que el pasillo y la celda tienen decisiva importancia. En los pasillos altos (3o. y 4o.) están los detenidos peor reputados, hacinados en las peores condiciones de higiene. En la celda destinada a una persona deben dormir hasta seis --promedio cuatro-- en el suelo, entre papeles, encogidos los unos sobre los otros, en medio de pulgas, piojos, chinches, garrapatas, ratas que les pasan por encima y, en no pocos casos, llenas de excrementos. Pero con dinero puede conseguirse ubicación en el segundo o primer pasillo, en cuyas celdas generalmente sólo hay dos detenidos y algo menos de desaseo. El nuevo debe dormir en el suelo, con la cabeza chocando contra una fétida letrina que no debe usarse por daños permanentes en las cañerías. El antiguo manda en la celda, ley de la cárcel, y es quien tiene derecho a la "plancha", un bloque de cemento de 0.70 x 1.80 metros, que hace las veces de cama y sobre el que coloca su "cambuche" (costales, cartones, papeles, todo aquello que dé algo de calor) y sus cobijas, si las tiene. El nuevo heredará la plancha según costumbre y si tiene la fortuna de que su compañero permanezca menos meses que él. Pero los guachimanes como buitres caen sobre las celdas de las que saldrán los antiguos para ofrecerlas a quienes llegan en el "Tren" (ingreso de nuevos detenidos, en la noche) trayendo bastante "guita". Si el heredero legítimo se opone tiene dos opciones: o se "baja del bus" (pagan una determinada suma de dinero) o acepta ser trasladado a pasillos superiores.

De esta manera van quedando en los pasillos inferiores aquellos que han podido pagar por ubicarse en ellos y seguirán teniendo algún dinero para conservar este transitorio derecho y para pagar la cuota semanal por concepto de "aseo". Y esto se

1 hace extensivo a los patios, pues también en ellos los cambios son posibles. Quienes han sido colocados en los peores patios y celdas (salvo los veteranos reincidentes a quienes no importa estar en los de peor y bien ganada reputación y más bien eso constituye timbre de orgullo para ellos) inician negociaciones con oficiales, guardianes y guachimanes a fin de conseguir trasladados que los favorezcan un poco. Existen múltiples razones para esos traslados: una riña, fumar marihuana, "empeparse", robos, etc. Y como esto es de diaria y común ocurrencia, salvo casos excepcionalmente graves todo se puede transar por dinero. Incluso se puede obtener permiso para fumar marihuana y consumir droga o ficor mediante el pago de una suma de "adormecimiento" para los guardianes y patrullas de vigilancia. Todo lo acá relatado lo vivimos también en La Picota y en menor escala, por la enorme pobreza de los presos en El Barne, en Boyacá.

OTROS NEGOCIOS

2 En las cárceles existe un activo comercio. Puede conseguirse todo y cualquier cosa se negocia: vestidos y zapatos usados o nuevos, jabones, cremas de afeitar, ropa interior, camisas, colchones, cobijas, espumas, almohadas, mesas, tablas, bombillas, cables eléctricos, libros, radios, alimentos varios. En cada patio hay uno o varios buhoneros bien conocidos, que diariamente pregonan sus mercancías. De dónde salen éstas? De los robos permanentes en los patios y celdas y la venta voluntaria por parte de quienes necesitan dinero para la droga o para el juego. Las cosas robadas en un patio se venden en otro, al que se trasladan con velocidad supersónica. Siempre reina la ley del silencio o casi siempre porque los soplones están alerta, buscando también ganar algún dinero. Sin embargo esos soplones son conocidos y frecuentemente apuñalados, sin explicación alguna.

Existe también el "rescate": a quien ha sido despojado de algo se le ofrece restitución por una determinada suma de dinero (en los primeros meses, cuando aún no teníamos el apoyo y respeto de otros detenidos, debí pagar tres rescates, dos de cincuenta pesos y uno de veinte, los dos primeros por mis anteojos y el otro por una ficha de ajedrez). En El Barne, muchos meses después, alguien que tomó mis anteojos para buscar un rescate debió enfrentarse a la ira de los detenidos de mi patio y del patio vecino—. Los sábados y domingos, después de las visitas, se hacen más activos los robos y el mercado de las ventas voluntarias. Constituye esto algo muy penoso e indignante: haber visto a las madres y padres, cuyo porte y vestuario reflejan absoluta pobreza, llegar felices con sus pobres regalos que luego el hijo

dentro del mayor grado de inconciencia venderá por unas cuantas monedas, para sotener sus vicios.

Como puede suponerse, ese vivo mercado no se desarrolla a espaldas y sin la autorización de guardianes, suboficiales y oficiales. Hay que compartir utilidades con ellos. Porque, en todo lo que llevamos señalado, aún faltan puntos, las ganancias se distribuyen de abajo hacia arriba y esto es lo que garantiza la continuidad del sistema.

Como lo que acontece con los caspetes y alimentación de los presos. Estos generalmente representan inversión económica dudosa, pues los precios de venta forzosamente deben ser bajos por las condiciones de pobreza de los detenidos. Sus dueños los mantienen por los descuentos que les producen en sus condenas (trabajo), para garantizar una mejor comida para él y sus familiares los días de visita, por el prestigio o poder que emana de la calidad de "propietarios" (los guardianes los miran con reverencia y comen gratis allí, frecuentemente) y particularmente por los negocios turbios que los más poderosos pueden hacer: adquirir a menos precio las provisiones del rancho, propiedad de todos los detenidos, pero que noche tras noche son saqueadas. Así pasan a manos de los caspeteros: arroz, panela, maíz, chocolate, café y otros alimentos, disminuídos de la ración diaria destinada a todos los presos. En la Modelo ésto se facilita más que en otras cárceles, que lo hacen en proporción menor, porque casi el 50% de los detenidos se abstiene de pasar al "Evaristo". Las cantidades diarias de alimentos no consumidos se relacionan sin embargo como si lo hubieran sido. Esa enorme diferencia (equivalente en la Modelo a las raciones diarias de unos 2.000 presos) pasa a manos del ecónomo, el almacenista, el fiscal o vigilante del rancho, los guardianes, los caspeteros y otras personas que integran la cadena del latrocinio.

Los talleres son otro de los centros de negocios e injusticias. Ubicarse en ellos exige pagar "impuesto". Aunque el reglamento de prisiones contempla que todos los detenidos pueden y deben trabajar, esto se constituye con frecuencia en privilegio accesible a quienes pueden bajarse del bus. Algunos de los talleres trabajan para empresas industriales del exterior (Cartón Colombia, Coca Cola, ensambladores de lapiceros, fabricantes de calzado, etc.) que envían a las cárceles trabajos residuales que no resultan rentables dentro de sus propias fábricas o que les resulta mucho más productivo llevarlos a cabo con salarios que violan todas las normas legales existentes, aunque el argumento es el de que con ellos ayudan caritativamente a la rehabilitación del preso. Este gana doscientos o trescientos pesos semanales

(situación que continuaba en La Picota en 1981— y sólo grupos de afortunados superan algo de esas sumas. (El salario mínimo en el país con toda su carga prestacional equivalía en 1978 a unos siete mil pesos mensuales). Quienes más ganan son aquellos que han logrado montar sus propios talleres de alpargatería, carpintería, ebanistería, zapatería y similares. Pero deben entregar a la Dirección de la cárcel, recolectados por el jefe de talleres, el 30% del valor de sus mercancías. Este absurdo impuesto al trabajo cobija a todos los que tienen ingresos derivados de él.

Toda la actividad interna de las cárceles es desarrollada por los propios presos, exceptuando la vigilancia a cargo de los guardianes, algunas administrativas, de las trabajadoras sociales, jefes educativas y sección jurídica. Todas las demás actividades de la pesada máquina de una cárcel están a cargo de los detenidos: preparar alimentos, servirlos, llevarlos y distribuirlos en los talleres y calabozos, aseo de los pabellones, patios, pasillos y celdas, recolección de basuras, peluquería, enfermería, almacenes, control de agua, mantenimiento de canchas de deportes y aulas de estudio, lavado de ropas, reparaciones y arreglos de todo tipo, comunicaciones y mensajes internos, etc. Todos estos trabajos con remuneración semanal de cincuenta o sesenta pesos, que se pagan cada tres meses con la consecuencia, estadísticamente calculada, de que muchos detenidos trabajan gratis porque son trasladados a otras cárceles o salen en libertad sin haber cobrado meses de trabajo. Pero en las nóminas oficiales estos pagos sí se relacionan.

Referirse a las injusticias y podredumbres que, en el campo jurídico, se ven en las prisiones es adentrarse en un terreno espinoso, amargo, irritante en sumo grado. ¿Cómo describir el caso de un pobre hombre del pueblo cuyo delito fué robarse un cerdo, pasando seis meses en prisión? ¿O el de otro que por supuesto robo de mil pesos duró ocho meses privado de libertad? ¿O el del destacado ajedrecista que por un cheque sin fondos de igual cuantía, por el que debía pagar doscientos pesos mensuales de intereses que no pudo cumplir, pasó también ocho meses sin libertad, muriendo al poco tiempo de recuperar su libertad, agobiado por esa pena moral? ¿O el del destacado compositor cuyos aires se cantan en todo el territorio nacional, también detenido por cheques sin fondos y muerto de igual pena moral poco después de regresar a su terruño? ¿O el de tantos campesinos llevados por sospecha de haber corrido la cerca del gran dueño vecino, enviados de un pueblo a otro, de una cárcel a otra y de allí a la capital, para permanecer seis o más meses sin que nadie les ayude o se acuerde de ellos, sin que sus familiares puedan visitarlos, sin poder escribirles porque son analfabetas? ¿Y esta

misma amarga trayectoria, diariamente, con los indígenas traídos a Bogotá o a Cali de sus lejanas tierras de Cauca o del Tolima? Y frente a esto . . . los diarios casos de libertades para personas acusadas de delitos mayúsculos, probados desde el momento mismo de su detención, pero con su dinero e influencias logran eludir castigo!! Tema universal, puede decirse, pero no por ello deja de ser indignante y producir un más acendrado odio hacia el sistema que hace posible tantas infamias e injusticias.

LOS BAJOS FONDOS CARCELARIOS

Lo anteriormente consignado deja traslucir un poco su existencia. No podemos relatar aquí las miserias de una cárcel, cien veces descritas por manos maestras. Lo que hasta ahora hemos señalado refleja solo una parte, que funciona con sus propias leyes y engranajes, en los que el ser humano se ve estrujado, destrozado, aniquilado física, síquica y moralmente. De esto se derivan muchas otras lacras o infortunios que producen cadáveres vivientes que deambulan por los patios con harapos, sin salud, sin dentadura, extendiendo la mano mendiga a las visitas, recogiendo los desperdicios de las comidas de los propios presos.

Algunos, los más fuertes, someten a otros, dentro del mismo escalón de su miseria. Otros, los débiles, "el trompo de poner" a quienes se viola, se despoja de lo ínfimo que tienen o consiguen de quienes se burlan y abusan y que, en arrebatos de desesperación, a veces acuchillan a sus verdugos sellando su propia suerte, pues luego serán muertos en venganza o, por su legítima defensa, pasarán su vida en la cárcel, dentro de un proceso de repetición infinita.

Y en un nivel ligeramente superior derivado de los pesos que ocasionalmente les proporcionan el juego y la comisión de diversos delitos, se halla el grupo de los auténticos delincuentes profesionales, los renuentes a cualquier disciplina, solidaridad, respeto, aquellos para quienes la libertad es un ocasional accidente y la cárcel su medio normal de vida. Son los eternos pagadores de calabozo, los invariables habitantes de los patios de castigo o de aislamiento, los que reciben y dan puñaladas, los que asesinan y son asesinados y de cuyas filas se extraen los "soldados", los dispuestos a liquidar a alguien por unos cuantos pesos.

Este estrato peligroso, a cuyo lado se respira infamia, descomposición total, doblez y riesgo permanentes, es minoritario dentro de la composición carcelaria, quizás solo un 20% de todos los detenidos. Con los demás, aún con delincuentes profesiona-

les de un nivel más "alto", las relaciones eran y fueron aceptables, en algunos pocos casos cordiales, particularmente para algunos de nosotros más propensos a comprender, escuchar, ayudar. De allí que decidiéramos rechazar el término generalizado de "delincuentes comunes" para significar algo denigratorio, humillante, pues las cárceles están llenas de gentes sencillas, buenas y aún dentro de los peores de sus habitantes se encuentran a ratos gestos de dignidad y sentido humano. Comprendimos después de varios meses de detención que no era privilegio que debiéramos buscar con impaciencia el vivir en patios especiales solo para presos políticos, pues esto nos privaba de compartir grandes experiencias y enseñanzas, de vivir intensamente uno de los dramas frecuentes de nuestro pueblo.

Porque esa era otra cara del problema: la gente pobre de nuestra población, en particular los sectores marginados, los subempleados y desocupados, cuentan la cárcel como uno de los riesgos de su vida, como una enfermedad que, tarde o temprano, los golpeará. Por esto no se avergüenzan ante una detención ni son víctimas de desprecio o crítica en sus barrios o comunidades, como no lo serían por un accidente o enfermedad, a los que todos están expuestos.

Quienes nos vinculamos en las diferentes cárceles a las labores educativas tuvimos con estos sectores trato frecuente pues son estos precisamente los que se hacen presentes en las aulas, pues rehuyen los talleres y a menudo se les impide permanecer en los patios. Su único refugio termina siendo las aulas, a donde acuden a fumar mariguana, "tumbar" a quien pueden, dormir, conversar.

Entonces, ¿qué educación impartir? ¿Cuál aritmética enseñar? ¿Cuál geografía, si nada de esto entra en los cálculos de su vida y de nada les servirá en sus cortos espacios de libertad, mientras esperan la muerte acuchillados en cualquier corredor o baño, riesgos que fatalmente tienen calculado? Sólo nos quedaba el recurso de la comprensión, la tolerancia crítica, el diálogo que nos permitía aprender de su miseria y de sus vidas, iguales a las de tantos millares y millares de compatriotas. Y aún dentro de ellos adquirimos amistades y entre unos cuantos simpatías y respaldo que, por prudencia, considerábamos transitorios, carentes de solidez.

Refiero a continuación algunos episodios de diferentes cárceles, ilustrativos de este tema, sucedidos durante el tiempo de mi detención:

Octubre 10 (1977, La Modelo). Temprano se rumoraba que habría un duelo colectivo. En estos casos la gente guarda silencio y se hace a un lado prudentemente. Tres de nosotros decidimos rondar por el sitio señalado para el enfrentamiento. Cuando menos pensamos cuatro detenidos se atacaron cuchillo en mano y provistos de cobijas cada uno. Se sumaron dos y luego dos más. Los ocho parecían danzarines de la muerte, dando brincos enormes, con movimientos felinos, su agilidad era pasmosa. Uno de ellos cayó herido de gravedad, otro seguía peleando cogiéndose el estómago. La patrulla de vigilancia se hizo presente unos quince minutos después de iniciada la pelea. Los guardianes del patio no se atrevieron a intervenir. Parece que el desafío estaba acordado de tiempo atrás y venía alimentándose. Según rumores, otros cuatro detenidos comprometidos en la "fiesta" se acobardaron. Estos duelos colectivos no son frecuentes, dos o tres por año y en algunos patios. Quienes intervienen buscan ganar o afianzar su prestigio, ganar liderato, jugándose la vida para conseguirlos.

Octubre 13. Hay intranquilidad en el patio después del duelo. Se rumoran represalias para quienes se "corrieron". Los matones, dentro de sus círculos, imponen su ley. La pregunta generalizada es: ¿por qué están aún en este patio? Parte del ajuste de cuentas llegó hoy en las horas de la mañana, cuando hacíamos fila para el desayuno. A veinte pasos de nosotros se formó un remolino humano, hubo gritos, todo en cuestión de segundos. En el suelo quedó "Pedregal", muerto de cinco largas puñaladas. Desde luego, nadie vió ni oyó nada.

Mayo 20 (1979, El Barne). Con Iván Marino Ospina intervinimos para evitar un duelo entre dos presos. Temprano supimos que a un detenido a quien habíamos integrado al grupo de presos políticos y últimamente venía en proceso de desmoralización dando muchos pasos negativos, se había desafiado a cuchillo a las cuatro de la tarde, en un sitio especial de la cárcel. Su contendor es persona muy peligrosa. Temimos por la vida del amigo. Le propuse intervenir con mucho tacto, para que no apareciera acobardado, la peor ofensa y riesgo en la cárcel y en esas circunstancias. Le pareció bien. Me puse de acuerdo con Ivan y logramos evitar el lance. El contendor tampoco tenía muchos deseos de pelear porque también estaba temeroso. Casos de estos son frecuentes, pero casi nunca se evitan. Los detenidos lo saben de antemano, se pasa la noticia, hay expectativa y tensión. Como en las corridas de toros, muchos quieren ver sangre; otros desean venganza por mano ajena. Casi siempre los guardianes "huelen" que algo pasa y se ponen alertas. Muchos tienen informantes en los patios. Si logran descubrir algo, unos y otros

ganan méritos. La requisa es la inmediata respuesta, pero casi nunca da resultados. Es enorme la habilidad de los expertos para esconder sus armas. Sobrevienen después las muertes o heridas graves. A las pocas horas todo está olvidado.

Abril 10 (1981, La Picota). (Patio de aislamiento y castigo). He seguido con atención la conversación de tres jóvenes, compañeros de pasillo. No deben tener más de 20 años. Cada cual relata sus hazañas: homicidios, puñaladas, atracos, golpes y ofensas a sus compañeras. El peor machismo que pueda encontrarse. Luego pregunto a uno de ellos, que todavía se hace curaciones por recientes puñaladas, por qué está detenido. Me dice que por atraco a mano armada, que es la segunda vez que cae, después de 8 años de "estar trabajando". Un récord del que se siente orgulloso. Está aislado por reciente pelea en la que hirió y fue herido, cuestiones de homosexualismo. A otra pregunta responde que todo esto es normal en su vida, así la ha concebido, las puñaladas y carcelazos le dan prestigio y hacen parte de su mundo. Uno de sus compañeros de conversación, que se muestra como el más bocón, se nos une y coincide con él. Habla de sus planes para formar un grupo de atracadores, para trabajar "por lo alto", con armas de fuego. Hasta ahora todos sus "trabajos" han sido menores, en barrios apartados. Este trío todos los días fuma marihuana y su gran problema consiste en cómo conseguir siquiera diez pesos que vale cada "pucho".

Abril 11. Preparamos una carne en bistec, la primera en 18 meses. Nos ha sabido a gloria. Nos unimos para este banquete con el joven del ladrillo-cocina a quien amistosamente llaman "Cacharro". Converso con él. Tiene 25 años. A los 16 años su mamá lo "regaló" al ejército. Allí robaba, luego desertó. Ha estado detenido varias veces, ahora lleva 30 meses continuos, espera salir pronto. Su mayor ilusión: ayudarnos, integrarse en una organización revolucionaria ("eso sí —agregar— que me dejen 'trabajar' de vez en cuando"). Es conversador y simpático y persona muy servicial. Como todos los ladrones profesionales, vive orgulloso de su oficio. Sus compañeros "choros" lo aprecian, por su desprendimiento. Sus narraciones no dejan duda sobre su habilidad y especialización delictiva. Hace poco llegó al pasillo uno de sus amigos y, por esto, también un poco el nuestro. Lo trajeron acá porque en el patio mató a puñaladas a un compañero, "legítima defensa", dice. Es su segundo homicidio en la cárcel y está detenido por otro, en la calle. A pesar de su reciente delito no ha ido al calabozo, tiene más libertad de movimientos que nosotros. Goza de "vara alta". Se siente alegre, cree tener ahora más simpatía y respeto.

Mayo 10 (La Picota, patio cuarto). Hoy fueron asesinados en nuestro patio cuatro detenidos y otro quedó gravemente herido. Dos de ellos compañeros de pasillo. De éstos, uno aparentemente amistoso, me consiguió la pequeña mesa para mi máquina de escribir. Todos los días venía a nuestra celda, a conversar naderías. Pero corrían rumores (que en la cárcel tienen sabor a verdad), se le sindicaba de ser intermediario de negocios sucios, incluyendo la consecución de mercenarios o "soldados". Habíamos decidido alejarnos de él. Fue asesinado en el baño del pasillo superior por un matón que debía ocho asesinatos en las cárceles. Después de asesinar a quien conocíamos pretendió ultimar a alguien que había presenciado el crimen, el curioso involuntario le "madrugó", matándolo, pero quedando gravemente herido.

Más tarde aparecieron muertos, encerrados en sus celdas, uno ahorcado, otro acuchillado, dos detenidos. Antes un joven negro que juega ajedrez conmigo me había advertido sobre estos dos muertos, aconsejándome que no me moviera del pasillo. No ha habido excesiva agitación ni movimientos, los hechos se sucedieron "respetuosamente", apenas finalizó la visita de hoy. Sólo ha habido cuchicheos y un poco de desazón. Todos somos ya caneros viejos, acostumbrados a estos hechos. Me preocupa mi seguridad.

Julio 21. En el patio tercero un conocido extorsionador de presos, muy temido y peligroso, concedió pequeños créditos a detenidos insolventes, presionándolos luego para que se "rebuscaran" cómo pagarle. Ante la demora de ellos, significativamente los fue borrando uno a uno de la lista de los deudores, lo que equivalía a borrarlos de la lista de los vivos. Asustados, los "ladroncitos" (casi todos en ese patio lo son) en número de 10 lo cogieron distraído y lo mataron de más de 40 puñaladas. Hubo alegría en el patio porque había habido limpieza, lo que casi siempre sucede cuando muere un matón.

GUARDIANES Y OFICIALES

De lo dicho hasta acá se desprende la existencia también de diferencias entre los guardianes y oficiales. Muchos individuos absolutamente corrompidos, dominados por el medio. Otros no, serviciales, comprensivos. Más estos entre los guardianes que entre los oficiales, que por algo lo serán, pertenecientes a los círculos de los grandes negocios. Pero ninguno de ellos, ni grande ni pequeño, escapaba a la tentación del dinero aunque los presos políticos, en mi caso muchas veces, hemos visto rechazar un modesto billete (compensación sincera por un servicio especial)

como demostración de solidaridad y no pocas veces políticas. En este testimonio dejó constancia de esa actitud positiva de muchos guardianes y unos pocos oficiales.

Pero había también auténticos criminales, sin salvación alguna y gentes odiadas por su corrupción y trato despótico:

Diciembre 15 (1977, La Modelo, patio quinto). Murió en su celda un detenido, persona cordial, administrador de los billares. Sus estertores despertaron a sus compañeros de pasillo que no pudieron prestarle ayuda alguna. Los pasillos, por las noches, quedan cerrados con poderosos candados. Solo son abiertos a las cinco de la mañana. Los guardianes de turno en vez de hacer la ronda se fueron a dormir. Esto sucede casi siempre. Con frecuencia asalta el temor de una enfermedad, un incendio, unos y otros han sucedido con consecuencias fatales, como anoche.

Enero 20 (1978, La Modelo, patio quinto). Hubo intento de fuga de unos cinco detenidos del patio cuarto, sección "dura", en la que se hallan las gentes más conflictivas. Un muro de ese patio da contra el nuestro. Los guardianes de la garita los detectaron y dispararon sus armas. La patrulla de vigilancia y el turno de guardia dieron caza a quienes pretendían escapar. Parece que dos o tres velozmente lograron regresar a sus celdas. Los demás fueron sometidos a una paliza feroz. Escuchamos gritos y lamentos, así como antes vimos la persecución y acosamiento. Es costumbre en estos casos, ya que este u otro tipo de fugas son constantes, hacer pasar a quienes han fracasado por una doble hilera de guardianes, cada uno de los cuales procura superar a su anterior en la fiereza de sus golpes. Los guardianes se vuelven como locos y tiran a matar y lesionar, a romper huesos, a dejar huellas para que los presos "escarmienten"; se contagian unos a otros la sed de sangre. Muchos de estos guardianes han sido destruidos por el sistema carcelario y son bestias salvajes ("Care-concreto" es el más odiado de todos; a palos ha matado a varios). A quien más odian los guardianes es a los delincuentes profesionales pobres, aquellos que permanecen más tiempo en las prisiones robando en ellas para sobrevivir y que jamás pagan "impuestos".

Marzo 25. Mauricio fue encalabozado por tres días. Nada pudimos hacer para impedirlo. Se fortalece la represión contra nosotros desatada por los oficiales, encabezados por un capitán, al que el 90% de los detenidos querría ver muerto, particularmente los presos de los patios más pobres. La razón del encalabozamiento fue la pérdida de un cuchillo para cortar cartones, en el lugar de trabajo, que estaba bajo su responsabilidad. Acá pérdi-

da de un cuchillo y muerte posterior de alguien son lo mismo. El cuchillo apareció muy poco después: había sido olvidado por otro detenido en un lugar distinto, dentro de la cartonería. Sin embargo, el capitán impuso a Mauricio el absurdo e injusto castigo.

Febrero (1979, El Barne). Presenciamos hoy uno de los más asombrosos crímenes en prisión. A la sección educativa se permitía asistir al "doctor Secuestro", famoso abogado a quien se sindicaba de estar ligado a las actividades que su nombre indica. Era hombre preparado, buen conversador, inteligente, simpático, con quien establecimos en las aulas alguna relación. Nos estuvo hablando hoy largamente, de su vida, relaciones, puntos de vista políticos. No reflejaba ser la clase de delincuente que los periódicos presentan y persiguen. Cuando regresábamos a los salones de educativas, a la una de la tarde, hallándonos Mauricio y yo a escasos metros suyos en el estrecho pasillo central, se le acercó uno de esos detenidos de largas condenas que son contratados para estos hechos y con pasmosa sangre fría le descerebró un primer tiro en la sien y luego, ya en el suelo, otro en la boca, rematándolo. Todo en fracciones de segundos, en medio de nuestra alarma, estupor y susto. ¿Cómo fue armado el criminal? ¿Quiénes han facilitado el ingreso del arma? ¿Quién permitió que estuviera a esta hora en el pasillo, cuando debía estar en talleres? ¿Cómo pasó las diversas puertas y requisas sin que el arma fuera detectada?

Junio 10. Fue asesinado un preso simpático, algo alocado, extrovertido y conversador, poseedor de una jerga particular. Llegó a esta cárcel en el mismo bus que nosotros, herido, trasladado de La Picota por una riña. En la cancha de fútbol semanalmente se nos acercaba, tenía gran inteligencia. Vimos hoy cuando un oficial lo sacaba del patio quinto, para enviarlo al sexto. Nuestro conocido, suplicándole y arrodillándose le pidió que no lo trasladara, pues temía por su vida. El oficial no le hizo caso, a garrote lo hizo llevar al patio sexto, pues el detenido se negaba a ir. Pocas horas después fue asesinado. Muchos oficiales utilizan estos métodos para conseguir que los presos se maten entre sí y de esta manera "depurar las cárceles y la sociedad". En otros casos, porque han recibido dinero para facilitar esos traslados y asesinatos.

Octubre 10. De los numerosos crímenes que en esta cárcel se suceden uno ha recibido especial repudio y de él los detenidos acusan al director y al oficial de servicio: se negaron a poner en libertad a un joven homosexual que estaba encalabozado y a quien le había llegado su bofeta de libertad. Este les suplicó que

no lo enviaran de nuevo al patio sexto pues allí su amigo íntimo, por celos ante su salida, lo asesinaría. El director y el oficial de servicio no lo atendieron. El joven fue asesinado dos horas después de ser reingresado al patio.

Julio 16 (1980, La Picota). Hace algún tiempo, cuando me hallaba en el patio sexto, alguien desde el patio me gritó: "¿Es usted del Huila? ¿Parte de su familia se radicó en el Tolima, en Cunday?". Ante mis respuestas afirmativas continuó: "Lo saqué por el apellido y por sus ojos azules, puros Trujillo. Yo soy su sobrino, soy hijo de su primo hermano Alberto, que se parece bastante a usted". Enorme sorpresa me produjo ese encuentro. Alberto, mi primo, se había convertido en matón conservador, en la zona de Cunday, en las épocas de la violencia. Entonces me había enviado a decir que no volviera a aparecer por allí, pues me liquidarían, porque no querían comunistas en la región. Hace un par de días mi "sobrino" fue apuñaleado dentro del calabozo en que se encontraba, un guardián facilitó el ingreso del agresor. Desangrándose fue llevado a la portería y allí se le dejó un par de horas, tirado en el suelo. "Este tipo no vale la gasolina que gastará el carro para llevarlo al hospital", dijo el suboficial de servicio. Armando López, "Coleta", me avisó. Logré ir a la portería. El herido no murió. Ante una pregunta mía responde: "Tío, mala yerba nunca muere".

Diciembre 8. A tiros fue asesinado frente al patio nuestro un capo de la coca, por otro recluso. Este se paseó luego, desafiante, por el pasillo central con su arma en la mano, mientras los guardianes, que no tienen armas de fuego, se escondían. Detrás de las rejas varios de los presos felicitaban al matón. Este se hallaba en el patio tercero, el de los "malos" y el muerto en el patio Guardia, el de los "bacanes" de esta Penitenciaría. Manos acuciosas de oficiales y guardianes los reunieron, a pesar de las distancias, a la misma hora y en el mismo sitio en que se cometería el crimen. Todo ésto comprueba la inseguridad que nos rodea. El muerto pertenecía a una banda de la que forma parte y por cuyas actividades está preso el hermano del Ministro de Guerra. El delito fue demasiado notorio para ocultarlo y el Ministro se apresuró a calificar a su hermano de oveja negra de la familia.

Diciembre 18. Nos enteramos de que en la Modelo murió un preso político, pues el guardián de su patio se negó a permitir que lo llevaran a la enfermería después de sufrir un ataque cardíaco. Hubo fuertes disturbios, los presos políticos se rebelaron por esta hostilización y negligencia criminal.

FRACASO DE UN PROYECTO REFORMADOR

El Director de la Modelo, en esta primera etapa de mi estadía en ella, oficial retirado de la Policía, siguiendo instrucciones de su superior Director de Prisiones (bien intencionado pero bastante demagogo), quería hacer marchar sobre rieles la institución bajo su mando. Creía que los principales problemas los creaban los oficiales, suboficiales y guardianes, más que los presos. Enérgico y autoritario, los oficiales lo temían y la mayoría lo odiaban. Se empeñó vanamente en hacer cumplir el reglamento carcelario que contemplaba la constitución de comités de presos por cada patio, para que ellos velaran por sus intereses en los campos de la salud, la alimentación, el aseo, los deportes, la educación, la recreación, la asistencia jurídica y social, etc. Este reglamento, obviamente, había sido elaborado sin prever la presencia masiva de los presos políticos, su conciencia y capacidad organizativas.

Mediante reuniones y obteniendo consenso de los detenidos, el Director formó los Comités de patio, integrados cada uno por siete personas que, a la vez, eligieron sus respectivos coordinadores. Fuí designado por el patio 5o. y luego, en reunión de todos los coordinadores, se me propuso como Coordinador General de los Comités y se me comisionó para la elaboración del reglamento de funcionamiento interno y de los planes de trabajo. Ambas designaciones, por el patio y por los Comités, fueron examinadas y aprobadas por los comités de presos políticos, ya que esas actividades encajaban dentro de nuestros propósitos de servicio, organización interna y búsqueda de respaldo para el mejoramiento de las condiciones de la cárcel. Sabíamos que todo aquello escondía trampas y riesgos pero lo aceptamos a cambio de continuar nuestros planes en favor de los detenidos.

De todo cuanto pretendimos hacer, y bastante hicimos, quiero referirme sólo a puntos de importancia, entre ellos erradicar la extorsión por la asignación de patios, pasillos y celdas, el problema más vivo de la cárcel. El sistema que diseñé y fue aceptado por la Dirección. Racionalizaba esas ubicaciones, centralizando en mis manos esas funciones, en representación de los presos, y en las del Subdirector, por la cárcel. Mediante este sistema quedaban eliminadas las posibilidades de "vender" puestos en los patios, pasillos y celdas, lo que equivale a decir que quedaba abolida la posibilidad del chantaje y presión a que eran sometidos los recién ingresados y los cambios extorsionadores por parte de suboficiales, guardianes y guachimanes.

El sistema funcionó con un 80% de efectividad durante unos tres meses. Recibí, y ayudé a ubicar nuevos grupos de presos po-

líticos y no políticos en los patios que les correspondían, según la reglamentación existente, y en las celdas adecuadas, consiguiendo además la descongestión de muchas de ellas. Pude deshacer muchos entuertos, ayudar a detenidos acosados porque no tenían dinero o porque se les quería ubicar en ciertas celdas con propósitos indignos, en fin, a solucionar diversas situaciones injustas. Diariamente recorría los patios, particularmente el noveno y el séptimo, los más beneficiados y en los que se concentraba el 70% de todos los detenidos, conversando con muchos de ellos que se acercaban para comunicarme sus cuitas o que, pese a todo, habían sido trasladados de celdas o se les estaba amenazando por parte de guardianes y guachimanes.

El descontento de guardianes y oficiales era enorme, aumentado por el control que ejercíamos sobre la calidad de los alimentos y la cantidad de las provisiones y raciones. Siempre había habido un "fiscal del rancho", preso, elegido no se sabe cómo y al servicio de los saqueadores de los mercados y provisiones. Ahora las cosas funcionaban más drásticamente, en perjuicio de los negociantes. Estábamos cerrando fuentes enormes en sus ingresos y un malestar general se despertaba entre ellos. Con mi hijo me enviaron razones perentorias: "Dígale a su papá, que coma y deje comer, si no, va a pagar las consecuencias". Hubo intentos para sobornarme y ofertas sobre la cantidad mensual que yo "exigía" para que todo continuara funcionando, insinuándose la suma de quince mil pesos mensuales (según cálculos que habíamos hecho, por el sólo renglón de ubicación en patios y celdas a los recién llegados —sin contar los posteriores traslados— se extorsionaban mensualmente doscientos mil pesos). Esas gentes no podían comprender ni creer que hubiera alguien "tan estúpido" que rechazara el dinero o que implantara todo aquello simplemente por hacer justicia con personas delincuentes que no lo merecían y estaban dispuestas, según ellas, a darme una puñalada previo pago de una suma ínfima. (Y el riesgo, en efecto, existía, proveniente de quienes estaban afectados por aquella limpieza).

Al analizar el peligroso curso que tomaban los acontecimientos (un oficial borracho, al mando de una patrulla igualmente borracha, había allanado mi celda, provocándome y decomisando material escrito por mí, libros y revistas) abrimos los ojos sobre la inutilidad de aquello. Sobre todo vislumbrábamos con más claridad algo de gran importancia: la también amarga situación de muchos guardianes, explotados y corrompidos por el sistema carcelario. Sus sistemas de extorsión, que no todos ejercían, se derivaban directa e inexorablemente del sistema en su conjunto y de las bajísimas remuneraciones salariales existentes.

En aquella época el salario de un guardián no alcanzaba a cuatro mil pesos mensuales, castigado con múltiples e injustos descuentos. Muchos de ellos el día de pago solo recibían mil o menos pesos. Desde el momento en que se vinculaban a esa sucia profesión, que muchos por la situación de desocupación, ignorancia o escasísima preparación consideraban una lotería, eran informados de que el sueldo era lo de menos, que las cárceles eran "minas", particularmente las de sumariados, en las que los detenidos, eran generosos y pagaban bien toda clase de favores. Igual que en la mayoría de las dependencias del Estado, las remuneraciones eran deliberadamente bajas para propiciar que el "cliente" redondeara los ingresos de los funcionarios. Esta práctica corrupta y denigrante para el empleado público, que lo ata al soborno y lo connaturaliza con él, no podía ser ajena o extraña dentro del sistema carcelario.

Los "ingresos ordinarios" provenientes de los presos constituían parte del salario real de los guardianes. Independientemente de que muchos de ellos se obtuvieran por medio de trucos, presiones y extorsiones directas, lo cierto era que el derecho consuetudinario, la costumbre, era ley reinante. Privar de esos ingresos a muchos guardianes equivalía a privarlos de parte de su presupuesto, "cuadrado" con esas sumas. Esto era lo objetivo. (Se podía ver, además, que todos eran gentes pobres, de muy escasos recursos). Y así nos lo explicaron guardianes amistosos con quienes habíamos hecho relación para ayudarlos a fortalecer su Sindicato, perseguido por las autoridades laborales y del Ministerio de Justicia, obligado a convertirse más tarde en modesta cooperativa de crédito y consumo.

Nos explicaban que en los negocios gordos (compras, grandes fugas, asignación de celdas y patios especiales, entrada de licores, permisos de salida, etc.) no todos tenían participación debiendo conformarse con lo menudo, compartido con el guachimán, el oficial, el suboficial, dentro de una escala jerárquica en la que los mejor situados, sin ser vistos y sin comprometerse visiblemente, recibían la mejor tajada. Eran los oficiales y algunos suboficiales quienes podían arreglar y decidir los grandes negocios, incluso la asignación de guardianes a tal o cual puesto "productivo", teniendo que pagar estos algunas veces su designación a un determinado sitio, en el que se obtenían mejores "ingresos adicionales" (¿qué podrían obtener, por ejemplo, en los patios de castigo o en los que se hallaban los presos más pobres? A ellos iban asignados los guardianes que estaban "caídos", prácticamente castigados).

La conspiración contra nuestro intento reformador era grande. El Director había sido acusado de abuso de autoridad, destituciones injustas, persecución a guardianes. Tiró la toalla y se retiró. En cuanto a mí, se me quiso mezclar en una fuga, debiendo rendir declaración. Además, el Director del F-2 (servicios de inteligencia de la Policía), movido por sus fichas en la Modelo, hizo llegar al Ministerio de Guerra, al de Justicia, a la Dirección de Prisiones, a la de la Cárcel y al juzgado que veía nuestra causa, un oficio en que alertaba sobre mi **altísima peligrosidad**, agregando que toda aquella organización, especialmente las facilidades de movimiento interno que yo tenía, solo pretendían encubrir planes de fuga míos y de otros presos políticos. Exigía que fuera recluido en un patio, del que no podría moverme. Pero, y era lo más importante, comenzaban a presentarse toda clase de obstaculizaciones en todos los frentes de trabajo en los que ejercíamos nuestra actividad. Los responsables de controlar el rancho, las provisiones y otras funciones, a quienes yo coordinaba, tenían dificultades con su cometido. Los Comités en su conjunto hacían agua. Con el ingreso de un nuevo Director, se fueron a pique.

Fue una útil y aleccionadora experiencia que nos ganó simpatía y apoyo de gran parte de la población carcelaria, de una fracción de los guardianes y del personal administrativo civil, entre ellos algunas trabajadoras sociales, perseguidas posteriormente. Nos acercó más a la comprensión del sistema carcelario y de la situación de los guardianes, ayudó a la mejor coordinación de los presos políticos. Nos ganó también grandes resistencias en los momentos en que se creaban las condiciones para la militarización de las cárceles y la introducción de muchas medidas represivas.

AUMENTO DE LA REPRESION

A finales de 1977 se sucedían los allanamientos masivos, con toda clase de atropellos, violaciones de las disposiciones legales, agresiones a familiares, destrozos en sus propiedades. Y, más grave aún, comenzaba de nuevo la racha de torturas, aplacada por algún tiempo en las ciudades y que jamás había cesado en los campos. Mauricio había sido uno de los primeros en sufrirla.

En esta época conoceríamos un caso dramático pero único de tortura: el del compañero Carlos Reyes Niño, que llegó a la Modelo en condiciones de inimaginable debilidad física, con sus manos destrozadas por los baños hirvientes de parafina que le fueron aplicados, con la pérdida de parte de sus dedos, con balas no extraídas de su cuerpo y las huellas en éste de las quemadu-

ras de cigarrillo, las cicatrices de la picana eléctrica, los golpes de todo tipo. Debió ser recluido en la enfermería en donde pudimos atenderlo a través de la organización ya existente, responsabilizándose además el equipo del caspete de su alimentación diaria. Pudimos así ayudar y sostener moralmente a este valeroso compañero. Poco después llegaría otro grupo de compañeros estudiantes que también traían en su cuerpo señales de violencia, de torturas, de quemaduras de todo tipo. E igual en los meses futuros.

Conoceríamos también otra cara antigua y larga de la tortura: la de los presos sociales, no políticos. Al lado del compañero Reyes, en la enfermería, también destrozado se encontraba un detenido acusado de secuestro. Las relaciones que establecimos con estos detenidos nos permitieron saber y comprobar los inimaginables casos de violencia física, degradación, chantaje a que son sometidos para que denuncien a sus compañeros, digan dónde está el producto de sus actividades que los detectives y oficiales siempre se apropiaban (especialmente DAS, F-2, según sus testimonios) y cien violaciones más de los Derechos Humanos. Lo más grave de esto es que este tipo de delincuentes, definidos siempre como "comunes", han aceptado como normales esas prácticas, se resignan ante ellas. Sus abogados, cuando los tienen tampoco denuncian estos hechos ni se apoyan en ellos para defender a sus defendidos. En la misma forma, este tipo de delincuentes acepta como normales las palizas inmisericordes que guardianes corrompidos les propinan, con cualquier pretexto.

(De estas garroteras, por lo menos en las cárceles en que estuve, nos salvamos los presos políticos porque formábamos un solo grupo unido y habíamos adoptado el firme propósito, conocido por la guardia, de enfrentar también con la fuerza cualquier intento de agresión física contra nosotros. Poco a poco podríamos exigir —y esto fue motivo de un pacto entre la Dirección y nosotros, en el año de 1981, en la Picota— respeto para los presos no políticos y abolición del garrote. En cuanto a nosotros, la única excepción la constituyó el intento de garrotera, que fue más amenaza que golpes, en El Barne, cuando con la toma de la Capilla, iniciamos una huelga de hambre. Ya volveré sobre esto).

También dentro de las cárceles las cosas comenzaban a ser menos favorables. En el Buen Pastor había sido violentamente reprimido un motín de las detenidas, su única respuesta ante los diversos atropellos que se presentaban, incluyendo las actividades de un oficial sádico (Tribilín), la pésima comida, los castigos injustos, la explotación inmisericorde en los talleres. Las detenidas políticas habían hecho claridad sobre los derechos de las

detenidas y lo aberrante de lo que estaba sucediendo. Durante ese motín, actuando como intermediarias, lograron hacer menos graves los hechos que estaban sucediéndose y hubieran podido ir mucho más lejos. La Dirección de Prisiones "premió" a varias detenidas con su traslado a otras cárceles, castigadas. Una de las detenidas trasladadas fue Tila, a la cárcel de Zipaquirá, donde viviría meses de casi total aislamiento.

La situación en la Modelo también se deterioraba y en la Dirección de Prisiones se producían cambios para facilitar su conversión en una dependencia de la Policía Nacional, aún cuando teóricamente seguía dependiendo del Ministerio de Justicia (además, por el rumbo de los acontecimientos políticos, ambos ministerios tenían los mismos objetivos represivos). Se militarizaron las cárceles y se introdujo el adoctrinamiento diario de los guardianes contra los presos políticos, a quienes se señalaba como elementos de "máxima peligrosidad". El reglamento carcelario comenzó a ser perseguido como escrito altamente subversivo, ya que contenía algunas normas positivas a las que apelábamos en casos extremos.

La continua y persistente labor de denuncia del Comité de Solidaridad con los Presos Políticos, del Comité de Familiares y de otros sectores comenzaban a tener eco. La Modelo y otras cárceles fueron visitadas por comisiones parlamentarias y el Concejo de Bogotá solicitó una seria investigación sobre las denuncias de torturas y atropellos. El Instituto Central de Medicina Legal, comisionado para esa investigación, comprobaría las torturas. Su Director y otros honestos funcionarios fueron destituidos. Todo esto creaba condiciones para la convocatoria y reunión del Primer Foro por la Defensa de los Derechos Humanos, que se verificó en Bogotá en 1979. El nuevo organismo surgido de allí, presidido por el destacado profesional y político conservador doctor Vásquez Carrizosa, fue subpresidido por el también competente profesional y dirigente liberal Apolinar Díaz Callejas y que tendría en sus filas prominentes figuras democráticas de diversas corrientes políticas daría impulso a la denuncia de la crítica situación colombiana, llevaría sus mensajes a amplios sectores del país y contribuiría eficazmente a desenmascarar el corrompido régimen político existente en nuestro país.

*El Consejo
de Guerra*

6

6

6

6

6

6

Después de 18 meses de “detención preventiva” y de conti-
nuas violaciones por la Justicia Penal Militar de todos los plazos
que la ley señala fuimos llevados al Consejo Verbal de Guerra
el 9 de agosto de 1978, dos días después de haberse posesionado
Turabay Ayala como Presidente de la República y cuando no ha-
bía excesivos indicios de que haría el más desvergonzado, sucio
y criminal de los gobiernos, superando ampliamente el de su an-
tecesor, lo que es mucho decir.

Desde que fuimos capturados ansiosamente estuvimos pen-
dientes de esa convocatoria, de la que dependería la libertad de
algunos de nosotros y la definición de la situación de los demás.
Esa demora y ausencia de definición constituyen una de las me-
jores fórmulas de tortura y tormento para el detenido, que no
sabe a qué atenerse, cuál será el curso futuro de su vida. El ob-
jetivo de las Fuerzas Militares, que siguió cumpliéndose inmodi-
ficablemente (incluso en el Tribunal Superior Militar) fue el de
retenernos por el tiempo máximo posible, “a la brava” (como
decimos nosotros) aunque fuéramos inocentes (otra modalidad
de aquella fórmula “primero se fusila, después se averigua”).

Nos notificaron el Consejo unos días antes de su iniciación.
Utilizamos el tiempo faltante dirigiéndonos a muchas organiza-
ciones sindicales y a otras, a personalidades amigas, pidiéndoles
que se pronunciaran ante las autoridades militares exigiendo que
fuéramos juzgados por Rebelión. Exceptuando una compañera
detenida por la única razón de prestar servicios en una de las ca-
sas aliadas, todos habíamos aceptado tener algún grado de
vinculación o adhesión con el ELN. Al hacerlo aceptábamos es-
tar incurso en el delito de Rebelión, cada cual con diferente
grado de responsabilidad, por los diferentes grados de compro-
miso adquiridos. A tiempo que rechazábamos (exceptuando dos
personas que luego se retractaron) estar comprometidos en va-
rios delitos de que se nos sindicaba y que **no podían ser llevados
al Consejo de Guerra** porque cada uno de ellos tenía un expe-
diente separado en manos de la Justicia Ordinaria. Se presentaba
lo que jurídicamente se conoce con el nombre de **invasión de ju-
risdicción**, por parte de los militares.

De ahí que buscáramos solidaridad y pronunciamientos para que durante el Consejo de Guerra se eliminara la absurda calificación de "asociación para delinquir" y se nos aplicara la única por la que podíamos ser juzgados: Rebelión. Y esa amplia y reconfortante solidaridad llegó de muchos sindicatos, organizaciones, personas, incluyendo muchos mensajes procedentes del exterior.

¿Qué pretendían los militares con tan arbitraria calificación? Ante todo tener la posibilidad de aplicarnos penas superiores a cuatro años, la máxima de ley en el caso de Rebelión, que además sólo podría aplicarse a quienes fueran reincidentes y se les comprobara que ejercían funciones de dirección en la comisión del delito. La "asociación para delinquir", en cambio, daba la posibilidad de aplicar entre cinco y catorce años. La calificación por infamante pretendía desmoralizarnos, restarnos solidaridad de las organizaciones populares, produciendo temor en estas y en sus activistas. Y algo muy importante para el gobierno: negar la existencia de presos políticos, táctica en plena marcha que obtuvo éxito durante tres años hasta que por la gran presión de diversos sectores, incluida la nuestra, esa maniobra quedó diáfana ante el país y la opinión internacional. Lógicamente, no éramos nosotros las primeras víctimas. Muchas personas y grupos habían corrido igual suerte en años y épocas anteriores.

También en nuestros mensajes invitábamos a esas organizaciones y amigos a hacerse presentes en la inauguración del Consejo y en sus sesiones públicas que esperábamos convertir, según vieja y efectiva tradición revolucionaria, en un foro de denuncia y acusación. Para esto, meses atrás nos distribuimos los temas para nuestras defensas, relacionados con el por qué de nuestras convicciones y luchas políticas, qué era lo que pretendíamos cambiar y por qué, cuales eran las verdaderas raíces de los problemas colombianos y el por qué de la respuesta armada de sectores del país a la permanente agresión armada desde el estado contra el pueblo.

Esta distribución había sido la siguiente:

| | |
|--|--------------------------|
| Palabras de una inocente | Evangelina Leal de Brand |
| Problemas del campesinado pobre | Belisario Calderón |
| Problemas de la salud y la vivienda | Julia Helena Suárez |
| Problemas de la educación en Colombia | Tila Uribe de Trujillo |
| Influencia de la ideología y de los medios de comunicación | Reynaldo Ortiz |

Papel de las Fuerzas Armadas del
gobierno en Colombia

Germán Camelo

Concentración capitalista en
Colombia

Mauricio Trujillo Uribe

La violencia en la historia de
Colombia

Francisco J. Trujillo

El Consejo fue citado en las mismas instalaciones de Puente Aranda en las que varios de nosotros habíamos estado detenidos. Sería conocido como el "Consejo de Guerra de Puente Aranda", durando casi tres meses.

El día de su iniciación hubo descoordinación entre el personal de remisiones de la Modelo que a las seis de la mañana ya nos estaba acosando para que estuviéramos en el sitio indicado dos horas más tarde y el grupo militar al que se asignó también nuestro traslado. Como la distancia era corta los nueve guardianes y el suboficial asignados, una vez nos esposaron, nos llevaron a pie, lo que permitió que se nos unieran parientes y personas amigas que habían llegado temprano a las puertas de la cárcel. Al aproximarnos a la Policía Militar vimos una gran cantidad de personas frente a una de las puertas de entrada de las grandes instalaciones militares. Varias de ellas nos divisaron a lo lejos y, corriendo, se acercaron, rodeándonos en forma tal que una manifestación se fue formando, desbordando la guardia. El grupo crecía en la medida en que nos aproximábamos, escuchándose vivas a los revolucionarios y los abajos de rigor en estas situaciones. Un gran susto pasó la guardia de prisiones y un gran regaño se llevó después por cuenta de los indignados militares que llegaron a la Modelo con sus grandes camiones de traslado, armados hasta los dientes, 45 minutos después de que habíamos salido de allí.

El primer día fue azaroso, lleno de choques de diverso tipo. Pero lo más emocionante para todos nosotros fue vernos reunidos por primera vez, después de muchos meses. ¿Cómo describir el encuentro de Tila con su hijo? Mío con ella? ¿De todos nosotros, con la presencia incómoda de los delatores? (La compañera de uno de ellos, principio de la cadena de debilidades y desmoralizaciones, había sido puesta en libertad como parte de la compensación por la "colaboración" de ambos). Emoción, alegría y lágrimas se veían en muchos rostros amigos.

Los motivos de conflicto con las autoridades del Consejo menudearon. El atropello fué cuestión de rutina. Con diversos argumentos se negó el paso a quienes hicieron el esfuerzo de hacerse presentes. A las pocas personas que se dejaba pasar al salón

de audiencia, se les pedía su nombre, dirección, documento de identificación. Se hacía lo posible por amedrantarlos y hostilizarlos.

INTIMIDADES DE UN CONSEJO DE GUERRA

Conviene indicar las más sobresalientes características de lo que es un Consejo Verbal de Guerra, a fin de demostrar los cientos de atropellos habidos en el país, pues cada uno de ellos con mayor o menor rigor reproducen la misma represión y mentiras los mismos métodos y procedimientos.

Un Consejo Verbal de Guerra, como se deduce de su propio nombre, es un procedimiento breve y sumario para juzgar **delitos cometidos por militares y en actividades relacionadas con su función militar**. Como lo señala con precisión la albultada jurisdicción colombiana, no puede aplicarse a civiles. Es breve y sumario porque en términos muy cortos de tiempo (cuestión de horas) las autoridades militares se revisten de competencia penal para conocer y juzgar esos delitos, taxativamente contemplados en el Código Penal Militar. No son ellos profesionales del derecho sino militares en servicio activo que deberán juzgar delitos militares llevados a cabo por militares. Una desertión, la pérdida de un arma, una muerte dentro de un cuartel, la agresión física a un superior, un robo continuado de armamento, una traición, un alzamiento militar o conspiración del mismo tipo, constituyen ejemplos varios del radio de acción de quienes transitoriamente se revisten de esa calidad de jueces militares. Esta atribución no les es conferida por algún ramo de la justicia ordinaria colombiana sino que proviene de las propias fuerzas militares, al margen de los ordenamientos judiciales del país. La razón de esto es que los militares **conquistaron** en el pasado un fuero especial en el caso de cometer delitos: el de no ser juzgados por las autoridades ordinarias o civiles. Lo que tergiversaron, al amparo del Estado de Sitio y de las leyes de excepción, en abusiva autoridad para juzgar a los civiles, aplicándoles sus propios reglamentos militares.

Un consejo de guerra concentra varias etapas claramente separadas en la justicia ordinaria: preinvestigaciones, investigación e instrucción del sumario, etapa de pruebas, juzgamiento y condena o absolución del detenido. Cuando los sindicados son llevados al banquillo de los acusados en teoría se inicia todo el juicio, como si antes no hubiera sucedido nada. En ese momento el juez (presidente del consejo) puede ordenar indagatorias, ampliaciones de estas, careos, pruebas, etc. Este procedimiento aplicado a aquellos casos para los que fué creado puede conside-

rarse lógico: al militar acusado, con rapidez se le hace comparecer, se le toma declaración, hace sus descargos, presenta pruebas si las tiene y los militares allí mismo designados para tal efecto, lo acusan y defienden. En seguida los jueces militares auxiliares (vocales) dan a conocer su veredicto. Esto es exactamente un Consejo Verbal de Guerra, un procedimiento breve y sumario.

Pero lo que ha venido sucediendo con los presos políticos es simplemente una parodia de justicia. Lo primero que se pierde es el carácter "verbal" del procedimiento pues los largos expedientes son escritos (cómo, si no?) y en ellos se incluyen todos los documentos útiles a los juzgadores, muchos desconocidos por los abogados defensores que solo han participado (cuando más) en las gestiones de indagatoria y careo. En cientos de casos se ha negado ese derecho a los sindicados, a quienes se impone un defensor militar. Y más aún: también se conocen muchos casos en los que los interrogadores, después de las torturas y demás métodos de "ablandamiento", dictan a los acusados lo que deben decir en la indagatoria, comprometiéndose y comprometiéndolo a otros, y ellos mismos se hacen presentes, en nueva violación de la ley, en el momento de la indagatoria para coaccionar al acusado e impedir la modificación de lo dictado, que coincide con lo que los torturadores pasan en su informe.

Casi toda la parte escrita escapa al conocimiento de los abogados defensores civiles que son enfrentados a una situación de hecho, cuando el Consejo de Guerra se inicia con la lectura de los largos expedientes. De allí las sorpresas y protestas. El hecho más sobresaliente en esta etapa de nuestro proceso: la última pieza leída (lógicamente, una de las que más se graba) un concepto del entonces Ministro de "Guerra", en el que se sostenía que en modo alguno podíamos ser juzgados por Rebelión, que deberíamos ser condenados por "asociación para delinquir" enumerando unos hechos completamente ajenos a ese Consejo. Piénsese en el impacto de tal concepto, que automáticamente se convertía, por jerarquía militar, en una orden para los oficiales que nos juzgaban.

Para suplir el desconocimiento del expediente que tienen los abogados defensores se recurre al procedimiento (típico de un verdadero Consejo rápido y sumario) de dar traslado del expediente a cada uno de ellos por el término de tres horas. ¿Podían nuestros abogados, un lujoso equipo de juristas, analizar y examinar en tres horas un expediente que constaba de más de dos mil folios? Pero los hechos fueron más allá: debiendo repetirse la lectura del expediente al retiro de nuestros defensores, como luego explicaré, en el índice no se incluyeron las retractaciones

en forma tal que los nuevos defensores militares designados (ninguno de los cuales era abogado) escucharon la lectura de las acusaciones, indagatorias y careos pero no pudieron pedir la lectura de las retractaciones porque se les habían escamoteado del índice de documentos incluidos en el expediente.

Para los oficiales designados para intervenir en un Consejo de Guerra éste es una prueba de fuego: con él y según sus resultados, ganan méritos. El resultado está ligado al futuro de su carrera militar. La benevolencia con los **subversivos, enemigos de Dios, de la Patria y de las Fuerzas Armadas** puede serles fatal. Se sabe, además, que para asignar esta responsabilidad se toma en cuenta a quienes están "atorados" en sus carreras, retrasados en sus ascensos. El Consejo de Guerra es una nueva oportunidad que les dan.

Debe agregarse la formación de los jueces militares ajena a toda preparación jurídica o humanística. Quizás puedan ser aptos para decidir en casos de pérdida de un arma, un acto grave de indisciplina u otros parecidos. Pero están totalmente imprevistos para casos complejos en los que el conocimiento y la interpretación de la ley son imperiosos. Y más todavía: debemos sumar su preparación **contra** quienes están siendo juzgados, a quienes de antemano se considera **enemigos**. De hecho y de acuerdo con la misma ley, no son aptos para ser **jueces imparciales**.

RETIRO DE DEFENSORES Y ACUSADOS

En la medida en que el tiempo transcurría y los atropellos se sucedían, para todos nosotros era bien claro que allí nada podía hacerse. La presencia de los defensores y la propia nuestra no hacía más que cohonestar algo que era la negación de toda legalidad y de toda justicia. Todo lo habíamos intentado tratando de sacar alguna ventaja de las mínimas posibilidades jurídicas, de las evidentes contradicciones en todo el expediente, de la invalidez de las "pruebas" presentadas por los servicios secretos del ejército, de las falsedades y enormes equívocos en las acusaciones del fiscal basadas en hechos absolutamente ajenos al expediente. Si no recurría a este procedimiento arbitrario se desbarataba toda posible acusación por "Asociación para Delinquir" y aún iba a encontrar graves dificultades para acusar por Rebelión a varios de los allí presentes. La cuestión de fondo era aún más grave: el fiscal tenía instrucciones superiores para actuar de tal manera, así como los jueces de condenar, por encima de toda consideración jurídica.

6
Durante el desarrollo del Consejo habíamos logrado algo muy positivo: la ampliación pormenorizada y sincera de la retractación de uno de los delatores, hecha desde mediados de 1977. Con valor y claridad relató los entretelones de toda aquella delación, facilitada por la que previamente había hecho el otro, en la que lo inculpaba —igual que a varios de nosotros— por la tortura, sobre todo psicológica, las amenazas (incluso contra su compañera embarazada, presa también en ese momento), el chantaje, los halagos, las ofertas de libertad, pasaportes, dinero, el segundo que había optado en mezcla de vanidad y cobardía por aceptar los cargos y altas responsabilidades que le atribuían los servicios secretos, de nuevo se retractó pero en forma abstracta y menos espontánea, pretendiendo aún conservar la imagen de quien había actuado con audacia e inteligencia, solo para “despistar al enemigo”.

7
Esas retractaciones nos favorecían claramente. El cuadro de cuanto había sucedido y de las nulidades e ilegalidades de todo tipo en las primeras diligencias y de las maniobras posteriores, era nítido y preciso. Pero nada podía hacer cambiar la opinión de los enemigos que nos estaban juzgando. Para ellos, esas retractaciones solo eran maniobras como parte de nuestra propia defensa, pero sin que pudieran presentar una sola prueba en contra nuestra: tenían que aferrarse a las indagatorias arrancadas a la fuerza y en las que se basaba todo aquel atropello.

8
Nuestros defensores llegaron a la conclusión de que su presencia era inútil y además perjudicial, pues luego apareceríamos como vencidos en juicio de acuerdo a la ley. Aceptamos y aprobamos su decisión de retirarse, hecho que causó sorpresa, conmoción y consulta entre los altos mandos militares. Pero el Consejo continuó con el nombramiento improvisado de nuevos defensores militares, ajenos por completo al expediente y a las disciplinas jurídicas, pertenecientes a las diversas armas: ejército, armada, aviación, policía. En total, 21 defensores para **10 reos presentes** y 11 ausentes. Y todos ellos, cuando les correspondió, unánimemente pidieron que se nos juzgara por Rebelión. Prueba adicional de que esa defensa, aún a cargo de militares, era simple formalismo jurídico.

9
10
11
(Aquel Consejo a puerta cerrada, dentro de un salón de una fortificada unidad militar, presentaba espectáculo de ridícula exhibición de fuerza: en el estrado, cinco oficiales de alta graduación, un sargento-secretario y un civil-asesor; abajo, 21 oficiales entre tenientes y mayores, que actuaban como defensores en el salón, unos 15 soldados y dos suboficiales, encargados de nuestra custodia y, también en el mismo plan, los 20 guardianes

de prisiones, que diariamente nos acompañaban; custodiando la puerta, por fuera, no sé cuantos militares más).

El juicio siguió dentro de las mismas características: irregularidades, obstrucciones, hostilizaciones. Nuestra conclusión, poco despues: también nuestra presencia era inútil y perjudicial. Decidimos retirarnos del consejo, hecho sin precedentes en eventos de esta naturaleza. La ira e indignación del presidente fueron muy grandes, sus presiones iguales, pero nada pudieron contra nuestra decisión, de la que excluimos a la compañera Evangelina. El Presidente dió orden de llevarnos a la fuerza al salón de sesiones, decisión torpe e inútil. A cada uno de nosotros, trasladados atados de pies y manos, se nos colocaba en nuestros asientos de los que nos escurríamos al suelo, una vez los militares dejaban de tenernos. Volvían a sentarnos y nuestra caída al suelo se repetía. Y en él entonábamos canciones, gritos y consignas revolucionarias. Estabamos decididos a afrontar cualquier agresión. Nuestro propósito era el de "sacar el Consejo a la calle": ya que el Presidente después de dos días de largas sesiones públicas llenas de atropellos contra los escasísimos familiares y amigos a los que se permitió ingresar, había ordenado que el consejo continuara a puerta cerrada, en sesiones secretas. Las sesiones públicas, a las que esperábamos pudieran asistir varias organizaciones y personas a quienes habíamos escrito, tenían para nosotros especial interés pues en ellas iríamos a presentar nuestras defensas, laboriosamente preparadas. ¿Qué sentido tenía desarrollarlas a puerta cerrada, para los oídos sordos y mal intencionados de los militares? (con nuestra hija Esperanza que llegó el primer día de sesión pública con su hija recién nacida, que no conocíamos, sucedió un atropello especial: se la condujo directamente a la sala de reseña que allí mantenían los servicios secretos, al lado de la sala de torturas. Afanosamente solicité al Presidente del Consejo intervenir para impedir esa provocación. Pero nada pudo hacer, pese a su alta investidura, que solo le servía para la tarea que le había sido asignada: presidir un Consejo de Guerra prefabricado).

Necesitábamos que nuestro caso fuera público para alertar al país, para hacerle saber que sí existíamos los presos políticos, que había torturas de todo tipo, que la justicia penal militar funcionaba a pleno vapor e impunemente, que allí se estaba cometiendo un inicuo atropello que no podía pasar desapercibido. Algo conseguimos, pero no lo suficiente. No existía aún la sensibilidad necesaria frente a estos hechos, a pesar de que no estábamos solos y en los últimos meses se habían desarrollado consejos similares en Medellín, Cali, Pereira, con cerca de cincuenta sentenciados.

El consejo siguió sin nuestra presencia, dentro de las mismas tensiones y enfrentamientos seguimos siendo sacado de las cárceles, ahora con más agresividad y provocación aunque, es necesario señalarlo, con la simpatía silenciosa de varios soldados. Estos que eran turnados en el salón de sesiones, se admiraban de que alguien enfrentara a un coronel y a otros oficiales, señalando sus atropellos y parcialidades, así como las del gobierno. Nosotros, además, en varias oportunidades al protestar por la falta de comida, reconocimos que gracias a la cooperación de varios soldados que se habrían acercado a nosotros llevándonos parte de su ración, era que habíamos podido comer algo. Se alegraban y ufanaban de este reconocimiento. Y suponemos que esta simpatía, y quizás admiración, aumentó en los días en que se nos quiso obligar a asistir a las sesiones, cuando ellos mismos bajo órdenes debieron llevarnos a la fuerza. Pero mientras lo hacían su trato era relativamente suave y no dejaban de lanzar interjecciones contra sus superiores.

Y otro tanto acontecía con los guardianes de prisiones que, de todas maneras, debían acompañarnos al consejo, sufriendo también ellos atropellos y vejámenes de los militares. Esto se tradujo en que, muy pronto, ellos compartían nuestra suerte, "presos" en el salón de sesiones, exigiéndoseles una disciplina militar que no les correspondía, carentes de alimentos, algunas veces agredidos verbalmente por la oficialidad e incluso alguna con tentativa de agresión física. Y en las situaciones varias que existió este riesgo hacía nosotros se pusieron de nuestro lado, ya que se sentían responsables de nuestra seguridad. Veíamos así que no había sido en vano todo nuestro trabajo anterior de acercamiento a los guardianes, de explicación de los problemas del país, la situación de los presos políticos, su propia situación como personas pertenecientes al pueblo y explotadas por el Estado.

LAS SENTENCIAS

Asistimos a la lectura de las sentencias. Sobre estas, pese a todo, en los primeros días del consejo nos habíamos hecho ilusiones, las de que la justicia, un poquito de ella, siquiera, se hiciera presente. Que alumbrara algo de sensatez en aquellos oficiales, cuyo amaestramiento y torpeza eran visibles. Despiste político más que ingenuidad eran esas esperanzas. Aún no queríamos, pese a todas las evidencias, aceptar la verdadera naturaleza del sistema, de su rumbo cada vez más represivo, de la prepotencia de las fuerzas armadas que juzgaban cualquier acción sensata como muestra de debilidad. No les importaba aparecer como torpes, les preocupaba aparecer como débiles. De allí brotarían

nuestras sentencias. Que causaron extrañeza en los círculos jurídicos del país y abrieron un poco más los ojos a algunas fuerzas de izquierda bien alejadas de lo que en el país estaba sucediendo.

Examinando mi propia sentencia puede verse la extravagancia e ilegalidad de todas. La pena máxima que podía imponerse me era de 14 años, pero solo a condición de que fuera reincidente, concurrieran causales de gran peligrosidad y comprobada responsabilidad directiva. Caso contrario, la sentencia debería ser la mínima, esto es, cinco años, con derecho a varias rebajas que la ley y los códigos contemplan. Pero el sabio juez decidió que la pena mínima debía ser de 14 años y que a esta debería agregarse la mitad por ser dirigente y por alta peligrosidad, esto es, siete años más, todo lo cual daría 21 años. Nunca se me explicó y todavía no entiendo cómo el juez pudo ajustar veinticuatro años!!

Finalizado el consejo produjimos un documento difundido, del que transcribo sus principales apartes:

"Nosotros, PRESOS POLITICOS (SINDICADOS) DEL EJERCITO DE LIBERACION NACIONAL, juzgados en el consejo verbal de guerra de Puente Aranda, consideramos un deber dirigirnos a nuestro pueblo; a las personas y organizaciones populares que no sean indiferentes frente a los atropellos de los DERECHOS HUMANOS.

... El único delito que podría imputárenos es el de rebelión que el C. P. contempla así en su artículo 39: "Los que promuevan, encabecen o dirijan un alzamiento en armas para derrocar el gobierno nacional, legalmente constituido...".

Desde su iniciación denunciarnos y dejamos constancias verbales y escritas de cómo este conejo era una farsa, una tragicomedia, pues la decisión de condenarnos ya estaba tomada. En qué nos basábamos para saber que ya estábamos condenados? En la forma como todo el proceso se adelantó, incluyendo las torturas físicas y síquicas iniciales en el Batallón de Policía Militar, el mismo en el que se nos estaba juzgando... en el hecho de que la investigación se relacionó principalmente con la muerte del general Rincón Quiñonez, y otras acusaciones falsas, hechos todos a CARGO DE LA JUSTICIA ORDINARIA la que ha llamado a algunos de nosotros a aclarar sindicaciones sin que se nos hayan dictado autos de detención, es decir, que este conse-

jo de guerra no podía juzgar y mucho menos condenar por hechos de competencia de la Justicia Ordinaria.

... Nuestras detenciones se sucedieron por solicitud del Batallón Charry Solano, que ordenó: "Capturar a los integrantes de la red urbana del ELN, cuya función es la de prestar apoyo político y logístico a los grupos rurales". Luego, en muchas otras piezas procesales, hay referencias al ELN y a sus actividades políticas y militares, incluso al relacionar las actividades del grupo en 1974, cuando anota: "en este año el grupo urbano disminuye sus actividades como consecuencia de la Operación Anorí, viéndose obligado a reorganizarse".

... Junto con nuestras capturas, fueron decomisados equipos de impresión, de fotografía, armamento de guerra, municiones, equipo de campaña, medicinas, gran cantidad de literatura marxista y del ELN, música revolucionaria, brazaletes, etc. confirmándose definitivamente las actividades político-militares de los detenidos.

... Los abogados defensores soportan un clima de abierta hostilización y en dos oportunidades son agredidos. Los hechos anteriores y la comprobación de que todo aquello era una farsa y que la condena ya estaba prefabricada, llevaron a los defensores a retirarse **con nuestra aceptación**, por carecer de las más elementales garantías para ejercer sus funciones.

... El fiscal, un teniente coronel, hizo caso omiso de las retractaciones de Orduz y Navarro, dio plena validez a sus indagatorias: tergiversó los careos, falsificó los hechos, escamoteó las pruebas en nuestro favor. . . Algunos de sus cargos más relevantes fueron:

... Tuvo a su cargo la instrucción política de compañeros. . .

... Trabajaba en una fábrica de donde lo botaron por conscientizar obreros. . .

... Tenía a su cargo la confección de morrales para la guerrilla. . .

... Conducía vehículos en los que transportaba dirigentes del ELN. . .

... Llevó a la guerrilla rural dineros de la organización. . .

... Salió de la Escuela Militar por escribir en las paredes SOMOS FICHAS DE UNA GRAN JUGADA. . .

... Aparece en la fotografía con el máximo dirigente del ELN. . .

... Combatió en la guerrilla rural del ELN. . .

... Los vocales, capitanes del ejército regular, adoptaron una actitud de total indiferencia durante la lectura del expediente, pero acuciosa y sumisa ante las desfiguraciones del fiscal. En ningún momento se cuidaron de disimularlo, durmieron en las sesiones, condenaron por unanimidad.

El auditor de guerra 23, fue igualmente siniestro, cínico y calumniador, consejero permanente del Presidente del Consejo, redactor de la pieza procesal más deshonesta, por él fuimos tratados de "vandálicos, delincuentes, malhechores, foragidos, cuadrilla de bandidos. . .".

Es permitido en la etapa pública tomar grabaciones de lo expuesto; cuando uno de los acusados grabó las acusaciones del fiscal, el señor auditor de común acuerdo con el oficial presidente ordenó el decomiso de las cintas que demostraban incuestionablemente cómo el fiscal estaba haciendo **acusaciones falsas** y tomando en sus manos casos que no le correspondían.

... Las penas para cada uno de nosotros no corresponden a los cargos y menos a una calificación tan infamatoria como la de asociación para delinquir:

A Reinaldo Ortiz no le aparece **un solo cargo**, salvo que es miembro del ELN, fue juzgado ya en otro consejo por Rebelión por el mismo hecho de pertenecer al ELN, confecciona mochilas para la guerrilla, educa a otros compañeros y juega ajedrez con otros miembros del ELN. **CATORCE AÑOS DE PRESIDIO.**

A Germán Camelo se le acusa de ser soldado del ELN, conducir vehículos de la organización y haber desarrollado diversas labores de concientización en la Escuela Militar de Cadetes y después en fábricas. **CATORCE AÑOS DE PRESIDIO.**

A Belisario Calderón se le acusa de ser soldado del ELN, guerrillero rural, se acepta que nunca estuvo vinculado a las actividades del grupo, pero que **ESTUVO DE MALAS** por haberse alojado 15 días antes de su detención en una de las casas allanadas. **CATORCE AÑOS DE PRESIDIO.**

A Julia Helena Suárez se le acusa de tener dos cédulas, vivir en una casa del ELN en la que se encontraron armas y equipos de impresión, imprimir propaganda del ELN, haber intentado huir en el momento del allanamiento. VEINTICUATRO AÑOS DE PRESIDIO.

A María Tila Uribe de Trujillo se le acusa de haber recogido información útil al ELN, haber tomado parte en la alfabetización de guerrilleros rurales del ELN. VEINTE AÑOS DE PRESIDIO.

A Francisco J. Trujillo se le acusa de tener a su cargo la formación política de los miembros del ELN, pertenecer a su Estado Mayor, haber aprobado la ejecución de Rincón Quiñones y haber co-elaborado el comunicado respectivo, haber invertido dineros procedentes de una acción del ELN, haber elaborado documentos políticos de esta organización. VEINTICUATRO AÑOS DE PRESIDIO.

Y así en los demás casos. Cómo y cuándo se configura el delito de asociación para delinquir?

... La única respuesta posible es que el pueblo oprimido cierre filas en torno a la lucha por mantener y ampliar lo mínimamente conquistado y avanzar más hacia la LIBERACION NACIONAL Y EL SOCIALISMO. La unidad de las fuerzas populares y revolucionarias en torno a la lucha contra el imperialismo y la oligarquía se constituye en necesidad vital y apremiante. Si la oligarquía tiene ahora más poder y control que antes es porque la desunión de las fuerzas populares ha permitido ese avance".

Esos meses del consejo fueron muy amargos, con sus permanentes enfrentamientos con los militares, los diarios traslados con las manos esposadas y amarradas a los parales del camión, las agresiones y los provocadores despliegues de fuerza, la evocación de tantos hechos dolorosos revividos por la lectura de las indagatorias dictadas por la delación y la debilidad frente al enemigo.

Como es obvio, no pudimos presentar nuestras defensas en forma verbal, algunas preparadas con esfuerzo y esmero. Las incorporamos posteriormente al expediente, en la apelación ante el Tribunal Militar. La de Tila y la mía circularon con algunas copias, entre amigos y organismos populares.

La finalización del consejo-farsa significó un gran descanso aunque nuevamente nos separó de nuestros compañeros, en particular a los tres miembros de nuestra familia que durante esos tres meses habíamos podido estar muy unidos. Ingresábamos ahora a otra etapa y condición: la de condenados, con el riesgo de traslado a otras prisiones, incluida la Isla de Gorgona.

*Traslado
a la penitenciaría
“El Barne”*

13

14

15

16

17

18

El sábado 4 de diciembre, después de la visita y cuando aún no habían salido algunos de nuestros visitantes, nos notificaron traslado de cárcel. Como es usual en estos casos no se nos indicó a dónde seríamos llevados. Conocíamos la existencia de una resolución de traslado a la Isla Gorgona que habíamos logrado frenar apelando a diversos recursos, pero en aquellos instantes tuvimos la certeza de que ese era nuestro destino. Esta noticia corrió como pólvora por el patio quinto.

Nos dieron pocos minutos para prepararnos. Los traslados constituyen paso duro para cualquier detenido. No solo por la incertidumbre respecto a lo que vendrá sino por el abandono de lo que ya se siente, particularmente las relaciones, las amistades, el conocimiento del medio, los hábitos adquiridos. El detenido que lleva algún tiempo de serlo ha recorrido un largo camino de adecuamiento al ambiente. Se siente protegido un poco porque sabe cómo actuar en determinados casos, a quien recurrir en momentos de dificultades, cómo mantener sus relaciones con el exterior. El traslado lo coloca ante el temor de lo desconocido, sobre todo si se trata de otra ciudad. Inmediatamente comienza a pensar en sus seres queridos a los que cree estar abandonando, comparte su angustia y su temor.

Tampoco es fácil la separación de los pequeños bienes materiales. El detenido hace de su celda un pequeño hogar, arreglándola con cariño: la repisa, la mesa, la cortina, el radio, un asiento, cuanto constituyen sus únicas pertenencias, que a él le parecen riquezas sin par. A la hora de partir es necesario desprenderse de esos pequeños bienes, pues solo puede llevar a mano unas pocas cosas.

Durante el consejo y particularmente después de las sentencias nos habíamos sentido rodeados de una mayor solidaridad y simpatía. Varios días fuimos invitados a desayunar, almorzar o tomar café, las mejores expresiones de cariño que allí podían darse. Cuando el Comité de Solidaridad nos hizo llegar unos bonos fue grande nuestra satisfacción al lograr, impulsados por un preso no político, vender una buena cantidad, adquiridos por personas de quienes menos esperábamos una solidaridad de

esa naturaleza. Y en el momento de nuestra salida rumbo a otra cárcel, una desacostumbrada, emotiva y calurosa despedida nos brindaron decenas de compañeros que nos vivaban, alentaban, abrazaban y entregaban dinero y cigarrillos. Fue un hermoso momento para los tres compañeros que salíamos de la cárcel Modelo.

En la guardia en gestiones de reseña y preparativos de marcha permanecemos algunas horas. Logramos a través de los visitantes que salían, hacer saber a algunos de nuestros familiares que seríamos trasladados, en forma tal que cuando traspasamos la puerta, ya instalados en el enorme bus militar, conjuntamente con cuatro compañeros y veinte presos no políticos traídos de otras cárceles, vimos las angustiadas y llorosas caras de los nuestros. Ya sabíamos que nuestro destino era El Barne, penitenciaría de aislamiento situada a seis horas de Bogotá. Pero nuestros familiares y amigos, igual que nosotros horas antes, creían que íbamos para Gorgona, lo que aumentaba su dolor, afán y angustia. Nuestros puños en alto les trajeron mínima tranquilidad.

El acompañamiento militar era descomunal, como de costumbre en nuestros traslados. En el bus se nos mantuvo esposados, pese a ese despliegue de fuerza. El lento viaje era interrumpido a cada instante para tomar medidas de seguridad frente al paso de inocentes vehículos o por otras razones que causaban la histeria de los oficiales al mando de la operación. Llegamos a media noche, en medio de gran oscuridad, al sitio de nuestro nuevo destino. Escasamente vimos el perfil de sus enormes muros.

Pocas horas después los siete presos políticos fuimos ubicados en patios diferentes, logrando quedar Mauricio y yo juntos, en el cuarto, calificado como el tercero en categoría.

El contraste era enorme. Esta Penitenciaría en su conjunto refleja abandono, miseria, dureza, con sus altísimos muros blancos, sus pasillos estrechos y oscuros, su construcción deshumanizada en donde no se ve una hoja verde, sus paredes de cal, sus patios de cemento, lúgubres, gélidos, sin un banco o un adorno. Con capacidad para 1.000 detenidos (menos que en uno de los patios de la Mode) tenía en ese momento sólo 800, lo que permitía sin mucha dificultad adquirir celda individual. Nuestros compañeros de patio en su gran mayoría eran campesinos presos por homicidio, algunos con varios muertos a cuestas. Casi todos gentes sencillas, calladas, pobres, llevando alpargatas y humildes vestidos. Había también personas traídas de cárceles distantes, por delitos graves, que se diferenciaban bastante de la mayoría campesina. Todos allí éramos ya presos sentenciados, muchos

sin posibilidad de interponer recurso alguno. Las sentencias de 30 y 40 años no eran extrañas, lo mismo que los detenidos que llevaban ya 15 y más años de prisión. Muchos habían pasado por Gorgona, eran personas curtidas que nada esperaban de la vida.

En el patio que nos asignaron, en duro contraste con el de donde veníamos, solo había un pobre caspete, sucio, oscuro, desmantelado, que preparaba alimentos de pésima calidad y sin sabor alguno. Las celdas eran muy pequeñas. No tenían puertas, solo rejas, en forma tal que los barrotes debían ser cubiertos con cartones, papeles, trapos, cobijas raídas, aumentando la expresión de pobreza y desamparo. El frío cortante, uno de los máximos castigos de esta cárcel, se colaba por todos los sitios sin modo alguno de eludirlo.

Pero posiblemente había un castigo peor: esta cárcel no tenía instalación propia de agua. De un sitio vecino, a través de una vieja y oxidada tubería que funcionaba a medias, traían un poco de agua combinada con una alta proporción de barro, depositándola en una pileta situada en la mitad del patio (con frecuencia los vecinos del patio se divertían arrojando allí excrementos, a través de los barrotes de su muro). A la hora de la levantada, a las cinco de la mañana, unos pocos detenidos se lanzaban velozes tratando de coger en algún recipiente una mínima cantidad de esta agua-barro. Muy pocas personas, en estas condiciones, se bañaban el cuerpo. Unas cuantas lo hacían semanalmente, en el patio de talleres, provisto de un tanque subterráneo. Para Mauricio y para mí, vieja costumbre, el baño era una necesidad vital, particularmente en mi caso ya que el agua a primera hora de la mañana me aliviaba de algunas dolencias y especialmente del cansancio producido por el insomnio y las malas noches. Poco a poco fuimos adaptándonos a estas circunstancias y me fui acostumbrando a echarme barro en el cuerpo, un poco combinado con agua. En épocas de lluvias, que allí eran frecuentes, el agua aumentaba pero el barro más, pues en la semilaguna de la cual se traían desembocaban varios riachuelos turbios que recogían todo el lodo de los alrededores. Aprendí que si estaba listo podía llegar casi de primero a la pileta. Por esto salía cada mañana a la máxima velocidad posible, completamente desnudo; llenando mi cubo, con un jarro a pequeñas dosis me mojaba y embarraba.

Con esta agua se preparaban los alimentos. Hervirla era la única posibilidad de despojarla de algunos de sus miles de microbios. Pero las diarreas y enfermedades de parásitos estaban generalizadas. No nos fue fácil acomodarnos a este terrible desaseo

(piénsese en los sanitarios, cada uno con cerros de excrementos) y ausencia de higiene elemental pero, como siempre sucede, en breve plazo estábamos llevando la vida normal de los demás detenidos.

Caímos bien entre ellos. Lo primero que hicimos fue presentarnos a casi todos, especialmente cuando se hallaban en grupos. Les narrábamos nuestro caso (no sabían qué eran los presos políticos, nosotros fuimos los primeros en este patio, en los últimos años), preguntábamos por su situación, pedíamos sus consejos caneros que nos fueron muy útiles, nos poníamos a su disposición en aquello que pudiéramos servirles. Sin hipocresía, sin que constituyera un esfuerzo sino porque lo sentíamos vivamente, supimos ser compañeros de estos campesinos pobres, la mayoría de ellos olvidados, que jamás tenían una visita ni comunicación con el exterior. La presencia de padre e hijo, nuestra unidad y disciplina (éramos los únicos que en aquellos días hacíamos muy temprano ejercicios diarios), el vernos leyendo o escribiendo, especialmente para quienes el alfabeto era un misterio y más una máquina de escribir o practicando ese extraño juego de ajedrez, nos ganaron respeto y cariño, que sinceramente retornamos. Al poco tiempo me había convertido en el "memorialista" oficial del patio —también me llegaban pedidos de patios vecinos— haciendo solicitudes diversas a la dirección o peticiones elementales a los juzgados. Unas pocas de ellas produjeron resultados favorables, especialmente en rebajas de penas, libertades por tiempo cumplido y casos similares, aumentando las razones del aprecio que nos rodeaba. Estas gestiones las hacía sin costo alguno para los detenidos, que cuando podían me compensaban con unas cuantas frutas, un modesto café o gaseosa, gesto amistoso de agradecimiento.

DE NUEVO LA SOLIDARIDAD

El cuarto día de nuestra llegada —un día de fiesta en mitad de semana— tuvimos la visita de las hijas y de algunas amistades. Nos trajeron la más increíble noticia: al entrar habían visto a Tila y a Julia Helena, trasladadas a la sección femenina de El Barne, en donde quedábamos situados todos los condenados en el consejo de guerra. Estábamos sorprendidos, alegres y confusos, al saberlas tan cerca pero imposibilitados de verlas, hablarles, estar con ellas. Y otra visitante nos trajo estimulante sorpresa: una regular cantidad de dinero recolectada espontáneamente por los presos no políticos de la Modelo, hermoso gesto de solidaridad imposible de olvidar. (Con Mauricio y conmigo esos gestos se repetirían posteriormente).

En los meses siguientes continuaríamos siendo visitados con asiduidad por familiares y amigos, a pesar de las dificultades que representaba trasladarse y llegar oportunamente a esta penitenciaría una de cuyas absurdas normas era suspender la entrada de visitantes a las once de la mañana para reiniciarla dos horas más tarde, en forma tal que las personas que venían de Bogotá u otras ciudades apartadas debían salir a las cuatro de la mañana para no quedarse por fuera, lo que sucedía a menudo, debiendo los retrasados permanecer afuera a sol y agua, sin un sitio en el cual guarecerse, ante la mirada burlona del director y de algunos oficiales y guardianes.

El abogado amigo que jamás había dejado de visitarnos cada semana en Bogotá, llegó allí puntualmente. Lo más importante de sus visitas fue que consiguió entrevistarnos a todos a un mismo tiempo, constituyendo esta visita la posibilidad de reunirnos con Tila (tres meses más tarde conseguimos entrevista semanal de diez minutos, en la guardia, de pie, entrevistas que la mayoría de las veces nos dejaba desanimados al cortarse bruscamente, cuando aún no habíamos podido abocar ninguno de los puntos que queríamos tratar). Pero en El Barne, igual que en toda cárcel, funcionaban bien las comunicaciones internas. Los ordenanzas se las ingeniaban para llevar y traer muchos mensajes escritos, para llevar de un patio a otro lo que necesitábamos enviar. Incluso más tarde, cuando ya habían llegado 24 compañeros del M-19, nuestras dos compañeras nos hacían llegar semanalmente al patio cuarto una enorme olla de comida preparada por ellas, que nos sabía a manjar jamás probado.

Ese 31 de diciembre (1978) fue día especial. Fuimos encerrados en nuestras celdas, como de costumbre, a las cuatro de la tarde (debiendo levantarnos siempre a las cinco de la mañana, permanecíamos encerrados en la celda solitaria durante 13 horas, parte de las cuales utilicé para escribir). A eso de la media noche entre dormido y despierto escuché lo que me parecía música de un acordeón, lo que me extrañó pues no había visto a nadie con este instrumento. Despavilándome un poco más escuché que cantaban y nuevamente me extrañé pues se trataba de una voz delgada, femenina, lo que me hizo pensar malas cosas del cantante. Pero ya despierto del todo, con emoción y ansiedad al mismo tiempo concluí que quien tocaba el acordeón y quien cantaba era Tila, a la que se le unía la voz de un coro femenino. Esto me parecía imposible. Estaban en el patio pero no podía verlas pues mi celda no daba sobre él, lo que sí podían hacer Mauricio y quienes estaban en el mismo pasillo. Fue amargo para mí no haber podido verla, llamarla, pero me alegró escucharla.

Había logrado que la Dirección les permitiera dar a los presos encerrados en sus celdas una serenata e iban de patio tocando y cantando. Recibieron muchos aplausos y felicitaciones por su gesto.

LABORES EDUCATIVAS

A principios de 1979 nos integraríamos todos nosotros a las aulas, tomando en nuestras manos el desarrollo de diversos cursos. A cargo mío quedaría la coordinación de los instructores y programas. Para el desarrollo de nuestra actividad, que sería suspendida seis meses después, contamos con la excelente ayuda y amistad de los dos profesores fijos, empleados, que tenía la cárcel. El Director había optado por un camino de buenas relaciones con nosotros, actitud que modificaría luego frente a las presiones de la brigada militar instalada en Tunja. De él se hablaban muchas cosas y se contaban sus chanchullos y negocios.

Las labores educativas nos permitieron contacto diario entre nosotros (a las dos compañeras a veces las veíamos a través de las rejas, en el patio de mujeres, colindante con las aulas masculinas), un conocimiento cercano de esta penitenciaría y el establecimiento de relaciones útiles con presos no políticos de todos los patios, incluido el "sexto", de real peligrosidad, con algunos de cuyos componentes tendríamos dificultades iniciales que pudimos superar. Estábamos frente a un hecho que habíamos observado sólo a distancia: personas sentenciadas a muchos años -- y los había en el sexto condenadas a 50 y más años -- pierden toda moral, se vuelven con lógica razón dolor de cabeza para toda cárcel, son fácilmente utilizables para cometer cualquier crimen por sumas ínfimas de dinero. Y entre muchas de ellas, además, se desata una guerra de lobos en la que sale adelante el que le "madruga" al otro, el que menos temor tiene frente a la muerte, el calabozo y las cuchilladas. Sólo así se gana un determinado tipo de autoridad para sobrevivir en los patios difíciles que, en El Barne, se llama también "la jaula de los leones".

La sección educativa era difícil. En ella se cometían atracos y crímenes. Siempre tuvimos que estar en guardia, a pesar de que fuimos ganando el apoyo de quienes concurrían. Pero lo hacían generalmente los más desmoralizados, quienes no querían trabajar; asistían a fumar mariguana, para escapar al tedio del patio, para conseguir algún "desvare", para reunirse con los amigos, para obtener descuento o rebaja de penas. El estudio no importaba a la mayoría. La asistencia era errática, la deserción muy alta, el interés casi nulo. Solo podíamos desarrollar mínima labor con pequeños grupos, sin plan serio, con gran laxitud en te-

mas y disciplina. Las actividades de recreación como teatro, juegos, poesía, ajedrez, tenían más aceptación pero siempre con un gran número de apáticos dispuestos a estallar por cualquier cosa. No obstante, aún entre ellos encontraríamos destellos de dignidad humana, ansiedad de conocimientos. "Satanas", desarrapado hombre negro, preso eterno y eterno visitante de los calabozos, de inteligencia excepcional, fue nuestro "contacto" con los más hostiles habitantes del patio sexto.

Quizás las represalias futuras estuvieron influidas por los informes de los oficiales "sapos" que, al pasar revista a los cinco salones de estudio, en sus tableros solo encontraban como palabras generadoras de las charlas "pobres, ricos, oligarquía, terratenientes, explotación, clases, cárcel, condenas, injusticia, hombres, hambre, miseria. . .".

MAS PRESOS POLITICOS

En los primeros meses de 1979 a El Barne llegarían nuevos presos políticos. Para el mes de abril éramos ya unos cincuenta. Los primeros en llegar fueron 24 compañeros acusados de pertenecer al M-19, encabezados por Iván M. Ospina. Llegaron después de ser sometidos en las instalaciones militares a terribles torturas, cuyas huellas estaban todavía presentes en varios de ellos. Dentro de este grupo, tres personas habían tratado de quitarse la vida, buscando escapar a sus torturadores. Las fuerzas armadas, tremendamente lesionadas por el robo de armas en el Cantón Norte estaba llevando a los peores extremos las capturas, allanamientos y trato despiadado a los detenidos. Una tremenda cacería de brujas se había desatado en el país, que se enteraría muy poco después de que esas torturas venían de tiempo atrás y que en las cárceles del país ya había muchos otros presos políticos.

Llegaron después cerca de veinte compañeros campesinos, sindicados de ser auxiliares de las FARC, en las regiones de Puerto Boyacá, Yacopí, Cimitarra. Sus torturas habían sido igualmente monstruosas durante varios días, sus familias estaban igualmente perseguidas —algunos de sus componentes también habían sido torturados y luego dejados en libertad— y llevados luego de un sitio a otro en helicópteros en medio de las amenazas, la incertidumbre y el miedo. Llegaron luego trabajadores y dirigentes sindicales de la Siderúrgica de Paz de Río y dirigentes estudiantiles de Tunja, algunos de los cuales habían ido a visitarnos. Estos dos grupos habían pasado por manos de "Los Pirañas", torturadores especializados de la primera Brigada, aún cuando con este mismo nombre se identificaban otros equipos

de torturadores de diversas regiones del país, a órdenes del BINCI o Batallón de Inteligencia y Contrainteligencia del Ejército. Se les había negado el derecho de ser asistidos por un abogado en sus indagatorias y éstas les habían sido dictadas coercitivamente, viéndose obligados a repetir las en presencia del militar jefe del grupo torturador, ante el juez, que impavidamente aceptaba tales violaciones a la ley. Un sucio delator, que continuó su labor en la cárcel, antiguo dirigente bancario, formaba parte de este grupo y a su labor se debía la mayor parte de las capturas.

Como antes en la Modelo, iniciamos ahora un lento y constructivo proceso de integración con todos estos compañeros, de muy diversa formación y experiencia. Comenzó también el proceso de integración de nuestras familias, con las que compartíamos los días de visita, ratos de recreación, esparcimiento y análisis. Aprendieron a distribuir entre todos la comida y pequeños regalos que llevaban. Las canciones, poesías y gritos entusiastas eran ritual de los días de visita. Se nos unían otros compañeros, varios de los cuales eran presos políticos que llevaban olvidados muchos años. Teniendo en cuenta a estos compañeros, en los diversos patios de El Barne en el mes de junio estábamos ya unos 60 presos políticos. Quienes más dificultades y necesidades tenían eran los campesinos, de pobreza extrema, cuyas familias no tenían recursos económicos para visitarlos y carecían de cualquier otra ayuda, salvo la muy limitada que entonces podía darnos el Comité de Solidaridad con los Presos Políticos. La unidad de todo el grupo, el fondo común de alimentos, la elaboración conjunta de algunos alimentos nos fue a todos de enorme ayuda, pero particularmente a ellos.

Unas cuantas notas extraídas de mi diario permitirán formarse idea adicional de lo que fueron esos primeros meses en la Penitenciaría de El Barne:

Diciembre 7. Hace tres días estamos en la "olla" de El Barne. Lentamente nos acomodamos y relacionamos. "De agache" hay en el patio dos presos del M-19. Con ellos y su pequeño círculo de amigos formamos un solo grupo. El limpiabotas de la cárcel, preso veterano, en gesto absolutamente espontánea el día de nuestra llegada me invitó a tomar café y regaló cinco pesos.

Diciembre 15. Con gran emoción hoy en la huerta pude conversar brevemente y desde lejos con Tila. Las ventanas de su celda, en la sección femenina, dan contra la huerta. Después, a muchos metros, nos mirábamos y hacíamos señas. En esta huerta tienen pequeñas parcelas varios campesinos. Desde acá se divisa la carretera, el paso de vehículos, la Penitenciaría queda en

una parte alta. Parecería como si pudiera llegarse fácilmente al exterior, pero el terreno está en declive y los muros tienen más de cinco metros de altura. Es una ilusión óptica, dan deseos de volar.

Diciembre 18. Hoy hubo clausura de los cursos ordinarios de esta penitenciaría-olla. Se desarrolló la tradicional reunión de música, teatro, declamación, todo a cargo de los detenidos. El Director nos invitó y presentó como "profesores estrellas" para el año entrante. En la reunión pude estar al lado de Tila y conversar brevemente con ella.

Diciembre 26. El 24 nos encerraron en nuestras celdas más temprano que de costumbre: a las tres y media de la tarde. Tuvimos ayer muchas visitas, incluyendo universitarios de Tunja, que lo han venido haciendo desde nuestra llegada. Una joven morena, de la costa, es la más activa y constante. La mayoría de los detenidos en este patio no tienen quien los visite, ni siquiera en estos días especiales.

Enero 7 (1979). Con motivo de la fiesta de Reyes los detenidos del patio primero, el de los "bacanes" —acá se encuentra Germán— nos hicieron una distinción a Mauricio y a mí: invitación a compartir una succulenta lechona, preparada por ellos. Allí recibimos numerosas visitas. Nuestro más amable anfitrión fue un preso acusado en la prensa de haber causado la muerte, como jefe de una banda, a más de cien personas, en la zona esmeraldífera de Muzo. Debe existir alguna exageración en esas afirmaciones. El año pasado, el mismo día de su llegada a la Modelo, fue atacado y herido. Lo trasladaron acá. Se muestra como persona lejana, retraída, cauta. Es muy joven, quizás unos 27 años.

Marzo 5. Nuevamente nos visitó el Capellán de la Universidad, padre Noé Salamanca. Se preocupa por la suerte de todos los presos políticos. Continúa en sus esfuerzos, de acuerdo con nuestra solicitud, de crear un Comité de Apoyo para todos nosotros e integrado a él, el de Familias de presos políticos con las familias residentes en Tunja, Duitama, Sogamoso. Le pedí que me consiguiera unos zapatos, pues los que tengo tocaron a su fin.

Marzo 30. Avanzan los preparativos para la celebración de la Semana Santa. Un grupo de nuestros compañeros presentará en el teatro una obra alusiva a la muerte de Cristo. Hemos discutido el argumento, sacrificando algunas partes excesivamente políticas. El director, alarmado, está dispuesto a echar atrás la au-

torización dada. El Capellán (a quien cariñosamente llaman "Carroloco") quiere sujeción total a lo tradicional. Los vestuarios son risibles. No puede uno imaginar a los compás del M. convertidos en Pilatos, Judas, Cristos, Pedros. Y ver allí a nuestras compañeras (hay dos presas políticas además de Tila y Julia Helena) convertidas en Magdalenas, Vírgenes Marías. Los ensayos han servido para reunirnos con ellas.

Abril 7. Éxito total en la representación teatral. Fue muy cómico ver pasar el cortejo por el pasillo central, rumbo a la cancha de fútbol, con burro y palmas, recordando la entrada de Jesús a Jerusalén el domingo de Ramos. E igualmente risible ver a nuestros compañeros posesionados de sus papeles con espadas de cartón, túnicas-cobijas, sábanas, mitras. Fue imposible evitar el discurso político, pero salió bien. Quien representó a Judas se ganó los mejores aplausos. El lado cómico lo veíamos solo nosotros, por los actores. Las demás personas seguían la obra y las ceremonias con respeto. En la cancha de fútbol, a su finalización, pudimos reunirnos para tomarnos fotografías. Las tomó un guardián que tiene acá ese extraño oficio y anda con su cámara tomando fotos a los presos, en grupos e individualmente, especialmente los días de visita. Muchos campesinos se hacen retratar con amplios sombreros alones y un radio en la mano, deseando que este se vea más que ellos.

Mayo 30. Después de los mítines en Tunja y de la toma de la Catedral por los estudiantes, y como consecuencia de toda la parte oculta de estos hechos, han aumentado acá los presos políticos. Un grupo de 15, entre dirigentes sindicales y universitarios, ha sido repartido en los diferentes patios. Están sindicados de pertenecer al ELN. Entre ellos se encuentran varios compañeros que eran nuestros asiduos visitantes y puntal de la solidaridad con nosotros.

La toma de la Catedral fue la respuesta masiva, audaz y valerosa de los universitarios para exigir que se informara el paradero de un dirigente estudiantil, secuestrado en abril por los servicios de inteligencia del ejército. Este dirigente oportunista, de tiempo atrás, negoció su libertad delatando a muchos compañeros y reseñando sus actividades políticas. Publicamente esto ha sido distorsionado y el delator en algunos sectores, pero no entre los universitarios de Tunja, conserva imagen de héroe que algunas publicaciones tienen interés en destacar.

De los nuevos detenidos, seis han sido ubicados en nuestro patio: cinco dirigentes sindicales y uno estudiantil, todos del sector minero de Paz de Río.

Junio 20. Salió el primer número del periódico LA CARTA, órgano de los presos políticos en el que veníamos meditando y trabajando desde hace algún tiempo. De su edición se responsabilizaron Tila y Julia Helena. Un gran esfuerzo y acierto de las compañeras. Se distribuirá en diversas cárceles del país. No se indica, lógicamente, su lugar de procedencia.

ALLANAMIENTOS DE LA BRIGADA

La primera Brigada de Tunja nos tenía puesto el ojo encima, vigilando nuestras visitas, espionando y queriendo adivinar nuestros pensamientos y diversos proyectos fracasados de salida ilegal . . . Lentamente comenzaron a codirigir la Penitenciaría, encontrando un aliado complaciente en el Director. Se hicieron presentes los días de visita, establecieron nuevos retenes y controles, rodearon El Barne, duplicaron vigilancia en las garitas, se hicieron cargo de una primera requisita de visitantes, en las afueras de la cárcel. Y cualquier día irrumpieron muy temprano en los patios, portando sus armas, lo que estaba y está prohibido en cualquier establecimiento carcelario. No nos habíamos preparado, para esta eventualidad pero un rechazo unánime, espontáneo encabezado por nosotros se produjo en todo el patio.

Sorprendimos con la rechifla y nuestros gritos a los oficiales, suboficiales y soldados. La guardia, embarazada, no sabía cómo actuar. Se nos unieron casi todos los del patio. Durante varias horas permanecemos rodeados de soldados y algunos oficiales que se veían bien asustados, mientras en los pasillos otros oficiales y detectives requisaban las celdas, destruían las pobres pertenencias, se llevaban libros de todo tipo, leían y decomisaban cualquier clase de carta o escrito. Me fueron decomisados, igual que en otras oportunidades, diversos escritos y libros, entre ellos varios de historia, incluyendo los escritos completos de Bolívar, que también se convertía en subversivo.

También las compañeras se enfrentaron, pese a su reducido número, a esta invasión grotesca.

Estos allanamientos se volvieron rutinarios, igual que nuestras protestas que iban decayendo por cansancio. En alguna ocasión fuimos sorprendidos porque mientras los presos políticos nos manteníamos relativamente tranquilos, otros detenidos enfrentaban con valor la fuerza militar. Nuestra actitud se derivaba, después de los análisis, de un cierto temor a dar pie a una masacre y provocación sangrientas. Conocíamos los grados de represión violenta a que se estaba llegando en todo el país con su

enorme cuota de muertos, desaparecidos, torturados, capturados.

La prensa no se ocupó de estos allanamientos y arbitrariedades, aunque destacaba hechos de menor significación ocurridos en otras partes. El Barne constituía un real lugar de aislamiento, lejos de la vigilancia de la opinión pública. En Tunja los corresponsales de los diarios capitalinos guardaban temeroso y acucioso silencio. Así consigné en el Diario éste y otros episodios de aquellos días.

Julio 10. Inesperadamente el ejército asaltó las instalaciones de la penitenciaría. Adelante, al trote, los soldados con sus armas; detrás, azuzándolos, los suboficiales y oficiales. Al avanzar la tropa, no retrocedimos. Quedamos situados cara a cara, incluyendo a todos los detenidos no políticos que, al igual que nosotros, lanzaban gritos de toda especie. La guardia, desconcertada, no sabía qué hacer frente a nuestra actitud decidida. Los más lacayos trataron de silenciarnos, exigiendo que nos plegáramos a las órdenes militares. Rechazamos su cobardía y lacayismo. Los demás guardianes, luego de la sorpresa, cruzaban con nosotros miradas comprensivas; pidieron a sus exaltados compañeros que se quedaran tranquilos. Los oficiales se colocaron al frente de la tropa, lívidos, sin saber qué actitud tomar. Este forcejeo duró largos y tensos minutos. Entre tanto en los pasillos inferiores y superiores y sobre los muros aparecían más soldados y agentes secretos. Dos horas más tarde nuestro grupo tenía menos apretadas sus filas, reíamos, gritábamos, insultábamos, hacíamos discursos cortos, recitábamos poesía. A voz en cuello declamé el poema de Guillen "Soldado no se por qué. . . "Oficiales de los servicios de inteligencia requisaron parsimoniosamente nuestras celdas, leyeron todos nuestros escritos y procedieron a decomisar cuanto quisieron, arrojando a los pasillos nuestros enseres, desbaratando nuestras celdas. La operación militar duró unas seis horas. Se retiraron en medio de nuestra rechifla. Se ha producido una más íntima fraternización entre todos los detenidos de nuestro patio, que por concentrar el mayor número de presos políticos fué el más combativo y allanado, y un mayor acercamiento con varios guardianes.

Julio 24. Seguimos con avidez y alegría, por la radio, los acontecimientos de Nicaragua. La derrota del somocismo y el triunfo sandinista nos tiene felices. Lo sentimos como nuestro propio triunfo. He recordado al compañero sandinista, Chicho, que hace poco vino a esta penitenciaría a visitarnos. El y otros compañeros refugiados se han hospedado en casa de mi hija. Casi todos los presos no políticos siguen junto con nosotros los

acontecimientos, insultando) Somoza y viviendo a los sandinistas. Escuché a uno de ellos cuando explicaba a otros los sucesos de Nicaragua, tomando partido por la Revolución. Tiene 16 años de estar detenido.

Julio 30. Los compas del M. editaron dos mil copias del artículo que escribí "CARTA A UN GUARDIAN". Furtiva pero, alegremente se acercan por acá los guardianes a solicitarlo. El más interesado, muchas veces sucede esto, ha sido el guardián de más mala fama. Conversando con él parece persona comprensiva. "Lo que pasa, dice, es que si uno no es duro, estos trigres acá se lo tragan a uno ". Hace años fue herido gravemente, al producirse una fuga. En el artículo se explica qué es el preso político, por qué lucha, cuales sus intereses, cual la situación y opresión en nuestro país. También se habla de la propia situación de ellos como personas explotadas y oprimidas por el sistema capitalista. Se les plantea que estamos unidos, que defenderemos nuestros derechos y haremos frente a toda agresión, así sea del ejército. Les pedimos su cooperación, el buen trato y respeto para todos los presos, particularmente aboliendo el bolillo como medio de castigo. Nos referimos a nuestro trato respetuoso hacia todos los guardianes. Esta carta será distribuida en todas las cárceles del país. Los compas del M. se encargarán de ello.

Agosto 15. Germán me ha entregado una hermosa poesía suya, con motivo de mi cumpleaños. Me he puesto muy contento. Otras muy bellas poesías ha hecho este compañero en nuestros largos meses de prisión. Practicamente todos los momentos significativos de nuestra vida en la cárcel o de situaciones externas ha quedado consignados en sus versos. Le hemos insistido para que las envíe a Casa de las Américas, a concursar. No logramos convencerlo.

Agosto 25. Dentro de los ya habituales allanamientos del ejército se produjo una novedad: el subcomandante de la Brigada, un mayor, reunió a todos los presos políticos, exceptuando las compañeras, en el pasillo central. Nos dijo que sabía de nuestros planes para una fuga colectiva, mediante la toma de la Penitenciaría por comandos guerrilleros. Dijo que estaban preparados pero querían evitar una masacre. Nos aconsejó tener cuidado, vigilarnos dentro de nosotros mismos, pues tenía informantes en nuestras filas. Le interrumpí diciéndole lo mismo, que también nosotros contábamos con información salida de las filas del ejército, que vigilara en torno suyo. Se desconcertó y más cuando otro compañero le pidió que diera su nombre, que se identificara. A partir de ese momento perdió seguridad, comen-

zó a trabarse en cuanto decía. Desde los patios, a través de las rejas y los ladrillos calados de los muros, cientos de miradas seguían atentas lo que sucedía. Hemos quedado preocupados por la notificación y la alusión a un soplón dentro de nosotros. Se amplían nuestras sospechas sobre un desmoralizado, antiguo empleado bancario, que delató cuanto sabía, a la hora de su captura.

MANIOBRA CONTRA MAURICIO

A finales de ese año, como culminación de la serie de provocaciones y desafíos de las fuerzas militares, a las que se sumaba complaciente el director pero colocaban de nuestro lado a gran parte de la guardia de prisiones, se produjo una maniobra insospechada y ridícula contra Mauricio y un compañero uruguayo, Sergio Betarte, hombre enorme de 1.90 de estatura. Se les acusó de haber intentado fugarse escondidos en el pequeño compartimiento de un mueble fabricado en la carpintería, cuyas dimensiones eran de un metro cuarenta centímetros de alto, sesenta de ancho y treinta de espesor. Deliberadamente, en plan calculado, se dió información falsa a las emisoras y periódicos. Un dragoneante de prisiones, odiado por todo el mundo por sus múltiples canalladas y pequeños robos a los presos, servía de corredor entre el director, la brigada militar y las emisoras de radio y periódicos que, ahora sí, tenían las orejas bien abiertas. La Dirección de Prisiones envió un investigador especial, con quien me entrevisté: produjo un claro informe sobre la falsedad de tal proyecto de fuga y la sospechosa publicidad de la misma. Pero Mauricio y Sergio fueron aislados y, más tarde, Mauricio fué trasladado a Gorgona, junto con Milton Orduz. A Sergio se le quiere deportar y entregar a las autoridades uruguayas, lo que significaría su asesinato. El traslado de Mauricio fué un nuevo, amargo y enorme golpe para todos nosotros, nuestros familiares y amigos. Se multiplican las dificultades de nuestros visitantes que deberán desplazarse de un lado a otro del país para ver a sus seres queridos. Nuestro hijo ha quedado aislado, a ochocientos kilómetros de Bogotá y a doscientos de la Costa del Pacífico.

Las garantías y cierta libertad de movimientos que al principio tuvimos desaparecieron. Nuestra organización y unidad nos protegían de mayores atropellos, fuera de las hostilizaciones narradas. Además, un sistemático y serio trabajo de esclarecimiento con los guardianes, unido a nuestra conducta, ejemplar para ellos, disminuía los riesgos y amenazas, salvo los directos a cargo de las fuerzas militares, frenados también por la presencia en la cárcel de esos guardianes suboficiales.

Poco después los compañeros del M.19 serían concentrados en La Picota, para la iniciación del Consejo de Guerra más numeroso y largo de la historia del país.

El 10 de diciembre y el 8 de enero tuvimos visitas especiales. Vino la comisión de Amnistía Internacional. La Dirección no quería facilitar la reunión. El Capellán de la cárcel estuvo muy activo e interesado. El delegado de A.I. interrogó a cada uno de los asistentes, todos pudimos informar detalladamente nuestros casos. Llevó datos completos de las arbitrariedades de todo tipo torturas, persecuciones, a través de nuestros testimonios. La de El Barne es una muestra muy representativa, aunque ya no están aquí los compas del M.: hay campesinos torturados, sus familias perseguidas, expulsadas de sus casas y zonas de residencia; hay dirigentes sindicales de una de las más importantes empresas del país; hay estudiantes, de varias partes, detenidos sumariados y otros condenados. hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Estaba informado de nuestro caso, el familiar, sabía del traslado de Mauricio. Nos pidió información más detallada sobre todos nosotros. Al Capellán le decomisaron la cinta que habíamos grabado en la reunión, con las denuncias. Tiene dificultades. Quieren obligarlo a abandonar su cargo por la solidaridad con los presos políticos.

En enero una Comisión de la Cruz Roja Internacional. Entrevistó a la mayoría de los presos políticos. Pregunta si la cárcel todavía no tiene agua, si las condiciones higiénicas siguen siendo deplorables, si la alimentación también. Esto lo dice consultando sus notas de visitas en años anteriores. A modo de disculpa, que nadie le pide, manifiesta que se han cansado de pasar informes al gobierno nacional, pero que este nada arregla o corrige. ¿Entonces, para qué continuar con esas visitas que son utilizadas por la prensa para dar a entender que hay preocupación por la suerte de los detenidos?

7

8

9

10

11

12

*Toma
de la
Embajada
Dominicana*

6

7

8

9

10

11

TOMA DE LA EMBAJADA DOMINICANA

CAPITULO VI

Y fué dentro de las anteriores condiciones y circunstancias que en febrero de 1980 se produjo la toma de la Embajada Dominicana por el M.19, que trajo a todo nuestro grupo alegría, esperanzas, represión, dispersión, frustración y experiencia. Ese hecho audaz que produciría en el país y fuera de él conmoción y simpatía, que llevaría a hechos políticos de importancia y colocaría al M.19 a la cabeza de las acciones de la izquierda, lo vivimos muy intensamente, permanentes y cambiantes momentos de ilusión, tensión y desconcierto.

La prensa y sus comentaristas muy poco se ocuparon del actor oculto y más afectado por estos hechos, el más directamente esperanzado, la materia prima que hizo la operación del Comando Marcos Zambrano: los presos políticos. Como tampoco se ocuparon de otro sector igualmente ilusionado y afectado: sus familiares.

Esos días singulares fueron vividos de manera diferente en las diversas cárceles. En El Barne la toma de la embajada fué tomada muy en serio y con firme esperanza de triunfo, particularmente por quienes éstamos sindicados de pertenecer al ELN y por un compañero dirigente del M.19 que se encontraba con nosotros, Gustavo Arias Londoño. Sabiéndonos obligados a participar de alguna manera en el desarrollo exitoso de esas jornadas iniciamos una huelga de hambre que suponíamos se extendería a otras cárceles, según nos habían informado, pero que sólo produjo un relativo silencio y nuestra dispersión y traslado a ocho diferentes prisiones del país. Unos pocos tuvimos la suerte de ser trasladados a cárceles grandes en las que hallaríamos otros presos políticos con los que reiniciaríamos el proceso de integración y lucha conjunta. Otros, situados en cárceles lejanas y pequeñas, vieron aumentadas sus dificultades y aislamiento.

Hubo quienes conservaron esperanzas desde el primer momento y otros que fuimos prudentemente escépticos sobre el éxito de la Operación Democracia y Libertad, pero que no descartábamos un triunfo parcial, con la libertad de 30 o 40 cuadros políticos. La incertidumbre nos acompañó todo el tiempo, aumentada siempre por las contradictorias declaraciones que

emanaban de los dirigentes del M.19, en quienes se notaba alguna confusión y descoordinación, sobre todo al tomar los detenidos de mayor rango en La Picota un papel muy activo dentro del curso de los acontecimientos.

Las opiniones no eran unánimes entre nosotros, pero todos anhelábamos que el final constituyera un verdadero golpe para nuestros opresores con la reincorporación a la lucha externa de muchos combatientes rescatados de las prisiones, como ya había sucedido en Brasil, Guatemala y Nicaragua.

El melancólico final para los presos políticos, ajenos a los cálculos políticos de la Dirección del M.19 fué recibido de diferente manera. Todos con desconcierto e inconformidad incluidos altos dirigentes de esa organización, con quienes pude dialogar, otros con firme esperanza en los resultados globales, que incluían la denuncia ante el mundo de la situación colombiana, una relativa derrota política del gobierno de Turbay Ayala y el correspondiente prestigio y autoridad para el M.19. Otros más, incluido un pequeño sector disidente suyo y algunos miembros de otras organizaciones políticas, con inconformidad y reserva que objetan la negociación sin resultados, el diálogo pacífico con el enemigo irreconciliable y la aparición de las orejas de lobo de proyectos social demócratas.

No me produjo sorpresa total la decisión final. A pesar de la gran incomunicación derivaba de mi aislamiento en La Picota a donde había sido trasladado y aislado en el patio de castigo, como represalia por la participación en la huelga de hambre en El Barne, algo sabía del curso de los acontecimientos que me permitía suponer que unas tan dilatadas conversaciones y su curso errático escondían la imposibilidad de obtener la libertad de los 311 presos políticos de que había hablado inicialmente, pero que éramos muchos más. Sin embargo creí que serían liberados unos 20 o 30. Las "manos vacías" del Comando me causaron tristeza, reflexión y dudas respecto a la línea política del M.19.

Los días y luchas posteriores cerraron la herida y reabrieron parcialmente la confianza, entre otras razones por la necesidad interna de organizarnos en La Picota; dar cara a la realidad, enfrentarnos a las restricciones a que se nos sometía (que no cobijaban a los detenidos del M.19), buscar la integración con estos compañeros, inicialmente bastante renuentes, y con los de otras organizaciones reclusos en la misma penitenciaría, en donde nos acercábamos a 300 presos políticos, imponente fuerza real que en ninguna otra cárcel habíamos tenido.

Los días de la Toma de la Embajada fueron largos, desesperantes y también emocionantes y novedosos. A ellos me refiero detenidamente en los siguientes extractos del Diario que llevé cuidadosamente durante casi todo el tiempo de este episodio:

Febrero 26. Sensacionales noticias nos ha traído la radio, a medio día: un Comando Revolucionario del M.19 ha tomado la Embajada Dominicana, reteniendo gran cantidad de diplomáticos de alto nivel y a otras personas. Las noticias fueron interrumpidas, se ha impuesto total censura. La acción ha sido denominada "Operación Democracia y Libertad".

Permanecemos perplejos y felices al pie de la radio. Hacemos cien conjeturas.

Marzo 10. Nuestras noticias son escasas por la prohibición que acá existe de entrar periódicos. Dependemos de las recortadas noticias de la radio. Sabemos sin embargo que las peticiones formuladas por el Comando han sido: retirada de las tropas de las inmediaciones de la Embajada; libertad de 311 presos políticos; 50 millones de dólares de rescate y la publicación de un manifiesto en la prensa del país y del exterior. Nuestra alegría es ahora más grande, pero nos asaltan las incertidumbres: ¿Cómo se han confeccionado las listas de los presos políticos? ¿Por qué 311? ¿Estaremos incluidos? ¡Cuánto habíamos pensado en una operación como esta! Creo que a todos los revolucionarios nos rondaba esta idea por las experiencias pasadas en otros países tuvieron éxito, incluyendo la más reciente de Nicaragua. El M.19 ha verificado otra acción de gran importancia y capacidad militar, de enormes persecuciones políticas.

Marzo 4. Tila está entusiasmada y optimista, tiene fe en el éxito de la Toma de la Embajada. Prefiero ser menos optimista y más cauto. Me parece poco lógico que hayan pedido la libertad de **todos** los presos políticos, algo muy difícil de negociar y obtener. El Comandante UNO dice que la lista de 311 es provisional. Somos muchos más, en todo el país. Yo, curándome en salud, anoto que en el mejor de los casos soy el preso con prioridad 60 o más allá. De nosotros tres, los familiares, Tila en su triple condición de mujer, madre y esposa de presos políticos puede ser la más opcionada.

Marzo 7. De acuerdo con mensajes recibidos, hemos preparado las condiciones para iniciar una huelga de hambre, en respaldo de la Operación Democracia y Libertad. Este paso será algo precipitado, pero debemos sincronizarnos con la huelga que se desarrollará en las demás cárceles, a iniciativa de los compañeros

del M.19 en La Picota. Por quedar relativamente aislada esta cárcel se olvidaron de avisarnos a tiempo, hace solo tres días. Esperamos que la huelga de los presos políticos promueva amplia solidaridad nacional, de la que hasta ahora ha carecido la toma de la Embajada. Si la huelga prende, es probable que se suma la de los familiares, tomándose algunas Iglesias.

Nuestra situación es difícil por el aislamiento y la presencia de la Brigada, concentrada sobre nosotros. ¿Nos respaldarán los universitarios de Tunja? Improbable, pues están escarmentados por los sucesos del año pasado, a consecuencia de los cuales hay acá unos cuantos detenidos. No participarán todos los presos políticos, que somos unos 60. Los 15 de las FARC permanecerán al margen. Hemos decidido que no participen las dos compañeras, estando solas en su patio pueden ser fácilmente atropelladas, a más de que desarrollarán tareas especiales de información y otras. Por diferentes razones tampoco participarán otros compañeros, lo haremos solo 25, algunos de los no participantes tendrán diferentes tareas. Elaboramos mensajes para los Obispos de Tunja, Monseñor Trujillo Arango y para el de Duitama; también enviamos cartas a diferentes sindicatos; al Director de la cárcel haremos llegar una carta, tratando de neutralizarlo, aunque es improbable porque está completamente entregado a la Brigada y es individuo falso. Estamos seguros de la simpatía de los Capellanes de la Universidad y de la Penitenciaría.

Hemos nombrado tres coordinadores, soy uno de ellos y quien deberá llevar la vocería de todos los huelguistas. ¿Cuanto duraremos?

Marzo 24. Hoy puedo reanudar este Diario, hago un balance poco positivo de nuestra reciente huelga. Afortunadamente mis notas fueron guardadas por un preso no político. Como presentamos, el ejército al tomarse las instalaciones e invadir nuestras celdas, arrasó con todo lo que en ellas teníamos.

Prácticamente no funcionó nada de lo previsto. Parece que la mayoría de nuestros mensajes no fueron entregados. En las demás cárceles del país no hubo huelga, ni siquiera en La Picota en donde está el grueso del M.; hubo un intento muy corto, de un día, de las compañeras del Buen Pastor. Aún no sabemos por qué nos dejaron en la estacada. Como estaba previsto, utilizando la sorpresa logramos tomarnos La Capilla, a las dos de la tarde, situada en el patio de talleres, al que llegamos procedentes de nuestros respectivos patios, utilizando diversos recursos. Inmediatamente todos los demás detenidos fueron encerrados en sus celdas; poco después llegó el ejército. El compañero Arias,

del M. que se retardó y no pudo acompañarnos hizo un mitin en su patio, trató de saltar un muro para unírse nos, pero lo apalearon y encalabozaron. La Capilla fué rodeada y los guardianes portando bombas lagrimógenas y armas de diverso tipo, comenzaron a merodear por el sitio. El ejército, con sus armas, se mantenía atrás. Divisábamos todo desde la Capilla y a distancia nos mirábamos mutuamente. El subdirector reunió a todos los guardianes y procuró envenenarlos contra nosotros, diciéndonos que íbamos a hacer una masacre, pues estábamos armados. Nuestra tensión era muy grande a igual nuestro susto. Dejábamos transcurrir el tiempo, en espera de que aparecieran el Obispo y el Capellán, a quienes habíamos pedido que fueran a El Barne a una determinada hora, para que como mediadores obtuvieran que se nos permitiera permanecer en la Capilla, en desarrollo de la huelga. (No se desarrollaba acaso un consejo de guerra en la Capilla de La Picota?).

Vino el subdirector, fuertemente rodeado y nos pidió salir. Nos negamos. Pidió que yo saliera, para ir a hablar con el Director, también nos negamos. Salió. Regresó más tarde. Ahora fué perentorio: o salíamos o nos sacarían con bombas lacrimógenas y con la violencia del caso. Desde nuestros sitios veíamos a los militares, controlando los muros, garitas y sitios claves. La operación de desalojo había sido encomendada a los guardianes. Se notaba temor entre estos. Volvimos a rechazar su amenaza. Nos dió media hora para meditarlo y se retiró. Consultamos entre nosotros. Habían transcurrido varias horas y las cosas no marchaban como esperábamos, especialmente por no haberse hecho presentes el Obispo y el Capellán. En estos momentos suponíamos que no los había dejado entrar el ejército. Luego supimos que los mensajes para ellos no les habían sido entregados. Decidimos desalojar la Capilla y continuar la huelga allí a donde nos llevaran, incluso en nuestros patios, si a ellos nos regresaban.

Fuí el primero en ser sacado, violentamente. El subdirector trató de golpearme la cara, se notaban su cobardía, odio e ira. Este hombre, "Tribilín", tiene antecedentes siniestros, incluyendo sus acciones en la cárcel de mujeres. A empellones y exigiéndonos rapidez, fuimos saliendo uno a uno. Afuera nos esperaban todos los guardianes, garrotes en alto. Exigieron que nos desnudáramos completamente y nos descalzáramos. Corriendo, fuimos llevados, por entre doble fila de guardianes, por el pasillo central. Hubo varios garrotazos, pero menos de los esperados. Con la punta de su bolillo un guardián desconocido, cuando todo estaba en relativa calma y permanecíamos en fila, me golpeó en la ingle (al día siguiente me pidió disculpas!!). Todo el personal de guardianes de todos los turnos había movilizad o en aque-

llas horas. Parecían cientos. A muchos no los conocíamos por prestar servicios en patios o áreas con las que no tenemos contacto alguno. En las caras de muchos a más de miedo se percibía odio. Escuchábamos el estruendo que los presos, solidarios, hacían golpeando en sus celdas.

Después de retenernos dos horas en la guardia, desnudos, nos ubicaron en un alto pasillo abandonado hace mucho tiempo, cuyas celdas no tienen barrotes y en las que sopla inmisericordemente el viento de los páramos vecinos. Quedamos aislados, cada uno en celda individual, una vacía de por medio, todas inmundas, llenas de excrementos. Al día siguiente permitieron que nos pusiéramos algo de ropa, iniciamos el aseo, para evitar epidemias. El Director, pasando de celda en celda ofreció regresar a su patio, sin castigo, a quienes decidieran tomar los alimentos que, desde la noche anterior, nos traían y nosotros rechazábamos. (No dejaba de ser curiosa la situación: los carceleros empuñados en que los presos comieran!). Pronto comenzaron nuestros actos de debilidad. Como de costumbre rápidamente se rompió el aislamiento y aparecieron en los pasillos toda clase de golosinas: panes, bocadillos, trozos de queso, carnes y también cigarrillos y fósforos. La solidaridad era enorme. También llegaban cobijas que los guardianes contribuían a pasar y que debíamos recibir para evitar el riesgo de una pulmonía. Se fué debilitando la disciplina colectiva. Al tercer día algunos compañeros comenzaron a aceptar alimentos. Al quinto me llegaron mensajes de algunos compañeros, situados en el otro extremo del pasillo: aquello ya no era una huelga de hambre, con la mitad del pasillo comiendo. Había que tomar una decisión. Consulté, con relativa dificultad, con los otros dos coordinadores (Germán Camelo y Reynaldo Ortiz). Decidimos mantener la huelga los que aún nos manteníamos en ella. Ese mismo día regresó el Director y reiteró su oferta de trasladar a sus patios a los más "comprensivos". A partir del día siguiente lo fué haciendo, previa firma por cada uno de los salientes de una carta de reconocimiento de haber participado en una huelga ilegal. Nos quedamos muy pocos, variando nuestra decisión: no aceptábamos la comida de la cárcel ni firmábamos el documento. En total habíamos resistido nueve días, haciendo pequeñas "trampas" (perdí varios kilos, lo que me convino mucho). Al décimo día sacaron del calabozo a Gustavo Arias y lo llevaron al pasillo en que nos hallábamos nosotros, para continuar allí su aislamiento. Quedábamos ya solo cinco compañeros. Después quedamos tres (Arias, Camelo y yo) que finalmente fuimos enviados a diferentes patios. La mayoría ha sido devuelta a los patios en que se encontraban. Me ha correspondido el mayor aislamiento en el patio segundo, en el que no hay presos políticos y en donde permanezco casi solo

durante todo el día porque el resto de detenidos estando ya prontos a salir pueden trabajar en la calle, a partir de las siete de la mañana, regresando a las seis. Se me impide todo movimiento, no puede salir del patio. Pero las comunicaciones siguen funcionando. Tila, está bien, igual el resto de compañeros. Hemos iniciado la evaluación, por escrito, de la "Toma de la Capilla de El Barne", como la ha bautizado la prensa, que se ocupó algo de ella.

El ejército ocupó la cárcel durante muchos días, Por centésima vez me reseñó, también a Germán y a Reynaldo, como "cabecillas del motín". Se confirmó que X.X. trabaja para ellos. Lo sacaron diariamente, con variados pretextos, para informar qué sucedía entre nosotros. Este sujeto pretende hacernos creer que lo juzgan "el dirigente de la huelga" y que por eso lo sacan, para "llegar a acuerdos". Habíamos decidido que no participara en la huelga, pero un compañero sin información le comunicó y se hizo presente para espiar. Hemos debido expulsarlo. Duró seis días en "huelga".

Marzo 27. Escribo en la Penitenciaría de La Picota, Hoy fui trasladado acá. Tal como lo presentíamos, a las dos de la mañana el Director —individuo astuto y siniestro— me notificó traslado para Santa Marta. Era lógico suponer la falsedad del sitio de destinación. Quince minutos después, tiempo que me fué concedido, nos reuníamos en el pasillo central diez compañeros, uno de ellos Gustavo Arias, del Comando Superior del M.19, los restantes acusados de pertenecer al Ejército de Liberación Nacional. En mi celda quedaron, igual que en las de otros compañeros, colchones, cobija, ropa, libros, apuntes. Esperaba traslado a Gorgona, en donde ya se halla Mauricio. Me había preparado para llevar conmigo únicamente lo indispensable, incluidos el pequeño radio, el ajedrez y la máquina de escribir, si conseguía, su devolución, ya que me fué decomisada como herramienta "subversiva" hace ya varios meses.

Fuimos trasladados a la guardia minutos más tarde, en donde se encontraban muchos militares, responsables del traslado. Supimos que, instantes atrás, tres compañeras traídas de la sección femenina, habían salido ya, entre ellas Tila y Julia H. Teníamos dudas respecto al por qué de este traslado y de aquella enorme movilización militar. ¿Tendría que ver con la libertad de los presos políticos con la que tanto habíamos soñado en esos días, pedida por el Comando Marcos Zambrano? La totalidad de mis compañeros así lo creía. La presencia entre nosotros de cuatro sumariados (sindicados), que normalmente nunca son trasladados de sus sitios de detención, la inclusión de mujeres y

la ostentosa amabilidad militar, tan ajena a nuestras experiencias en el trato con ellos, aumentaba la esperanza, que yo no compartiría, más por medida defensiva ante el riesgo de una decepción, que por razones de peso.

Salimos de la tétrica prisión de El Barne (la peor "olla" del país, según el lenguaje carcelario) 15 meses y 19 días después del ingreso de algunos de nosotros. Nos ubicamos en coches celulares, 2 ó 3 detenidos en cada uno. En el que me correspondió iba acompañado por German Camelo y nos vigilaban dentro de él 4 soldados, un oficial del ejército y uno de prisiones (Tribilín). Camiones con tropas y grandes furgones para el traslado de nuestras míseras pertenencias daban aspecto impresionante a aquella operación militar.

Cuando, ya en Bogotá, el vehículo que nos antecedió paró en el Buen Pastor y los demás camiones habían desaparecido de nuestra vista se desvanecieron las esperanzas de Germán, de las que me había venido contagiando, de que íbamos para el aeropuerto de Eldorado, rumbo a la libertad. (¿Cuba, quizás?). Germán, con su habitual optimismo, pronto ha hecho frente a la realidad: nuestra ubicación, que suponemos transitoria, en esta Penitenciaría de La Picota. Sigue pensando que conseguiremos la libertad, arrancada por el M-19. Yo sigo creyendo que no, que luego iremos a Gorgona. Me ha correspondido la reseña 23.931, nuestra "cédula" en este sitio. Nos han ubicado en el patio 60., patio de aislamiento y castigo. Razón: la huelga de hambre que protagonizamos hace pocos días. Hemos llegado con el estigma de haber sido sus organizadores, infórmes negros traídos al Director por el propio Tribilín, uno de nuestros custodios. En el tránsito hacía este patio pasamos por el primero, en el que se hallan todos los compas del M-19 que están siendo juzgados en el consejo de guerra de la Capilla de esta Penitenciaría. Se sorprenden e inquietan por nuestro traslado. A varios de ellos conozco por nuestra pasada convivencia en El Barne, porque antes hemos sido compañeros de luchas políticas y sindicales, a otros por simple referencia. Nos han proporcionado colchones de espuma.

Como somos "caneros viejos" todo se ha facilitado. No hemos sentido temor ni fastidio por nuestra ubicación en este patio de castigados. Estamos "empasillados", no podemos salir al patio. Junto con nosotros están 12 detenidos, amistosos, en el sentido que pueden serlo quienes se hallan en estos terribles patios de una penitenciaría para reos de alta peligrosidad. Se han manifestado cordiales y cooperadores, enseñándonos las pocas y útiles normas que rigen el pasillo. Entre ellos está Héctor Fabio

Abadía, joven militante del ADO, capturado y torturado bárbaramente hace 4 meses. Bautizamos nuestra celda "Entre Islas": o Cuba o Gorgona.

Marzo 28. Hoy ha sido día de visitas de hombres. Los de este patio estamos privados de ellas. Sin embargo mi cuñado Juancho, mi hijo Francisco y mi sobrino Ricardo que "se las saben todas" por su largo recorrido visitándonos de cárcel en cárcel y de patio en patio, con porfía y unos cuantos pesos han conseguido una entrevista de 15 minutos que ahí logramos alargar a 40. No permitió el guardián que Germán asistiera. Ha llorado de ira. Me han traído varios ejemplares atrasados de la Revista Alternativa, lo que marca gran diferencia con El Barne, en donde las decomisan. También el periódico "El Bogotano" de hace varios días, que reproduce en forma destacada una declaración nuestra: "SI SOMOS PRESOS POLITICOS", aclarando las permanentes infundios del gobierno que sigue presentándonos como "vulgares delincuentes comunes", refiriéndose a quienes fuimos juzgados en Puente Aranda. Estas aseveraciones se han hecho más agresivas al filtrarse la noticia de que nuestros nombres están en la lista de presos cuya libertad es pedida por el M-19.

Mi mayor preocupación sigue siendo Tila. ¿También habrá sido aislada? ¿Tendrá visita? ¿Qué logró llevar consigo, qué le hace falta? Cuando reflexiono me tranquilizo pues conozco su presencia de ánimo, recursividad y "experiencia canera". También me preocupan las demás compañeras, no sé de ellas.

Marzo 29. Enorme sorpresa a las diez de la mañana: mis hijas, pese a mi solicitud enviada ayer (no quería verlas en este antro) han obtenido entrevista de 15 minutos, que aquí "arreglamos" en una hora. El guardián ha permitido asistir a Germán. Estaban compungidas y llorosas, a pesar de las experiencias adquiridas en los últimos años, en los que les ha correspondido vivir tantas situaciones amargas. Pero han tenido diferentes contratiempos, incluyendo "visita" impensada al patio de los locos (patio 5o., vecino a este). Pero a los cinco minutos ríen a mandíbula batiendo cuando repasamos lo cómico que siempre se halla dentro de lo trágico. Nos informan que continúa la simpatía popular por la acción de la Embajada, pero que existe confusión y contradicción en las propuestas. Nos hablan de una lista "alterna" de 28 detenidos, que el M. presentó y sobre la que no admite discusión ni cederá. Quiénes compondrán esa nueva lista?

Nos informan que el Comité de Derechos Humanos ha reproducido y distribuido nuestra reciente declaración. Igual el Comité de Solidaridad. Se distribuyen también nuestras cartas, firma-

das por casi todos los presos políticos de El Barne y enviadas a muchas organizaciones y personas en las que pedimos que se pronuncien en relación con la toma de la Embajada: "NEGOCIACIONES SI, MASACRE NO", "EN COLOMBIA SI HAY PRESOS POLITICOS". Nos alegra que nuestro limitado trabajo desde la cárcel tenga algún eco.

La despedida de mis hijas, como tantas otras veces, es dura e incierta; volveremos a vernos? Creen posible nuestro traslado a Gorgona, creen a medias en la operación de la Embajada. Me preocupan sus grandes dificultades económicas y sus muchas dificultades con sus respectivos esposos.

Estamos compenetrados ya con este medio. La rutina es similar a la de las demás cárceles. La celda es más amplia que la que hemos tenido, pero mucho más destartalada y miserable. Después de 16 meses hemos podido bañarnos con agua abundante y no con barro, como en El Barne. El agua nos parece maravillosa. Iván Marino Ospina y Helmer Marín Marín nos han visitado brevemente, ayudados por la guardia, y nos han traído algunas cosas.

Abril 1o. Tuvimos hoy feo e incómodo sobresaltō: a las nueve de la mañana se nos notificó traslado a La Laguna, pasillo a espaldas de éste, en mayor grado de aislamiento. Tuvimos que desbaratar toda nuestra anterior obra de ingeniería: instalación eléctrica, tablas como repisas, cuerdas para colgar la ropa dentro de la celda. ¿Por qué un mayor grado de aislamiento? En La Laguna hay, junto con nosotros, siete personas. Unas pocas celdas tienen barrotes, las demás son auténticas cuevas. Solo hay luz eléctrica en el pasillo y de ahí, los que tienen cómo, la toma para su celda. Los compañeros de pasillo acuden para ayudarnos. Para ellos somos gente extraña en este sitio de harapientos; nuestro equipaje (colchón de espuma, tablas, bombillos, cables), les parece enorme y codiciable. Dos horas después estábamos instalados de nuevo: luz, repisas, cuerdas para colgar ropas, colchones tendidos encima de papeles. Recurrimos al más frecuente pasatiempo del preso: pasear incansablemente de un sitio a otro. Nos sentíamos a gran distancia de donde estábamos, aunque sólo nos separa un muro. Nadie aparece en las escondidas rejas que conforman la puerta de entrada, siempre cerrada. Divisamos al frente, detrás del muro divisorio que tiene amplios y embarrotados ventanales, una zona verde en la que hay una vaca y, al fondo, 40 metros más allá, otro muro, enorme, pesado, que da a la calle y en el que se rigen las garitas, custodiadas por policía militar.

Abril 4. Sólo hemos obtenido una explicación para este mayor aislamiento: "es por nuestra seguridad personal". Protestamos. Nadie nos amenaza, salvo el ejército. No tenemos enemigos personales. Y allí aislados no tenemos defensa, si enviaran a alguien para atacarnos alevosamente. Exijo hablar con el Director, Coronel de la Policía. No nos atiende. Amenazamos con nueva huelga de hambre. Cuatro horas más tarde regresa el comandante del patio, que ha llevado nuestro mensaje: nos regresan al pasillo inicial y celda anterior que, por el relativo buen estado en que la habíamos dejado ha sido ya ocupada, pero nos la devuelven. Al anochecer, de nuevo estamos instalados: luz, cables, cuerdas, tablas, colchones. Nos devuelven el radio, decomisado junto con la máquina de escribir, el día de nuestra llegada. Para recibirlos el ordenanza me lleva al Comando interno y de regreso me deja husmear por diferentes sitios. Veo caras conocidas. Compró algunas golosinas.

Cómo irá la Operación Democracia y Libertad? Desde hace varios días sabemos muy poco. Se ha verificado ya la 8a. reunión de los negociadores, pero no se vislumbra ningún cambio. A pesar de la Semana Santa el gobierno anuncia que continuarán las conversaciones. También las cadenas radiales, que siguen censuradas en este aspecto, anuncian que continuarán ininterrumpidamente sus parcas noticias. ¿Se producirá alguna novedad en estos días?

Abril 5. "El Bogotano" de hace algunos días informa sobre traslados, represalias, hostilizaciones; se refiere otra vez a nuestra huelga de hambre, señala nuestros nombres como algunas de las víctimas de estos continuados atropellos. Informa sobre fiestas y licor en la Embajada, a tiempo que estos hechos se suceden en las cárceles.

Hemos conocido el primer comunicado del Comandante UNO. Es un saludo y elogio de los presos políticos. Es un mensaje corto, claro, expresivo, que nos trae mucha alegría. Finaliza afirmando: "O salimos con nuestros compatriotas o morimos con la dignidad del revolucionario: COMBATIENDO". La Comisión de Amnistía Internacional rindió informe sobre la situación del país. El gobierno de Turbay sale muy mal parado, le salió el tiro por la culata a este maromero político al creer que invitando a Amnistía Internacional este daría un concepto favorable. Ahora ha pedido a la Comisión de Derechos Humanos de la O.E.A. que venga al país, a hacer otra investigación. Espera tener mejor suerte.

Abril 6. Nada nuevo en la 9a. reunión, hace un par de días. Es la tercera reunión consecutiva. ¿Se avanzará en secreto? Los compas del patio primero son plenamente optimistas, Alvaro Fayad, en declaraciones tomadas a los dirigentes del M., dice "a través del Comandante UNO el M-19 ha empeñado su palabra y la sabrá cumplir, sin lugar a dudas. Si no hay libertad de los presos políticos, no hay arreglo".

Abril 7. Fuí llevado a la enfermería. Recibí algunas medicinas para mi permanente alta tensión arterial y la congestión nasal, muy molesta. La enfermería colinda con la Capilla, en la que avanza el Consejo de Guerra. Saludo a varios compañeros, entre ellos Almarales, Santamaría, Iván, Pizarro.

Compartimos todo con Héctor Fabio y otro joven, que posee una ingeniosa cocinilla eléctrica, formada simplemente por un ladrillo y una resistencia. En las cárceles se manifiesta bien la recursividad del pueblo. Germán ha reanudado la confección de mochilas y mallas. Yo escribo. He sido muy flojo en tareas de artesanías.

Abril 14. No hemos leído periódicos en los últimos tres días. Dependemos de las recortadas y censuradas informaciones de la radio. Todo indica que las negociaciones están llegando a un acuerdo. Las reuniones del viernes y de hoy, por dos días y con intercambio de notas, parecen destinadas a confrontar actas de acuerdo. Nos inquietamos y preocupamos. ¿Cuáles serán los acuerdos? ¿Recuperaremos nuestra libertad? Sigo escéptico, más que todo preparándome para no sufrir decepciones. Germán es optimista. Pienso que si Tila y yo fuéramos a salir no vacilaríamos en cambiarnos por Mauricio. Ya he vivido los mejores años de mi vida. El no se ha casado, no tiene hijos, sería más lógico que él pudiera disfrutar de su libertad. . . Se anuncia la reapertura parcial de la Universidad, lo que parece estar relacionado con los acuerdos. Hay expectativas por la llegada del 19 de abril, día que se juzga decisivo en el caso de la Embajada.

Abril 16. Leímos "El Tiempo". Gran baldado de agua fría. La Chiqui, en reportaje, adelanta las bases del acuerdo. Solo saldrán 6 ó 7 componentes del Comando Superior del M. Además, se pactan otros puntos estrictamente jurídicos y morales, de dudosa validez: eliminación del estatuto de seguridad (¿cómo?), levantamiento del estado de sitio (cuándo), presencia de la Comisión de Derechos Humanos de la O.E.A. vigilando el consejo de guerra y los procesos (?), etc. Para el periódico esto no es novedoso, lo que significa que ya era conocido, pero nosotros, por el aislamiento, lo desconocíamos y seguíamos pensan-

do en las condiciones iniciales. Estamos sorprendidos y decepcionados. ¿A eso se llegó después de tanto esfuerzo y de tantas afirmaciones de que no saldrían jamás sin llevar consigo a los presos políticos? ¿Qué llevó al M. a ser tan exageradamente afirmativo? ¿Se mueven contradicciones grandes en su seno, entre la dirección externa y la de La Picota?

Abril 19. Se confirma que el secuestro de Germán Castro Caycedo es más bien una invitación forzada del M. para entregarle documentación política, como parte de la celebración, hoy, del 10o. aniversario de esa organización.

El Comandante UNO ha dado a conocer otro comunicado: sobrio, concreto, objetivo, unitario. Invita a celebrar combativamente el 1o. de Mayo. De nuevo plantea y defiende el punto central: libertad para todos los presos políticos. No acabamos de comprender, hay confusión y contradicciones de un día para otro. Helmer Marín, preso acá en La Picota, en recientes declaraciones ha dicho: "Y el Comandante UNO, de la Columna Jorge Marcos Zambrano, lo ha dicho énfaticamente: ¡Vencer o Morir! El M-19, señor periodista, ha probado que cumple su palabra, que siempre la ha cumplido".

Pero se ha venido hablando no ya de los 6 ó 7 dirigentes del M. sino de una lista alterna, "inmodificable" e "incuestionable" para llegar a acuerdos, integrada por 28 presos sindicados de diferentes organizaciones. Se afirma que en esa lista están los nombres de Tila, Mauricio y mío. Lo dudo, quizás los de Tila y Mauricio, más probablemente el de ella.

Abril 20. Sorprenden y preocupan las propuestas del M-19 y las declaraciones de Jaime Bateman. Aunque tengan finalidad **táctica** (más bien **coyuntural**) para "desarmar" al gobierno presentando proyectos irrealizables, denotan debilidad ideológica y confusión. Concuerdan con su idea de que los demás movimientos revolucionarios son excesivamente ideologistas, rígidos, poco audaces, en lo que no le falta razón. Pero esa gran flexibilidad suya que divide el país, simplemente, en demócratas y anti-demócratas nos regresa a 1936, al Frente Popular. Peor cuando dentro de los presuntos demócratas están el propio Turbay, "al que hay que sustraer de malas compañías", y los generales Matallana y Valencia Tovar, pasando por Lleras Restrepo y López Michelsen. Cuando hablan de la quiebra de industriales, burguesía nacional, democracia, deponer las armas y "entre todos, salvo la ultraderecha, salvar al país" hablan el mismo lenguaje del Partido Comunista en 1944, 1953, 1960, que corresponde a su táctica latinoamericana de la revolución democrática-

burguesa. Estos planteamientos van más allá de lo simplemente táctico y se ubican en lo estratégico. Puede que algunas de sus propuestas se abran camino, pero a qué costo para el M. y la lucha armada? A dónde irían a parar si insisten en deponer las armas y en legalizarse? ¿Qué los ha llevado a arrepentirse de sus planteamientos anteriores?

Abril 23. Se anuncia que la Comisión de la OEA vendrá mañana a visitarnos, ya fue al Buen Pastor. Es posible que Tila haya sido escuchada.

Por fin, después de un mes de insistencia, el Director me ha hecho el honor de hacerme comparecer a su presencia. Aparatosa entrevista en presencia de una veintena de oficiales de la Policía, seguramente en proceso de amaestramiento. Ante todos ellos reafirmé que soy preso político, que se están cometiendo arbitrariedades con nosotros, que no hay razón alguna para nuestro aislamiento. El Director dice que anoche una "Comisión de la ONU" (!!) nos recomendó "a usted y a su compañero, al final de la semana les resolveremos la situación". No aclara cómo la resolverá.

Abril 24. Mucho rumor y mucha agitación en las negociaciones. Las idas y venidas de la CIDH (Comisión de la OEA) son dicientes. También es significativa la presencia del Embajador Cubano en la Embajada Dominicana, para dialogar con el Comando. Su visita debe estar relacionada con las propuestas de Fidel Castro a Turbay, que se desconocen. La gran duda sigue siendo: ¿Saldrá un grupo de presos políticos? ¿Cuáles? ¿Cuántos?

Hoy pudimos leer El Espectador. Dice que tres detenidos de Gorgona fueron trasladados al interior, no da nombres. Pero que corresponden al grupo que será liberado. Estará Mauricio entre ellos?

Nos dieron una hora de sol en el patio, es la cuarta vez en cuatro semanas. El resto de tiempo lo hemos recibido filtrado y tenue a través de los barrotes.

Abril 24, 11 p.m. Hace unas tres horas, cuando me hallaba re-dactando la anterior nota, un guardia golpea en la celda cerrada y dice que el Director General de Prisiones y el de acá me mandan llamar. Algo insólito a estas horas y con esos personajes. Germán siempre optimista, y algo pálido, cree que se trata de mi libertad (el grupo de los 28!, grita). En modo alguno me hago esa ilusión. Me llevan al mismo salón, Comando de Vigilancia,

en el que tuve la entrevista con el Director en las horas de la mañana. Encuentro allí a dos Coroneles, el Director General de Prisiones, y el Director de la cárcel, hay también un desconocido. Este les recuerda que en otro salón esperan 19 presos políticos con los que tendrán una reunión colectiva, pero que desea tener a solas una entrevista conmigo. Los dos personajes le dicen que podemos quedarnos allí y se retira. El desconocido se presenta como Secretario Ejecutivo adjunto de la O.E.A. Para crear un clima de confianza me entrega su tarjeta, dice que antes era director de la Oficina de Servicios Legales, que es norteamericano, de abuelos mexicanos. Me dice que le gustaría grabar nuestra entrevista, lo que acepto. Indaga sobre todo cuanto tenga que ver con nuestra situación jurídica, la de Mauricio, su traslado, nuestra situación actual. Así lo hago, intercala muchas preguntas. Enfatizo en el estado de sitio, el estatuto de seguridad, la arbitrariedad de los Consejos de Guerra y de la Justicia Penal Militar, la ausencia de garantías durante los procesos, la morosidad deliberada y la calculada mala calificación de nuestro delito. Pide toda clase de explicaciones, entre ellas las diferencias entre Rebelión y asociación para delinquir. Inesperadamente afirma: "pero ustedes aceptaron participación en la muerte del general Rincón Quiñones". Le replico: "No hemos aceptado ese hecho, porque no hemos participado en él". Me vuelvo más cauto. Desconecta la grabadora y dice que desea hablar privadamente conmigo sobre la democracia, la dictadura del proletariado, el comunismo, Cuba, la posibilidad de las fuerzas guerrilleras, la guerra irregular y sobre estos temas, para alimentar el diálogo, se expande ampliamente. Me hago "el loco", eludo comentarios sobre temas de su interés. Soy demasiado viejo para este tipo de conversaciones. Es extraño el interés de este amigo, dentro de la misión que lo ha traído a la cárcel.

Discutimos largamente con Germán que, a la expectativa y con ansiedad, espera mi regreso. Por qué esa larga entrevista a solas? Por qué no se me llevó a la colectiva, a la que llevaron a Abadía? Por qué no sacaron a Germán? No encontramos respuestas lógicas. Creemos que está bien informado sobre nuestro caso y los tópicos sobre los que quería hablar. Qué busca? Quién es? Germán, de todas maneras, descansa. Estaba seguro de que yo iba, **otra vez**, rumbo al aeropuerto.

Abril 25. Temprano, 7.30 a.m., vino el Director. Nos llama a Abadía y amí. Pregunta por unas listas y documentos que anoche se le perdieron a los delegados del CIDH. Luego nos dice que nos trasladarán, por solicitud de esta comisión, al patio 4o., a la celda de Montegranario Cuenca, preso de las FARC desde hace muchos años. Por declaraciones del Comandante UNO se

sabe que Montegranario está en la lista de los "28". (Nos parece estúpida la visita para buscar papeles perdidos).

Más tarde tuvimos larga y fructífera reunión con parte de nuestro equipo de abogados, la primera en mucho tiempo. Nos leen el memorial en el que han pedido la nulidad constitucional de nuestro proceso, ante el Tribunal Superior Militar. Tienen plena fe en el resultado positivo.

Nos refieren anécdotas interesantes y dicientes sobre el clima que reina en el Consejo de Guerra del M. y en el que ellos defienden a algunos detenidos. Los abogados, y con frecuencia también los militares que actúan como defensores de reos ausentes, juegan fútbol con los presos políticos. Esta fraternización es permanente.

Desde donde nos hallamos, a través de una puerta que de vez en cuando alguien abre, divisamos la cancha de fútbol en la que descansan los integrantes del consejo, cuando hay receso o cuando, cansados, se salen de él. Ahora los compas del M. presentan una obra de teatro, a la que asisten algunos oficiales. La han iniciado con vivas a su organización. Los abogados nos cuentan que esta es una actividad permanente y que, especialmente los domingos y otros días de visita, se presentan actos culturales en el patio 1o. Para nosotros este es el primer contacto con algún sector de la cárcel diferente a nuestro patio de castigo. Nos facilitan un periódico del lunes pasado que tiene amplia información. Un nuevo reportaje al Comandante UNO, cartas de Toledo Plata. Ambos dirigentes reafirman su propósito de construir un partido legal, amplio, abandonando la clandestinidad. Tienen conceptos en la misma línea del reportaje de Jaime Bateman que, nos enteramos hoy, no se ha seguido publicando. Entonces en qué quedan sus consignas de "vencer o morir" y de "con el pueblo, con las armas al poder"? La construcción de sus núcleos armados en el campo? Pretenden seguir la línea del Partido Comunista, con organización legal, frente amplio e influencia en una organización armada?

Abril 26. A las 8 a.m. fuímos trasladados al patio 4o., que queda al frente del primero y colinda con el segundo. Germán y yo en el pasillo 4o., Héctor en el pasillo 6o. celda de Montegranario. Encontramos caras conocidas de la Modelo, El Barne, el patio 6o., de donde venimos. Nos saludan amistosamente, orientan y ayudan. Cuenca es efusivo, tiene un caspete que nos lo entrega porque, me dice confidencialmente, "muy pronto voy a salir liberado por la Operación Democracia y Libertad". Esto me sorprende.

A gritos saludamos a los compas del M. que se acercan a las rejas de su patio para retornar el saludo. Andrés Almarales, del Comando Superior, viejo compañero de luchas, logra pasar un momento a nuestro patio, él y otros compañeros suyos tienen algunas libertades de movimiento. En breves minutos me dice que es optimista frente a la solución de la Embajada, piensa que se ha generado un gran movimiento político externo, que vendrán medidas que favorecerán a todos los presos políticos.

Germán anota que todos los compañeros del M. en el patio primero tienen caras largas. Héctor y yo coincidimos.

El pasillo en el que ahora nos encontramos está en un segundo piso, tiene unos 50 metros de largo por 4 de ancho, 27 celdas, 38 personas. Al fondo los servicios sanitarios, agua únicamente de las 5 a las 7 de la mañana. Los que lo deseen mediante "módica cuota semanal" pueden permanecer todo el día en el pasillo, con libre acceso a la celda, lo que constituye una gran ventaja. Las celdas, en su mayoría, están bien arregladas, algunas tienen televisor. Parece que estamos en pasillo de "bacanes", se le conoce como el "de los secuestradores", "de los pesados". En el pasillo hay un gallo y una coneja, las mascotas. El gallo juega picoteando a quienes se le acercan, dicen que le tiene rabia a todas las mujeres y el día de visita las ataca. La coneja se ha acostumbrado a la marihuana y busca las celdas en donde se la dan.

Abril 27. A las 5 a.m. comienzan los golpes en las puertas de las celdas y la transmisión de la noticia: la Embajada está siendo abandonada por el Comando, que se dirigirá a Cuba, con algunos de los rehenes y sin preso político alguno. No siento emoción especial, estoy como dopado. A Germán y a Héctor se les trasluce la ira. A las 6 a.m. le decimos a Montegranario que vamos a comprar dos catres de hierro —las celdas no tienen plancha— para Germán y para mí. Me llama aparte, otra vez, y me dice: "Compañero, usted y yo estamos en la lista de los '28', ya vienen por nosotros, para qué comprar un catre?". Es increíble esta candidez.

No escucho la radio. No tengo ánimo para enterarme de estas noticias. El día es bonito, soleado, vamos al patio por un par de horas. Por allí se aparece el Director. Conversa un poco con Abadía, luego conmigo. No toca el tema de la Embajada, me parece que nos mira irónicamente. Algunos detenidos, a través de las rejas, se burlan de los compas del M., diciéndoles: "Se dejaron comprar el 'churretieron', 'pura vaina de moneda' ". Estoy pensando en la posibilidad de mi permanente escepticismo. Medito

sobre las consecuencias y el por qué de todo esto, sobre los días que vendrán. Supongo que ahora será más difícil el traslado de Mauricio.

Saludo, a través de los barrotos, a los familiares de compañeros del M. Muchos de ellos llegan llorosos, descorazonados, pensativos. El patio primero tiene aspecto de cementerio contrastando, me cuentan, con la viva alegría de otros domingos. Héctor recibe la visita de su madre y hermana, personas cordiales, sencillas, amistosas. Comparto un rato con ellas, igual con la esposa de Montegranario, que lo ha acompañado estos largos años de su detención, siempre olvidado por su organización política. Ahora que los periódicos lo nombran, se han vuelto a acordar de él. Todos los visitantes están desconcertados por el final de la Operación Democracia y Libertad. Cuentan que vieron partir, con lágrimas en los ojos, el avión. Aún había muchas ilusiones, aunque desde días atrás se rumoraba que solo pocos presos serían rescatados. No se sabe nada de las condiciones en que los compañeros del M. negociaron su salida de la Embajada. Curiosamente, hoy no tuve visitas, algo que ha sucedido muy poco, no puedo conversar con los míos sobre estos días finales de tensión y ansiedad.

El discurso de Turbay, en la noche, que esperábamos con afán, no trajo nada nuevo, salvo velados reconocimientos al M., por su "patriotismo". Conclusiones: Turbay y el gobierno se han apuntado un triunfo y fortalecido. Hace sólo 60 días, poco después de la gira de Turbay por Europa y el informe de Amnistía Internacional, el presidente se hallaba en grandes apuros. Ahora respira con más tranquilidad.

Abril 28. "De agache" nos permitieron salir a la cancha de basquet. Comenzamos a relacionarnos con compañeros de otras organizaciones que están en otros patios. En el segundo hay sindicatos del M. y del PLA-EPL, saludo entre ellos a Carlos Reyes Niño. Los del M. y ellos mantienen malas relaciones. Un compañero del M. me da su versión sobre los hechos: "Hay que aislar a la extrema derecha, que no es Turbay". Cree que esto ha sido conseguido. Piensa que las masas han avanzado mucho y están maduras las condiciones para un frente amplio del pueblo, con personalidades democráticas, incluidos los exgenerales Valencia Tovar y Matallana, conductores de despiadados períodos de la guerra de contrainsurgencia. Dice que solo el M. ha golpeado "el corazón del enemigo", que las acciones de otras organizaciones (enfrentamientos en el campo, secuestros, ajusticiamientos) son niñerías y aún provocaciones. Sostiene que ahora el momento es político.

Abril 30. Pasó a nuestro pasillo y celda, para conversar con nosotros, Iván Marino Ospina el máximo dirigente del M., acá en La Picota. Manifiesta estar desconcertado por la solución que sus compañeros del Comando Marcos Zambrano dieron a la toma de la Embajada. No comprende qué pudo haber pasado. Cree que la intervención del Embajador Cubano fue decisiva. Hasta 72 horas antes, el Comandante UNO seguía levantando la consigna "vencer o morir". Dice que de esta sorpresa, desconcierto e inconformidad participan sus compañeros de patio. Coincide con nosotros en que el último comunicado del Comandante UNO, antes de partir, es inaceptable para los revolucionarios. ¿Cómo puede afirmar que "garantizamos que los presos políticos recibirán protección, gozaran de garantías procesales y legales?". Esto significa desconocer quienes están en el poder, la naturaleza del estado, la situación del país y el enfrentamiento abierto de la oligarquía y el pueblo. Frente a las declaraciones de Jaime Bateman y de Toledo Plata, no quiso comentarlas, simplemente dice "es que Pablo es así", tal vez queriendo significar que es algo ligero en sus afirmaciones periodísticas.

Asevera que el M. no abandonará su línea de lucha armada para la toma del poder, pero que los revolucionarios no pueden esperar 20 años más para hacerlo, que la lucha ha sido ya suficientemente prolongada. Nos cuenta que el Partido Comunista de Colombia reprodujo un documento del Partido Comunista Venezolano en el que se les da el peor de los tratamientos. Coincidimos con él en que, pese al desenlace, la toma de la Embajada ha constituido un gran paso político, de repercusiones internacionales.

Mayo 3. El último comunicado de la Dirección del M., firmado por Jaime Bateman y Toledo Plata nos confunden más. Afirman que la operación de la Embajada tuvo por objeto **rescatar la democracia, denunciar las torturas y el estado de sitio.** Es verdad que algo de esto se ha conseguido pero nosotros entendíamos por todos los pronunciamientos anteriores que el punto central era "la libertad de los 311 presos políticos" sin los que no se irían. Insisten en una reunión cumbre, de tú a tú, con Turbay. Me parece que sobreestiman exageradamente sus fuerzas. A Zea Hernández, Ministro de Gobierno, le han dado la oportunidad de decir: "El M-19 ha perdido el sentido de las proporciones". Hacía dónde quieren ir? Todo indica que su máxima aspiración actual es obtener legalización con movimiento político-electoral. Algo similar a lo que el MAS y el MIR hicieron en Venezuela. Y a lo que aquí pretendió Firmes, buscando la entrega de los frentes guerrilleros del ELN para que sus más conocidos dirigentes encabezaran listas electorales.

Mayo 8. En nuestra celda conversamos ampliamente con otro de los dirigentes del M., Andrés Almarales. Plantea la necesidad de una apertura democrática, la existencia de una burguesía antimonopólica progresista y un sector nacionalista del ejército, opuestos a Camacho Leyva. Dice que Turbay "ha sido desbordado por los monopolios" y que el M. constituye ahora la opción política ante el desprestigio de los partidos tradicionales. Pero esta opción no puede encabezarse fuera de Colombia. De ahí la solución final dada a la situación de la Embajada: quedarse la dirección del M. en la cárcel ("existieron condiciones para salir", afirma) a fin de impulsar públicamente la solución legal, ofrecida por boca de Jaime Bateman. Cree que luego "una acción de masas sacará a todos los presos políticos de la cárcel".

*Penitenciaría
de La Picota*

5

6

7

8



PENITENCIA DE LA PICOTA

Para Germán y para mí llegar al pabellón o patio 4o. significó una pequeña "libertad". Eran muy marcados los contrastes tanto con El Barne, la ominosa Penitenciaría de donde veníamos, como con el patio 6o. en donde habíamos pasado el último mes. Las diferencias entre una cárcel y otra, entre un patio y otro, constituyen un hecho que sutilmente produce conformismo y ablandamiento del detenido. Este se siente **promovido**, mejorado, inducido a gratitud con quienes han hecho posible una ligera modificación favorable. A la vez que se siente temeroso de un nuevo traslado, otro desmejoramiento, por su "mala conducta". En esa situación de **mejoría** nos vimos en el pasado, durante el consejo de guerra, al llegar a la Modelo en las horas de la noche, mucho más las pocas veces que pudimos tomar algún alimento caliente. Era tan marcado el contraste entre la opresiva situación en la Policía Militar, sometidos diariamente a una continua presión física y psicológica, en permanente estado de guardia y de defensa, que al desaparecer esto, así fuera por pocas horas, y sentirnos de nuevo en un medio que dominábamos más, en el que contábamos con más amigos (¡la cárcel!!), nos sentíamos alegres y confiados.

Así nos sentíamos ahora en el pasillo cuarto del pabellón 4o., en el que teníamos un poco más de libertad de movimientos, nos sonreían caras amigas, se nos acercaban otras, el aseo y las instalaciones en general eran mejores y los detenidos no eran en su totalidad la escoria de todos los patios, como en el sexto, de donde proveníamos. Desde luego, necesitaríamos algún tiempo para encontrar la cara oculta de La Picota y del pabellón 4o. Como antes, nos rodearían la marihuana, las drogas, los crímenes, la hipocresía, los negocios turbios. Igual que en la Modelo o en El Barne. Pero también la gente buena, la amistad, el compañerismo, la rebeldía callada y abierta.

En este patio y pasillo también me convertiría, como antes, en especie de "escucha de delincuentes" que al calor y desolación de las drogas me contarían sus vidas, supuestas hazañas, frustraciones, angustias, dolores, esperanzas y aún crímenes, siempre buscando un padre o autoridad que quisiera escucharlos íntimamente. ¡Qué enorme cantidad de tragedias, miserias,

ambiciones y angustias conocería en aquellas oscuras celdas, aún más **nubladas** por el humo de la mariguana de mis confidentes! Mis compañeros asomaban sus ojillos curiosos y a veces temerosos por entre las rejas y benévolutamente sonreían al verme en tales trances.

Junto con Héctor Abadía, trasladado del sexto con nosotros, éramos los únicos presos políticos de este patio, pues aún cuando allí estaba Montegranario Cuenca que llevaba años de detención, él había dejado de reivindicar su condición de preso político y solo ahora, intempestivamente, al ser incluido su nombre en la lista final de los "28" reclamados por el M., recobró ese carácter. A **Monte** lo encontramos eufórico y orgulloso de que se hablara de él como preso político. Ante el desengaño renegaría de que se hubieran acordado de él, llegando a pensar que todo había sido una simple burla, que se habían aprovechado de su nombre. "Y no es la primera vez", nos dijo. Lo cierto, sin embargo, fue que esto habría de serle útil, aunque fuera tardíamente, pues al salir de la cárcel pocos meses después encontró el respaldo y calor de sus antes indiferentes camaradas.

Tampoco existía en este patio conciencia respecto a los presos políticos. La vecina y activa presencia del M-19 en el patio de enfrente y sus espectaculares acciones, como la toma de la Embajada, los habían sacudido y despertado pero aún así no entendían qué tipo de actividad era aquella, tan alejada y ajena a sus experiencias, intereses y proyecciones. Mucho menos sabían de la existencia de diversas organizaciones político-militares. Igual que en el pasado, todos simplemente éramos "guerrilleros", "duros", gentes de armas tomar y por eso mismo dignos de simpatía y respeto. Para muchos, incluidos algunos guardianes, al principio todos éramos "del M.", nos veían como una sola organización.

En el pabellón o patio cuarto se encontraba el "pasillo de los secuestradores", el de los poderosos de ese patio. Amistades adquiridas en otras cárceles (principalmente aquel preso no político, a quien ayudamos en la enfermería de la Modelo, cuando también se encontraba en ella Carlos Reyes) consiguieron que nos ubicaran entre ellos. Quedamos cubiertos por la sombra del poder que emanaba de nuestros compañeros de pasillo disfrutando de algunos de sus privilegios, como el de poder permanecer en él sin tener que ir obligatoriamente al patio, durante todo el día, privilegio que pronto se convirtió en su contrario, constituyéndose el pasillo en área reducida de nuestra reclusión, privados del derecho de ir al patio a recibir el sol o a otros sitios del penal como los talleres, biblioteca, cancha de deportes.

ECOS DE LA TOMA DE LA EMBAJADA

Llegamos al patio 4o. el día anterior a la culminación de la toma de la Embajada. En los extractos de mi diario he incluido ya las incidencias de esos y siguientes días. Pero los ecos de la toma de la Embajada no se circunscribían a los presos políticos. Su final fue motivo de conversación de todos los detenidos y de especulaciones de diverso tipo, pero pasados varios días olvidamos todo aquello, como siempre sucede en las cárceles con los episodios especiales, entre otras razones porque lo mejor era olvidar aquel hecho de culminación amarga del que habíamos estado pendientes tantos días y noches, en medio de ilusiones y desesperanzas.

Los visitantes nos contaron que los días finales fueron agitados y agitados para nuestros familiares. Se rumoraba que unas 25 personas, entre ellas "los Trujillos", serían liberadas. Se aseguró que Mauricio ya había sido traído de Gorgona, dedicándose los nuestros a buscarlo por todas partes: en instalaciones militares, la Modelo, la propia Picota. Viernes y sábado comisiones de ellos, y de muchas otras familias, hicieron guardia cerca de las cárceles esperando la salida de los presos. También había allí muchos periodistas. Y hasta la siete de la mañana del día domingo muchos de ellos creían que saldríamos libres, rumbo a Cuba, ojos llorosos, melancólicos y enfurecidos siguieron el vuelo frustrante del avión, que partía sin un solo detenido político.

Continuaría luego la preocupada búsqueda de Mauricio del que nada se sabía, en ninguna parte daban razón de él. Solo evasivas de la Dirección de Prisiones, del Magistrado, que había dado autorización.

En esos 60 convulsionados días que llevaron el nombre de Colombia y del M.19 a todos los rincones del mundo, el enjambre de periodistas, permaneció agazapado al frente de la Embajada pendiente de lo espectacular, olvidando otra cara del problema: la ansiedad y angustia esperanzadas de ciento de padres, esposas y esposos, hijos y otros familiares. De ellos no se habló, no se les tornó en cuenta. Como tampoco se tomo en cuenta, con igual miopía (y seguramente por desconocimiento de la situación nacional por parte de los presos corresponsales extranjeros) a los presos de otras organizaciones políticas que eran también parte de aquella Operación Democracia y Libertad. A La Picota vimos llegar decenas de periodistas, sin que jamás preguntaran la opinión de los presos políticos ajenos al M-19.

Después de esos acontecimientos una sombra de recelo y prevención cobijó nuestras primeras relaciones con los compañeros del M.19, aumentada por sus nuevos y permanentes planteamientos políticos que se distanciaban de los suyos en los primeros años y de los nuestros. Valorábamos los resultados de la Operación Democracia y Libertad según sus propósitos iniciales y principales: la libertad de los mejores cuadros de las organizaciones armadas no sólo por lo que ésto hubiera significado como refuerzo efectivo a la lucha revolucionaria, sino principalmente por el doblegamiento del gobierno y de las fuerzas armadas, esto es, por el triunfo político-militar que hubiera significado. Nuestra insatisfacción por los resultados se fortaleció cuando, según ya relaté, pudimos hablar con Ivan Marino Ospina que tenía allí el más alto nivel directivo en las filas del M.19, desconcertado también por la decisión final. Sin embargo, él y varios de sus compañeros dirigentes pensaban que habían conquistado en sustitución un gran triunfo político, que nosotros no valorábamos en igual forma.

Pero, evidentemente, si tenía importancia, aunque de menores dimensiones a las imaginadas por el M-19, cuya Dirección con inteligencia sabía aprovechar las condiciones existentes, meterse por los resquicios, fisuras o boquetes de las luchas políticas. Puede disentirse de su orientación pero no puede negarse su agilidad y audacia, su visión nueva, el descongelamiento de los métodos de lucha que se habían convertido en tradicionales y en algunos casos anquilosados métodos de lucha de los grupos armados. Además, habían dado nueva dimensión a las organizaciones revolucionarias y a los problemas específicos de los presos políticos, de quienes las otras organizaciones se olvidaban (como sucedió en nuestro caso): habían logrado llevar a primer plano las torturas, desapariciones, crímenes, violación de los Derechos Humanos, la monstruosidad de los consejos de guerra.

Su acción se había conjugado muy positivamente con el informe de Amnistía Internacional, verdadera bomba que contribuyó a desequilibrar los cimientos de un gobierno militarizado, cínico e inescrupuloso. Se sumaba, además, la posición del periódico "El Espectador", convertido en los últimos meses en fiero opositor del presidente Turbay y su acusador incansable por todas las arbitrariedades y violaciones de los derechos humanos.

Los presos políticos, de otro lado, se habían convertido en verdadero problema para el gobierno, que no sabía cómo agruparlos dentro de las cárceles y menos en el caso de un grupo tan numeroso como el que estaba siendo juzgado en La Picota. Esto exigía mantenerlos juntos, evitando traslados diarios desde dife-

rentes cárceles. Y aunque hubiera decidido mantenerlos separados, dispersándolos cuando el consejo estaba en receso, lo máximo que hubiera podido hacer era situarlos en diferentes patios de las dos cárceles de Bogotá, unificándolos con los presos políticos de otras organizaciones. Lo más sencillo fué lo que hicieron, ubicarlos en un solo patio, el primero en La Picota. ¡Qué gran oportunidad para el M.19, que, como las demás organizaciones político-militares, estaba obligado a la clandestinidad y la dispersión de sus dirigentes. El patio primero se convirtió en escuela de cuadros, centro de estudio y dirección, oficina de planeación y análisis, trinchera de denuncias, campo de fogeo, sitio de relaciones políticas hacia el exterior, patio de recreación e integración. Diariamente se escuchaban a mañana y tarde sus gritos vivando su organización y los sábados y domingos a distancia presenciábamos sus actos políticos con los visitantes, varios de los cuales tuvieron especial trascendencia: la celebración del 1o. de mayo de ese año, poco después de finalizada la Operación Democracia y Libertad o la conmemoración del aniversario de la muerte de Camilo Torres Restrepo, en febrero del año siguiente, para citar dos ejemplos.

También tendrían significación las citas que allí se daban con dirigentes políticos, sindicales y populares. La que tuvieron con dirigentes de la UTC traería repercusiones en el seno de esa organización y muchas actividades más tenían su epicentro en La Picota, adelantadas por los prisioneros del patio primero, en el que también estaban compañeros de otra organización política, vinculada al Ejército Popular de Liberación.

RELACIONES CON EL M.19

Dentro de este marco no puede extrañar un buen grado de triunfalismo y prepotencia del M.19, que se proyectaba fuertemente en La Picota, minimizando a los detenidos de otras organizaciones y creando obstáculos iniciales en el camino de la unidad interna y de la acción conjunta. Esto se facilitaba, además, porque los presos políticos de otras organizaciones comparativamente éramos pocos y estábamos dispersos. En el exterior la presencia de las organizaciones político-militares en esos momentos, a excepción del M. era escasa. Lo cierto es que durante los primeros meses de nuestra estadía en La Picota tanto la dirección de la cárcel como organizaciones externas que apoyaban a los presos políticos, solo tuvieron en cuenta como tales a los compañeros del M.

Esto traería diversas dificultades, especialmente en cuanto al manejo de modestas ayudas exteriores, relaciones con la di-

rección de la Penitenciaría, comunicados y acciones conjuntas, criterios en cuanto a la orientación y conducción del Comité de Familiares. Como ya he anotado, este surgió a principios de 1978, impulsado por los presos políticos desde la cárcel Modelo. Este Comité había jugado un positivo papel sobre todo en la solidaridad moral, el aglutinamiento de familiares, el apoyo mutuo que se daban, la denuncia de los atropellos y la movilización de sus aún escasas fuerzas cuando así se requería. Pero también en la ayuda material, en los duros esfuerzos por conseguir auxilios económicos, llevar provisiones y mercados a las cárceles, en estrecha relación con el CSPP. A partir de 1979, después de las capturas masivas de los compañeros acusados de pertenecer al M.19, se constituyó otro comité, integrado solo por familiares suyos que, poco después, se unió al ya existente. Pero llevaron un espíritu de cuerpo ajeno a las necesidades de los demás presos y familiares, veían y pensaban sólo en función de los compañeros del M. Incluso muchos de sus integrantes, por provenir de sectores hasta entonces alejados de toda lucha política, ignoraban la existencia de otras organizaciones revolucionarias y de otros presos políticos. Algo similar había pasado meses atrás con familiares de los presos políticos que ya llevábamos meses de detención. Al incorporarse las familias de sindicatos del M., lógicamente las familias "antiguas" se sintieron copadas y desplazadas, desbordadas por la mayoría reciente. Poco después el Comité de Familiares se convertiría equivocadamente en organismo de apoyo externo para las luchas y consignas de los compañeros del M., lanzadas desde La Picota, su centro de irradiación dinámica.

Las pequeñas dificultades las tratamos con los compañeros de la Dirección del M., no encontrando siempre la mejor comprensión posible.

Además nuestras relaciones inevitablemente se veían influidas, aunque eludiéramos hablar de ello, por sus posiciones políticas, en la medida en que con más frecuencia aparecían en sus labios los llamados al diálogo y la paz e insistían en su legalización y en la posibilidad de que se les permitiera comprobar electoralmente su fuerza. Posiciones que para los presos políticos de las otras organizaciones se derivaban de una incorrecta valoración de la simpatía popular de que disfrutaban, que a nuestro juicio no se desdoblaría en fuerza electoral sino que se acrecentaría si ellos volvían a impulsar la guerra. Incluso cuando lanzaron sus vigorosas operaciones militares en Caquetá y Putumayo, hablando simultáneamente de la "guerra de masas" y del "ejército de masas" o cuando produjeron sus desembarcos en el Chocó y Nariño, (que entre ellos crearían algunas divergencias in-

ternas e inconformidad con Toledo Plata) para varios de nosotros esto era reflejo de esa incorrecta valoración, que giraba ahora en torno a esperanzas insurreccionales.

Sin embargo, también era claro que esas diferencias no podían traer nuestra división interna y que debían primar, ante todo, los problemas derivados de nuestra condición de presos políticos, sometidos a una misma situación, así dentro de La Picota la del M.19 fuera diferente y más favorable que la de los restantes presos políticos. Esa falta de unidad por cuestiones político-ideológicas favorecería la posición de otra organización política, que en los patios primero y segundo, que sostenía que ante todo debían primar los acuerdos políticos, por encima de las acciones conjuntas que pudiéramos realizar. Afortunadamente a finales de 1980 y más particularmente a principios de 1981 veríamos reconstruido el espíritu unitario que habíamos logrado mantener conjuntamente con parte de los compañeros del M. y con compañeros de las FARC en la penitenciaría de El Barne. Allí empezábamos y finalizábamos todos nuestros actos, incluyendo los enfrentamientos con los militares allanadores, ya relatados, con consignas y vivas a todas las organizaciones político-militares, aunque entre nosotros no se hallaran compañeros de algunas de ellas. En cambio, en el patio primero de La Picota, en los primeros meses, solo se oía el resonar diario y un tanto desafiante de los vivas y consignas del M-19.

Todo esto comenzó a cambiar. La militarización de La Picota a todos nos afectaba, incluyendo a los presos no políticos, que veían restringidos sus movimientos, hostilizadas sus visitas, privados del derecho de ir a la cancha de fútbol ocupada por las urgencias del consejo de guerra y en la que los compañeros del M. desarrollaban frecuentes actividades recreativas y deportivas. En cuanto a los presos políticos, en La Picota teníamos una serie de dificultades comunes y unas cuantas tareas conjuntas, en la calle. Sobre estos aspectos era que debíamos ponernos de acuerdo. El proyecto de **amnistía**, presentado por el gobierno en respuesta a la campaña iniciada por el M.19, sirvió también de puente para el estrechamiento de relaciones entre la mayoría de los presos políticos. Unos cuantos de ellos, pertenecientes a las organizaciones PLA-EPL solo estuvieron de acuerdo en algunos aspectos parciales. El grupo de nuestro patio, conformado por detenidos del ELN, ADO y por un dirigente del M.19 —Gustavo Arias, traído de la cárcel de Ibagué, a donde había sido trasladado como consecuencia de la huelga de hambre de El Barne— estaba integrado plenamente.

Las posiciones frente al proyecto de amnistía no siempre fue-

id ron unánimes pero fuimos, poco a poco, coincidiendo en lo fundamental, logrando que nuestras voces llegaran con sus diferencias, a diversos sectores de la opinión pública, en los que sabíamos eran recibidas con cariño y respeto. Y de este primer estrechamiento de relaciones se desprendería la formación de un fondo cooperativo para la adquisición de provisiones, incorporando a él las ayudas externas; consultas permanentes para análisis políticos y documentos conjuntos, entre los que destaco, en particular, los mensajes de Año Nuevo en 1981, en el Aniversario de Camilo Torres (¡Despierta Camilo!) y el del 1o. de mayo también en ese año.

LA COORDINADORA DE PRESOS POLITICOS

Este proceso unitario se vió reforzado por un incidente que hubiera podido ser muy grave, cuando guardianes recién trasladados y según su costumbre, golpearon a un compañero detenido del patio segundo. Sus compañeros, en nuestro patio, fueron los primeros en darse cuenta de la golpiza:

Enero 18 (1981) Tres guardianes golpearon a las 10.30 a.m. en el rancho, a un compañero preso político del patio segundo. En nuestro patio iniciamos inmediatamente una enérgica protesta, controlando patios y pasillos. Como sucede en estos casos, los guardianes optaron por salir del patio, cerrándolo fuertemente y custodiándolo desde fuera. Exigimos atención médica inmediata para el compañero, castigo para los guardianes alevosos y la presencia del Director de la Penitenciaría. Pronto se sumaron todos los patios, incluyendo el tercero, en el que no hay presos políticos y es considerado como el patio "escoria". También las compañeras del M., distantes de nosotros, se sumaron a la protesta rompiendo vidrios y arrojando colchones por las ventanas. La cárcel se paralizó, pues ~~los~~ talleres también pararon, a la expectativa de lo que podría suceder.

A las tres horas se hizo presente el Director dirigiéndose al patio primero, para hablar con los compañeros del M. Estos manifestaron que no eran ellos quienes habían iniciado la protesta pero la respaldaban, diciéndole al Director que debía hablar con nosotros. Fuí designado por el grupo para hablar en su nombre. Junto con Israel Santamaría, del patio primero, nos reunimos con el funcionario de la cárcel, en la oficina del Departamento médico. Pedimos la presencia de una de las compañeras. Durante dos horas dialogamos, tratamos diversos problemas: los golpes al compañero, el continuo uso del garrote con los presos no políticos, el maltrato y abuso con las visitas, nuestra restricción de movimientos. El Director de la cárcel aceptó la designa-

ción de una Coordinadora permanente de los presos políticos, integrada por cuatro compañeros, uno por cada patio. Se mostró conciliador y dispuesto a atender nuestras peticiones, verificando una reunión semanal. Al fin, aún cuando por cambios inesperados, se ha conformado la comisión interpatios que veníamos promoviendo de tiempo atrás.

Mantuvimos el control de los patios hasta las 8 de la noche, hora en que regresó del hospital el compañero golpeado. No tuvo complicaciones. Los guardianes agresores serán retirados de La Picota.

Sucedido este hecho a comienzos de enero, marcaría todo el proceso de acción conjunta en los meses próximos. La existencia de la Coordinadora, que no funcionó como deseábamos pero que jugó un papel, facilitó el examen de otros problemas y la coordinación de diversas tareas de los presos políticos. La dirección cumplió a medias con las reuniones semanales pero se esmeró en cumplir los acuerdos tomados, tanto en la primera reunión como en las posteriores. El Director no tenía interés en nuevos "motines" que podrían ir más allá, dañando su hoja de vida. Esos acuerdos, las reuniones conjuntas, la existencia del organismo representativo de los presos políticos dieron más autoridad a los presos políticos, a éstos y a sus voceros, ganaron para ellos algo más de consideración por parte de los guardianes y oficiales que aflojaron un poco más las ~~condi~~ ^{condi} ciones de las restricciones. Aumentó también la influencia entre los presos no políticos.

Sin embargo, esos "motines" constituían una de las pocas armas de que disponíamos y tuvimos que utilizar de nuevo, más energicamente y por más tiempo, en el mes de abril cuando por orden de la Dirección General de Prisiones, dentro de una política de hostilización creciente, decidió suspender las visitas en Semana Santa, fechas en las que se daban todos los días, prohibir las carteleras en los patios, tapar los dibujos murales del patio primero y otras demostraciones externas de la actividad política de los presos revolucionarios.

Abril 18. El Director verificó reunión de representaciones de los diferentes patios, entre quienes estábamos Santamaría y yo en representación de los presos políticos. Nos informó la cancelación, por orden del Ministerio de Justicia, de las visitas especiales durante Semana Santa y de las ordinarias de sábado y domingo, la prohibición de cualquier actividad política en el interior de la cárcel: mítines, carteleras, teatro, escritos. Esto era previsible por los azuzadores editoriales de los periódicos El

Tiempo, El Siglo y El Espacio quejándose de las "excesivas garantías y libertades de los presos políticos", de la amplia difusión de las posiciones, actos y documentos nuestros, muy particularmente del M.19. Su copa se ha rebotado por las recientes declaraciones de Toledo Plata en el Consejo de Guerra (junto con Pabon —Comandante Cero— y Arteaga, trasladados acá recientemente), que han tenido amplísima acogida en prensa y televisión. Esas restricciones también pretenden impedir los actos que los compañeros del M. tienen programados para el 19 de abril, aniversario de su movimiento. Israel y yo enérgicamente nos pronunciamos contra la decisión y advertimos al Director que no nos responsabilizábamos por las consecuencias. Enfrentamos a diversos lacayos que llevó el Director para que estuvieran de acuerdo con él. Varios presos no políticos nos respaldaron.

La Coordinadora de Presos Políticos (revive en momentos difíciles) decidió responder con mítines "pacíficos" todos estos días. Hoy verificamos el primero en los patios 4o., 2o. y 1o. y en el de mujeres. Se sumaron buena cantidad de presos no políticos en todos los patios, incluyendo el tercero. De este fué sacado un detenido de raza negra y llevado al patio de castigo, por su solidaridad y porque se extralimitó al aprovechar las circunstancias para exigir arreglo de situaciones anómalas en los talleres. Mediante gritería infernal y golpes de todo tipo y con todo lo que teníamos a mano en puertas y rejas obtuvimos la presencia del Director, quien ordenó el regreso del detenido a su patio tercero, lo que jamás antes había sucedido, echando para atrás una decisión del oficial de servicio. Los presos no políticos se han puesto muy contentos y hablan de los resultados prácticos de esta unidad.

Abril 22. Desarrollamos mítines de protesta de viernes a domingo. Hubo alguna dificultad en su coordinación. Los compas del M. aceptaron salir el sábado a la cancha de fútbol a la hora del mitin que desarrollaríamos en los patios, según habíamos convenido. No nos pareció bien que aceptaran salir a la cancha de fútbol, esto lo interpretamos como maniobra divisionista de la Dirección que, además, perjudicaba a dos equipos de presos no políticos, a los que corresponde salir los sábados, pues trabajan en talleres. Se lo hice saber así al compañero que me notificó la decisión tomada por ellos, a gritos por entre los barrotes. Mi respuesta, también a gritos, molestó al compañero del M. entre otras razones porque los presos no políticos se estaban enterando de nuestra descoordinación y se solidarizaban con nuestra proposición de no aceptar el fútbol. Finalmente hicimos dos mítines el mismo día: a la hora inicialmente convenida, sin la

participación del M. que estaba en la cancha y cuando estos regresaron a su patio, quedándose algún rato en el pasillo. Hubo discursos suyos.

La dirección ha amenazado a los presos no políticos. Trata de azuzarlos contra nosotros. Algunos de ellos, molestos porque han perdido sus visitas familiares de estos días (cuatro en total, de jueves a domingo), se fastidian con nuestras actividades y hacen comentarios. Sufren, además, otras restricciones que los molestan, como consecuencia de nuestra labor.

El intento de enfrentarnos ya había sido hecho anteriormente sintiéndose ligeramente sus efectos, mediante la utilización de cierto tipo de delincuentes que se dedicaban a lanzar "bombazos", esto es, comentarios desapacibles y peligrosos contra los P.P. Esos bombazos nos habían llevado antes de los mítines ya narrados a una delicada situación que nos hizo perder parte del terreno ganado, lo que se reflejó en la escasa solidaridad que tuvimos en nuestro patio durante los actos de Semana Santa:

Marzo 2. Muy grave incidente entre un preso no político y uno de nuestros compañeros, miembro del ADO, persona quisquillosa. Nuestro "contendor" tiene acá ganada reputación de persona indeseable, nos había hecho ya varias trampas e intentos de "tumbarnos", incluyendo uno de robo en mi celda. Le habíamos llamado la atención y suspendido todo trato con él, a pesar de que al principio fué uno de los presos no políticos más cercanos a nosotros, particularmente amigo de German. Esos vuelcos, en este tipo de detenidos, son frecuentes cuando la droga está de por medio y el drogadicto busca dinero a cualquier precio. La dura decisión que tomamos, exigirle que solicitara su traslado a otro patio pues en caso contrario aplicaríamos sanciones directas mucho más graves le fué notificada en reunión de todo el pasillo, humillando al contendor ("no podemos permitir que nos vean los **güevos**, se nos encaraman si no resolvemos esto a la brava", fué el argumento central de nuestro razonamiento). El amenazado pidió públicas disculpas y ofreció enmendarse, pero su orgullo y autoridad de viejo canero han sido lesionados; esto acá es denigrante para una persona y él no está dispuesto a cumplir nuestra **orden**, además de que hay algunos que lo respaldan. Incluso gentes ajenas a él y a nosotros no han visto con buenos ojos nuestra actitud. Pero el grupo, a pesar de las disculpas, sostuvo su decisión. Varios presos no políticos, en diferentes momentos y circunstancias han intervenido para evitar que esto avance, muchos angustiados han solicitado mi cooperación para arreglar esta fea decisión. También el interesado, muy asustado, ha hablado conmigo y reiterado su decisión de respetar-

nos. El oficial de servicio y dos más, enterados de alguna manera de lo que está sucediendo, me han llamado y ofrecido que trasladarán, si así lo exigimos, al contendor. He negado que algo esté sucediendo, ya que es un problema "entre nosotros, los presos y entre nosotros se resuelve", ley de la cárcel.

UN DIA DE RUTINA

Quienes ocupamos las últimas celdas del pasillo y despertamos temprano, un poco antes de las cinco, escuchamos caer en los cercanos baños los fuertes chorros de agua. Poco después se oyen correr estruendosamente los cerrojos y abrir los gruesos candados de cada celda que, una a una, han sido cerradas diez horas atrás. Unos apresurándose, otros calmadamente van pasando al baño. Los presos políticos nos situamos en la planta baja para, atravesando el pasillo central en un pequeño tramo, entrar al patio y por espacio de una hora hacer ejercicios. Los míos los hago separadamente. El grupo me ha autorizado, pues los colectivos son algo fuertes para mí. Se han arreciado mis dolores de cintura y el de las rodillas, este último producto del frío.

Las malas noches y el insomnio me siguen acompañando. Amanezco "apaleado" y con dolor de cabeza. Los ejercicios diarios y el baño frío alivian un poco las dolencias.

Esta semana me corresponde la coordinación de todas las actividades del grupo y hoy la preparación de alimentos. En ambas tareas rotamos rigurosamente. Para cocinar diariamente somos dos pero con mi coequipero, Gustavo Arias, hemos decidido que lo haga uno solo —resulta bastante fuerte— y de esta manera el turno solo nos corresponde cada diez días. Antes formaba pareja con un compañero con quien chocábamos a menudo— de vez en cuando aún sucede— y por eso decidimos abrirnos.

En el pasillo, sobre una mesa, tenemos tres "fogones" de petróleo y en el suelo las ollas, recipientes con agua y otros elementos. Cada quien guarda en su celda platos y cucharas y se encarga del aseo. Los demás enseres deben ser lavados por los cocineros de turno. La mesa está situada al frente de la celda que comparto con Hector Fabio Abadía y que también sirve de despensa, por lo que su orden y aseo dejan bastante que desear, además de que Hector a menudo parece reñido con la escoba.

Normalmente nuestras comidas son abundantes, la calidad más bien deficiente, todos somos menos buenos cocineros. Racionamos cuidadosamente cuanto nos traen y, por lo menos has-

ta mitad de semana, casi siempre para el desayuno hay un poco de queso o frutas que mezclamos con el desabrido chocolate o café con leche que recibimos en el rancho y reelaboramos con unas cuantas pastillas de chocolate o más leche. La cantidad es suficiente, con frecuencia hay "repele" (repetición), del que Arias es campeón. Los desayunos más abundantes son los de los lunes, por la comida sobrante del día anterior. El rico "calentado" es esperado ansiosamente. Una o dos veces por semana preparamos huevos. Tanto el desayuno como el almuerzo, las dos únicas comidas que preparamos, han mejorado y se han facilitado desde que esta funcionando la **cooperativa** con los demás presos políticos. Cualquier cosa que nos haga falta, del pedido que formulamos y recibimos los días martes, nos la suministra el patio primero, en donde está el economato central. Con frecuencia se producen "dividendos" y nuestra cuota semanal personal se reduce. Nuestros almuerzos se basan en un solo gran plato fuerte, abundante y con todas las de la ley; frijoles, lentejas, garbanzos, pasta, al que agregamos la sopa y el arroz traídos del rancho y también reelaborados. Desde luego, no puede faltar la **aguadepanela**, también traída del rancho. Por la noche o en la tarde algunos toman café en el caspete o "mecatean" algo en su celda.

El desayuno se sirve aproximadamente a las siete, cuando llegan los guardianes para la contada de rutina. Algunas veces de reojo miran lo que hemos preparado y también algunas veces los invitamos a compartir. Rigurosamente a las ocho se inicia nuestro estudio en una celda, dentro de un estricto programa del que todos somos instructores, a cada quien le llegará su turno. Descansamos 15 minutos a las nueve y media y a las doce suspendemos para almorzar y, si nos lo permiten, ir al patio a tomar el sol. Un poco antes se han retirado los dos cocineros para recoger en el rancho la comida de todos. (Ferneý quiere ayudar a todos y en todo. Hemos llamado su atención por ese exceso de ayuda, con la que quizás busca compensar el "privilegio" de pertenecer al grupo de los políticos y por el hecho de que nada puede aportar. Nadie lo visita, no tiene un solo peso. Es campesino, excelente compañero, recursivo, estudioso. Su ayuda me es siempre muy útil, tengo exceso de trabajo).

Hoy salimos a medio día al patio. Como de costumbre al atravesar el pasillo central por entre los barrotes conversamos brevemente con los compas del M, cuando es necesario alguno de nosotros logra permanecer allí un buen rato, con la ayuda de los guardianes. También conversamos, aunque con menos frecuencia, con compañeros de otra organización política. E igual que siempre, en el patio se nos acercan los "empepados" a pedirnos uno, dos, cinco pesos. Nos cuentan estúpidas histo-

rias. Diez minutos despues nos abordan de nuevo, hacen la misma petición, repiten las mismas u otras historias.

Hablo con don Gregorio, tiene 18 años de detención y 72 de edad. Por ley no debería estar preso, pues toda pena se suspende al cumplirse 70 años. En la cárcel hay varios casos similares. Tirados en el ralo pasto del caminito central nos asoleamos un poco o paseamos conversando con otros detenidos; a veces juego ajedrez con algunos de ellos. Los trabajadores de talleres nos cuentan que en estos días se han negado a ir a trabajar. Están en huelga, hasta que se les aumenten sus míseras pagas. Veo pasar por el pasillo un rústico ataúd, 4 tablas pegadas a la carrera en la carpintería. Me pregunto: cuántos muertos mensuales se producen en esta Penitenciaría? Calculo que entre 10 y 15, incluyendo los del frenocomio. "Salir por el artículo 100" —por muerte— es aquí frase común, de humor negro.

Regresamos al pasillo y, a las dos, de nuevo reunión, tres veces por semana: análisis políticos de los acontecimientos diarios; discusión de problemas especiales; relaciones con los presos políticos de otros patios; control de actividades, crítica, autocrítica; selección de temas y responsabilidades para las obras de teatro o para los niños (frecuentes choques, todos queremos escurrir el bulto). Manuel Bautista y Armando "Coleta" siempre nos sacan de apuros en las reuniones infantiles. A las cinco, de nuevo la contada rutinaria. Y en seguida, hasta las seis y media, ensayos de las obras de teatro. A veces tenemos dificultades porque los guardianes no acceden a que pasen a nuestro pasillo los "actores" que se encuentran en otros.

Este pasillo 4o., como todos, se parece un poco a una gran casa de inquilinato (en las que pasé tantos años de mi vida!), particularmente los domingos: cada celda es una "familia", con su mercado, estufa de petróleo, radio y, en unos pocos casos, televisión. Hay pequeños préstamos de combustible, pedazos de panela, pastillas de chocolate, un huevo, un tomate, un poco de sal, una cebolla. De vez en cuando alguien invita a sus amistades a compartir la comida. Los domingos los esposos por turnos se encierran, cuando viven dos en la misma celda, mientras los niños, cada 30 días, juegan con otros compañeritos o asisten a los programas que hemos organizado para ellos. De vez en cuando hay chismes y se rompen relaciones por algunos días, incluyendo las amistades de uno u otro.

Y también a ratos este pasillo, como todos, después de la contada y "encerrada" parece un pequeño manicomio. Alguien solo, con un radio a todo volumen, baila salsa escandalosamente; a

su lado, dos hacen lo mismo, en otra emisora y ritmo; más allá un campesino con movimientos particulares sigue una guabina; en el suelo tres o cuatro juegan parqués, en medio de gritos; dos o tres más, acurrucados, cocinan y reniegan, cada cual en su fogón; en pequeños grupos algunos se pasean, cantando o hablando a gritos; en la puerta de alguna celda unos cuantos se apretujan viendo televisión y celebrando ruidosamente los chistes o acciones violentas; otros, más allá, juegan "cascarita"; al fondo hay quienes forcejean, otros toman café o rasgan un tiple; el guardián hace sonar su bolillo contra las rejas o se suma a uno de los grupos. Me uno a este concierto recorriendo a pasos agigantados y veloces el pasillo (cincuenta pasos para allá, cincuenta pasos para acá) buscando cansarme y entrar en calor para facilitar el próximo sueño. Todo esto ocurre en un espacio de 45 metros de largo, por dos cincuenta de ancho.

Una vez encerrados en la celda, durante un par de horas escribo y leo durante otra. Héctor escribe o medita. Es silencioso, callado, aparentemente muy tranquilo, pero su procesión la lleva adentro.

Hace algún tiempo se presentó un auténtico drama, que conmovió a la encallecida mayoría, cuando ya estábamos encerrados: se oyeron los chillidos de la coneja-mascota del pasillo. El guardián informa que el gran gato que merodea por acá ha logrado cazarla. Se produce enorme indignación contra el gato bandido. Pero al día siguiente, muy oronda, la coneja apareció, sin un rasguño. Sus admiradores celebran el regreso trayéndole compañero, de otro patio. No deja de sorprender esta sensibilidad, en tan duros presidiarios.

PEQUEÑOS Y GRANDES CONFLICTOS

No todo era color de rosa entre los presos políticos ni en sus relaciones con los no políticos, como se desprende del episodio ya relatado. En particular eran irritantes las relaciones con compañeros de otra organización política que tenía detenidos tanto en el patio segundo como en el primero; algunos de estos eran comprensivos y unitarios pero acataban las decisiones jerárquicas provenientes del otro patio. Inicialmente pocos, eran unos 20 a finales de 1980. Enfocaban los problemas de manera bien distinta a como la veíamos los presos políticos de las demás organizaciones. Nuestra elasticidad, por lo menos así lo veo, pero para algunos de ellos era simple "conciliación" mía con los compañeros del M-19; la búsqueda de soluciones constructivas y acercamientos personales no dieron suficientes resultados positivos. De allí que no pudiéramos sacar comunicados conjuntos,

viéndonos obligados a divulgarlos firmados solamente por los presos políticos sindicados de pertenecer al ELN, M-19 y ADO (no había compañeros de las FARC). E incluso fuimos sorprendidos por un comunicado suyo, público, en el que desautorizaban a todos los demás presos políticos por algunas actividades que habíamos desarrollado, apoyándonos en la Coordinadora de presos políticos, en la que esquivamente participaba un representante suyo, que muy poco después fue retirado sin que lo reemplazaran.

Veíamos mal esa posición que era motivo de comentarios continuos entre nosotros, que actuábamos también con algún sectarismo y hacíamos bromas negativas, particularmente en relación con el exceso de mando que atribuimos a su más destacado militante en la cárcel. Las consecuencias de esta situación aflorarían en un partido de fútbol. Impedidos de salir a la cancha, tanto ellos como nosotros, obtuvimos esa posibilidad a raíz de las protestas de enero, conformando dos equipos de fútbol, uno por cada patio. Era la única posibilidad que nos daban, aunque pedimos que se nos permitiera competir también con los compañeros del patio primero. En los encuentros se produjeron ligeros y medianos actos de violencia que no cortamos a tiempo y fueron tomando mayores proporciones, hasta culminar en un enfrentamiento a puñetazos entre un compañero nuestro y uno de ellos, siguiendo a continuación una sesión de amenazas e insultos soeces contra el compañero de nuestro patio que había comenzado la pelea después de recibir patadas y empujones nada cordiales ni deportivos en el desarrollo del partido. Un hecho aparentemente trivial en encuentros deportivos, pero inaceptable entre compañeros presos políticos, más sabiendo que detrás se escondían diferencias y choques entre organizaciones. Peor aún al haberse producido frente a los muy numerosos guardianes que siempre destinaban a nuestra vigilancia en todos los partidos y que presentarían su informe a la Dirección, para regocijo de ésta.

Pero el incidente habría de ser positivo. Preocupadamente en nuestro patio analizamos los hechos, destapamos sus raíces y extensiones, nos impusimos una sanción colectiva por haber descuidado, tolerado y aún haber fomentado esa situación de recelos y otra individual al compañero iniciador de la contienda. Decidimos, además, hacernos una autocrítica en la sesión deportiva siguiente y llamar fraternalmente la atención a los compañeros del patio segundo por su agresividad y por su actitud de gavilla premeditada. Pero ellos habían hecho sus propias reflexiones y análisis, llegando a iguales conclusiones. De esta manera, y nuevamente ante la sorpresa de los guardianes, los prime-

ros minutos de nuestro próximo encuentro futbolero fueron destinados al análisis colectivo, pese a que el árbitro-guardián pitaba afanosamente porque quizás pensaba que estábamos en conciliábulo previo a una fuga. Lamentablemente, este paso positivo no se vió seguido por otro más en los acuerdos políticos, pero sirvió para un mejoramiento de las relaciones.

Otras sanciones hubo en nuestro patio. La vida colectiva diaria, los ensayos y representaciones teatrales, los encuentros deportivos y físicos iban desnudándonos ante los ojos de los demás compañeros, con todas nuestras virtudes y defectos. La disciplina no todos la toleraban de igual forma, ni el estado de ánimo podía ser igual en todo momento, menos ante las presiones de los hechos externos, las amargas reflexiones sobre el futuro, los callejeros problemas familiares. Brotaban así actos de indisciplina, choques e incomprensiones, negligencia y descuido en las tareas, renuencia a aceptar algunas responsabilidades, tendencias a vagar por unos días y otros comportamientos con errores leves que no debían tolerarse por sus implicaciones en el mantenimiento de la disciplina colectiva. Habiéndonos dado una reglamentación interna unánimemente aceptada, sus mayores sanciones, como la separación del grupo por un determinado tiempo, solo se aplicaban en casos extremos. Que existieron. Y la respuesta tampoco fue igual siempre. Hubo algún compañero que pronto pidió su reintegro solicitando otro tipo de sanción. Alguno que toleró los treinta días de sanción y llegó puntual con su autocritica escrita el día que le correspondió. Otro más que se sintió lesionado, hizo más evidentes sus fallas y, según nos parecía, creaba condiciones para retirarse del grupo ligándose a los "comunes", lo que nos propusimos evitar discutiendo porfiadamente con él.

En nuestro patio y en otros constituían problemas las personas que habían tenido comportamientos negativos en sus indagatorias, involucrando a otros compañeros presos allí mismo. Con situación jurídica difícil. Estas personas, sin embargo, de todas maneras eran presos políticos. Se enfrentaban al mismo enemigo, sufrían las mismas amenazas, presiones, riesgos, castigos y restricciones, porque, que sepamos, solo uno en El Barne, se convirtió luego en auxiliar dentro de la cárcel de nuestros enemigos. No se dio el mismo trato a este problema en todos los patios. En el nuestro optamos por tener dos niveles de organización.

EL PODER DEL EJEMPLO

Lo que un pequeño grupo puede hacer por sí mismo y en relación con su medio pude constatarlo en nuestro pasillo y

15
13
pabellón, en los doce meses largos que permanecí en ellos, como ya lo había comprobado en las otras cárceles. Inicialmente en el patio 4o. el grupo de presos políticos lo integramos solo tres personas: German Camelo, Héctor Abadía y yo. No pudimos integrar a Montegranario Cuenca, pues los largos años de detención y ciertas características suyas lo hacían poco propicio a una disciplina estricta y cotidiana, que incluía ejercicios físicos diarios. En cambio, unimos al grupo a un excelente amigo, catalogado como delincuente común, modelo de compañero en su comportamiento habitual.

15
Esa disciplina diaria, el alejamiento de los vicios, el diálogo con todos los detenidos, la firmeza contra los atropellos que a menudo quería cometer la guardia contra nosotros, nos fueron ganando simpatía. El estudio los intrigaba, pues no entraba en su imagen de la gente "peligrosa", según la Dirección nos había calificado. Y el verme varias horas diarias escribiendo los asombraba y admirada un poco más. Porque, norma general de las cárceles, en ellas algo que se aprecia y envidia sanamente por parte de quienes no pertenecen a los bajos fondos de las prisiones, es el conocimiento, la "cultura".

7 Progresivamente el grupo fue creciendo hasta llegar a su máximo de 15 personas en determinado momento (40% del pasillo), incluyendo dos indígenas. Nuestra influencia en el patio sobrepasaba la cantidad. Las actividades culturales como teatro, títeres y comedias para los niños, desarrolladas incómodamente en el pasillo teniendo por escenario la parte externa de los sanitarios, sin ninguna utilería diferente a la que trabajosamente nos procurábamos, risible para quien no estuviera compenetrado con las necesidades; las actividades deportivas, incluyendo el ajedrez; las charlas y conferencias; el periódico mural; las diarias tareas de cocina; los cursos desarrollados en las estrechas celdas; la participación de los familiares, fundamentalmente los domingos en las actividades de teatro y en los análisis políticos; los mítines y demás actividades estrictamente políticas daban dimensión grande y diaria a los presos políticos del patio cuarto.

Este espíritu unitario y la férrea disciplina que incluyó sanciones para compañeros que tuvieran repetidas fallas, sanciones que no pasaban desapercibidas en el pasillo y se difundían en sectores del patio, multiplicaban nuestra influencia y presencia. También nuestro grupo era escuela de estudio, de intercambio de experiencias, de aprendizaje mutuo, de reafirmación de fe revolucionaria, de proyección exterior, de política unitaria. Nos favoreció pertenecer a diferentes organizaciones, contar con variadas experiencias, proceder de diferentes regiones. La presen-

cia de los indígenas, aunque corta, nos facilitó comprender más sus luchas, su organización y objetivos, algo de su historia y cultura. Para ellos, que por primera vez intervenían haciendo teatro —con el aplauso de los asistentes— e intervenían con “blancos” en cursos de historia, economía, formación política, constituyó útil experiencia que nos recalcarían en cartas desde sus lejanas tierras, una vez recuperaron su libertad. Cómo nos sería muy útil la presencia de compañeros con experiencias en luchas en las áreas rurales, entre ellos un antiguo y conocido comandante de las FARC.

Al mismo tiempo fuimos los más hostilizados. Se nos confinó en el pasillo con prohibición de ir a los talleres (Germán y yo varias veces intentamos trabajar en tipografía), la biblioteca, las aulas, canchas de deporte, con clara violación de las reglamentaciones carcelarias; se nos imponía vigilancia especial; se exigía, de vez en cuando, nuestra presentación en la comandancia del patio para constatar, hora por hora, que todavía estábamos allí, medida risible pero exasperante que nos negábamos a cumplir, salvo en los primeros días, cuando solamente éramos tres y aún nos hallábamos perdidos en aquella penitenciaría; se nos sometía a constantes requisas especiales; se hostilizaba a nuestras visitas e impedía el ingreso de cualquier libro o folleto, viéndonos obligados a surtirnos de la bien provista biblioteca del patio primero. E incluso se quiso impedirnos tomar el sol en el patio, derecho inviolable. Hacer nuestros ejercicios en el patio, a las cinco de la mañana, solo fue posible después de fuertes exigencias y reclamaciones ante la dirección, sirviéndonos para obtener este “favor” el hecho de que los compañeros del patio primero, que no estaban empasillados, como nosotros, siempre hacían sus ejercicios diarios, sin que se hubieran presentado problemas. Inicialmente pudimos salir “de agache”, como allí se dice, a las canchas deportivas. Pero cuando nuestra presencia era detectada por los oficiales se nos regresaba al patio y se sancionaban los guardianes que lo habían permitido. Pasado algún tiempo, cuando ya habíamos sido plenamente identificados por la oficialidad y por la comandancia interior que controlaba el acceso a las canchas, esa posibilidad desapareció hasta cuando la conquistamos, en enero de 1981, a raíz de las protestas a las que ya me he referido. Igual sucedió con la biblioteca, derecho ganado a partir de mayo, un poco antes de la obtención de mi libertad. Para mi sorpresa y agrado la biblioteca tenía obras útiles y estaba bien organizada.

Dentro de los detenidos no políticos de diversos patios existía alguna inconformidad y cierta ojeriza hacía los presos del M-19, por su situación un tanto privilegiada al estar concentra-

dos en un solo patio, prácticamente sin vigilancia y en el que ellos imponían la disciplina; por el comedido trato que les daba el Director, que con frecuencia iba al patio a dialogar con ellos; por sus gritos diarios viviendo su organización que juzgaban atosigantes; por sus visitas masivas provistas de apetitosos alimentos y regalos (los vecinos del patio tercero con frecuencia les hacían pequeños robos); por la composición "clasista" de la mayoría de los visitantes, diferente a la habitual y algunos de los cuales tenían comportamientos despectivos con quienes se cruzaban en los pasillos; por el hecho de que les hubiera cedido la cancha de fútbol para los descansos, durante el consejo de guerra, lo que privaba a los equipos de sus partidos ordinarios. No sé si los compañeros del M-19 en todo o en parte apreciaron esa resistencia, que era más evidente para quienes estábamos alejados de ellos, en patios distintos.

Y también los "comunes" se fastidiaban a ratos con las actividades de los demás "políticos" que aumentaban el número de las requisas, las hacía más severas, restringían los movimientos dentro de la cárcel, dificultaban las visitas y traían más control sobre ellas. "Desde que llegaron los políticos, esto se putió", decían unos cuantos y con frecuencia. Esta inconformidad revirtió inicialmente de manera muy viva en nuestro patio, de diversas maneras, buscando hacer blanco en nosotros, los únicos "del M" que allí estábamos.

La experiencia que ya teníamos, nuestra comprensión de que era un error separarnos e ignorar a los demás detenidos impidió que esa inconformidad hiciera carrera. Desarrollamos para contrarrestarla una permanente tarea de neutralización, participación de varios de ellos en nuestras obras de teatro y labores educativas, conferencias o charlas con temario escogido por ellos mismos, incorporación de alguno a nuestro grupo de presos políticos. En general esa actitud produjo resultados favorables, aunque era un tanto arriesgado acercarse a determinados presos y con alguno de ellos, como ya relaté, tendríamos una grave dificultad, en la que fue respaldado por unos pocos de nuestros amigos, pero que lo eran más de él. Pero la mayoría estuvo de nuestro lado, incluso cuando la Dirección de la cárcel, a raíz de las protestas de Semana Santa, quiso lanzar en nuestro patio a los "comunes" contra los "políticos", fracasando rotundamente.

Pese a todas estas dificultades y batallas, y más bien por ellas mismas, podía hacer mías las palabras de Fidel Castro, en una de sus cartas, que leía en aquellos días: "Qué escuela tan formi-

dable es esta prisión. Desde aquí termino de forjar mi visión del mundo y completo el sentido de mi vida”.

Algunas notas extraídas de mi diario, complementarán lo atrás narrado. Agosto 20. (La Picota, 1980).

Agosto 20 (La Picota, 1980). Recibo cartas de compañeros de las FARC, presos en otras cárceles. A varios también les he escrito. Me alegra esta relación. También recibo cartas de Tila, Mauricio y otros amigos con motivo de mi cumpleaños. Esto reconforta. Los presos políticos de este patio enviamos un documento corto a una asamblea universitaria, fijando nuestra posición adversa a los proyectos limitados y condicionados de Amnistía. Hacemos un llamado a la unidad revolucionaria. Sabemos que la voz de los presos políticos siempre es bien recibida.

Agosto 25. Estamos regularizando las reuniones con nuestros familiares, los domingos. Cantamos, dialogamos, analizamos problemas, celebramos fechas especiales. Esos días no preparamos comidas, pues cada familia trae algo, todo se reparte colectivamente. Nos sentimos cada vez más integrados. Los compañeros del ADO han sido los motores del teatro y comedias para los niños. Las madres de algunos de ellos nos dan lección de fortaleza y decisión.

Octubre 13. Gustó mucho la presentación e interpretación teatral que hicimos sobre el significado del 12 de octubre (invasión española). Los visitantes del patio están ya acostumbrados a nuestras obras de teatro, participan en la discusión final. Los ensayos de teatro nos han sido muy útiles y aleccionadores. Salen a flote nuestras fallas y deficiencias personales, más allá del simple teatro. Analizamos autocríticamente todo nuestro comportamiento, tomamos medidas disciplinarias.

Octubre 20. Fueron trasladados a otra cárcel los compañeros indígenas. Les hicimos calurosa despedida con cantos y consignas. En el patio 2o. había también tres compañeros indígenas, que no fueron incorporados al colectivo de ese patio. Así, las experiencias de estos compañeros han sido diferentes.

Octubre 30. Muy bien recibida la obra que presentamos sobre el “Ché”. La finalizamos con parte de la Cantata de Santa María de Iquique (“Donde están los asesinos, los tendremos que encontrar. . .”). Como en otras oportunidades, lanzamos consignas de las diversas organizaciones revolucionarias. Los guardianes después, en las sucesivas **raquetas**, nos decomisan las metralletas de papel almidonado que hemos fabricado para nuestras obras teatrales.

Diciembre 4. Nos opusimos firmemente al traslado de tres compañeros nuestros a otro pasillo. Hubo tensión, vino el subdirector que renovó órdenes perentorias al comandante del patio para que cumpliera esa decisión. Al retirarse, el comandante de patio dejó las cosas así. Veremos qué pasa mañana.

Diciembre 20. Desde hace cuatro días nos dimos "vacaciones" en nuestros cursos, ejercicios, reuniones. Nos sentimos desahogados y contentos con el tiempo disponible, antes nos veíamos acosados para remendar ropa, escribir cartas y otras tareas pequeñas. La única que hemos conservado es la preparación de la obra sobre la Masacre de Las Bananeras, que presentaremos la próxima semana. Trajeron de la Modelo, por los disturbios que allí se presentaron a raíz de la muerte de un compañero preso político, a un compañero sindicado de ser del ELN. Lo instalamos en la celda de Germán.

Diciembre 25. Ayer, después de la contada, hicimos pequeña reunión promovida por nosotros con todos los compañeros de pasillo. Preparamos chocolate, buñuelos y natilla. Cantamos. Un compañero no político en nombre de todos llevó la palabra y nos presentó un saludo, destacando nuestra disciplina y espíritu colectivo.

Febrero 16 (1981). Presentamos ayer la obra sobre Camilo, cuya preparación estuvo a cargo mío. Participaron, igual que en obras anteriores, presos no políticos y dos compañeros visitantes. Al final leímos el mensaje "Despierta Camilo", que firmamos todos los presos políticos de La Picota, exceptuando algunos del patio segundo, únicos que no hicieron nada en esta fecha. Los compas del M. hicieron un gran acto, con asistencia numerosa de la calle. Muchos presos no políticos pidieron que se les permitiera firmar el mensaje sobre Camilo.

LA SITUACION DE MAURICIO Y CAPTURA DE FRANCISCO

He señalado ya las condiciones arbitrarias (una más) en que Mauricio fue trasladado a la Isla Prisión Gorgona, violándose las disposiciones legales que establecen que allí solo pueden ser reclusos los presos condenados en segunda instancia, esto es, por un Tribunal. El solo lo había sido y en condiciones de total nulidad del juicio, como pronto se demostraría, por un juez de primera instancia. El contubernio entre las autoridades de la Dirección de Prisiones, las fuerzas militares y el magistrado del Tribunal Militar era total. Este magistrado no tuvo reato alguno en firmar la orden de traslado. Las múltiples denuncias de Tila y

mías, las hechas por Mauricio en su sitio de reclusión, la intervención del CSPP y del Comité de Derechos Humanos, finalmente obtuvieron resolución de traslado a Ibagué. Pero el traslado se demoró porque, según las autoridades de Prisiones, no existía medio de transporte para su regreso. Mauricio se había quejado en carta a un periódico, pues era muy sospechoso que hubiera existido transporte inmediato cuando se le llevó y no lo hubiera para su regreso.

La noticia de su traslado se difundió muchas veces, una de ellas cuando se verificó la operación "Democracia y Libertad", pues se rumoraba que sería uno de los beneficiados con la libertad de presos políticos, como atrás se ha narrado. Puede comprenderse la angustia de nuestros familiares buscándolo por todas partes, pues no descartábamos la posibilidad de que con el pretexto de su traslado se le desapareciera, igual que había sucedido con Omaira Montoya. Sospechas que aumentaron cuando el magistrado mostró la orden de traslado a Ibagué sin que nunca llegara allí.

Se le condujo a la cárcel de Palmira en la que permaneció varios meses, hasta que el Tribunal Militar le concedió libertad por el inexistente delito de asociación para delinquir y el Juzgado 5o. certificó que para nada se le requería en el caso de la muerte del general Rincón Quiñones. Teniendo otro proceso en la ciudad de Barranquilla, a marchas forzadas se le trasladó allí para nuevo consejo de guerra en la justicia militar. A su abogado, doctor Umaña Mendoza, no se le avisó logrando llegar solamente a la parte final del juicio.

Mayo 15 (1981). Me escribe Mauricio. El consejo de guerra fue relámpago violándose todas las garantías. El expediente fue mutilado para ocultar la captura de Omaira y su posterior desaparición. Su abogado y él preguntaron permanentemente "DONDE ESTA OMAIRA?". Se quiso adelantar este consejo bien en secreto, a puerta cerrada, con total militarización. Pero la noticia se filtró y la prensa informó amplia y favorablemente de Mauricio. Es en Barranquilla el único preso político y ha recibido allí mucha solidaridad y demostraciones de simpatía. Fue condenado a siete años. La sentencia ha sido apelada ante el tribunal militar. Esperanza viajó para acompañar y ayudar a su hermano, también recibió amplia solidaridad de organizaciones sindicales, estudiantiles y de amistades varias.

Pese a las irregularidades del proceso, a la mutilación del expediente y a la defensa documentada y calificada de su abogado, el Tribunal Militar elevó a ocho años la sentencia, que Mauricio

todavía paga en El Barne, Penitenciaría a la que fue trasladado de nuevo.

Y mientras en Barranquilla se seguía nuevo juicio a Mauricio, en Cali era capturado nuestro otro hijo, Francisco, hostilizado y perseguido desde el mismo día de nuestra captura. Esta situación lo había llevado a abandonar Bogotá, buscando paz en otra parte.

Mayo 17 (1981). En Cali, Francisco fue capturado, otra amarga noticia totalmente inesperada. Cuando creímos que comenzaban a resolverse nuestros problemas, surge éste. Puesta Tila en libertad hace cuatro meses, de nuevo somos ahora tres los presos de la familia.

Junio 7. La captura de Francisco ha constituido una nueva provocación. Pretendieron complicarlo en porte de "bombas" pero fracasó la maniobra. En Bogotá, la casa de Esperanza fue allanada, con orden de captura para ella. Carlos, su compañero, fue retenido y torturado. Al cuarto día fue puesto en libertad. A Francisco quisieron cobrarle el llamarse "Francisco Trujillo", aduciendo que se había fugado de la Picota y tenía graves antecedentes. Aclarada esta burda maniobra, le han inventado otros cargos. Su situación jurídica aún no es clara. Nuestra hija Pilar lo visitó, está bien, buena su moral y su integración con los demás compañeros.

(El mejor de esos compañeros, quien más lo ayudó, al escribir hoy este testimonio, septiembre 20 de 1982, fue Juan Camilo Restrepo Valencia, asesinado hace pocos días al frente del F-2, en Cali, de donde salía cumpliendo una de las presentaciones obligatorias).

Finalmente Francisco quedó libre, 60 días después, al no poder comprobársele violación alguna a la ley. Pero aumenta su "estigma", las razones que lo colocan en condiciones de perseguido político, que se reflejan en toda su vida social y de trabajo. Y para todos nosotros había sido otro duro y angustioso trance.

ANULACION DE NUESTRO JUICIO Y LIBERTADES

Diez y ocho meses después de estar la apelación en manos del tribunal militar y treinta y nueve después de nuestra detención (tres años y tres meses en total) la Fiscal de ese organismo dio concepto favorable para la anulación del juicio por la deliberada

y evidente mala calificación del delito por el que fuimos juzgados. Y un mes después conceptuaba lo mismo el Tribunal, por unanimidad. En la misma forma que el consejo de guerra que nos condenó hubiera podido desarrollarse seis meses después de nuestras capturas y solo se verificó a los 18 meses, ahora el Tribunal, incluyendo la etapa correspondiente a la Fiscal, producía su fallo también a los 18 meses después de estar en sus manos la apelación, la que hubiera podido resolver en un plazo máximo de tres meses. Esas demoras estaban claramente calculadas. Lo que hubiera podido desarrollarse en un máximo de nueve meses —y había sucedido en muchos otros casos— se había tomado en el nuestro más de tres calculados años.

Agosto 19 (1980). Nuevas noticias para nosotros, la segunda en 4 meses: el Tribunal Superior Militar anuló el consejo de guerra que nos juzgó, califica nuestro caso como REBELION, lo que sostuvimos desde el primer momento. Han pasado CUARENTA Y UN MES para confirmar lo que era claro como agua cristalina. Se nos cita a un nuevo consejo de guerra, por ese delito. Falta todavía: la sentencia unánime de los magistrados debe ser firmada por el general Comandante de la Brigada de Institutos Militares. Hay revuelo e inconformidad entre los altos mandos militares.

Sin embargo esa decisión no significaba nuestra libertad. Teníamos pendiente un nuevo Consejo, ahora por REBELION. Nuestros abogados, entonces, procedieron a pedir libertades por tiempo cumplido, las que fueron concedidas a algunos compañeros de nuestro grupo solo SIETE MESES Y MEDIO MAS TARDE. Las primeras personas puestas en libertad fueron Tila y Germán. Un poco más tarde la recuperarían Julia Helena, Reinaldo Ortiz, Belisario Calderón.

Enero 30 (1981). Salieron ayer en libertad Tila y Germán. El 26 el Tribunal se pronunció. "Del Consejo de guerra de Puente Aranda" solo quedaremos detenidos cuatro personas, incluido Mauricio, la fiscalía aún no se ha pronunciado en su caso. Estoy muy feliz con las libertades. Tanto las habíamos esperado!! Tila fue detenida 46 meses, sin cargo alguno. Aún no debe creer en su libertad. Supongo su alegría y la fiesta familiar. Germán, en igual situación, lo más que le hubiera correspondido como pena, habrían sido seis meses. Deja acá gran vacío, se ganó el aprecio, respeto y cariño de los presos políticos y de muchos otros detenidos. Para mí su ausencia será especialmente notoria. Pasamos 43 meses en las mismas cárceles, en permanente comunicación y camaradería, sin un solo incidente que nos separara en

ese largo período. Al mismo tiempo tengo tristeza por Mauricio, su lejanía, su relativo aislamiento, la incertidumbre de su futuro.

Las maniobras para dilatar nuestra libertad fueron facilitadas por nuestra dispersión en seis diferentes cárceles. Se requería que cada uno de nosotros fuera notificado personalmente, antes de estudiar las solicitudes de libertad por tiempo cumplido. Y acá nuevamente las autoridades militares hicieron gala de su calculada lentitud, llegándose al extremo de buscar a Mauricio, para notificarlo, en Palmira cuando había sido trasladado a la cárcel de Barranquilla, por las mismas autoridades militares que lo buscaban. Después el Comandante de la Brigada de Institutos Militares (BIM) demoró cuanto pudo la firma de la sentencia del Magistrado. Las brillantes jugadas estratégicas militares cumplían su efecto: poner en libertad a algunos de nuestros compañeros solo después de cumplir la pena máxima por el delito de rebelión: cuatro años.

Como he señalado, cuatro de nosotros fuimos puestos a órdenes de la justicia ordinaria para que decidiera sobre nuestra supuesta participación en diferentes hechos graves, investigados por ella. El más sonado de todos, la muerte del general Rincón Quiñones, un proceso zigzagueante por el que ya habían sido condenados, en otro conocidísimo consejo de guerra, cuatro personas "indiscutiblemente culpables". Pero esas personas debieron ser puestas en libertad pues la Corte Suprema de Justicia encontró que ese Consejo también había sido amañado y estaba lleno de irregularidades. Ahora se quería repetir el caso con nosotros y, de hecho, el consejo de guerra que se nos hizo incluyó como acusaciones mayores las correspondientes a este caso. Sin decirlo se nos condenó por el caso de Rincón Quiñones disfrazándolo de asociación para delinquir. Anulado ese consejo, las autoridades militares porfiaban en nuestra condena, remitiéndonos a la justicia ordinaria.

Pero rápidamente esta contestó que Mauricio no tenía arte ni parte en el caso de Rincón Quiñones y que el Juzgado 5o. Superior, a cuyo cargo estaba esa investigación, no lo requería para nada. En cuanto a mí y dos personas más (Milton Orduz y Daniel Navarro) cinco meses después nos exoneró de toda responsabilidad, aceptando el Juez Superior —lo que luego confirmaría el Tribunal de Bogotá— que las indagatorias de Navarro y Orduz, habían sido arrancadas bajo presiones de diverso tipo, tal como los dos habían expresado claramente en sus retractaciones, desde agosto de 1977.

Finalmente se me puso en libertad, en junio de 1981, cuatro

años y cinco meses después de haber sido capturado. La Brigada Militar, no contenta aún, exigió que yo permaneciera en Bogotá, presentándome en sus instalaciones cada ocho días.

He aquí mis dos últimos apuntes de aquel larguísimo período:

Junio 11. Hoy me notificaron la libertad. No puedo moverme de Bogotá. Debo presentarme en la Brigada cada 8 días. Me siento calmado y tranquilo. Alegría y tristeza de todos los compañeros y de muchos detenidos no políticos. Hay algo de revuelo en el patio. ¿En qué quedan, se preguntan, tantas afirmaciones sobre mi altísima peligrosidad? Muchos se han acercado a mi celda para felicitarme y despedirse.

Junio 12. Emocionante, emocionada e inolvidable despedida de los compañeros: cantos, vivas, gritos entusiastas, consignas. Se sumaron los presos no políticos de diversos patios, también a lo lejos las compañeras, en un hermoso gesto que cobijó casi toda la cárcel. Resonaron muy en alto voces de estímulo y compromiso, vivas permanentes al ELN y un coro larguísimo, combativo, fuerte y agresivo: NUPALOM, NUPALOM, NUPALOM. . . (Ni un paso atrás, Liberación o Muerte). La despedida duró 30 minutos. Varios guardias se sumaron, se veían alegres.

Mi cuñado Juancho fue el primero en abrazarme, lloroso. Luego Pilar, emocionada, llorando; en seguida Esperanza, Sofía, varios sobrinos y amigos. Muchas lágrimas, emoción y risas. Y una gran noticia: mi hijo Francisco, preso en Cali, también recuperará su libertad dentro de dos días. Penamos ahora solo por Mauricio.

Me sentí, pese a la enorme emoción, tranquilo, calmado. En marcha hacía la casa de mi hija recorrí las calles como si ayer nada más hubiera estado en ellas.

Atrás ha quedado el pasado. Fueron 53 meses duros y amargos, pero valieron la pena. Nuevos días de lucha me esperan.

DEL LENGUAJE CARCELARIO

| | |
|--|--|
| No comer de ninguna: | No creer en nada. |
| Ponerse trucha, mosca: | Alertarse, prevenirse. |
| Aspero: | Audaz, aguerrido, peligroso, difícil. |
| Dar visaje: | Llamar la atención, exhibirse, dejarse ver. |
| Tocarse, pellizcarse: | Darse cuenta de algo. |
| Garulla: | Ladrón de presos. |
| Ir de quieto: | Atracar. |
| Cachuchas: | Guardianes. |
| Pejes: | Guardián viejo, roja vieja. |
| Judío: | De mala fe, tramposo, falso, doble, ambicioso, avaro. |
| Irresponsable: | Cobarde, mala clase. |
| Gonorrrea: | Sujeto de la peor condición, lo más despreciable. |
| Ponerse colosal: | Disgustarse, ponerse bravo, fastidiarse mucho. |
| Ñero, ñerito: | Compañero, rito. |
| Meto: | Me comprometo, participo, acepto. |
| Levantar: | Apuñalear. |
| Chulo: | Muerto. |
| Llenarse de ironía: | Ponerse furioso, llenarse de ira. (Ironía: ira). |
| Estar en la jugada: | Estar atento a lo que pasa. |
| Raqueta: | Requisa. |
| Caleta: | Escondite (objetos, personas, dinero). |
| Estar encaletado: | Guardar, no compartir. |
| Cambuche: | Cama improvisada, papel periódico, cartones, colchón. |
| Banderiarse: | Exhibirse, mostrarse, dejarse ver. |
| Impuesto: | Pagar dinero a los guardianes, a otros presos. |
| Chichipato: | Poca cosa, insignificante (referido a personas). |
| Chinche: | Persona pequeña, molestosa. |
| Tragasopas: | Hambriento, que traga lo que sea, que se vende por cualquier cosa. |
| Muelón: | Agalludo, busca lo mejor para él. |
| Montar la trifásica: | Aplicar el terror. |
| Llevar con la doble o con la triple: | Hipocresía, doblez calculada. |
| Ascensor: | Cuerda para pasar objetos. |
| Pirobo: | Marica, maricón no declarado. |
| Tapa, bola: | Nalgas. |
| Ransiado: | Desconfiado. |
| Ganso: | Sindicado de un delito no cometido. |
| Gancho Ciego: | Partícipe inocente de un delito, ignorante de algo en que participa. |
| Tablero: | Pecho. |
| Chácharos: | Frijoles, pocos centavos. |
| Cháchara: | Conversación insubstancial, engañosa. |
| Boquio: | Qué hubo (quihubo), tenga, vamos. |
| Limones, balones, rama, aceite, dulce: | Mariguana. |

| | |
|---------------------------|--|
| Leche, granos, quesos: | Drogas, pepas, pastillas (mandrs, kualud) |
| Armonioso: | Sabroso, bueno, muy bien. |
| Bombas: | Joyas, relojes. |
| Platinas: | Arma corto-punzante. |
| Chupasangre: | Varilla puntiaguda. |
| Montarse, estar montado: | Armado, estar armado. |
| Arrastre, picar arrastre: | Engañar, llevar personas con fines de engaño. <i>red.</i> |
| Biruña: | Migaja, poquito. |
| Riendazo: | Puñalada, herida grande, engaño sangriento. |
| Feo, raya: | Detective, "tira". |
| Ahí caigo: | Botar algo, enviar algo. |
| Retaque: | Pedir insistentemente, repetir algo. |
| Delicioso: | Botín, cuerpo del delito. |
| Bobo: | Revólver, arma. |
| Golpe traidor: | Cargar algo en el ano. |
| Estar viviendo: | Tener droga o arma. |
| Punto: | Diez pesos. |
| Gamba: | Cien pesos. |
| Luca: | Mil pesos. |
| Cotizar: | Compartir forzadamente, pagar contribución. |
| Mafiar: | Perjudicar a otro dando dinero, cargar a otro con droga, armas para comprometerlo. |
| Quieto: | No se exalte, no se meta, no se moleste. (también, en algunos sitios, arma). |
| Bombazos: | Sátiras, indirectas. |
| Cuál está montado: | Qué busca, qué pretende. |
| Cómo voy ahí: | Qué me corresponde, cuanto me toca. |
| Hacer cortina: | Tapar, alcahuetear, quitar visibilidad. |
| Caspete: | Venta de alimentos. |
| Bareque: | Venta pequeña y portátil de dulces, cigarrillos, etc. |
| Churretiarse: | Acobardarse, arrepentirse, abandonar. |
| Cruce: | Pequeño favor. |
| Guita, vento: | Dinero. |
| Quiñar: | Matar. |
| Soldado: | Mercenario. |
| Laguna: | Sitio de lambones, delatores, "sapos". |
| Balseo: | Pasarse, estar en sitios que no corresponden, no asignados. |
| Patinar: | Caminar de un sitio a otro. |
| Olla: | Sitio malo, peligroso. |
| Gringo: | No saber nada, no tener visita, no entender. <i>ff</i> |
| Ají: | Objeto robado. |
| Sano: | Inocente, que no sabe nada. |
| Resapo: | Lambón, sapo de mala clase. |
| Zurrón: | Muerto. |
| Colear: | No pagar. |
| Frito: | Pobrisimo (Estar frito). |
| Entrarlo: | Meterlo en un negocio y engañarlo. |
| Despegue: | Váyase, quítese, piérdase, no estorbe. |
| Bacan, rebacan: | Persona pudiente, con dinero. |
| Zonas: | Atención, peligro. |

| | |
|--|---|
| Campanero: | Vigilante. |
| Trabajar de susto: | Aterrorizar, amenazar. |
| Trabajar de lengua: | Estafar. |
| Trabajar de cuento: | Engañar. |
| Trabajar de pecho: | Robar en los bolsillos del pecho a alguien. |
| Trabajar de fino: | Planear un engaño sutilmente, hacerse a la confianza de alguien para engañarlo. |
| ✓ Trabajar de frente, frentiar: | Apocar de frente, decidirse en situación difícil, hacerse frente a un compromiso difícil. |
| Trabajar cansado (lo trabajó cansado): | Se ganó su confianza, ganarse la confianza. |
| Trabajar la mensual: | Aprovecharse de la mujer cuando está en dificultades. |
| Trabajar de arresto: | Ponerse de acuerdo con una autoridad para encarcelar a alguien y obtener información. |
| Trabajar de enfermo: | Mendigar fingiéndose enfermo, ponerse en plastos engañosos, fingirse enfermo. |
| Estuchero: | Que roba joyas. |
| Gatir: | Caminar suavemente, aproximarse sin ser notado, buscar enamorar a alguien. |
| Bacano: | Estar bien, sentirse bien, bueno. |
| Pilas: | Estar alerta, atento. |
| Retorta: | Estar muy mal, muy "frito". |
| Frito: | Tener penas altas, estar muy pobre, muy sucio. |
| Curado: | Experto, con experiencia, avisado de lo que no deba hacer. |
| Ensillado: | Persona que lleva consigo algo perjudicial y no lo sabe. |
| Tumbalocas: | Quien explota los maricas los afeminados. |
| Locas: | Maricas, homosexuales afeminados descarados. |
| Resorte: | Quien no tiene especialidad en la delincuencia, hace de todo. |
| Rebote: | Homosexual pasivo activo. |
| Caricorto: | Descarado, sinvergüenza. |
| Manicorto: | Ladrón de visitantes. |
| Choro: | Ladrón profesional (en pequeño). |
| Tren: | Ingreso diario de detenidos. |
| Bajarse del bus: | Pagar una suma de dinero. |